Esta Navidad... todos pagarán

LA VENGANZA DE NAVIDAD



AJ CAMPBELL

LA VENGANZA DE NAVIDAD

AJ CAMPBELL



El derecho moral de AJ Campbell a ser identificada como la autora de esta obra ha sido reivindicado por ella de acuerdo con el Copyright, Designs and Patents Act 1988.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida, de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro, sin el permiso previo por escrito de la autora, excepto para el uso de citas en una reseña de libro. Tampoco debe ser circulada de otra forma, o encuadernación, o portada diferente a aquella en la que se publica sin que se imponga una condición similar, incluyendo esta condición, al comprador posterior.

Esta novela es enteramente una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes retratados son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con eventos o localidades reales es enteramente coincidencia.

Diseño de portada © Tim Barber, Dissect Designs 2025

Christmas Revenge / La Venganza de Navidad fue creado por, y es propiedad intelectual de, AJ Campbell. La IA ha sido utilizada en el proceso de traducción.

Para la comunidad @bookstagram
Son los mejores.
Su continuo apoyo significa mucho para mí.
AJ x

ÍNDICE

Prólogo
1. Rose
2. Violet
3. Rose
4. Violet
5. Rose
6. Rose
7. Violet
8. Violet
9. Rose
10. Violet
11. Rose
12. Violet
13. Rose
14. Violet
15. Violet
16. Rose
17. Violet
18. Rose
19. Violet
20. Rose
21. Violet
22. Violet
23. Violet
24. Violet
25. Rose
26. Violet
27. Violet
28. Rose
29. Violet
30. Violet
31. Rose

32. Violet
33. Rose
34. Violet
35. Violet
36. Rose
37. Rose
38. Violet
39. Violet
40. Rose
41. Violet
42. Violet
43. Violet
44. Rose
45. Violet
46. Violet
47. Rose
48. Violet
49. Violet
50. Rose
51. Rose
52. Violet
53. Violet
54. Rose
55. Rose
56. Violet
57. Rose
58. Rose
59. Violet
60. Rose
61. Violet
62. Violet
63. Rose
64. Violet
65. Rose
66. Rose

67. Rose
68. Rose
69. Rose

La Llamada Telefónica
Acerca del Autor

PRÓLOGO

HACE QUINCE AÑOS

Violet tenía nueve años la Navidad en que dispararon a su madre.

Faltaban ocho minutos para la medianoche de Nochebuena, para ser precisos. Se había despertado porque necesitaba hacer pis. Al principio intentó resistirse, permaneciendo despierta, escuchando el suave ronroneo de los ronquidos de su hermana desde la cama contigua, preguntándose si podría volver a dormirse. Pero incapaz de ignorar por más tiempo la necesidad de ir al baño, apartó el edredón, se puso el albornoz y bajó las escaleras.

Guirnaldas de hiedra artificial rodeaban el pasamanos de la vieja escalera de madera, una de las muchas decoraciones navideñas con las que su madre adornaba la casa cada año. Su madre adoraba la Navidad.

Todos la adoraban por aquel entonces.

Cuando se acercaba al último escalón, oyó un ruido. El tintineo de cristal rompiéndose que cortaba el silencio de la noche. Se quedó paralizada, aterrorizada, sin saber si volver corriendo escaleras arriba arriesgándose a ser vista, o lanzarse hacia el salón.

Probablemente la perturbación fuera otro de los misteriosos sonidos que su viejo hogar solía emitir. Pero no había forma de

confundir el chirrido de la puerta trasera al abrirse. Su pequeño corazón latía con fuerza en el pecho. Alguien había entrado a robar.

Debería haber huido escaleras arriba hacia sus padres. En lugar de eso, ágil como un gato, saltó por el pasillo hasta el salón. Una decisión tomada en un abrir y cerrar de ojos que determinaría su destino.

Las pisadas crujían sigilosamente a lo largo del pasillo.

Venían a por ella.

Dudó, mirando a su alrededor en la habitación profusamente decorada para Navidad. El hueco detrás del enorme sofá de orejas la invitaba a esconderse. Se zambulló dentro y desenrolló su cuerpo, enderezando el torso para tumbarse completamente. El radiador crujió. Se le revolvió el estómago. Petrificada, pero extrañamente intrigada, deslizó su cuerpo hacia el extremo del sofá.

Unas débiles pisadas entraron en la habitación. El olor a sudor llenó sus fosas nasales. Era alto. Eso es lo que recordó después cuando sollozó ante la policía. Su cuerpo era todo extremidades. Brazos largos y piernas larguísimas.

El coco.

Caminó directamente hacia el sofá, deteniéndose a escasos centímetros de su cabeza, una distancia aterradoramente cercana. Seguramente podía oír el fuerte latido de su acelerado corazón. Ella sí podía. Le sonaba tan fuerte como un trueno en sus jóvenes oídos.

Su necesidad de ir al baño se volvió insoportable. Podía ver su silueta gracias al rayo de luz lunar que brillaba a través de la ventana, pero no podía verle la cara. La tela de su sudadera estaba estirada sobre su frente, y llevaba lo que parecía una bufanda alrededor del cuello que le cubría la boca.

Se quitó una mochila del hombro y se subió las mangas hasta la mitad de los antebrazos. Llevaba una pulsera. Una ajustada y ornamentada pulsera negra, que en aquel momento le pareció extraña por alguna razón. Enfocó una luz hacia las puertas del feo aparador que ocupaba el espacio a la izquierda de la chimenea adornada con acebo. Era donde papá guardaba objetos de valor en una caja fuerte tallada en la parte trasera falsa de la estructura de

caoba: dinero y documentos, sus pasaportes y las valiosas joyas de su madre.

El crujido de las rodillas del hombre al agacharse fue ensordecedor en el silencio. Abrió el cajón inferior del mueble y se puso manos a la obra. El dial de la caja fuerte hizo clic en un abrir y cerrar de ojos. Este tipo sabía exactamente lo que estaba haciendo. Después, la policía dijo que era un profesional. Había venido con un propósito.

Quería salir corriendo —rápido— de vuelta a la cama, donde podría pellizcarse y fingir que todo era una pesadilla. Su vientre se sentía como gelatina, y si no hubiera estado tumbada en el suelo, se habría desmayado. El intruso amontonó las posesiones familiares en su mochila abierta y se metió un objeto en el bolsillo de la sudadera.

—¿Eres tú, Violet? —llegó un susurro desde arriba. Un murmullo urgente que rompió el silencio. No pudo distinguir si era su madre o su padre—. Vuelve a la cama.

El intruso se enderezó de golpe y se detuvo, con los ojos clavados en ella. Al menos, así lo sintió. Su cuerpo se quedó paralizado. La había visto. Iba a por ella. Pero rápidamente cerró la cremallera de su mochila y salió disparado de la habitación.

Ella salió a gatas de detrás del sofá y se colocó en el espacio junto al piano de mamá. En el pasillo, el intruso sacó una pistola de su bolsillo y apuntó a la silueta de un cuerpo que descendía las escaleras como un fantasma.

El estallido del disparo fue ensordecedor.

Violet se cubrió los oídos con las manos, con los ojos abiertos como platos.

El cuerpo sin vida se desplomó por las escaleras, arrastrando consigo un mechón de hiedra. Se detuvo bruscamente al final, con brazos y piernas esparcidos de forma bizarra, como una marioneta rota y abandonada.

El intruso se detuvo momentáneamente como si estuviera sobresaltado. Presa del pánico, se aseguró la mochila sobre el hombro y corrió hacia la puerta trasera, mientras la pequeña vejiga de Violet finalmente se liberaba sobre el suelo del salón.

1

ROSE

AHORA

—No me gusta esto. Nunca he conducido con nieve antes —dirijo el coche hacia la carretera principal. La nieve revolotea en el aire, haciéndose más intensa a medida que nos acercamos a la carretera que lleva al hospicio. Enciendo los limpiaparabrisas. Está oscureciendo, el ambiente es sombrío, y el cielo amenaza con una nevada intensa.

—Estarás bien. Solo conduce despacio —La inquietud se filtra en la voz de mi hermana. Sé lo que está pensando: debería haberse ofrecido a conducir ella. Al fin y al cabo, acabo de sacarme el carné. Y al tercer intento.

—Deberíamos plantearnos comprar coches propios cuando... ya sabes —V hace una pausa—. Podemos vender este y usar el dinero para conseguir uno cada una.

Giro bruscamente la cabeza y encuentro su mirada. —¿Cómo puedes siquiera pensar en comprar cosas con papá en su lecho de muerte? —El sonido de un claxon me hace volver la atención a la carretera.

V forcejea con el volumen de la radio que emite *Hark the Herald Angels Sing*. Mi hermana detesta los villancicos. Desearía que la

Navidad no existiera. Es la peor época del año para ella. Y bien que lo sé. Pero no puedo culparla. Los recuerdos son demasiado dolorosos. Ella presenció demasiadas cosas aquella Navidad hace quince años.

—No podemos evitarlo, Rose —Mi hermana suelta uno de sus profundos suspiros—. Tenemos que prepararnos —Los cielos se oscurecen, proyectando un resplandor lúgubre sobre la carretera—. Ya oíste lo que dijo el médico ayer —continúa V—. El cáncer de papá es mucho más agresivo de lo que pensaron al principio. Podría ser cuestión de días —Estira el brazo y me aprieta el mío.

—No puedo creer que todo haya pasado tan rápido —Debería estar acostumbrada a la muerte. He visto morir a personas en el trabajo antes. Pero esto... papá... no estoy preparada para ello—. Hace un momento estaba bien. Y ahora vamos a perderle —Mi voz se quiebra—. Espero que llegue a Navidad.

—También tenemos que hablar sobre mamá —dice V—. Hemos conseguido arreglárnoslas hasta ahora, pero sabiendo que papá no va a estar con nosotras mucho más tiempo, vamos a tener que organizarnos... ya sabes... para cuidarla a tiempo completo.

Respiro hondo y me giro para mirarla. —Yo también he estado pensando en eso. He estado investigando...

V extiende su mano. —No sigas por ahí.

Me sobresalto por el tono de su voz. —Vamos, V. Tenemos que ser realistas.

—¡No! Por encima de mi cadáver —continúa—. No vamos a meter a mamá en una residencia.

Mis hombros caen con resignación.

—Nos las hemos arreglado bastante bien con mamá todos estos años. No es como si papá hubiera sido el padre presente que necesitábamos.

—No empieces. Sabes lo comprometido que ha estado con su trabajo. Nos ha mantenido. Además, ha estado mucho mejor este último año.

—Podría dejar el trabajo —sugiere V.

—O yo podría ver si puedo trabajar a tiempo parcial.

—Soy limpiadora, Rose. Mi trabajo es más flexible —dice mi hermana—. Las dos sabemos que tiene más sentido que sea yo quien lo deje o al menos reduzca mis horas.

—Solo será temporal. Hasta que podamos encontrar un arreglo más permanente —Mis manos agarran el volante con intensidad—. Mierda. Me he pasado la salida hacia el hospicio.

Un camión se incorpora a la rotonda. Me desvío al carril equivocado, perdiendo momentáneamente el control del coche. «La dirección no responde». Debo haber pisado un trozo de hielo.

—Mantén la calma y da otra vuelta —dice V.

Todo sucede en un instante, tan rápido como un relámpago.

En un latido estamos hablando de nuestros padres, al siguiente, piso el freno a fondo. El sonido esponjoso y prolongado de los neumáticos deslizándose por la carretera me hace estremecer. Pero no tanto como el Audi rojo que se incorpora acelerando a la rotonda desde la carretera que conduce al hospicio, derrapando hacia nosotras.

—¡Estás en el carril equivocado, Rose! ¡Muévete! —grita V.

—¡Demonios! —giro bruscamente.

Las bocinas de los coches estallan, pero es demasiado tarde.

Una explosión de metal aplastándose contra metal reverbera por todo el coche.

Mi cuerpo se sacude violentamente contra la presión del cinturón de seguridad. Los airbags se despliegan, inflándose con un fuerte estallido, lanzándome como una muñeca de trapo contra el respaldo del asiento. En un instante, los airbags se desinflan, silbando suavemente mientras el gas escapa. El humo se arremolina alrededor del salpicadero. Me pican los ojos y toso como una fumadora empedernida.

Papá va a matarme por destrozar su coche —un pensamiento extraño en este momento. Pero entonces recuerdo. Nunca lo sabrá. No ahora que está tan enfermo.

Me giro hacia mi hermana. Está inconsciente. —¿V? ¡V! Despierta. —El escozor de la bilis me muerde la garganta—. Dios mío, V. Lo siento muchísimo.

Las luces de emergencia del coche parpadean repetidamente con un ritmo constante por encima del sonido de la radio. Me estiro y toco el hombro de V. No responde. Sale humo de la parte delantera del coche. O podría ser vapor. Me llega el olor a gasolina. Entro en pánico. El coche va a incendiarse y explotar.

A través de la neblina, la puerta del conductor del coche culpable se abre. Un hombre sale. Su Audi está ahora incrustado en la parte frontal del coche de papá, que está aplastado hasta dos tercios de su tamaño original. Las luces de los vehículos a nuestro alrededor destellan como árboles de Navidad bien decorados. Otros conductores se han detenido. Hay gente con sus teléfonos, acercándose a nosotras. El leve murmullo de voces aumenta, pero no puedo entender lo que dice nadie. Ahí fuera es una locura. Pero aquí dentro, extrañamente hay calma, como si el tiempo se hubiera ralentizado para permitirme acostumbrarme al caos que ha estallado a nuestro alrededor.

El pitido de la bocina de otro coche me sobresalta. —Despierta, V. —Debería haberla dejado conducir a ella. No tengo suficiente experiencia—. Tenemos que salir de este coche. —Vuelvo a tocarle el hombro. No responde.

El miedo me atraviesa. Dudé cuando aquel camión entró en la rotonda, y me desvié al carril equivocado. He provocado este accidente. Es culpa mía. Me quito el cinturón de seguridad y luego desabrocho el de mi hermana. Necesito ayuda. No hay forma de que pueda sacarla yo sola.

Ideas irracionales de enterrar a mi hermana junto a mi padre invaden mis pensamientos. No me sueltan. Me veo a mí misma empujando la silla de ruedas de mamá hacia una congregación de dolientes rodeando un gran agujero en el suelo que contiene dos ataúdes —uno para mi padre y otro para mi hermana. Los asistentes lanzan puñados de tierra encima, y yo, dos rosas rojas aterciopeladas.

Mi voz estridente resuena por el coche. —¡V! Por favor, despierta. Te lo suplico.

2

VIOLET

La desesperación en la voz de Rose resuena por todo el coche.

—Estoy bien —gime Violet. Pero no está bien. Su cabeza se había sacudido hacia un lado por el impacto del coche que venía de frente, golpeándose contra una superficie dura con un ruido sordo.

Una oleada de náuseas la invade. Le cuesta respirar. *Ojalá fuera Navidad todos los días* suena en la radio. No, ella no desea eso. Desea que la Navidad no existiera. Es la peor época del año. Odia cada minuto. Es un estruendo ensordecedor desde que el motor se apagó, y contrasta con el caos que se desarrolla a su alrededor. Intenta moverse, pero su cabeza late de dolor.

Entrecierra los ojos. La parte delantera del coche de papá se ha desintegrado. La nieve cae con más fuerza, atravesando el parabrisas destrozado. Rose forcejea con la puerta del coche. Su hermana sale y le grita frenéticamente a un hombre que se acerca: —¡Lo siento mucho!

No, Violet intenta gritar. Nunca debes admitir la culpa. Su hermana debería saberlo. Pero las palabras quedan atrapadas en el trauma que está causando estragos en sus sentidos. Estaban hablando de sus padres. Ahora lo recuerda. Su padre moribundo. Rose no ha asimilado que le queda poco tiempo. Pero su hermana ha sido la niña de papá desde siempre, así que no es sorprendente

que esté tomando peor que ella la noticia de la inminente muerte de su padre.

Aunque Rose no sabe lo que ella sabe.

Tiene el pecho oprimido, su respiración es dificultosa. Una versión borrosa de su hermana se balancea ante ella. Se está desvaneciendo. Su cabeza sigue palpitando, mientras el miedo se arrastra por sus huesos. ¿Es así como se siente cuando la muerte se acerca? ¿Así es como se sintió mamá aquella noche cuando yacía en el duro suelo de madera del pasillo, con su cuerpo destrozado y deformado? —¡Mamá! —La palabra escapa de su boca en un susurro.

Las voces discordantes continúan. —¡Necesitamos sacar a mi hermana del coche!

Una serenidad la inunda mientras entra y sale de la inconsciencia. Tiene razón. La muerte la está llamando. Y está en paz con ello. A pesar de sus cortos veinticuatro años, está cansada de la vida. Muy cansada.

La voz de Rose se eleva por encima de la multitud. —¡V!

Violet abre los ojos de par en par. Rose y el conductor del Audi están de pie junto a la puerta del coche. Su alta figura se alza sobre la pequeñez de su hermana. Parece un fantasma con su sudadera, tan blanca como la nieve que cae a su alrededor.

Rose tira de la puerta del coche. —¿Qué he hecho? —llora.

El conductor del Audi se inclina. Su mano se extiende hacia Violet. Y ella no puede creer lo que ve.

Su corazón late con fuerza, bombeando brevemente fuera de ritmo.

Está segura. Espera.

Ahí está otra vez. En su estado semiconsciente, vuelve a aquella Nochebuena de hace quince años, oliendo el sudor y el pino. Mira una vez más, solo para asegurarse. Y lo sabe. Este no es su momento. No puede abandonar esta vida todavía.

La más débil de las sonrisas tiembla en sus labios.

Por fin ha ocurrido.

En las más extrañas circunstancias, ha encontrado a la persona que ha estado buscando todos estos años. Le dijo a mamá que lo

haría. Le dijo que nunca descansaría hasta encontrarlo. Y también se lo prometió a Bean. Bean, así es como llamaban a su hermana nonata porque cuando mamá les dijo a ella y a Rose que estaba embarazada, dijo que la bebé tenía el tamaño de una judía, y el nombre se quedó. Su hermosa hermanita a quien nunca llegaron a conocer por lo que este hombre hizo.

Sus pesados párpados caen. Se esfuerza por mantenerlos abiertos, a pesar de su resistencia. Mira fijamente su cara, desesperada por una conexión. Desesperada por la seguridad de que tiene razón. Pelo oscuro, barba de ayer. Pero no significa nada. Ella presenció lo que esa bestia hizo aquella noche hace quince años, pero nunca vio su cara.

El humo temporal de los airbags desinflándose hace que le lloren los ojos. Parpadea varias veces y vuelve a enfocar la pulsera que el intruso llevaba aquella noche. Una sensación desagradable la atraviesa. Tiene razón. Pero su cuerpo le falla. No tiene fuerzas para volver en sí.

Una luz blanca borrosa la atrae, tirando de ella como un imán. El crescendo del villancico que suena en la radio alcanza su clímax mientras su mundo se vuelve negro.

3

ROSE

—Mejor que te examinemos —dice el paramédico mientras toma suavemente mi brazo tembloroso.

—Pero mi hermana —me resisto a su agarre—. Tengo que asegurarme de que mi hermana esté bien.

El mismo destello de miedo me recorre.

Ya perdí a la madre que conocía —la mujer antes de que le dispararan. Mi padre se está muriendo. No puedo perder a mi hermana también.

—Mis compañeros se ocuparán de ella —dice el paramédico. Coloca una manta roja sobre mis hombros y me guía hacia una de las ambulancias que espera. El tipo del Audi está sentado en la parte trasera de otra, envuelto en una manta. Un agente de policía está de pie junto a él, tomando notas.

Los coches comienzan a circular de nuevo a nuestro alrededor. La gente está deseosa de continuar con su día. Estamos a mediados de diciembre. Las fiestas de Navidad les esperan o, en mi caso, una tarde envolviendo regalos después de visitar a nuestro padre. Pero los coches avanzan lentamente, con los conductores estirando el cuello para mirar las consecuencias del accidente.

—Necesitamos que revisen ese corte —dice el paramédico tocando el lado de mi cara con su mano enguantada.

—Pero necesito ver a mi hermana —mi voz tiembla—. Necesito asegurarme de que está bien.

—La llevarán al Queen's, adonde te llevamos a ti. Podrás verla entonces —la voz suave y firme del paramédico es tranquila y reconfortante en medio de la locura en que se ha convertido este día —. Por favor, no te preocupes. Estará bien atendida.

—Pero estaba inconsciente. Ni siquiera sé si está viva.

Aparece otro agente de policía. No puede ser mayor que yo. Toma mis datos y me pregunta si he consumido alcohol.

—¡No!

Va a hacerme una prueba de alcoholemia, me dice amablemente pero con firmeza.

—Pero no he bebido.

—Estás obligada por ley a cooperar —coloca una boquilla nueva en el alcoholímetro y me lo entrega—. Por favor, sopla de forma constante en la boquilla.

Hago lo que me indica.

La máquina emite un pitido. Él lee la pantalla. —Todo bien.

La oscuridad del atardecer proyecta un tenue resplandor sobre la escena como si estuviera viendo una película en blanco y negro. Señalo al tipo del Audi sentado en la otra ambulancia. —¿Y él? El conductor del otro vehículo. ¿Ha bebido?

El agente niega con la cabeza.

—Necesito sus datos... ya sabes, para el seguro.

—Me encargaré de solucionarlo todo.

—¿Y el coche? —estoy entrando en pánico—. Tengo que llamar al hospicio —la desesperación ahoga mis palabras—. Es mi padre, ¿sabes?... él está... él está... necesito verlo. Y tengo que saber que mi hermana está bien.

El paramédico interviene. —Necesitamos llevarte al hospital.

—Tengo tus datos —dice el policía—. Nos ocuparemos de lo que ha pasado aquí, y alguien se pondrá en contacto contigo. ¿Hay alguien a quien puedas llamar para que esté contigo?

Asiento. Jamie. Él siempre está ahí para mí. Él me ayudará. —Necesito coger mi bolso del coche. Mi teléfono está dentro.

—Yo lo haré por ti.

—Está en el asiento trasero.

Aparece otra paramédico. Alta, delgada, con una larga cola de caballo oscura que rebota. Lleva pendientes de árbol de Navidad que se agitan cuando se dirige a su compañero. —¿Listo para irnos?

El tipo asiente y me ayuda a ponerme de pie. —Vamos a abrocharte el cinturón. En cuanto te hayan atendido, alguien te llevará a ver a tu hermana.

Gimo. No soy un caso grave. Sé lo que me espera. Voy a estar allí toda la noche. Pasé una temporada trabajando en el departamento de Urgencias local cuando todavía estaba en el instituto y pensaba que quería ser enfermera. Alguien que conoce mi tía Audrey me organizó unas prácticas. Desde pequeña, ahí era donde quería acabar trabajando. Pero, solo una semana después de empezar, un viernes por la tarde, llegó un borracho y le dio una paliza a una enfermera, y supe que no era lo mío.

La ambulancia da tumbos y rebota por las calles concurridas. Una hebra de espumillón dorado está enroscada alrededor del reposacabezas del asiento de la paramédica junto a mí. Se sacude y se balancea, completando una tarea en un iPad, charlando sin parar como si intentara mantenerme despierta.

Busco el número de Jamie. Contesta al primer tono. Siempre lo hace. Para mí, al menos. Le he visto enviar llamadas al buzón de voz cuando estamos juntos. —Estaba a punto de llamarte. ¿Cómo está tu padre? —pregunta.

El sonido reconfortante de su voz hace que me emocione. Ojalá estuviera aquí. Todo siempre está bien cuando Jamie está cerca. —Necesito tu ayuda. Ha ocurrido algo terrible —le explico el curso de los acontecimientos.

—Déjalo en mis manos. Llamaré al hospicio por ti y me iré directo al hospital.

—¿Pero qué pasa con la fiesta? —Tiene una reunión de cumpleaños de un amigo esta noche. Ha estado hablando toda la semana sobre este evento anual con sus amigos del colegio. Es una de sus noches favoritas del año.

—Olvídate de eso. Estaré allí tan pronto como pueda.

Hago otra llamada. Esta es a mi tía. Mi querida tía Audrey, la hermana de mi madre, que vive a unas pocas calles de nosotros y nos ayuda a cuidar de mamá. Si no fuera por la tía Audrey, papá habría tenido que ingresar a mamá en una residencia hace años. Le explico lo que ha pasado.

—¿Estáis bien las dos? —pregunta.

—Yo sí. No sé nada de V. Se la han llevado al hospital. ¿Puedes quedarte con mamá hasta que yo vuelva? Llegaré tan pronto como pueda.

—Sin problema, cariño. Mantenme informada.

Como imaginaba, Urgencias está abarrotado. Personas que han sufrido por el mal tiempo o han caído en la trampa de beber demasiado alcohol en esta época del año; los ancianos incapacitados por caídas o envueltos en mantas, temblando de frío; los jóvenes con lesiones de patinaje sobre hielo. Todos ellos esperando varias horas para ser atendidos.

—Estoy bien —le digo a la enfermera de triaje.

Asiente secamente. —Permíteme ser yo quien juzgue eso.

—De verdad estoy bien. Pero necesito ver a mi hermana y asegurarme de que está bien.

Después de convencerla de que honestamente estoy bien, pero no antes de que haya realizado una serie de pruebas, me da consejos innecesarios sobre lesiones en la cabeza. No me dice nada que no sepa ya. He completado una extensa formación en primeros auxilios para mi trabajo. —Debes volver aquí inmediatamente si ocurre cualquiera de estos síntomas. —Repasa una lista antes de indicarme que regrese a la sala de espera para recibir el alta—. Averiguaré qué ha pasado con tu hermana. —Hurga en el bolsillo de su uniforme y saca una servilleta garabateada con notas. Puede ser un desastre escrito para mí, pero ella encuentra inmediatamente lo que está buscando—. Violet.

—Así es. Violet Sapphire. —El pánico crece en mí por momentos —. Necesito saber que está bien.

Me imagino a V tumbada en una losa en la morgue del hospital. La ansiedad levanta su familiar cabeza, haciéndome darle demasiadas vueltas a las cosas. Jamie siempre me dice que no es

útil ser así. Pero él nunca ha estado dentro de nuestra casa. Y nunca le he contado cómo es *realmente* la vida tras las puertas cerradas de nuestro disfuncional hogar familiar.

4

VIOLET

Rose aparece, con el rostro sonrojado por la experiencia. Sus ojos recorren de arriba abajo la estrecha cama de Urgencias donde Violet está tumbada.

Jamie está con ella. A Violet no le cae bien mucha gente. Nunca le ha caído. La confianza es uno de sus muchos problemas. Pero le gusta Jamie, con su pelo pelirrojo, sus intensos ojos verdes y su vibrante actitud positiva. Él la saluda con un gesto de cabeza.

Violet agradece que la hayan puesto en un cubículo privado. Mezclarse con las masas en la abarrotada sala de espera la habría alterado. No soporta los lugares concurridos ni en el mejor de los momentos, y menos aún los que están repletos de gente enferma.

Rose sacude su melena de rizos oscuros.

—Pensé que estabas muerta —dice con voz ahogada por la culpa.

Violet pone los ojos en blanco y sonríe con cariño. Su pobre hermana. Ha estado dándole demasiadas vueltas de nuevo. Violet lo nota. Desde el diagnóstico de papá, su hermana se ha vuelto angustiada. Casi tanto como ella, lo que no es propio de Rose. Su hermana arruga su naricilla respingona. Tuvo la suerte de heredar la nariz de su padre: pequeña y delicada con una punta hermosamente

curvada. Mientras que Violet está convencida de que heredó de su madre un pico puntiagudo como una pista de esquí.

Violet intenta incorporarse.

—Me han hecho radiografías. No hay daños permanentes. Hablan de dejarme ingresada, pero estoy bien. Tenemos que volver a casa por mamá.

—He llamado a la tía. Puede quedarse hasta que yo regrese —Rose toma asiento. Cruza sus delgadas piernas, arrugando la tela suelta de sus pantalones cargo y soltándola antes de repetir la acción. Jamie permanece de pie detrás de ella—. Ese Audi se me cruzó delante, V. No tenía otro sitio adonde ir.

—Ya lo vi —Violet no menciona que ella se había desviado al carril equivocado y que un conductor más experimentado probablemente habría podido evitar el desastre. Su hermana no necesita escuchar eso ahora mismo—. ¿Conseguiste los datos del conductor? —Violet tose. Un dolor agudo le atraviesa la zona del pecho. No puede localizar exactamente dónde, pero duele—. Los necesitamos para el seguro.

Rose mira a su amigo.

—Jamie se ha encargado de todo.

El corpulento chico de metro ochenta y ocho hurga en el bolsillo de sus vaqueros y saca un trozo de papel. Violet sabe cuánto mide porque es de la misma altura que su padre.

—He hablado con la policía y he conseguido algunos datos —dice Jamie—. Y he organizado que un taller de la ciudad recoja el coche. Van a evaluar los daños y te llamarán. Podría ser siniestro total.

—Gracias —Violet extiende la mano—. Dámelo. Yo me ocuparé de esto.

No es nada fuera de lo común. Desde que papá enfermó, ella se ha hecho cargo del papeleo familiar.

Rose agarra el papel.

—Ni hablar. Ya tienes bastante entre manos. Además, es mi responsabilidad. Es justo que yo lo resuelva.

Así es su hermana en todo. Rose siempre ha sido, y siempre será, defensora de la justicia. Igualdad para todos. Y normalmente es tan relajada, totalmente imperturbable.

Violet desearía poder parecerse más a ella.

—No, Rose —Violet golpea el lateral de la cama—. ¡No! —espeta. No es su intención, pero su hermana no se da cuenta de lo importante que es para ella conseguir los datos del conductor del Audi—. Lo digo en serio. He estado gestionando todo el papeleo de papá —Una oleada de náuseas la invade. La reprime, sin querer llamar la atención sobre el hecho de que se siente bastante mal.

—No hasta que sepamos que estás bien —dice Rose.

—¿Cómo se llama el tipo del Audi? —La voz de Violet es apenas un susurro. Espera que su hermana al menos le diga lo que está desesperada por saber.

—William —dice Rose—. William Watson. Era muy amable.

No podría estar más lejos de la verdad.

William Watson.

Violet junta sus manos temblorosas para que nadie vea cuánto tiemblan, y se muerde el interior de las mejillas para ocultar la sonrisa que sus labios anhelan formar.

Nunca desde aquella Nochebuena hace quince años ha sentido tanta alegría. Se filtra a través de ella como la niña que fue aquella noche antes de que dispararan a su madre. Y perdiera a su hermanita.

Lo sabía.

En lo más profundo de su esperanza, mientras ha buscado y buscado todos estos años, sabía que lo encontraría algún día. Se lo prometió a mamá. Y se lo prometió a su preciosa hermanita en el cielo.

William Watson.

Ahora que tiene un nombre, puede averiguar dónde vive.

Y puede hacer que pague por lo que les hizo a ella y a su familia.

5

ROSE

No me gusta cómo me mira V. Refleja la expresión demacrada y consumida de mamá, como si estuviera mirando a través de mí. Tiene la cara gris y tensa, y los labios exangües. Jamie y yo intentamos entablar conversación con ella, pero muestra poco interés. Conozco a mi hermana. Algo le ronda por la cabeza. Y no es solo el accidente.

—Marchaos ya. Estaré bien —dice—. Hay poco que podáis hacer por mí. Voy a dormir. —Su cabeza se estremece y cierra los ojos.

Jamie y yo salimos por las puertas giratorias al final del pasillo del hospital. Ha caído un par de centímetros de nieve desde que llegué en ambulancia. Él pasa su brazo por el mío. Los copos de nieve se arremolinan a nuestro alrededor mientras nuestros pies crujen a través de la nieve hacia el aparcamiento.

—Algo le pasa. No me gusta —digo.

La atmósfera nevada amortigua nuestras voces. —Probablemente deberías ser más comprensiva con ella. —Jamie saca las llaves del coche de su bolsillo—. Ha tenido un accidente de coche y, por lo que parece, se dio un golpe bastante fuerte en la cabeza.

—No, es más que eso.

—¿A qué te refieres?

—Es como si hubiera vuelto a ser la de antes. La forma en que se enfadó allí. Esa mirada obstinada en sus ojos.

Localizamos su coche y subimos. La penetrante combinación de canela y nuez moscada del ambientador con forma de árbol de Navidad que cuelga del retrovisor resulta refrescante después de los olores antisépticos del hospital.

Jamie arranca el motor y enciende la calefacción. —¿Su antiguo yo? —Se frota las manos y sopla sobre ellas—. ¿Qué quieres decir?

Suspiro profundamente. —V estaba bastante trastornada de niña. Ya sabes, por lo que le pasó a mamá y todo eso. Le afectó muy mal. Comprensible, por supuesto.

—Tampoco pudo ser fácil para ti. —Jamie sale del aparcamiento y se incorpora a la carretera principal.

Él sabe un poco sobre lo que hemos pasado con mamá. Rara vez me sincero con la gente sobre mi familia. Pero cuando arrastramos a V a una fiesta en casa una noche, y tuvo uno de sus episodios menos de diez minutos después de llegar, me encontré confiando en él. No todo, pero lo suficiente.

Le conté sobre la persona desagradable que era mi hermana antes de la terapia que nuestra tía Audrey buscó para nosotras en nuestra adolescencia. Terapia para lidiar con nuestra infancia perturbada cuidando de una madre que no ha pronunciado una palabra en quince años y un padre que apenas ha estado presente. No era culpa suya. Tan traumatizado por lo que le sucedió a mamá, encontró consuelo en su trabajo como comercial autónomo para empresas tecnológicas globales y, hasta su diagnóstico de cáncer de páncreas hace dos meses, pasaba muchas noches fuera.

—Tienes razón —digo—. No ha sido fácil, pero ha sido mucho más duro para ella. Yo no presencié lo que ella vio aquella noche. Durante su adolescencia temprana, se obsesionó con encontrar al tipo que le disparó a mamá. —Hago una pausa—. Escucha, Jamie. Esto es altamente confidencial. No le cuento a la gente lo que sucedió esa noche ni cómo afectó tan gravemente a V. No debes contarle a nadie lo que te he dicho.

Se vuelve hacia mí con los labios entreabiertos. —Somos amigos, Rose. Nunca compartiría lo que hablamos. —Vuelve a concentrarse

en la carretera—. ¿Crees que necesitas más ayuda? Tienes muchísimas cosas encima.

—Lo estoy intentando. Mi tía y yo hemos estado buscando algunas opciones desde que papá enfermó. No quería decir nada, porque aún no he conseguido que V esté de acuerdo. Mi tío falleció a principios de año y mi tía se ha ofrecido a financiar una plaza en una residencia. Era muy rico, así que puede permitírselo. Fuimos a ver una preciosa ayer —Abbeyfields— en Radstone.

—Conozco Radstone. Mi familia vivía allí antes de que nos mudáramos aquí —dice.

—Sería ideal para mamá. Era mucho mejor que cualquiera de las otras que hemos visitado recientemente. Siempre había algo que no acababa de encajar. Ya sabes, demasiado lejos de casa, el personal, la decoración o simplemente la sensación general.

—Debe de ser muy difícil.

—Nunca vamos a encontrar un lugar perfecto, dijo la tía. Pero Abbeyfields cumplía con todos los requisitos importantes. El personal era encantador y había muchas actividades. Pero V ni siquiera quiere considerar la idea. Es extremadamente sobreprotectora con mamá. No la veo cediendo jamás. Por encima de su cadáver, esa es su actitud cada vez que saco el tema. Es inflexible. Preferiría morir antes que ver a mamá en una residencia.

—Dale tiempo. Seguro que entrará en razón. Sois diferentes, ¿verdad? Quiero decir, no solo en aspecto, sino también en carácter.

—Lo sé. Es difícil creer que venimos de los mismos padres, ¿no? Pero así es.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? —pregunta.

Sonrío. Tiene que ser el ser humano más amable que he conocido jamás. —Solo ser tú mismo.

Se detiene en la zona de bajada frente al hospicio. —Estoy encantado de entrar contigo. No necesito entrar en su habitación. Puedo esperar fuera.

Le abrazo. —De ninguna manera. Ya has hecho suficiente por mí hoy.

—Podría quedarme en el coche y llevarte a casa después.

—De verdad, pediré un Uber. Ve a la fiesta.

—Te llamaré más tarde —dice.

—¿Qué haría yo sin ti?

Me guiña un ojo y me regala una de sus sonrisas infantiles. —Estarías perfectamente.

Me inclino y choco mi hombro contra el suyo. —Hasta pronto y, por favor, no compartas lo que te he contado.

Agarra la manga de mi abrigo. —Puedes confiar en mí, Rose.

—Lo sé. —Aparte de mi tía Audrey, y de mi hermana, por supuesto, es la única persona en quien confío plenamente.

6

ROSE

Salgo del coche y tomo el sendero cubierto de nieve hasta las puertas principales del hospicio. Es un edificio catalogado. Majestuoso, con un aire reconfortante a pesar de haber sido convertido en un lugar para moribundos. Un gigantesco árbol de Navidad domina la zona de recepción, adornado hasta arriba con ornamentos de fieltro elegantes. Música festiva suena de fondo.

Carlos, uno de los enfermeros, está en la recepción cuando entro. —Siento lo de tu accidente. ¿Cómo estás?

—Estoy bien. Es mi hermana la que me preocupa. Tuvo un golpe bastante feo en la cabeza. La van a mantener en observación esta noche.

Carlos es un filipino bajo y robusto con una amplia sonrisa y dientes torcidos, que estaba de servicio el día que trajimos a papá aquí hace nueve días. V y yo ya no podíamos cuidarle en casa. Lo intentamos, y yo habría seguido, pero Violet estaba perdiendo la paciencia, y no podía dejar que cargara con las consecuencias en su conciencia. Carlos me pone al día sobre papá. —Estaba un poco agitado esta tarde. —Me da un bolígrafo para rellenar el libro de registro.

Después de completar mis datos, camino por el pasillo alfombrado, tosiendo por el olor medicinal, y subo las escaleras

hasta la habitación 212 en la primera planta. Me cruzo con una persona del equipo de cuidados. Asiente y sonríe.

Me detengo frente a la puerta y respiro hondo antes de entrar.

La enfermedad de papá le ha consumido. Es la mitad del hombre que era antes del diagnóstico. Lamentablemente, la progresión ha sido rápida. Extremadamente rápida. Un dolor insoportable en la espalda fue diagnosticado como un tumor secundario en una de sus costillas. Solo tenían que encontrar el foco primario, que descubrieron en el páncreas. En cuestión de un par de semanas, quedó postrado en cama.

Está recostado en la cama del hospital para mantenerlo lo más cómodo posible. El personal ha intentado aliviar el ambiente de tristeza rodeándolo de alegría navideña —guirnaldas de acebo envueltas alrededor de la cabecera y los pies de la cama, una brillante bola roja colgando del soporte de suero—, pero solo sirve como otra dosis de sufrimiento ante el dolor que se avecina.

Su cabeza, antes llena de rizos oscuros, ahora solo tiene finos mechones gris hierro que ni siquiera merecen ser peinados. Era un hombre apuesto cuando era más joven. He visto las fotos en uno de los álbumes familiares que mamá solía mantener actualizados.

Trago el nudo de tristeza que tengo en la garganta al ver al que una vez fue un hombre fuerte y saludable al que adoro y siempre he admirado. Sé que no siempre ha estado presente para nosotras, dejándonos a V y a mí cuidar de mamá mientras él se iba a trabajar. Pero solo estaba haciendo su trabajo, esforzándose por mantener un techo sobre nuestras cabezas, comida en la mesa y la ayuda médica que mamá necesitaba para estar cómoda. Es difícil creer que el fantasma de la mujer que una vez conocimos vaya a sobrevivir a papá. Él siempre ha sido tan fuerte. No recuerdo que haya tenido ni un resfriado. Pero esta maldita enfermedad indiscriminada puede atrapar incluso al más fuerte de nosotros.

Una enfermera está cambiando su bolsa de suero. —¿Has hablado con el médico?

Niego con la cabeza.

Señala la bolsa de líquido transparente en el soporte conectado al marco de la cama. —Le estamos dando líquidos extra a tu padre.

Papá tose como si no tuviera energía para abrir los ojos pero quisiera decirme que sabe que estoy aquí.

—Le hicieron un TAC esta tarde.

Sé lo que viene. Lo he visto antes en el trabajo. El dolor en el pecho del que papá se ha quejado y que ha acompañado la tos seca que ha empeorado cada vez que lo he visitado esta semana. —Tiene neumonía, ¿verdad?

Asiente, sus labios formando una sonrisa comprensiva.

Papá abre los ojos y murmura entre respiraciones superficiales y débiles. Sus ojos se cierran poco a poco hasta que finalmente vuelven a cerrarse.

Coloco mi bolso en la silla de respaldo alto que he ocupado durante muchas horas estos últimos nueve días. Acercándome a su lado, tomo su mano. Antes era fuerte y carnosa, pero ahora está frágil, huesuda y fría al tacto. No hace falta ser profesional sanitario para saber que no le queda mucho tiempo con nosotros. —Te pondremos mejor, papá. —No puedo creer que acabe de decir eso. La honestidad es la mejor política. Mi trabajo me ha enseñado eso.

La enfermera se quita los guantes de látex y el delantal y los tira a la basura. —Os dejaré a solas un rato. —Coloca el panel de control más cerca de la mano de papá—. Avísame si me necesitas.

En cuanto se va, papá abre los ojos de nuevo. Parecen tan grandes en su rostro demacrado que una vez fue tan fuerte y seguro. —Necesito... —Se detiene para tomar otra respiración superficial—. Hablar contigo.

—No, papá. —Aprieto suavemente su mano—. Guarda tus energías para recuperarte. —Se está yendo lentamente. La idea de que finalmente nos deje es completamente abrumadora.

Niega débilmente con la cabeza. —No nos engañemos. —Su voz es áspera, tan rugosa como papel de lija.

—Para. —No puedo soportarlo.

—He sido un idiota. —Sus palabras se escapan entre respiraciones entrecortadas—. Necesito que hagas algo por mí, Rose.

—Haré cualquier cosa por ti, papá. Lo que sea. Sabes eso. Solo dime qué.

—No... —Una tos desagradable acalla sus palabras. Le cuesta continuar.

Debería decirle que descanse. Podemos hablar más tarde. Pero me ha dejado con curiosidad. —¿No qué, papá?

Cierra los ojos, concentrándose en su respiración. —Debería haberlo hecho yo mismo.

—¿Hacer qué?

—No se lo digas a nadie.

—¿Decir qué?

—Estúpido idiota. —Sus ojos cansados se abren a medias—. En el armario... del desván... arriba.

Nunca me había mirado así. Es inquietante. —Me estás asustando, papá.

—Nunca se lo digas a Violet.

—¿Qué es?

—Pistola. Deshazte de ella.

7

VIOLET

La tía Audrey está ansiosa por saber qué ha sucedido cuando Violet llega a casa desde el hospital. Su tía es una buena mujer. Violet no sabe qué habrían hecho sin ella durante todos estos años. —No esperaba que volvieras.

Es una mujer corpulenta, bendecida con un generoso volumen de cabello hasta los hombros, peinado con capas y un flequillo ligero que tiñe de un plateado brillante. Todo en ella es grande, desde su voluptuoso pecho hasta su gran corazón y los atrevidos collares de cuentas que siempre lleva con su cruz de plata. Cristiana devota, entrega su corazón y alma a la iglesia cuando no está ayudando a sus sobrinas a cuidar de su madre.

—Rose llamó para decir que te quedarías ingresada por la noche —dice la tía Audrey.

—No era necesario —Violet no le dice a su tía que pidió el alta voluntaria. De hecho, a pesar del cariño que siente por ella, le cuenta poco sobre sí misma. Porque, a pesar de toda su bondad, la tía Audrey es una entrometida atrapada en una rueda de hámster de chismes. Casi siempre es una bendición escucharla parlotear sobre las penas y tribulaciones de todas las almas de su pequeño pueblo. Le concede a Violet un respiro de la sensación de que no es tan extraña como otros piensan. Pero los pocos clientes que ha

conseguido mantener en el pueblo no necesitan conocer sus asuntos.

—Acosté a tu madre hace aproximadamente una hora —dice la tía Audrey—. Estaba muy cansada esta noche. Te prepararé un té rápido y luego tengo que irme. Estoy agotada. A menos que quieras que me quede contigo, claro.

Sus caderas pendulares se balancean hacia el hervidor. Acciona el interruptor y camina hacia la mesa. —Mira, te he comprado una flor de Pascua. Cuídala bien y debería durar durante todo el periodo festivo. —La tía Audrey adora esta época del año.

Violet no. Si fuera por ella, la Navidad se cancelaría. Permanentemente.

Violet no tiene tiempo para el té. Está demasiado emocionada por empezar el importante trabajo, a pesar de no sentirse del todo bien. Además, la tía Audrey habría obtenido toda la información de Rose cuando hablaron antes. Violet mira el viejo reloj en la pared sobre el fregadero, que tiene la mitad de la aguja de los minutos rota, por lo que es difícil saber la hora en ciertos momentos del día. Son las nueve y media. —Olvida el té, tía —dice—. Diré buenas noches a mamá e iré directamente a la cama. Ha sido un día largo. Vete a casa ya. Estaré bien.

—¿Estás segura? No me siento cómoda dejándote. —La tía Audrey le lanza esa mirada. Esa que dice que puede leer sus pensamientos más íntimos. Pero no puede. No hay manera de que pudiera saber lo que está pasando por la cabeza de Violet ahora mismo. Nadie podría.

Violet la apacigua con lo mínimo de los acontecimientos de hoy, omitiendo la alegría que la ha invadido, y la verdad que no se atrevería a admitir: que se alegra de que ese accidente haya ocurrido hoy. Le ha dado un nuevo impulso vital.

La tía Audrey sacude la cabeza. Sus pendientes de bastón de caramelo tintinean. —¿No te han dado pastillas? ¿Nada?

—Necesito descansar. Estaré bien. Solo vete.

—Bueno, si estás segura. —Pero deshacerse de la tía Audrey nunca es tan fácil. Siempre tiene algo más que decir—. Violet, ¿puedo ser descarada y preguntarte si serías tan amable de donar

una de tus preciosas pinturas para la subasta de Navidad de la iglesia? Es para la campaña del tejado.

Violet se encoge de hombros. —Lo pensaré —. Tía Audrey lleva años intentando que haga más con su arte, pero tía Audrey es el tipo de persona que ve todo a través de un cristal de color rosa, especialmente las pinturas de Violet. No son lo suficientemente buenas como para que las vean personas ajenas a su familia.

Tía Audrey coge su gran bolso de cuero y rebusca las llaves del coche. —Pasaré por la mañana, como siempre. Ciao.

Cuando la puerta principal se cierra de golpe, Violet se dirige al dormitorio de su madre en la parte trasera de la casa. Antes solía ser el comedor, antes de que a mamá le dispararan. En aquel entonces, era la habitación favorita de Violet en esta casa. Los recuerdos más felices de Violet son de su pequeña familia sentada a la vieja mesa del comedor. Tuvieron que tirarla cuando mamá finalmente regresó del hospital después de que los profesionales dijeran que no había nada más que pudieran hacer por ella. Tiempo, dijeron. Solo necesitaba tiempo para aceptar lo que le había sucedido: tres costillas rotas, piernas que nunca volverían a caminar y el TEPT que la dejó sin habla y apenas consciente. Sin mencionar la bala que se llevó la vida de la hermana nonata de Violet.

Nunca les dijeron que quince años después, mamá seguiría necesitando tiempo. El neuropsiquiatra dijo que nunca había visto un caso así.

No se sentaban a cenar en esta habitación todos los días en aquella época. Solo los fines de semana en que papá no trabajaba. Era cuando mamá se sentía más feliz. Preparaba aquella vieja mesa como si estuviera esperando a la realeza y servía una cena digna de la Reina.

Violet se acerca a la cama. Mamá está dormida, como es habitual a esta hora. Afortunadamente, su rutina es como un reloj. Al menos hay algo de certeza sobre sus cuidados. Pero eso no impide que Violet la compruebe cada noche antes de subir a acostarse y de nuevo antes de irse a dormir. Le gusta observar cómo suben y bajan las sábanas porque el rostro ceniciento de su madre siempre parece muerto.

Se inclina y acaricia la cabeza de su madre, como siempre hace antes de dormir. Un dolor agudo en el hombro la hace estremecerse. Está magullada y llena de moratones, y ataques aleatorios de mareo le nublan la visión, pero el filo de la euforia la mantiene en marcha. —Mamá —susurra—. ¡Le he encontrado!

Mira hacia el techo. —¿Has oído eso, Bean? Le he encontrado.

Besa la frente de su madre y susurra: —Te quiero.

Regresa a la cocina y saca un paquete de cigarrillos de su bolso. Nada de alcohol, le dijo la enfermera antes de salir del hospital. Ni alcohol ni drogas. Pero un cigarrillo no puede hacer daño. Es su ritual nocturno después de acostar a mamá. Le mantiene alejada de las pastillas graciosas.

Abre la puerta trasera y recibe una ráfaga de aire frío. Un manto de nieve cubre el largo césped. A mamá le encantaba este jardín, salía a la mínima oportunidad. Incluso cuando estaba embarazada, se ponía de rodillas para juguetear con las macetas y los parterres. Adoraba las flores, incluso nombró a sus hijas con nombres de flores. Y siempre llenaba jarrones con lo que estuviera floreciendo. Pero ni siquiera los brotes primaverales pueden ahora encontrar un destello de luz en sus ojos vacíos.

El frío del escalón de piedra muerde el trasero de Violet. Tiembla y enciende el cigarrillo, dando una profunda calada. El calor golpea sus pulmones, una breve distracción del frío en sus huesos. Fuma el cigarrillo con rápidas y agudas succiones. La anticipación es casi insoportable.

William Watson.

Es hora de levantar las tablas del suelo.

8

VIOLET

Violet sube los dos tramos de escaleras hasta su dormitorio en el tercer piso de la casa. La conversión del desván que sus padres estaban construyendo cuando dispararon a su madre nunca ha sido terminada adecuadamente. Su padre dijo que todo su dinero estaba destinado a cuidar de su madre y adaptar la planta baja para acomodar sus necesidades. Pero eso no era del todo cierto.

Con mamá ya sin poder subir las escaleras, el dormitorio y baño que sus padres estaban construyendo aquí arriba quedaron obsoletos. Papá permaneció en su dormitorio en el piso intermedio. La habitación del bebé que mamá había decorado para la llegada de Bean se convirtió en un despacho. Rose se quedó en el dormitorio que compartía con Violet, y Violet aprovechó la oportunidad para conseguir algo de privacidad y se apropió del dormitorio de arriba. El espacio que estaba destinado a ser un baño se convirtió en un trastero.

Le encanta estar aquí arriba. Es su espacio seguro. El lugar donde puede escapar de la locura del mundo. Durante mucho tiempo, se conformó con la grisura de las paredes enlucidas, pero en algún momento de su adolescencia, las pintó de negro. Fue justo antes de comenzar la terapia. No para ella, sino para Rose. Al principio no quería comprometerse, pero cuando Rose aumentó la

presión por miedo a que un día hiciera alguna tontería, Violet cedió y se sentó frente a un consejero una vez por semana durante un año. No es que sirviera de mucho. El caos que ha vivido en su cabeza desde aquella horrible Nochebuena nunca ha querido marcharse.

Entra en su habitación. No hay tiempo que perder. Tiene que volver a poner orden aquí. Necesita recrear el trabajo que realizó hace años pero con el que perdió el ánimo conforme los días se convirtieron en semanas, meses y años sin progreso. No es que se rindiera. No podía. Le prometió a mamá y a Bean que nunca lo haría. No. Era más la exasperación por las preguntas sin respuesta y los espacios en blanco entre las pruebas que había recopilado que ya no podía soportar mirar.

Espacios en blanco que ahora puede empezar a llenar.

Se recoge el pelo, que cae largo y liso hasta su cintura, en una coleta y pone algo de música. El deleite de un concierto de piano trae calma. Mamá solía tocar el piano todo el tiempo para ellas cuando Rose y ella eran pequeñas. En algún momento intentó enseñar a Violet a tocar. Pero Violet nunca pudo igualar la manera en que los dedos de mamá se deslizaban tan fácilmente sobre las teclas, cautivándolas con su inmenso talento. Papá quiso vender el piano en algún momento, pero Violet montó tal escándalo que finalmente cedió.

El monitor en su mesita de noche le avisa de que mamá está tosiendo. Irá a verla de nuevo cuando termine aquí. Tanto ella como Rose tienen monitores junto a sus camas que están conectados a uno en la habitación de mamá, y cada noche se turnan para tenerlos encendidos por si ella las necesita. Papá los compró después de dejar de dormir en el sofá cama del cuarto de mamá, unos meses después de que le dispararan, cuando volvió a trabajar fuera.

El malestar acompaña cada flexión y estiramiento mientras Violet saca la palanca del fondo de su armario y separa la cama de la pared. El dolor en su hombro escuece. Un músculo que debe haberse lesionado durante el accidente. Le está provocando náuseas, pero la determinación la impulsa a seguir. Con la cama lo suficientemente alejada de la pared, utiliza la palanca para levantar las dos tablas del suelo que están a tres de distancia de la pared.

Apoya las tablas contra la cama y mete la mano en el hueco. Un olor a humedad mezclado con el aroma terroso del cuero inunda el aire. Su mano encuentra la bolsa de franela. Sonríe, la aparta y busca el gran álbum de recortes encuadernado en cuero que compró en Etsy cuando Rose y el consejero la convencieron de que era hora de enterrar los recuerdos que la atormentaban día tras día. Costó una fortuna, pero valía la pena intentarlo si podía ayudar a liberar su cabeza de los demonios que la habían poseído durante tanto tiempo. Rose pensaba que había tirado todos los recortes que había recopilado a lo largo de los años, pero ni siquiera su hermana pudo convencerla de llegar tan lejos.

Se sienta en el borde de la cama y abre el álbum. El intenso sentimiento de injusticia al que se ha acostumbrado la invade. Se acerca a la pared del fondo de la habitación y, al azar, sin cuidado, despega los dibujos que ha realizado a lo largo de los años y los arroja sobre su cama. Algunos son de pasteles, otros de carboncillo, su medio favorito. Le gusta cómo confiere un ambiente oscuro e intenso a su trabajo que casa tan bien con los pensamientos e imágenes que poseen su mente. Espectros y brujas, efigies horrendas de dolor y rabia, difuminadas en intrincados patrones que ningún otro ojo ha visto.

Su respiración es errática mientras trabaja, cogiendo cada pieza de evidencia del álbum de recortes y reconstruyéndola en la pared tal como estaba antes. Sin darse cuenta, ha revivido el pasado —comenzando la noche en que su madre, tal como la conocían, y su hermana nonata fueron arrebatadas— y lo ha traído de vuelta a la vida en la pared de su dormitorio, que ahora se asemeja al tablero de investigación de un caso policial.

El DCI White prometió que nunca dejarían de buscar al hombre que les robó tanto a su familia. Y no está hablando de las posesiones físicas —las joyas y el dinero. No le importan las cosas materiales. Está hablando de su madre y de la infancia de Rose y la suya, y de su querida hermanita a quien amaba hasta la luna y de vuelta, aunque nunca la hubiera conocido.

Pero el DCI White les falló a todos.

Así que Violet no tuvo más remedio que tomar el control.

Recortes de periódicos, impresiones de internet, fotos y cronologías, junto con mapas y una lista de sospechosos que la policía descartó sistemáticamente de su investigación, que se secó después de cinco meses, cubren la pared en un desorden organizado que solo su cabeza puede entender.

Necesita ordenarlos para que su personal pueda entenderla cuando les presente este caso.

Una vez satisfecha, coge una regla y un rotulador del cajón de su escritorio y dibuja una línea temporal que comienza el *24th de diciembre de 2009*. Se dirige a los policías que se vuelven borrosos frente a ella. Es triste los caminos a los que puede conducirte el trauma. —Ahora, todos, escuchad.

Los agentes se remueven en sus asientos.

—Tiempos emocionantes —sonríe Violet—, una sonrisa tan amplia como la pared tras ella—. Nos ha llegado nueva evidencia. Por fin tenemos un avance. —Coloca un extremo de la regla junto a una foto de su madre la tarde antes de que le dispararan. Su madre está en la cocina sosteniendo dos bandejas de tartaletas de carne recién salidas del horno. Tiene las mejillas sonrojadas, y la luz de la cocina brillando en la coronilla de su largo pelo rubio parece un halo.

Mamá entonces.

Golpea con la regla la foto de su madre. —Para los que sois nuevos en este caso, esta es Melanie Sapphire. Le dispararon en su casa en Nochebuena de 2009. —Toca otra foto de una mujer sentada en una silla de ruedas, con el pelo desgreñado y sus ojos sin alma mirando al vacío—. Y esta es Melanie, un año después. —Violet señala con la regla una tercera foto de su madre en la que apenas se diferencia de la segunda.

Mamá ahora.

—Creemos que Melanie se levantó de la cama esa noche porque su hija de nueve años, Violet, había bajado a usar el baño. —Se aclara la garganta—. Su otra hija, Rose, de seis años, dormía en la cama en ese momento. Y el marido de Melanie se había levantado porque oyó a su esposa salir de la cama.

Quita el tapón del rotulador, y al final de la línea temporal, escribe: *24th de diciembre de 2024.* —Eso es dentro de dos semanas, equipo. Quince años exactos desde el día en que le dispararon a Melanie Sapphire en su propia casa. Un acto de violencia cruel que Violet, la pobre niña asustada, presenció desde detrás de la puerta del salón.

Un oficial levanta la mano.

—Sí —dice Violet, señalándolo con la regla.

—¿Cuál es la nueva evidencia que ha salido a la luz? —Tiene acento irlandés, una cadencia musical del suroeste.

Violet asiente. —Buena pregunta. Tenemos un nombre. William Watson. Aún no tenemos una foto, pero está en camino.

Los oficiales frente a ella oscilan de manera antinatural, entrando y saliendo de foco. —Y durante las próximas dos semanas, vamos a buscarlo y hacer de su vida un infierno.

Tiene catorce días para ejecutar su venganza.

9

ROSE

Durante el trayecto a casa en Uber, repito en mi mente la indeseada revelación de papá.

Mi padre guarda un arma en nuestra casa.

Y quiere que me deshaga de ella.

Considero llamar a Jamie, pero me resisto a divulgar la impactante noticia de que mi padre tiene un arma guardada en nuestra casa. Confío en él plenamente, pero solo le conozco desde hace seis meses, y ya ha escuchado bastante sobre mi perturbada vida familiar.

No. Debo enfrentarme a esto directamente mientras Violet pasa la noche en el hospital. Encontraré esa arma de la que habla y la llevaré a la comisaría.

Pero algo me dice que esa no era la intención de papá.

Busco en Google qué hacer si encuentras un arma en la casa de un familiar fallecido. Debo informar a la policía inmediatamente. Es ilegal mover un arma sin recibir instrucciones para hacerlo. Recuerdo cuando le dispararon a mamá. Nunca le he contado esto a V ni a mi padre. Ni a nadie, de hecho. Pero vagos recuerdos de aquella noche ocasionalmente escapan a mi consciencia. No recuerdo el incidente como una escena limpia y ordenada. Nunca es una película que se reproduce en orden de principio a fin. Más bien llega en destellos,

como fragmentos de una pesadilla que no puedes recordar completamente. Los gritos y alaridos. Una ambulancia llegando. El olor a pino. Yo sentada, fuera de vista, en lo alto de las escaleras mientras personas vestidas de verde intentaban frenéticamente salvar la vida de mi madre. Todo es confuso.

Intenté en vano sacarle más información a papá. ¿Es suya el arma? ¿Cómo llegó allí? Pero era como si hubiera agotado su energía con lo que ya me había contado. Lo único que pudo añadir fue que estaba en una caja de zapatos dentro de una caja de plástico azul, y reiteró que debía deshacerme del arma no deseada, y que nunca debía contárselo a nadie.

Abro la puerta principal con el estómago lleno de inquietud. Me detengo. El abrigo de mamá está colgado en el perchero al pie de las escaleras. Uno viejo que es tan grueso como un edredón y que V ha usado durante años. Estoy segura de que lo llevaba puesto hoy. Debo estar confundida. El médico insistió en que se quedara en el hospital por la noche.

La casa está extrañamente silenciosa. Normalmente, la tía Audrey tiene la televisión encendida, incluso cuando no la está viendo. Le encantan todas las telenovelas y las ve con mamá, aunque no sabemos cuánto entiende mamá.

Me quito los zapatos y me dirijo a la cocina. Está a oscuras. Corro al salón. La tía Audrey debe estar allí. No está. Debe haberse quedado dormida en la habitación de mamá. Pero cuando miro, el sofá cama en el que V y yo nos turnamos para dormir cuando mamá está enferma, sigue vacío.

Mamá tose. Encuentro el mando a distancia de su cama y levanto la cabecera un centímetro. Tose de nuevo y gira la cabeza. Espero a que se acomode y saco el teléfono de mi bolsillo. Mi llamada a la tía Audrey va directamente al buzón de voz. Algo no va bien. Me espera un mensaje de la tía Audrey. V regresó e insistió en que ella se fuera a casa.

Frustrada, dejo a mamá durmiendo y subo los dos tramos de escaleras hasta la habitación de V. Esto ha estropeado mis planes. Quería buscar esa arma esta noche mientras ella estaba en el hospital. Zanjar todo el asunto de una vez. El trastero, con el gran

armario en el altillo, donde papá dijo que encontraría el arma, está junto a su dormitorio. Me oirá si empiezo a hurgar allí.

Raramente subo aquí. Hay algo espeluznante en ese trastero que iba a ser un espacioso baño para mamá y papá que nunca se empezó, y mucho menos se terminó. Asomo la cabeza por la puerta. Las inquietantes telarañas que cuelgan de esquina a esquina no ayudan. Las paredes siguen siendo de yeso desnudo, con manchas de corrector cubriendo las grietas. Numerosas cajas y diversos objetos acumulados que deberían haberse desechado cuando se usaron por última vez —una tienda de campaña, una silla con una pata rota, un viejo televisor con una antena sobresaliendo por arriba — bloquean ahora la entrada al armario al que necesito acceder.

Llamo a la puerta de V. Le molesta las pocas veces que entro sin hacerlo. No es que me guste especialmente aventurarme dentro. A pesar de su increíble talento artístico, su trabajo que cubre las paredes es macabro. Si tan solo pudiera dedicarse a pinturas más coloridas y alegres como las que solía pintar mamá, estoy segura de que ayudaría a levantar su ánimo.

No hay respuesta. Tiro del picaporte. Está cerrado con llave. Me entra el pánico. Le ha pasado algo. Es la conmoción cerebral del accidente. Odio cuando cierra la puerta con llave. Solía hacerlo todo el tiempo. En la época en que estaba obsesionada con encontrar al intruso que disparó a nuestra madre y cambió nuestras vidas para siempre. Ella nunca supo que yo lo sabía, pero la pillé un día. Me había despertado en mitad de la noche y oí voces procedentes de su habitación, que está justo encima de la mía. La gente hablaba con normalidad, pero una voz era más alta. Sonaba como mi hermana, pero no podía estar segura. No tenía sentido. Nunca invitaba a gente a casa. Incluso de niña, era solitaria. Nunca tuvo amigos propios; simplemente se mantenía a la sombra de los míos.

Recuerdo que aquella noche me levanté de la cama y subí sigilosamente las escaleras, perpleja. Era ella quien hablaba más alto, pero había un deje irlandés en su voz como si estuviera actuando. La puerta de su dormitorio estaba entreabierta, lo que ya de por sí era una rareza. Violet siempre cerraba esa puerta, y normalmente con llave. Miré por la rendija de la puerta. Estaba de

pie al fondo, vestida con un uniforme de policía de nuestra caja de disfraces de la infancia. El cuerpo aún se ajustaba a su delgada figura, pero las mangas ahora le quedaban a la mitad de los antebrazos. Sostenía una regla, apuntando a una gran foto de mamá pegada en la pared de su dormitorio e informando a su fingida audiencia con un marcado acento irlandés sobre los acontecimientos que tuvieron lugar en el número 125 de Ambley Avenue la Nochebuena de diciembre de 2009.

Observé, atónita, cómo movía su regla arriba y abajo por la línea temporal que había construido, resumiendo la lista de sospechosos, todos los cuales tenían coartadas para la noche en cuestión. Después de terminar su discurso, apuntó con la regla a su público imaginario y dijo: —¿Alguna pregunta?

Cambió su acento a uno escocés para su miembro del público, a quien más tarde se dirigió como agente Naylor. —¿Ha hablado con los familiares?

Y así continuó hasta que se acabaron las preguntas, y V rompió a llorar. Me entristeció, me dolió el corazón, ya que rara vez lloraba. Era como si hubiera agotado su cuota de lágrimas de por vida después de que dispararan a mamá. Quería entrar en la habitación. Pero conocía a mi hermana. La vergüenza de ser encontrada así habría sido demasiado. Así que la dejé y me escabullí de vuelta a la cama, sin decir nunca una palabra de lo que había presenciado esa noche.

No puedo imaginar por qué habría empezado todo eso de nuevo.

Llamo otra vez, más fuerte, gritando su nombre, pero sigue sin responder. El miedo a encontrarla desmayada en el suelo de su dormitorio me consume. Podría estar muerta. Una escena de policías, ambulancias y empleados de la funeraria llegando para llevarse su cuerpo se desarrolla en mi mente sobreexcitada. Me obligo a calmarme. Estoy exagerando las cosas de nuevo.

Llamo más fuerte y le doy una suave patada a la puerta. —Violet.

—¿Qué estás haciendo? —llega la voz de mi hermana.

—Abre —digo.

—Me estoy desvistiendo.

—He estado llamando.

—Tenía los auriculares puestos.

—¿Por qué has vuelto a casa? Se suponía que ibas a quedarte allí esta noche.

—Vuelve abajo. Bajaré en un minuto.

Me quedo de pie, mirando fijamente la puerta, frustrada porque está cerrada con llave. Es molesto que tenga un cerrojo. Lo instaló hace años, diciendo que la hacía sentir más segura por la noche. Pero era porque no quería que viera lo que había hecho en la pared de su dormitorio.

No tiene sentido discutir con ella. Mi hermana es tan terca como una mancha cuando quiere serlo. Vuelvo a mi habitación y me preparo para ir a la cama. Este ha sido un día infernal.

Violet aparece en la puerta de mi dormitorio mientras me pongo el albornoz. —¿Por qué te has ido del hospital? —le pregunto—. Te dijeron que te quedaras allí por la noche. Hoy en día no mantienen a la gente ingresada por nada. Podrías tener una conmoción cerebral.

—Estoy bien. ¿Conseguiste algún dato sobre el conductor?

—¿Qué?

Los músculos de su cuello se tensan mientras aprieta la mandíbula. —El tipo que os embistió. William Watson. Tendré que buscar los datos de la compañía de seguros de papá por la mañana y llamarles.

Es una petición extraña a estas horas de la noche. Y ni siquiera ha preguntado cómo está papá. Busco en mi bolso. —Papá no estaba muy bien.

Se presiona las palmas de las manos contra los ojos.

—V, ¿me has oído?

Baja las manos y me mira fijamente. —¿Perdón? —Su cara está muy pálida.

—He dicho que papá no estaba muy bien.

Asiente, con expresión inexpresiva.

—¿Te encuentras bien? Tal vez deberías volver al hospital.

—Deja de preocuparte. Estoy perfectamente bien.

Rebusco en mi bolso y le entrego dos trozos de papel. Uno con los datos del conductor del coche que nos embistió. Y otro en el que

Jamie ha garabateado detalles que consiguió de los agentes de policía con los que habló en el hospital. —Aquí tienes.

—La compañía de seguros proporcionará un coche de alquiler —dice.

—¿Necesitamos uno? —pregunto.

—Sí —responde V—. Tú puedes conducir mi coche, y yo usaré el de alquiler. Así las dos tenemos coche. —Casi arrebata el trozo de papel como si estuviera ansiosa por conseguirlo. Lo mira. —William Watson del número 12 de the Ridgeway, Radstone.

—Suena como si le conocieras.

Se encoge de hombros. —Nunca había oído ese nombre en mi vida hasta hoy.

10

VIOLET

¡William Watson!

El nombre ahora está grabado en su cabeza.

Violet regresa a su habitación y cierra la puerta con llave. Hacía tiempo que no la cerraba. No lo había necesitado. Todo había estado guardado. Pero ha llegado el momento de girar esa llave cada vez que esté aquí y cada vez que salga. Se queda mirando la pared de su dormitorio. Es refrescante tener todas las pruebas expuestas de nuevo.

Enciende su ordenador. Es un modelo antiguo que heredó de su padre cuando él se actualizó a un portátil. Mientras espera a que se cargue, crujiendo y zumbando como la vieja cafetera de la familia, desdobla el trozo de papel que Rose le dio. Su corazón se acelera.

William Watson. El hombre que ha estado buscando todos estos años.

No tiene sentido. ¿Cómo es posible que Rose haya chocado con el hombre que disparó a su madre hace tantos años? Es demasiada coincidencia que estuviera en esa rotonda al mismo tiempo que ellas. Pero las coincidencias existen. Y sabe que es él. No recuerda su cara. Nunca la vio. Pero no había forma de confundir el singular tatuaje de águila que envolvía su muñeca. El que había confundido con una pulsera en la oscuridad aquella noche cuando disparó a su

madre. Era un error fácil para una niña de nueve años. Los diminutos grabados ornamentales, creando los intrincados cuerpos de la línea de aves rapaces, son exquisitos.

El ordenador emite un pitido y la pantalla se ilumina. Violet hace clic en Google y escribe *Radstone* en la barra de búsqueda. Entrecierra los ojos mirando la pantalla. Es un pequeño pueblo a unos veinticinco minutos de distancia. ¿Qué hacía William Watson hoy aquí en Stanwell? Encuentra la casa en Google Earth y amplía la imagen. Es grande e independiente. Este tipo tiene dinero. Rechina los dientes. Riqueza que proviene de lo que robó a sus padres.

Reemplaza la dirección en la barra de búsqueda con *William Watson*. Lo encuentra en un instante. Ahí está: propietario de treinta y un años de una empresa de andamios. Hace un cálculo rápido. Eso significa que tenía dieciséis años cuando entró a robar en esta casa y disparó a su madre. Niega con la cabeza. Dieciséis años. Era tan joven, debía de estar aún en el instituto. Debía de estar trabajando para alguien. El sabor a bilis le quema la garganta. Es difícil de imaginar. Pero no es inaudito que personas tan jóvenes estén involucradas en delitos graves, especialmente hoy en día. Las noticias diarias que lee en internet están plagadas de atracos, apuñalamientos y actos de incendio provocado, todos llevados a cabo por menores.

Niños perturbados de familias disfuncionales.

Violet resopla. Un poco como ella.

Sigue el enlace a la página de Facebook de William Watson. Su foto de perfil lo muestra de la mano con una mujer mientras pasean por un parque. Un niño pequeño va a horcajadas sobre sus hombros. La mujer es guapa. Entrecierra los ojos, acercando la cara a la pantalla. Guapa de ojos azules, pelo rubio y mejillas sonrosadas. Justo como solía ser mamá. No solo su memoria se lo dice, sino también todas las fotos que adornan el piano de mamá en el salón.

Desliza los dedos sobre el ratón del ordenador, desplazándose por sus publicaciones. Aparte de alguna foto ocasional de él y su mujer, Tiffany, y su hijo, Leo, principalmente utiliza su página para fines comerciales. A menos que necesites andamios, hay poco de

interés. Pero Violet no puede evitar volver a las fotos personales, deteniéndose para mirar a la familia feliz.

No es justo.

No merece ser feliz.

Mira fijamente su foto de perfil. —¡William Watson! ¿Cómo has podido vivir contigo mismo todos estos años?

Imprime una copia de la cabecera de Facebook, esperando que Rose no pueda oír la impresora ponerse en marcha. Mientras espera, saca unas tijeras del cajón. Cuando la impresora expulsa el papel, recorta la imagen de William Watson y la pega en la línea temporal de la pared, junto a la fecha de hoy.

Dando un paso atrás, considera sus opciones.

Podría ir a la policía. Denunciarlo. Pero la policía ha sido inútil durante todos estos años. Completamente inútil. Simplemente no confía en ellos con las nuevas pruebas.

No. Tiene mejores planes para William Watson.

Planes sobre los que ha estado fantaseando todos estos años.

Y con el decimoquinto aniversario aproximándose rápidamente, el momento es simplemente perfecto.

11

ROSE

Entro y salgo de episodios de sueño agitado plagados de pesadillas. En una, V encontró la pistola de papá antes que yo. La usó. Pero la cara de la persona a la que disparó permaneció oculta en las sombras de nuestra casa. Me desperté empapada en sudor, entrando en pánico. Por una fracción de segundo, pensé que era real. Que realmente había conseguido la pistola de papá. Dios no lo quiera. Pero solo era la horrible pesadilla jugando con mi mente. Ni siquiera sabe que la pistola está ahí.

Estoy agotada cuando Jamie me recoge para llevarme al trabajo.

—Tienes una pinta horrible —dice mientras subo al coche.

—Qué amable por tu parte decirlo. —Es la única persona que podría hacerme reír con lo mal que me siento. El estómago no deja de darme vueltas. No puedo creer lo que papá me ha pedido que haga.

—¿Cómo está tu padre? —pregunta.

—No muy bien. —Se me quiebra la voz—. No creo que vaya a llegar a ver la Navidad.

—Lo siento, cariño. —Alarga el brazo hacia atrás y saca una bolsa de papel verde y blanca del asiento trasero—. Toma. Esto te animará. —Abre la bolsa—. Ayer dijiste que no habías comido un

pastel de frutas este año. Eso es un sacrilegio. Así que nos he comprado uno a cada uno. Recién salidos del horno.

—Es un poco temprano para mí.

—Tonterías. —Me pasa el contenido por debajo de la nariz—. Come.

Le doy un mordisco. La masa de mantequilla se desmenuza y se derrite en mi boca.

Él se mete el otro pastel entero en la boca y se incorpora a la carretera. Después de tragar, dice: —Deberías haberte tomado el día libre.

Miro la llamativa bola de Navidad que cuelga del retrovisor. —Me sentiría demasiado culpable. —Aumentaría la pesada carga que el personal ya lleva sobre sus hombros. Además, me encanta mi trabajo. Y, aunque me entristezca admitirlo, prefiero estar en el trabajo que en casa. Especialmente durante la temporada festiva. Es la única oportunidad que tengo para celebrar la Navidad como es debido—. Ya sabes cómo es cuando alguien se pone enfermo.

—Tu alma es más pura que la nieve recién caída, Rose Sapphire.

—¡Qué tópico! Y por cierto, es nieve marrón asquerosa, mírala.

Se ríe. —¿Cómo te sientes después de lo de ayer?

Me toco el corte de la cara. La única evidencia visible del accidente. Duele, pero sanará. —Aparte de no querer conducir nunca más, he salido bastante ilesa.

—Necesitas volver a conducir inmediatamente. Volver a montar a caballo y todo eso.

Bajo el parasol y me miro en el espejo. Tiene razón. No tengo buen aspecto en absoluto.

Gira hacia Chase Hill, la residencia de ancianos donde he trabajado desde que dejé el instituto. Mi trabajo como auxiliar de enfermería es variado. No hay dos días iguales. Jamie es el supervisor de actividades. Es quien inyecta la sensación de bienestar en el lugar, organizando eventos diarios, desde yoga en silla de ruedas hasta salidas al cine o a lugares de interés local para mantener a los residentes activos y entretenidos. Es como el Papá Noel residente. Todo el mundo le quiere, y es particularmente bueno

con las personas más jóvenes, muchas de las cuales padecen enfermedades y discapacidades horribles que limitan sus vidas.

Chase Hill rebosa alegría festiva, cortesía de Jamie, quien es un adicto confeso a la Navidad. Su entusiasmo por esta época del año es contagioso. Si no fuera por el deterioro de la salud de papá, esta sería la mejor Navidad que puedo recordar. Normalmente, es un asunto bastante triste. En Nochebuena, V se vuelve hacia dentro, como si el día desencadenara recuerdos no deseados contra los que no puede luchar, y mamá se apaga, negándose a comer, su forma de mostrar que es consciente de que ha pasado otro año desde aquella noche catastrófica. Se niega a levantarse de la cama, poniéndose rígida cuando intentamos levantarla. Así que durante dos días se queda ahí mientras yo intento evitar que desarrolle úlceras por presión entre cocinado y cocinado de las comidas navideñas. Papá, cuando está presente, y V no son de mucha ayuda. La Navidad les recuerda demasiado lo que le pasó a mamá, y nunca han podido celebrarla plenamente desde los acontecimientos de aquella horrible noche. A menudo, papá ha trabajado fuera. Y lo máximo que puedo conseguir de Violet es que se siente conmigo en el sofá del cuarto de mamá y vea una película festiva.

Me encanta trabajar aquí. Antes de que papá enfermara, incluso me apunté para un turno de mañana temprano el día de Navidad. Solo por un par de horas, ya que la tía Audrey pasará el día de Navidad con nosotros este año, al ser el primer año sin mi tío.

Un gran árbol artificial domina el área de recepción, adornado con todos los brillos y fantasías de la Navidad: espumillón y bolas, luces y lazos, y un hada gigante que se alza sobre todo el conjunto. Pero la idea de lo que mi padre me ha pedido que haga estropea el ambiente festivo.

Jamie rompe a cantar en varios intervalos. Su voz resuena por los pasillos mientras empiezo la ronda matutina de medicamentos con una de las enfermeras. Su canto es como una alegre emisora de radio sonando constantemente, pero ni siquiera este melodioso sonido puede levantar mi ánimo hoy. Mi mente está demasiado ocupada pensando en cómo voy a encontrar esa pistola con V

alrededor. Tendré que hacerlo cuando ella esté en el trabajo una tarde.

No puedo ni siquiera pensar para qué podría haberse usado. Empujo al fondo de mi mente el fugaz e inimaginable pensamiento de que pudiera haber jugado un papel en la muerte de mi madre. No puedo torturarme de esa manera.

Justo antes del almuerzo, la jefa de personal me llama a su oficina. Es una imponente mujer griega, construida como un búnker nuclear. Pero por dentro, es suave como la arena. —He oído lo de tu accidente de ayer y lo de tu padre.

Gracias, Jamie.

—¿Cómo está? —pregunta.

Resumo la condición de mi padre, tratando de contener las lágrimas. La falta de sueño ha intensificado mis emociones.

—Si necesitas tomarte tiempo libre, solo házmelo saber.

—Es muy amable de tu parte.

—De hecho, termina temprano hoy. Pareces agotada. Haré que uno de los trabajadores del turno de tarde venga antes. Ve y pasa tiempo con tu familia.

—No estoy segura de poder trabajar el día de Navidad ahora.

—Lo tendré en cuenta cuando haga los horarios. —Me despide de su oficina con un gesto de la mano—. Lo digo en serio. Ve a casa.

No puedo decirle cuánto me deprime aún más la idea de ir a casa.

12

VIOLET

El dolor sordo en el cuello, presente desde el accidente, se ha extendido al lado derecho de la cabeza de Violet, y los mareos acompañan episodios intermitentes de náuseas. Le cuesta concentrarse. Quizás debería haberse quedado la noche en el hospital. Pero no había forma de que pudiera dejar a su madre.

Está sentada en su coche, helada de frío. La calefacción está estropeada y no ha tenido dinero para repararla. Llama a Cressida, cuya casa adosada de cuatro plantas en el lado opuesto de la ciudad limpia una vez por semana. —Lo siento. No puedo ir hoy.

Dejó el instituto a los dieciséis. Técnicamente no estaba permitido, pero poco después de cumplir los catorce, empezó a faltar a clase y, poco a poco, todos se dieron por vencidos con ella. Lo único que quería era estar en casa con mamá. Pero por acuerdo mutuo con papá, si al menos conseguía un trabajo a tiempo parcial, él dejaría de intentar obligarla a ir al colegio. Así que empezó a trabajar para Shiny Surfaces, limpiando en la escuela primaria local entre las cinco y las siete de la tarde cada día, y nunca lo ha dejado. Hay algo tranquilizador en la monotonía de pasar la aspiradora, fregar y quitar el polvo, donde puede perderse en su pequeño mundo.

Pronto se corrió la voz de que era buena en lo que hacía, y la tía Audrey le encontró otro trabajo de limpieza una mañana a la semana para una señora de su iglesia. Los clientes privados fueron aumentando hasta que todas las mañanas de los días laborables estaban ocupadas. Con todos sus defectos, a Violet Sapphire se la considera fiable y le dicen que su atención al detalle es admirable.

—¿Qué ocurre? —pregunta Cressida con su voz refinada.

—Tuve un accidente de coche ayer. Y mi padre está enfermo —le explica la situación—. No creo que vuelva antes de Navidad.

Debería estar acostumbrada a mentir a estas alturas. Su vida es una mentira. Pero a pesar de ello, no le gusta defraudar a la gente. Es algo que le inculcó su padre. No porque le diera sermones sobre actuar siempre con moralidad, sino porque le enseñó cómo se siente uno cuando alguien en quien confías te decepciona terriblemente.

—¡Un accidente! ¿Estás bien?

—Sí. Solo me golpeé la cabeza. No es tan grave. Pero necesito estar con mi padre.

—No se puede evitar, querida —dice Cressida—. Por favor, mantenme informada.

Violet transmite el mismo mensaje a su jefe, Pete, de Shiny Surfaces. Es comprensivo y le dice que se mantenga en contacto.

Busca Google Maps en su teléfono. La cabeza le martillea. Probablemente debería hacérsela revisar. Eso es lo que dijo la enfermera, si recuerda correctamente. En realidad no estaba prestando atención. Solo quería llegar a casa mientras la mujer insistía en evitar maquinaria pesada y descansar mucho. Descanso. Eso es lo último en la agenda de Violet.

Ya ha trazado el recorrido de veinticinco minutos hasta Radstone. Todavía no puede creer que el hombre responsable del horrible destino de su familia viva a menos de media hora de distancia. Sintoniza Classic FM y sale marcha atrás de la entrada. Hay algo catártico en escuchar música clásica mientras planifica su venganza. Incluso si el canal emite música navideña de vez en cuando.

Will Watson va a pagar.

Las condiciones para conducir son malas. La nieve se ha descongelado, dejando un desastre fangoso en las carreteras. Pero

pronto caerá más. Bosteza. Se quedó despierta hasta tarde anoche, hasta la madrugada, buscando todo lo que pudo sobre William Watson —Will, como se hace llamar— pero encontró poco más que enlaces a su negocio, así que se concentró en su página de Facebook, mirando fijamente las fotos de él y su familia mientras hacía sus planes.

Planes para la venganza de su familia.

Alguien tiene que hacerlo. Mamá no puede. Papá tampoco, ahora. Y Rose... bueno, su hermana pequeña es demasiado buena persona.

Llega a Ridgeway poco después de las diez de la mañana y aparca junto a una hilera de árboles. Las casas en esta sección de la calle son viviendas eduardianas adosadas con fachada doble y arbustos de hoja perenne que separan las considerables entradas. Mira con furia el número 12. Todas las ventanas tienen esas persianas brillantes y caras, y apenas puede distinguir la elegante corona navideña en la elaborada puerta principal que está bordeada por dos estrechas ventanas verticales de vidrio emplomado.

Un reluciente SUV negro está aparcado en la entrada. Debe de ser el coche de su mujer. O podría ser un coche de alquiler. El coche de Will habría sido llevado a un taller para ser reparado. El coche de papá está irreparable, lo que no le sorprende. Cuando habló con la compañía de seguros esta mañana, le dijeron que están gestionando un coche de alquiler.

Está hipnotizada. Durante tanto tiempo ha fantaseado con estar en esta posición: sentada frente a la casa del hombre que arruinó su vida. Noche tras noche, ha permanecido acostada en la cama, estudiando las sombras proyectadas en el techo, y en algún momento, los recortes de periódicos y fotos del caso de mamá, preguntándose si se estaba engañando a sí misma pensando que esto sucedería algún día. Pero ha ocurrido. Y se siente mejor de lo que jamás imaginó. El poder que ahora tiene es como un cuchillo con una hoja recién afilada.

Después de unos quince minutos, vuelve a arrancar el motor y conduce hasta el final de la calle, gira la esquina y se dirige a la calle a la que dan las partes traseras de las casas. Es más un camino de

tierra que una calle y da a un campo de golf que lleva a una zona boscosa.

Cuenta las casas y calcula cuál es el número doce. Tiene un jardín trasero más pequeño de lo que pensaba. Eso es porque la casa ha sido ampliada. Pero claro, con un bosque en la puerta, ¿quién necesita un gran jardín trasero? Sus manos agarran el volante cada vez más fuerte hasta que le duelen. Will Watson realmente ha progresado mucho.

Aparca el coche más adelante en la calle y se baja, abre el maletero y se pone el viejo abrigo acolchado con capucha que solía ser de mamá. No lo ha limpiado desde la última vez que su madre lo llevó cuando Violet la llevó a una cita médica a principios de año, y todavía huele a su perfume de Britney Spears. Del bolsillo saca su gorro, un gorro de punto negro liso, y se lo pone, metiendo sus largas mechas por la espalda del abrigo.

Se desliza sigilosamente por la parte trasera de las casas, aminorando el paso al acercarse al jardín del número 12. Siente un hormigueo por dentro como si tuviera alfileres y agujas en el vientre. Todos los jardines tienen vallas de estacas o ninguna valla en absoluto. No es lo mejor para la seguridad, pero es un lugar bastante aislado y los propietarios disfrutan de la hermosa vista que se extiende más allá del campo de golf hasta los campos y el bosque.

Una pequeña cama elástica y un columpio para niños dominan el jardín, junto con un jacuzzi y uno de esos lujosos sofás de jardín que está cubierto con una lámina impermeable. Violet aprieta la mandíbula. Will Watson realmente ha triunfado.

La parte ampliada de la casa proporciona una gran cocina/comedor con puertas plegables que se extienden a lo largo de la parte trasera, lo que ofrece unas vistas impresionantes desde la mesa del comedor.

La mujer de Will, Tiffany, va y viene por la habitación con un chándal de diseño —de esos con la marca escrita en el trasero— mientras Leo juega junto a las puertas plegables. Una gran variedad de luces de colores, que deben haber tardado una eternidad en colocar, se extienden desde la cocina hasta el comedor y hasta el

impresionante árbol de Navidad en la esquina. Junto al árbol hay una estufa de leña.

Parece una escena de *Solo en casa*.

El corazón de Violet da un vuelco. Jadea en voz alta.

Nunca se dio cuenta de esto en las fotos de la página de Facebook de Will. Pero no hay duda.

El vientre de Tiffany está hinchado.

Igual que estaba el de mamá la noche que le dispararon.

Eso lo cambia todo.

13

ROSE

El estado de papá ha empeorado. Lo veo en la palidez grisácea de su rostro. —El médico vendrá a hablar con vosotros pronto —dice la enfermera que lo cuida después de informarme sobre la noche que ha pasado.

Me siento junto a su cama y tomo su mano. Las venas oscuras sobresalen a través de su piel, fina como el papel. El olor de la muerte inminente flota en el aire: un olor dulce y húmedo con el que estoy bien familiarizada, pero no de un miembro de la familia. —¿Puedes oírme, papá? —aprieto suavemente su mano.

Gruñe.

—V estaba en casa cuando llegué anoche, así que no pude buscar eso que me pediste. —No puedo obligarme a decir la palabra. Parece surrealista estar aquí sentada hablando de un arma con mi padre. Nuestras conversaciones normalmente giran en torno al fútbol o las películas que vemos juntos. Probablemente debería usar el tiempo pasado aquí —veíamos juntos— porque si lo pienso bien, hace mucho tiempo que no hacemos eso.

Vuelve a gruñir.

—Papá, escucha. Lo investigué. No puedo llevar el... esto... a una comisaría. Me metería en problemas. Necesito llamar a la policía para que vengan a retirarlo.

—No. —Sus ojos se abren. Ahora están hundidos en su rostro—. Tíralo... —Se detiene para tomar aliento—. Al río.

—¿Cuál es la historia detrás de esto, papá? —Mi voz tiembla—. Tengo que preguntártelo. ¿Era el arma que se usó para disparar a mamá?

Me mira horrorizado. Si es la última mirada que me da, nunca podré perdonármelo. —Solo haz... haz lo que te digo.

La tía Audrey está sentada con mamá viendo la tele cuando llego a casa. —¿Dónde está V? —pregunto—. Debería haber vuelto a mediodía.

—Me pidió que me quedara un par de horas más. No tenía nada que hacer hasta más tarde, así que no me importó.

—¿Adónde ha ido? —Mi hermana nunca va a ningún sitio que no sea el trabajo.

—No lo dijo. —La tía Audrey se levanta—. Ven a la cocina un momento. —La sigo—. ¿Has hablado con V sobre Abbeyfields? —pregunta.

Dejo escapar un gemido bajo. —Saqué el tema justo antes del accidente. Pero me cortó en seco.

—Pero es como si estuviera hecho para tu madre. Y tienen una plaza. No suelen quedar libres con frecuencia. La perderemos si no la aseguramos. Podría mudarse después de Navidad.

Niego con la cabeza. —No veo a V aceptándolo nunca.

—Pues tiene que hacerlo. Hay que ser realistas, Rose. No me estoy haciendo más joven, y sin tu padre, no podemos seguir así. Y vosotras, las chicas jóvenes, tenéis vidas que vivir.

—Pero V no lo ve así. Tú lo sabes. Mamá es su vida. Incluso sugirió dejar el trabajo para cuidarla a tiempo completo.

Una mirada de exasperación cruza el rostro de la tía. —Eso no puede ocurrir. No podría soportarlo. Déjame hablar con ella.

—¿Puedes quedarte con mamá un poco más? Necesito hacer algo.

—Tengo que ir a la iglesia. Es una época ocupada del año.

—No tardaré mucho.

Me echa de la habitación con un gesto de la mano. —Venga... ve y haz lo que tengas que hacer.

Llamo a V mientras subo las escaleras corriendo. No estoy segura de que deba conducir tan pronto después del accidente. La llamada va directamente al buzón de voz otra vez. ¿Dónde demonios está? Dejo mi bolso en mi dormitorio y me dirijo al piso superior.

Me quedo en la puerta del trastero, mirando la masa de trastos por la que tengo que abrirme paso para llegar al armario del desván y encontrar esta pistola. Ni siquiera sé por dónde empezar. Por el principio, diría Jamie. Empieza por el principio.

Necesito despejar un camino para llegar al armario, pero eso llevará tiempo, y no sé cuánto tengo. V podría volver en cualquier momento.

Respiro hondo. Cuanto antes encuentre esta pistola, antes podré hacer algo al respecto.

14

VIOLET

Tiffany sale de la habitación.

Violet entra en el jardín, deslizándose junto al seto para mantenerse fuera de vista. Su pulso late en su garganta, haciéndola sentirse mareada. Lo está disfrutando. El miedo y la gratificación mezclados ante lo que deparará los próximos trece días forman un cóctel de placer que no anticipaba que sabría tan delicioso.

Un mueble de almacenamiento alto se encuentra junto al jacuzzi. Se desliza hacia un lado de este, desde donde obtiene una vista satisfactoria de la iluminada cocina-comedor. Es una habitación moderna y espaciosa, con unidades blancas brillantes y una enorme nevera-congelador de estilo americano. Dos claraboyas proporcionan abundante luz natural, y una mesa larga y ancha está colocada en paralelo a las puertas plegables.

Observa a Leo jugando con un circuito de tren montado sobre una alfombra en el suelo de baldosas. No tiene tiempo para niños, pero debe admitir que es mono, sentado jugando inocentemente en su pequeño mundo con sus vaqueros holgados y su jersey a rayas.

Un pensamiento verdaderamente perverso golpea su oscura mente. ¿Qué tan fácil sería llevarse a un niño?

Leo empuja un tren y su carga hacia adelante y hacia atrás a lo largo de la vía de plástico azul. —Chucu-chucu —susurra Violet.

Tiffany reaparece, con un abrigo de lana color caramelo cubriendo ahora su vientre hinchado. Habla con su hijo y le entrega su abrigo. Él se resiste. Ella lo levanta. Sus pequeños pies patean en protesta. Le besa la frente y lo abraza, calmándolo contra su pecho. Parece estar cantándole, su cabeza balanceándose de lado a lado mientras sus labios se mueven. Finalmente él se rinde y permite que le ponga el abrigo.

Violet agarra el lateral del mueble de almacenamiento y toma algunas respiraciones profundas. Su corazón late con fuerza, pulsando en sus oídos mientras observa el espectáculo de madre e hijo.

Es repugnante.

Eso es lo que el marido de esta mujer le robó a su madre, les robó a todos: la vida de su hermana pequeña creciendo.

Tiffany se gira como si sintiera su presencia. Violet retrocede rápidamente, rezando por no haber sido vista.

Las puertas plegables se abren con un susurro. —¿Hola? —Su voz es suave y cordial como si estuviera saludando a una amiga—. ¿Hay alguien ahí?

No debe encontrarla. Arruinaría los planes de Violet, y todo esto habría sido en vano. Violet retrocede unos pasos más y se desliza en el espacio detrás del mueble de almacenamiento, donde las espinas de una zarza de moras han invadido el lateral de la estructura de madera.

—¿Hola? —repite la voz amistosa. Los tacones de sus botas resuenan por el patio hacia el mueble de almacenamiento y se detienen.

—¿Quién está ahí, mami?

—El hombre del saco —dice Violet, más bajo que un susurro, conteniendo una risa nerviosa.

—Nadie, cariño. —Las botas de Tiffany raspan el suelo—. Vamos, vámonos. Vamos a llegar tarde.

Los pasos regresan hacia la casa. Las puertas plegables se cierran con un susurro y un golpe. Violet espera un par de minutos antes de escabullirse desde detrás del mueble y asomarse

lentamente por un lado. La cocina ahora está a oscuras. Tiffany y Leo están de camino a salir.

Violet se desliza ágilmente de vuelta a lo largo del seto y el camino de tierra hasta su coche y regresa a la calle que da a la casa.

Tiffany habla con Leo mientras lo abrocha en su silla infantil. O quizás sigue cantando. Está tan claro como el deseo de venganza que infecta el alma de Violet que esta mujer es una buena madre. Como la suya lo fue una vez.

Recuerdos tempranos de mamá vuelven a su mente de golpe. Como siempre, son abrumadores. Mamá cantándoles a ella y a Rose durante el baño nocturno. Mamá recogiendo flores del jardín y colocándolas en un jarrón sobre la mesa de la cocina.

El amargo resentimiento que habita en el núcleo de Violet está tan arraigado como la Nochebuena en que su madre recibió un disparo.

Una vez que Leo está instalado, Tiffany va trotando hacia la puerta principal, comprobando que la ha cerrado con llave. Regresa apresuradamente al coche, se gira y hace una pausa, mirando arriba y abajo de la calle. Sacude la cabeza, entra en el coche y sale marcha atrás del camino de entrada.

Violet tiene cuidado de seguirla, manteniéndose dos coches por detrás. Todavía no está segura de cómo se desarrollará esto exactamente. Pero ha dado un comienzo y tiene un objetivo final. Solo necesita averiguar el desarrollo intermedio, creando tanto dolor y tortura como sea posible antes de llegar allí.

Tiffany conduce hasta un centro deportivo, aparcando en una plaza para madres con niños.

Pero no es un centro deportivo municipal como el que hay en la ciudad donde la tía Audrey solía llevar a Violet y a su hermana a nadar cuando eran pequeñas. Ese cutre donde el pelo de otras personas se te pegaba a los pies en las duchas. ¡No! Este es uno de esos centros privados donde la cuota de inscripción probablemente cuesta más que el sueldo mensual de Violet.

Violet aparca en un hueco al otro lado del estacionamiento. Se quita el gorro y se recoge el pelo en un moño en la nuca. Nadie adivinaría jamás lo largo que es en realidad. Se envuelve en el

abrigo enorme de mamá y se apresura para seguir a Tiffany y a su hijo hasta el gran edificio construido específicamente para ese fin.

Entran por las puertas correderas, pasan por un torno y siguen un cartel que dice *Guardería.*

Esto es perfecto.

Violet se acerca a la recepcionista. —¿Puedo ayudarla? —pregunta la mujer burbujeante, con una voz aniñada, aguda e irritante. Parece y suena como si todavía debiera estar en el colegio con su constitución menuda y su hermosa piel clara. El tipo de cutis que Violet siempre ha envidiado. Los granos que plagaron y atormentaron sus primeros años de adolescencia nunca han desaparecido.

—Me interesa apuntarme al gimnasio —dice Violet.

La mujer le entrega un folleto y señala una página web marcada en la portada. —Ahí debería encontrar todo lo que necesita.

Violet estudia el folleto. —¿Y tenéis servicio de guardería?

Los dos moños oscuros que sobresalen a los lados de la cabeza de la mujer se balancean cuando asiente. —Sí. Una guardería para niños de doce semanas a cuatro años. Pero es muy solicitada, así que hay que reservar.

—Me gustaría apuntarme lo antes posible. ¿Podría ver las instalaciones?

Ahora tiene el interés de la mujer. Violet nunca ha sido de perder el tiempo.

—Claro. Veré si alguno de nuestros encargados de socios está disponible. ¿Qué tipo de membresía le interesa?

Violet se encoge de hombros.

—Tenemos programas mensuales: oro, plata y uno más básico de bronce, o también pago por uso.

—Todavía no lo tengo claro.

La mujer coge un teléfono y marca un número. —¿Puedo preguntarle su nombre?

—Summer —suelta Violet. Siempre le ha encantado ese nombre. Si alguna vez tuviera una hija, así la habría llamado. Pero nunca la tendrá, así que no importa que lo use ahora—. Summer Smith. —

Mejor mantenerlo simple. Su pulso se acelera. No puede creer que esté aquí, haciendo esto. Está completamente eufórica.

La recepcionista cuelga el auricular. —Mi compañero está ocupado en este momento, pero podría enseñarle las instalaciones en unos quince minutos. ¿Tiene tiempo para esperar?

Violet asiente.

La mujer señala la cafetería al lado del mostrador de recepción. Es un hervidero de actividad. Un par de hombres mayores toman café tranquilamente, pero está principalmente lleno de mujeres con las mejillas sonrosadas bebiendo asquerosos batidos verdes y madres con niños comiendo palitos de zanahoria o bolsas de patatas fritas.

—Consultaré las opciones de membresía en línea mientras espero —dice Violet.

Pide un café solo y toma asiento en el borde del grupo. Saca su teléfono del bolsillo y hace clic en Google. Pero no entra en la web del gimnasio. En su lugar, hace clic en Amazon, buscando mientras espera pacientemente.

Sus ojos se ensanchan. No se dio cuenta de que sería tan fácil. Realmente se puede comprar cualquier cosa en Amazon. Añadiendo el artículo a su cesta, continúa buscando. También necesita unos prismáticos para su operación encubierta. No puede evitar sonreír. Esto va a ser muy divertido. Aparece una página de prismáticos. Selecciona los más baratos y los añade a la cesta. Esto la va a llevar al descubierto, pero ya no le importa.

Solo hay una cosa que importa ahora. Y es asegurarse de que Will Watson pague un alto precio por lo que hizo.

Antes de que se dé cuenta, aparece un tipo fornido llamado Jay con bíceps y pectorales demasiado grandes para su camiseta ajustada. —¡Summer Smith! —Aparta su mata de pelo despeinado de los ojos con un movimiento brusco y bien ensayado de la cabeza —. ¡Qué nombre tan genial. —Toma la silla frente a ella—. Bueno, ¿en qué estás particularmente interesada?

—En la guardería y el gimnasio —dice ella.

—¿Qué edad tiene tu peque? —pregunta él.

—Oh, todavía no ha nacido. —Pone una mano sobre su vientre, agradecida por el abrigo largo de su madre—. No nacerá hasta dentro de cuatro meses.

15

VIOLET

Violet se pasa la mano por el vientre, preguntándose si le ha dado la cifra correcta. Quizás debería haber dicho que le quedan otros cinco meses. No sabe lo suficiente sobre estas cosas. Es su tarea para más tarde hoy.

Cada día, está aprendiendo cómo planear la venganza perfecta. Es completamente estimulante.

—Enhorabuena —dice Jay—. ¿Sabe lo que va a tener?

Ella niega con la cabeza. —No. Decidimos dejarlo como sorpresa.

—Yo tengo un pequeñajo. Tiene dos años ahora. Un pillín, pero lo mejor que nos ha pasado nunca.

La gente dice eso a menudo. Prunella, una de sus clientas, lo dijo hace apenas una semana sobre su hijo de cinco años, al que Violet solo puede describir como una maldita pesadilla. Sucio, ruidoso, bullicioso. No puede imaginar nada peor que tener que responsabilizarse de otro ser humano. Con su madre ya tiene suficiente.

Jay continúa. —Mi mujer era igual que usted. Quería que el sexo fuera una sorpresa, pero yo tenía que saberlo. ¿Es su primero?

Ella asiente.

—Le queda tanto por disfrutar.

Este tío está loco.

La visita suena aburrida. Solo tardará diez minutos, le dice. —Empecemos por la guardería. A ver si le gusta. Es un sitio estupendo. No lo digo por decir, pero yo dejaría a mi hijo allí.

No para de hablar durante todo el camino hasta la guardería, que está ubicada en una sala del tamaño aproximado de una pista de squash. Está dividida en tres secciones según la edad de los niños. Los bebés durmiendo en sillitas o siendo acunados por un miembro del personal ocupan una sección. Los niños pequeños otra, y la tercera sección más grande es para los niños mayores y activos, que corren como pollos sin cabeza. El ruido es estruendoso, irritando sus nervios a flor de piel. Nunca podría trabajar en un sitio como este. Que le den unos auriculares y una aspiradora cualquier día.

—Quizás quiera quitarse el abrigo —dice él—. Aquí puede hacer un calor sofocante.

Ella se abraza fuertemente la cintura. —Estoy bien, gracias.

Él le lanza una mirada extraña. La encuentra rara. Como la mayoría de la gente. Siempre ha sido así. —Vamos a la sección de bebés —dice—. Probablemente sea el mejor lugar para que empiece.

Este tipo tiene el don de la palabra, pero ella no está escuchando. Su atención está en Leo, el vástago del hombre por quien siente un odio tan absoluto. El niño está saltando por la sección de los pequeños, de la mano de otro crío, cantando de manera molesta *Cuando Papá Noel se quedó atascado en la chimenea* pero mezclando todas las palabras.

Tiene que salir de aquí.

Una de las empleadas empieza a hablarle. Sus hombros se tensan. La presión aumenta en su cabeza. No soporta los ruidos superpuestos: bebés llorando, niños gritando, el personal cantando... son ensordecedores, intensos, insoportables. Su respiración se acelera. Necesita escapar. Se vuelve hacia Jay. —Es genial. ¿Podemos continuar? Tengo que ir a una cita después de esto.

Respira profundamente, calmándose, mientras la visita continúa hacia el gimnasio. No puede permitir que sus ansiedades arruinen esta oportunidad. No puede.

Finge ser curiosa, haciendo preguntas relevantes, pero ejercitarse frente a otros en un ambiente sudoroso y maloliente nunca le ha atraído. No es que no le interese hacer ejercicio, todo lo contrario. Hace ejercicio a diario. Obsesivamente, dice su padre. Pero en la intimidad de su dormitorio donde completa rigurosas sesiones de HIIT donde nadie más puede verla; o corre por las calles cuando está oscuro.

Lo siguiente es la piscina y luego los vestuarios. La visita se está haciendo eterna, pero se vuelve interesante cuando Jay señala la pesada puerta por la que Tiffany acaba de entrar. —No puedo entrar ahí, pero podría echar un vistazo rápido si quiere.

—Claro.

Empuja lentamente la puerta. La sensación embriagadora de antes regresa. Un cálido resplandor que se agita dentro de ella.

Tiffany está de pie frente a un gran espejo situado encima de un tocador con asientos acolchados y una fila de secadores de pelo. Violet se escabulle detrás de una hilera de taquillas. Tiffany no puede verla, pero Violet puede verla desde el espejo lateral. Se está volviendo bastante buena en esto de espiar.

Tiffany lleva unos shorts deportivos de talle alto y una camiseta sin mangas ajustada. Se le nota perfectamente la barriguita. Se cepilla su larga melena rubia y se hace una coleta. Lo que daría Violet por tener un pelo así. Nunca ha conseguido que su cabello lacio brille de esa manera. Es tan inerte como su madre.

La mujer detrás de Tiffany se pone unos vaqueros y menea el trasero para encajarlos bien.

—¿Qué hay de nuevo en tu mundo, Jacqui? —pregunta Tiffany—. ¿Todo listo para el gran día?

—Qué va. Ni siquiera he empezado con las compras navideñas. Y no me hagas hablar de Lewis. Sigue dándome la lata.

—¿Qué está tramando ahora?

—Tiene una nueva idea de negocio, así que el dinero que hemos estado ahorrando para decorar la casa ahora va a parar a eso.

Tiffany pone los ojos en blanco.

—Me alegro de verte, de todos modos. ¿Te apetece un café? —pregunta Jacqui.

—No puedo. Voy con prisa —Tiffany se pone unos pantalones de chándal de terciopelo—. Tengo que recoger a Will del trabajo y llevarlo al taller para que recoja un coche de alquiler. Ni siquiera he tenido tiempo para un entrenamiento completo.

—¿Qué le pasa a su coche?

—¿Lewis no te lo ha contado? Tuvo un accidente.

—¡Oh, no! No me dijo nada —dice Jacqui—. ¿Está bien? ¿Qué pasó?

—Está conmocionado. Una chica joven se metió en el carril equivocado en una rotonda. Él chocó contra ella.

—¡Dios mío! ¿Alguien resultó herido?

Tiffany niega con la cabeza. —Will habló ayer con la conductora para comprobarlo.

Rose nunca mencionó eso. Es extraño pensar que habló con el hombre que asesinó a su hermana nonata sin saberlo. Pero Violet no puede revelarlo. Rose le haría seguir los canales adecuados: contárselo a la policía. Eso no puede ocurrir. Al final, ¿qué conseguiría? Una patética condena de prisión. No. Violet se niega a conformarse con eso. Ese animal merece sufrir.

Tiffany continúa. —La otra pasajera se desmayó, pero la conductora dice que le dieron el alta del hospital, así que todo el mundo está bien. Por suerte. Will dijo que podría haber sido mucho peor.

—Menos mal. No queréis tener eso encima cuando os vayáis de viaje —dice Jacqui.

—Exacto —dice Tiffany.

—Lewis me comentó que Will ha reservado el hotel. Cinco estrellas, qué suerte tienes, joder.

Tiffany abre un estuche y se aplica colorete en las mejillas. Tiene unas mejillas preciosas, prominentes con una suave plenitud, no afiladas y angulosas como las de Violet. —Sí. Todo arreglado. Volamos el día después de Navidad. De Heathrow a Bangkok, y luego un vuelo rápido de una hora a Koh Samui.

Jacqui suspira profundamente. —El paraíso.

—Ya lo sé. No puedo esperar. Will lo necesita. No ha tenido ni un descanso en todo el año.

Violet aprieta la mandíbula.

—Ojalá Lewis y yo pudiéramos ir con vosotros —Jacqui suspira profundamente—. Echaré de menos no teneros cerca en Navidad. No será lo mismo. Karen también lo dijo.

—Estaremos juntos en Nochebuena y el día de Navidad como siempre —responde Tiffany.

Estas dos deben de ser cuñadas. Violet saca el móvil del bolsillo y les hace una foto.

—He oído que vais a volar en clase business —dice Jacqui.

Tiffany se pone brillo en sus carnosos labios. Violet mataría por tener labios así. Y encima son naturales. Los suyos son finos y están agrietados por este clima frío. —Sí. Will iba a sorprenderme, pero se le escapó. Soy muy afortunada. Es una joya.

Violet se contiene para no rugir de ira. Qué imagen tan maravillosa pinta esta mujer de su marido. Cuando Violet sabe que él fue el responsable del cascarón que una vez fue su madre y del asesinato a sangre fría de su hermana nonata.

Si Tiffany Watson cree que se van a largar a Tailandia por Navidad, está muy equivocada.

16

ROSE

La habitación está a oscuras y el aire está viciado. Enciendo la luz, una sola bombilla tenue que apenas emite un susurro de claridad. No estoy segura de en qué momento este lugar se convirtió en un vertedero. Probablemente cuando papá se dio cuenta de que mamá nunca volvería a subir aquí.

Necesito darme prisa. V volverá pronto.

Intento trepar por encima del desorden para alcanzar el armario bajo el alero, pero es inútil. Con mucho esfuerzo, aparto las cosas. Hay tantísimas cosas. Cajas, bolsas, cajones y maletas, y una colección de equipos diversos, la mayoría de los cuales deberían tirarse a la basura. Me encuentro con una caja de adornos navideños. Al quitar la tapa, rebusco entre las bolas, cintas, lazos y brillantes espumillones. Nunca había visto todo esto antes. Muevo la caja hasta la entrada. Si no causa problemas, quizás pueda sacarlos y decorar un poco la casa. O siempre puedo dárselos a Jamie para que los ponga en el trabajo.

Me topo con una maleta grande. La curiosidad puede conmigo a pesar de que el tiempo no está de mi lado. Arrastro la pesada carga al pequeño rellano rectangular fuera de la habitación, junto a la puerta de mi hermana, y abro los cierres. Está llena de ropa de mamá. Algunas prendas las reconozco de las fotos del salón. Deben

haber estado aquí arriba todo este tiempo, y ninguno de nosotros se dio cuenta. A mamá le encantaría ver todo esto de nuevo. Aunque no podría usarlos. Es la sombra de aquella mujer exuberante y voluptuosa que recuerdo de entonces. Cojo un vestido. Esta ropa se caería de su esquelético cuerpo.

Mi pulso se acelera mientras aparto con cautela más cajas de cartón y contenedores de plástico etiquetados con la letra de mamá: *Niñas. Fotografías. Pascua. DVDs. Juguetes. Libros. Sacos de dormir. Jerry.* Jerry. Siempre pensé que ese nombre no le pegaba a nuestro padre.

Esto no tiene sentido. Podríamos tirar todo esto ahora mismo. Aparte de la ropa en la maleta, nadie volverá a mirar nada de esto. Muevo un par de cajas para juntarlas con la maleta en el rellano y crear más espacio.

Debo tener cuidado. Si V llega a casa antes de que logre llegar al armario, se preguntará qué estoy buscando. No puedo mentir. En cuanto la más pequeña mentira sale de mis labios, un rubor rojo sube por mi cuello, y antes de darme cuenta mi cara parece un tomate magullado.

Recojo un ordenador viejo y voluminoso que parece algo de la Edad Media y lo coloco encima de un montón de cajas. Otro objeto que pertenece a un contenedor del vertedero. Aparto una mesita de esquina y un viejo mantel floreado envuelto alrededor de un rollo de cartón que me resulta vagamente familiar.

Por fin, he abierto un camino hasta el armario. Pero cuando voy a abrir la puerta, encuentro un candado que sujeta las dos asas metálicas. Tiro de él, con la esperanza de que ceda. Quizás pueda forzar la puerta sacándola de las bisagras. Tiro del asa otra vez, pero es inútil. Exasperada, suelto una palabrota en voz alta. Papá tendrá que decirme dónde está la llave.

Tan rápido como puedo, devuelvo los objetos del rellano a la habitación de trastos. Me limpio una capa de sudor de la frente y me detengo momentáneamente para examinar mi trabajo. Ahora hay un acceso despejado al armario, pero, sinceramente, no se ve mucho mejor que cuando empecé.

Salgo de la habitación, cerrando la puerta detrás de mí. Me llevo las manos a la cabeza y exhalo, preguntándome cómo voy a entrar en ese armario, cuando una voz repentina me da un susto de muerte.

Me giro hacia mi hermana que está en el rellano.

Su tono es acusatorio. Y su expresión también. —¿Qué demonios estás haciendo aquí arriba?

17

VIOLET

Violet corre hacia la puerta de su dormitorio. Está segura de que la cerró con llave. Solía asegurarse de hacerlo todo el tiempo, pero perdió la costumbre cuando transfirió el contenido de la pared de su habitación al álbum de recortes y lo escondió. Está abierta. Se gira bruscamente. —¿Has estado en mi habitación?

Rose retrocede unos pasos. —Sabes que nunca entro ahí. Estaba mirando lo que había aquí arriba. Pensé que ya era hora de hacer una limpieza a fondo.

Violet la mira con sospecha. Su hermana siempre ha sido pésima mintiendo. Rose es demasiado pura para mentir. —¿No tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos ahora mismo?

Rose se da una palmada en la cara, sin duda para ocultar sus mejillas sonrojadas. —He encontrado una maleta con ropa antigua de mamá. —Le hace un gesto a Violet para que entre en el trastero y señala una maleta a sus pies. Poniéndose en cuclillas hasta quedar sentada sobre sus talones, Rose abre la cremallera—. Podríamos llevarle algunas de estas cosas.

Violet rebusca entre los vestidos, faldas y blusas. —Es ropa de verano. Y de todas formas, ya no le quedaría nada. Le caería todo.

—¿Dónde has estado todo el día? —pregunta Rose mientras salen de la habitación.

—Trabajando —dice Violet—. Y pasé a ver a papá. —Es triste que hayan llegado a esto: ambas teniendo que mentir. Siempre han estado muy unidas. Las mentiras separan a las familias. Su padre le enseñó eso a Violet.

—Yo también —dice Rose—. Escucha, tenemos que terminar esa conversación que tuvimos en el coche.

—¿Cuál de ellas? —pregunta Violet.

—La de cómo vamos a arreglárnoslas con mamá sin papá. Ya sabes, con mamá.

—Renunciaré a algunos de mis clientes de la mañana, y podemos pedirle a la tía que ayude más durante un tiempo. No le importará hasta que podamos organizar algo más permanente.

Su hermana hace ese gesto que tanto molesta a Violet, encogiéndose de hombros y ladeando la cabeza. —¿Y qué es exactamente algo más permanente?

—Aún no lo sé. —Violet no puede pensar más allá de Nochebuena. Nada importará después de eso—. Primero superemos la Navidad.

—¿Por qué? —la voz de Rose se suaviza—. Mamá debería estar en una residencia, V. Necesita más de lo que nosotras podemos darle.

Violet aprieta los puños. —Eso no es verdad. Está bien atendida aquí. No podemos abandonarla en una residencia. Podría morir. Si eso va a pasar, pasará aquí.

—No la estaríamos abandonando. Podríamos seguir viéndola. Todos los días, si queremos. No podemos continuar así. La tía Audrey está agotada. Yo estoy agotada. Y tú también. Hemos encontrado esta residencia encantadora, Abbeyfields, a media hora de aquí.

Violet no va a permitir de ninguna manera que mamá salga de esta casa.

Rose no lo deja pasar. —El personal es encantador, realmente encantador. Y las instalaciones son buenas. Tendría todo lo que necesita.

—He llamado a la compañía de seguros esta mañana.

Rose suspira. —¡V!

—Están gestionando un coche de alquiler.

—¡V!

—Yo lo cogeré, y tú puedes conducir el mío hasta que estemos en condiciones de establecer algo más permanente.

Rose suspira, exasperada. —Voy a relevar a la tía y preparar una cena temprana. Creo que haré tortillas. ¿Te parece bien?

—Lo que sea.

Violet se dirige a su habitación, tira su bolso al suelo y se cambia poniéndose la ropa de gimnasia. Las mallas le quedan más sueltas de lo habitual, los huesos de la cadera se le marcan bajo la suave tela. Enciende su ordenador, carga su rutina HIIT en la pantalla y comienza a trotar sin moverse del sitio. Pero dos minutos después de empezar, la habitación da vueltas. Va a desmayarse. Tropieza hasta llegar a la cama. La cabeza le late. Quizá sea la consecuencia del accidente. Se da unos minutos de respiraciones profundas y controladas e intenta de nuevo. Nunca pasa un día sin entrenar. Nunca. Pero ni siquiera se siente con fuerzas para salir a correr esta noche. Pero no puede saltárselo. Tal vez pueda arreglárselas con un paseo rápido. Tendrá que caminar durante una hora, eso sí, para quemar trescientas calorías.

Se levanta, pero sus piernas están demasiado temblorosas para continuar. Nada interrumpe normalmente su entrenamiento diario. Nada. Incluso persiste cuando tiene fiebre. Pero esta noche no puede. Debe ser el estrés de las últimas veinticuatro horas. Han cambiado muchas cosas.

Camina hacia la ventana y la abre de par en par, asomando la cabeza al frío invernal. La frescura impregna su mente. Respira profundamente, obligándose a mantener la calma. Lo tiene todo bajo control.

Después de cerrar la ventana, se pone un chándal, temblando a pesar de la capa extra. Se sienta frente a su ordenador y carga la foto que tomó de Tiffany en el gimnasio. Esa mujer es realmente hermosa. ¿Cómo puede un hombre como Will Watson tenerlo todo? Todo.

Pero no lo tendrá por mucho más tiempo.

Envía la foto a la impresora y cambia a Google, escribiendo Amazon en la barra de búsqueda. Comprueba su pedido. Ahí está. Bien. La entrega está prevista para mañana. Entonces la diversión podrá comenzar de verdad.

La impresora tose y escupe antes de expulsar la foto al suelo. La recoge y se acerca a la pared, donde la clava junto a la foto de Will Watson. De su cajón del escritorio, coge un rotulador y dibuja un grueso círculo negro alrededor de la foto de Tiffany Watson.

Hace quince años, aprendió que la mejor manera de hacer daño a alguien es haciendo daño a las personas que aman.

18

ROSE

La pistola no se me va de la cabeza. Tengo que encontrarla. Antes de que lo haga otra persona.

Acomodo a mamá en su habitación, escuchando un audiolibro en su iPad. Es una historia de amor reconfortante que podría gustarle. Ella mira fijamente sus manos, moviendo los pulgares en círculos. No estamos seguras de cuánto entiende, pero es mejor que tenerla sentada frente al televisor todo el tiempo. Suspiro profundamente. Necesita más que esto. Si estuviera en una residencia como Chase Hill o Abbeyfields, habría un Jamie que organizaría actividades diarias. Tendría una calidad de vida mucho mejor de la que V y yo podemos ofrecerle aquí.

Saco el móvil del bolsillo de mis vaqueros y busco en Google *cómo romper un candado*. Parece que un martillo de uña o unos alicates pesados harán el trabajo. Salgo por la puerta trasera hacia el jardín. Mi aliento empaña el aire mientras camino hacia el cobertizo al final del jardín. Colillas de cigarrillos ensucian el escalón que conduce a la puerta. V está fumando mucho últimamente. Más de lo que solía.

La luz es tenue y huele ligeramente a gasolina del cortacésped. Busco frenéticamente la caja de herramientas de papá, finalmente la localizo en el estante inferior de la gran unidad que ocupa toda la

longitud de una pared. Rebusco entre el contenido. El martillo de uña es fácil de encontrar. Pero no puedo encontrar unos alicates por ninguna parte. Tiemblo de frío mientras registro el resto del cobertizo. No tengo ninguna posibilidad. Está tan desordenado aquí como en el cuarto de trastos.

Regreso a la casa y subo corriendo para dejar el martillo en el suelo dentro del cuarto de trastos. Llamo a la puerta del dormitorio de V. Ella la desbloquea y asoma la cabeza por el hueco.

—¿Puedes bajar y vigilar a mamá un rato? Necesito hacer algunas cosas.

Asiente. —Estaré allí en un minuto.

Vuelvo a la cocina y meto tres patatas en el microondas y bato siete huevos en un cuenco. Tres huevos para mí y dos para cada una, mamá y V, porque ninguna de las dos comerá una tortilla más grande. Si es que alguna de ellas come algo.

V aparece. Está pálida. Extremadamente pálida.

—He puesto unas patatas en el microondas, y hay algo de ensalada sobrante en la nevera —digo—. Estará listo en quince minutos.

—Me encargaré de la medicación de mamá.

—Vuelvo en un segundo.

—¿Adónde vas? —pregunta.

—Necesito enviar un correo electrónico sobre algo que pasó hoy en el trabajo. —Salgo apresuradamente por la puerta antes de que pueda ver el rubor que comienza a subir por mis mejillas.

Corro hasta la parte superior de la casa, me meto en el cuarto de trastos y cierro la puerta, deteniéndome para recuperar el aliento. Agarro el martillo. Necesito ser rápida. Con una mano, sostengo el candado del armario y tiro del gancho para aflojar la tensión. Con la otra, intento forzar el candado, pero no tengo la fuerza suficiente. Recurro a golpear repetidamente el lateral del candado. El ruido metálico me molesta, recordándome los coches en la colisión.

El candado no cede. Estoy haciendo demasiado ruido y ni siquiera le estoy haciendo una abolladura. Lo intento con más fuerza, ansiosa porque mi hermana suba a ver qué estoy haciendo.

Mi mano resbala. Golpeo el martillo contra mi dedo, alcanzando la uña. Esto no funciona. Necesito encontrar otra manera.

Abandonando mi infructuoso esfuerzo, bajo corriendo las escaleras y llamo a Jamie. Contesta de inmediato.

—¿Podrías hacerme un favor? —digo.

—Lo que sea por ti, Enana. —Enana. Es el nombre que me puso el primer día que se incorporó a Chase Hill porque dijo que nunca había conocido a nadie tan bajita. Al principio me sentí insultada, pero no por mucho tiempo. Jamie es una de esas personas con las que es imposible permanecer enfadada durante mucho tiempo.

No puedo preguntarle si tiene unas llaves inglesas por teléfono. —Mi hermana no trabaja esta noche, así que pensé en ir a ver a papá otra vez. ¿No me podrías llevar?

—¿A qué hora?

—A las seis y media.

—Estaré allí.

Vuelvo a la cocina y preparo las tortillas.

V acerca la silla de mamá a la mesa. Las horas de las comidas son un momento estresante. V insiste en dar de comer a mamá. Dice que yo ya cuido bastante de otras personas durante el día. Pero eso es mentira. Es porque transfiere la mayor parte de su cena al plato de mamá y culpa a mamá por apenas comer nada. Debe de pensar que soy estúpida. Pero miro hacia otro lado. La comida siempre ha sido un tema delicado en lo que respecta a mi hermana. No merece la pena disgustarla. Da miedo cuando está enfadada.

Sirvo la cena. Mamá deja caer la cabeza sobre el pecho.

—Tienes que comer, mamá. —V saca una cucharada del interior de su patata de la piel, creyendo que no me doy cuenta. Levanta la cabeza de mamá e inclina la cuchara hacia sus labios—. Vamos, toma un bocado por mí.

Mamá abre la boca y acepta la comida, masticándola con la boca abierta. Sonrío y asiento con la cabeza para animarla.

—¿Quieres beber? —V recoge el vaso de mamá, un vaso de plástico con un agujero en la tapa para una pajita. Lo sostiene contra los labios de mamá.

Mamá toma un sorbo. Tose. El líquido le gotea por la barbilla.

V lo limpia con un trozo de papel de cocina doblado. —Lo siento, mamá. ¿No estabas lista para beber? ¿Qué tal un trozo de tortilla? —V corta su propia tortilla y se la da a mamá antes de meterse una hoja de lechuga en la boca.

Suena el timbre de la puerta.

—Debe de ser Jamie. —Me levanto de la mesa.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —pregunta V—. Quiero ir a correr esta noche.

Esto podría ser ventajoso para mí. —Claro. Volveré alrededor de las ocho. ¿Te parece bien?

Asiente.

Con ella fuera de casa, podré dedicarme a encontrar esta maldita pistola.

19

VIOLET

La puerta principal se cierra.

—Ahora estamos solas, mamá —Violet recoge el trozo de tortilla que ha caído sobre el regazo de su madre.

Un gemido lento, corto y profundo sale de la boca de su madre en una nube de aliento.

—Por fin podemos hablar. —Violet se coloca el pelo detrás de las orejas y escucha. Ahí está. Las palabras que solo ella puede oír. Papá y Rose siempre han dicho que es su imaginación. Según ellos, mamá nunca ha murmurado ni un sonido. La tía Audrey opina lo mismo. Pero están equivocados. Muy equivocados.

Mamá habla con ella. Pero en un lenguaje que solo ellas pueden entender. Si los demás la escucharan y la trataran igual que Violet, también les hablaría a ellos.

Cuando tenía doce años, Violet consiguió un trabajo los sábados, limpiando para la señora que entonces vivía en diagonal al otro lado de la calle. La tía Audrey lo organizó. Dijo que le vendría bien a Violet salir de casa los fines de semana. Violet ahorró todo el dinero que ganó y cuando tuvo suficiente, le compró a mamá un vestido nuevo. Uno floral en línea A que sigue siendo el favorito de mamá, como siempre le dice. La sonrisa de Violet le llegó hasta los ojos cuando lo sacó de la bolsa, y mamá también sonrió. No una sonrisa

auténtica que le elevara las mejillas, pero las comisuras de sus labios definitivamente se alzaron cuando lo sostuvo frente a ella. Y entonces mamá dijo: "Gracias", tan claro como un día de verano.

Su padre estaba allí. "¿Has oído eso?", dijo Violet con profunda alegría. "Ha sonreído y me ha dado las gracias".

—No lo creo, querida —Su padre se dio la vuelta y salió de la habitación.

Esa fue la primera vez que sintió la semilla del odio que crecería hasta convertirse en la aversión visceral que siente por su padre.

Violet pincha un trozo fresco de tortilla con el tenedor y lo acerca a la boca de mamá. Su madre lo mastica cien veces. Violet lo sabe porque a menudo cuenta. Mastica cada trozo de comida el mismo número de veces como si supiera que este es su límite de seguridad. Por eso cada comida lleva tanto tiempo.

Cuando estaban en el colegio, se corrió la voz de que Rose y ella eran cuidadoras infantiles. No pareció interponerse en el camino de Rose. Ella prosperó en la escuela. Pero ¿Violet? Ella se perdió en su propio mundo de amigos imaginarios. Era un lugar más seguro donde estar.

—Todavía no puedo creerlo, mamá. Lo he encontrado. Realmente lo he encontrado.

—¿Lo has encontrado? —añade su madre. Continúa masticando, mirando sus manos, golpeando sus pulgares uno contra otro. Habla con un suave acento irlandés. Antes era mucho más fuerte. Pero es porque no ha vuelto a Irlanda en quince años. Solía llevar a Rose y a ella tres veces al año —cada Semana Santa, verano y Navidad— cuando eran niñas. Violet no recuerda que su padre las acompañara en ninguno de esos viajes. Lo más probable es que no lo hiciera. Se quedaban con sus abuelos en la costa atlántica, quienes tristemente fallecieron con un año de diferencia, poco después de que le dispararan a mamá.

—Sí, el tipo que te hizo esto. Te lo dije, ¿verdad? Te dije a ti y a Bean que lo encontraría algún día.

Mamá deja de masticar y levanta la cabeza. Sus ojos parpadean.

—Lo entiendes, ¿verdad? —dice Violet—. Sabes de lo que estoy hablando.

—Eres una buena chica, Violet Sapphire.

Violet adora cómo sube y baja el tono de su voz. Es como una suave melodía que nunca te cansas de escuchar.

Toma la mano de su madre y la aprieta. —Oh, mamá. Nunca me he rendido contigo, ya lo sabes. He cumplido mi promesa. ¿Te acuerdas de cuando era pequeña?

La expresión en blanco permanece, pero Violet puede verlo en sus ojos. Un destello de comprensión que otros negarían que está ahí.

—Tenía unos ocho años, mamá. Participé en ese concurso de colorear en el colegio. Pero no gané. Ganó esa chica, Alexis Cavendish. La del pelo largo y rubio que llevaba en dos gruesas trenzas. Lo ganaba todo. Estaba tan disgustada. Debes recordarlo. Lloré durante horas. Nunca te rindas, me dijiste, mamá. Nunca. La vida te lanza curvas, me dijiste.

—Curvas, sí.

—Son los más fuertes quienes salen victoriosos al final. Lo único que tienes que hacer es seguir adelante. Bueno, no me he rendido, mamá. Y finalmente, lo he encontrado.

—Eres una chica lista, querida Violet. Siempre supe que podíamos contar contigo. —Su suave acento irlandés envuelve el corazón de Violet.

Violet se mete un trozo de piel de patata en la boca pero lo escupe. No puede comer eso. No ha hecho ejercicio hoy. Lo guardará y lo comerá más tarde si sale a correr.

—Y no puedo creer que viva a menos de media hora de aquí. ¿Puedes creerlo? —Violet coge un trozo de mantequilla del plato en el centro de la mesa y lo utiliza para aplastar la patata hasta convertirla en un puré. A veces, pero no siempre, la comida más blanda ayuda a mamá a tragar—. Toma un poco más, mamá. Apenas has comido nada. Necesitamos recuperar tus fuerzas.

—Buena chica. —Mamá acepta otra cucharada del puré de patata, masticándolo por toda la boca.

—Y entérate de esto, mamá. Adivina qué más he descubierto. Su mujer está embarazada. —Los músculos del cuello de Violet se tensan—. Van a tener otro bebé. —Respira hondo por la nariz—. No

es justo, ¿verdad? Viven en esa casa grande y elegante. —Niega con la cabeza—. Y se van a Tailandia para Navidad. Bueno, eso creen ellos. Pero no lo harán.

La barbilla de mamá se adelanta. —¿Qué vas a hacerles?

—Aún no estoy segura exactamente, pero estoy trabajando en ello. Pero no te preocupes, mamá. Tengo trece días. Trece días para trabajar en mi plan. Y créeme. El resultado no va a ser bonito.

Violet toma más mantequilla del plato, la aplasta con la patata, cada vez más rápido, hasta que se convierte en una masa blanda.

—Te prometí a ti y a Bean que nunca os decepcionaría. Va a pagar por lo que hizo. —Coge un trozo de papel de cocina y limpia una mancha de patata de la barbilla de su madre—. Y va a sufrir mucho más de lo que cualquiera de nosotros ha sufrido. Porque no habrá nadie que le cuide como yo te he cuidado a ti todos estos años, mamá. Nadie.

20

ROSE

Carlos está atendiendo de nuevo en la recepción cuando llego hoy al hospicio, escribiendo en un teclado frente a una gran pantalla de ordenador. Me da un bolígrafo. —Ya sabes cómo va esto. Dame un garabato de tu nombre e iniciales.

Escribo mi nombre y la hora de llegada y estoy a punto de firmar con mis iniciales cuando me detengo. Qué extraño. Deslizo el dedo por la página, releyendo los nombres encima del mío.

—¿Ha venido mi hermana hoy? —pregunto.

Frunce el ceño. —No la he visto, pero hace poco que he empezado el turno. Si hubiera estado aquí, habría tenido que registrarse. Como te dije, ya sabes cómo va esto —repite con una sonrisa cómplice.

Compruebo de nuevo. No entiendo por qué habría mentido.

El dulce aroma a canela que se transforma en olor a pescado y col hervida me produce arcadas mientras camino por el pasillo hacia la habitación de papá. Una sensación de mal presagio acompaña cada paso. Cada vez que llego aquí, me pregunto si será la última.

Papá está dormido, con la cabeza elevada. La enfermera sonríe y sigue tecleando en la pantalla de un iPad. —Ha estado durmiendo la mayor parte de la tarde.

—¿Ha venido mi hermana a verle? —pregunto.

—Tendrás que consultarlo en recepción. Yo no la he visto. —Termina sus tareas, me recuerda dónde está el botón de llamada y nos deja solos.

Le doy un golpecito en el brazo. —Papá, necesito hablar contigo. —Esto está lejos de ser ideal, pero necesito respuestas—. Me tienes totalmente estresada, papá. —Si puede oírme, debe ser capaz de detectar la angustia en mi voz—. Hay un candado en esa puerta del armario de la habitación de los trastos. —Le empujo con más fuerza —. Papá, necesito que despiertes. Necesito saber dónde está la llave.

No hay respuesta. Camino por la habitación de un lado a otro. Estoy acostumbrada al estrés en el trabajo. He estado allí cuando un residente sufrió un derrame cerebral. Y cuando uno se escapó y tuve que perseguirlo por la calle principal. He sido testigo de la muerte de residentes. Pero esto es personal. Es estrés a un nivel completamente distinto.

El silencio es insoportable. Cojo el mando a distancia y enciendo la televisión, cambiando a las noticias. Él siempre ve las noticias, pero sus ojos permanecen cerrados. —Papá, necesito que me digas dónde está la llave de ese candado. Por favor, papá. Por favor.

Sigo intentándolo. Pero es inútil.

Después de veinte minutos, me rindo.

—¿Vamos a tomar algo? —dice Jamie cuando me subo a su coche. Por suerte, ha dejado el motor en marcha y está caliente—. Parece que lo necesitas.

—Tengo que volver por V. Quiere salir a correr.

Hace una mueca. —¿Hablas en serio? ¿Con este tiempo? —Arranca el motor y se incorpora a la carretera.

—Ella corre con cualquier clima.

—¿Está loca?

—Necesito tu ayuda. —Lo suelto todo antes de poder contenerme.

—Joder, Titch. Eso es mucho pedirle. ¿Por qué no llevas el arma a la policía?

—Obviamente él no quiere que lo haga.

—¿Por qué crees que tiene siquiera un arma en casa?

—Quizás era para protegernos después de lo que le pasó a mamá.

—No quiero ser grosero. Sé que es tu padre, pero no debería arrastrarte a todo esto.

—Y ahora yo te he arrastrado a ti.

Levanta las manos. —No sé de qué me hablas. —Me guiña un ojo —. No me has dicho ni una palabra.

—¿Dónde puedo conseguir un par de llaves inglesas? —pregunto.

—Podría pasar por mi casa y ver si mi padre tiene un par.

—Pero no le digas para qué las quieres, ¿verdad?

Junta el índice y el pulgar, los pasa por sus labios y simula cerrarlos con cremallera.

Mi cuerpo se tensa y permanece así durante todo el camino hasta su casa, una pequeña vivienda pareada donde vive con su madre, su padre y cinco hermanas menores. Una situación que a veces cariñosamente llama "el infierno". Es un apretujón. Y los zapatos. Están por todas partes. Y a menudo llega tarde al trabajo porque ha tenido que esperar para entrar en la ducha.

Antes de que papá enfermara, Jamie y yo hablamos sobre compartir piso. Él encontró un lugar. Un pequeño piso de dos habitaciones en las afueras de la ciudad, que habría sido asequible. Él estaba más que entusiasmado, y yo también al principio. Era como si disfrutara del sueño de irme de casa. Pero incluso si papá no hubiera terminado en el hospicio, cuando llegara el momento de la verdad, no sé si habría podido dejar a mamá y a V. Mamá es demasiado vulnerable y, aunque lo negaría rotundamente, mi hermana también lo es.

—Vuelvo en cinco minutos —dice y sale del coche con dificultad.

Me quedo esperándole, retorciéndome las manos en el regazo. Estoy desesperada por terminar con esto. Conseguir esa maldita pistola, llevarla al río y acabar con todo. Quizás no debería haberme confiado a Jamie. Solo podría complicar las cosas. Pero estaba desesperada. *Estoy* desesperada.

Su corpulenta figura vuelve a meterse en el asiento del conductor. Coloca cuatro objetos metálicos en mi regazo. —Dos llaves inglesas para la señora. Un par de alicates y, si todo lo demás falla, un martillo de carpintero.

—Eres un sol.

Me hace un saludo militar en broma y me lleva a casa.

Violet va vestida de hombros a tobillos con licra, un gorro de lana y zapatillas de correr. —Mamá está viendo *EastEnders* —anuncia antes de salir directamente al frío aire nocturno.

Jamie tiembla. —Tu hermana sí que está loca.

Le llevo escaleras arriba al cuarto de trastos, explicándole que el ejercicio diario de mi hermana es tan rutinario como lavarse los dientes. Las herramientas chocan entre sí en sus manos, irritando mi fragilidad. Señalo hacia el armario en el altillo. —Está allí.

Camina por el sendero que he creado entre el desorden y se arrodilla junto a la puerta del armario, enganchando las cabezas de las llaves inglesas en los lados de los grilletes. Clonc, una poderosa fuerza en los mangos y trabajo hecho. Sacude el candado hasta soltarlo.

Me apresuro a arrodillarme a su lado, abro la puerta del armario. Me golpea un fuerte olor a humedad. Encuentro el interruptor de la luz, pero la bombilla debe haberse fundido. —Estamos buscando una caja de plástico azul en la pared del fondo.

Saca el móvil del bolsillo de sus vaqueros y alumbra con la linterna dentro del estrecho espacio.

Cajas, cajones y bolsas alineadas en las paredes exteriores, dejando un estrecho pasillo para que yo pueda entrar a gatas. —Voy a entrar —digo.

—¿Por qué no me dejas a mí, y te voy pasando las cosas? Si es que puedo entrar —se arrastra a duras penas.

—Estamos buscando una caja de plástico azul —repito.

Hurga por allí. —Aquí está.

Miro dentro. Él inclina la luz del teléfono hacia una caja azul escondida en la esquina bajo algunos trastos como un sucio secreto.

Aparta cajas y bolsas. Cuando llega a la caja azul, me la pasa. Sale a gatas del espacio, empapado en sudor.

—Debería haber una caja de zapatos dentro —desabrocho la tapa y rebusco entre el contenido, principalmente papeles, hasta que encuentro la caja de zapatos que estoy buscando. Me trago el nudo de inquietud que me obstruye la garganta—. Es esta.

Mis manos tiemblan mientras levanto la tapa.

21

VIOLET

Violet golpea las calles con sus pisadas pero no consigue encontrar su ritmo. Cada paso es laborioso como si estuviera corriendo con pesas atadas a los tobillos. Ni siquiera los árboles de Navidad que ahora adornan las ventanas de los salones de muchas casas logran distraerla. Espera no estar incubando alguna enfermedad. Tiene demasiado que hacer. Muchísimo que hacer.

La mayoría de las noches, después de un suave trote arriba y abajo por la calle y algunos estiramientos dinámicos para calentar, da tres vueltas a la manzana, con el objetivo de completar un circuito de cinco kilómetros en menos de media hora. Pero esta noche, está decaída. La primera vuelta le lleva casi doce minutos, y tiene que parar para recuperar el aliento. Siente el pecho oprimido y la cabeza confusa. Se apoya contra el cerezo al otro lado de la calle, frente a su casa. Es este aire frío. Con un minuto de descanso, estará lista para continuar. Las luces del tercer piso de la casa captan su atención. Ella apagó la luz del rellano. Sabe que lo hizo. Maldita sea. Rose debe estar allí arriba.

Abandona su carrera y camina enérgicamente hacia la casa. Pero incluso ese ritmo es demasiado rápido, así que reduce la marcha. Un repartidor de Amazon la recibe en la puerta principal y le entrega un paquete.

Ella sonríe.

Fantástico.

Sus compras han llegado. Burbujas de emoción estallan en su vientre.

EastEnders retumba desde el televisor —discusiones, gritos y voces alzadas—, sonidos tan familiares a esta hora de la tarde. Agita el paquete hacia su madre. —Mira, mamá. Ya están aquí. Mi plan va tomando forma poco a poco.

Se precipita hacia la cocina y agarra unas tijeras. Al volver al salón, pasa la hoja por la cinta marrón que envuelve los bordes del paquete. —Allá vamos —. La euforia es abrumadora. No puede esperar para verlo en realidad. Pero cuando abre la caja, la desilusión la golpea.

—Vaya. Quería hacerle una visita a Tiffany mañana, mamá. Pero solo han llegado los prismáticos.

—¿Dónde está el otro artículo? —chilló mamá.

Violet consulta su móvil. —Está previsto que lo entreguen mañana —. Deja escapar un largo y lento gemido. —Parece que tendré que ser paciente, mamá. La paciencia es una virtud. ¿Recuerdas que siempre nos decías eso?

—Sí que lo recuerdo.

Violet se muerde el labio inferior mientras saca los prismáticos de su estuche y los sopesa en su mano. No puede creer lo ligeros que son. —Estará bien. Aún iré allí mañana para continuar con mis deberes.

Su plan para la mañana tendrá que esperar otro día.

Rose. La caja la ha distraído. No está pensando con claridad. —¿Dónde está Rose? Estaba arriba.

Mamá gruñe.

Violet encuentra a su hermana y a Jamie bajando las escaleras. Se detienen, alarmados, como si los hubiera pillado haciendo algo indebido. Jamie lleva algún tipo de herramienta. La guarda en el bolsillo canguro de su sudadera. Un chirriante sonido de metal contra metal le indica a Violet que hay más de una. —¿Qué estáis haciendo vosotros dos? —pregunta.

Las mejillas de Rose enrojecen. Cualquier cosa que diga su hermana va a ser una mentira. —Nosotras...

Violet aprieta los puños. —¿Has estado en mi habitación?

Rose mira a Jamie. —¡No!

Jamie saca un par de llaves inglesas de su bolsillo. Es tan alto. Podría ser su padre quien está ahí, dominando sobre su hermana.

El primer pensamiento de Violet es que las ha utilizado para entrar en su dormitorio.

—Rose me pidió que revisara el grifo del baño —dice Jamie.

—No paraba de gotear —dice Rose.

—Todo arreglado —dice Jamie con su voz cantarina.

Violet se aparta a un lado. Ellos pasan rápidamente. La estela del aftershave de Jamie la golpea como una oleada de promesas rotas. Es el mismo aftershave que solía usar papá.

Corre a su habitación y comprueba la puerta, aliviada al descubrir que, después de todo, sí la había cerrado con llave. Se dirige apresuradamente al trastero, enciende la luz y observa el desorden. Algo es diferente a cuando estuvo allí antes. Huele. El aftershave de Jamie flota en el aire. Hace una mueca, agitando la mano frente a su cara.

Las cajas han sido apiladas unas encima de otras como para despejar un espacio. El área en la esquina más alejada llama su atención. Zigzaguea entre el desorden hacia las cajas, tropezando con un poste metálico que sobresale de debajo del desorden. Cuando llega al armario del altillo, se detiene y mira fijamente la familiar caja de zapatos que reposa sobre la caja azul de plástico.

Vuelve a centrar su interés en la puerta del armario, preguntándose cómo Rose y Jamie entraron allí. La cerradura ha desaparecido. Busca por el suelo. Y ahí está su respuesta: el trozo de metal deformado junto a la esquina de la puerta.

Corre a su habitación, abriendo la puerta con llave y cerrándola después. Le palpita la cabeza y se siente mareada. Esto no es bueno.

Necesita estar en plena forma.

Se dirige a la mesita de noche. El cajón inferior está abierto. Qué extraño. Se encoge de hombros. Debe haberlo dejado abierto. Una

rápida búsqueda en su interior la lleva a la llave del armario del trastero que Rose debió haber estado buscando antes de recurrir a romper la cerradura.

La necesidad de comprobar que todo está en orden la consume.

Necesita verlo, sentirlo.

Agarra la palanca del armario y, apartando la cama de la pared, levanta dos tablas del suelo, tres desde la pared. El olor habitual a humedad la golpea. Está siendo irracional. No hay manera de que Rose pudiera encontrar esto jamás.

Apoya las tablas contra la cama y hunde el brazo en la abertura, palpando hasta que su mano toca la suave tela. Respira con profundo alivio mientras saca la bolsa de franela. Al abrirla, vacía la pistola sobre el suelo de madera. El alivio es abrumador. La recoge y la examina.

Papá debió decirle a Rose que la pistola estaba en el armario del trastero. Apuesta a que le pidió a su hermana que se deshiciera de ella. Poco sabe él que ella la encontró hace mucho tiempo. La subestimó. Siempre lo ha hecho.

Odia a ese hombre más que nunca.

22

VIOLET

Prunella De Vries es una influencer social arraigada en la industria de la moda. Una vez por semana, Violet limpia su ático de tres dormitorios con vistas al río en el centro de la ciudad. Violet ha cancelado a todos sus otros clientes de la mañana. Pero no a Prunella. Esta es demasiado valiosa para su objetivo final.

Uno de los dormitorios está dedicado a la ropa y accesorios de Prunella. Limpiar esta habitación es lo más destacado de la semana de Violet. Pasa casi la mitad de sus cuatro horas aquí. Le lleva cerca de una hora, a veces más, simplemente recoger la ropa del suelo y la que está extendida sobre cada mueble, y colgarla toda en los armarios del suelo al techo que cubren dos paredes de la habitación. Luego están las joyas y accesorios que Prunella deja esparcidos por el gran tocador que recorre la longitud de la pared más alejada.

Prunella es mitad holandesa y mitad inglesa, y se mudó al Reino Unido para desarrollar su carrera. El tono melódico de su acento es encantador, y le encanta hablar, una cualidad que, junto con su estilo creativo dinámico y expresivo, le ha ayudado a conseguir millones de seguidores en TikTok. Habla en tercera persona, un rasgo que Violet encontró molesto al principio, pero que ha llegado a considerar entrañable.

Cada semana, mientras limpia su piso, si Prunella está allí, mantienen una conversación unilateral, en la que Prunella hace toda la charla. A Violet no le importa. Estar aquí es una distracción de la monotonía de la vida. A veces, cuando Prunella está fuera trabajando, Violet finge que es su casa. En un día soleado, se prepara una taza de café y la lleva a una de las cómodas sillas del exterior. Apoya los pies en el balcón y fuma un cigarrillo, como hace Prunella, y Violet se pregunta cómo debe ser vivir una vida tan privilegiada.

Prunella irrumpe en el vestidor mientras Violet está recogiendo un mono rosa fucsia que está colgado sobre la silla del tocador. —Prunella no sabe qué haría sin la señorita Violet, ¿sabes? —Flota de un armario a otro—. Prunella necesita más a la señorita Violet. Ven a trabajar aquí dos mañanas por semana. Tres. Ella dará a la señorita Violet trabajo para tres mañanas.

Violet sonríe y, deslizando la puerta de espejo del armario, coge otra percha. —No puedo —dice—. Tengo otros trabajos.

—Prunella pagará más. Hará que valga la pena para la señorita Violet. Lo dice en serio. Serán cuatro mañanas por semana. Cinco si la señorita Violet quiere —Prunella extiende teatralmente su brazo alrededor de la habitación—. Así no parecerá tan desordenado aquí todo el tiempo —Saca un vestido vaporoso de color verde esmeralda del armario y lo sostiene contra su figura alta y esbelta—. ¿Qué piensas, señorita Violet? ¿El atuendo de Prunella para hoy?

—¿Adónde vas? —pregunta Violet, intrigada. Una vez, cuando Prunella estaba fuera, Violet hojeó su agenda que había dejado abierta en la cocina, preguntándose cómo se sentiría asistir a tantas reuniones y citas para almorzar en restaurantes de primera clase y cafeterías elegantes.

—A un nuevo cliente —Prunella se golpea los labios con el dedo índice—. Pero Prunella no puede decírselo a la señorita Violet. Cliente importante. Cliente famoso. Quizás se lo cuente pronto si se lo permiten.

Prunella deja caer el vestido al suelo y pasa rápidamente por las doscientas o más perchas en uno de los armarios. El suave y rítmico raspado de las perchas moviéndose a lo largo del riel es hipnótico. —

¡Ta-da! —Prunella saca un traje blanco de pantalón—. Más profesional —Dejando el traje sobre la silla del tocador, se sienta y se coloca una diadema sobre la línea del cabello. Se mira en el espejo—. Primero la señorita Prunella debe hacer bonita la cara —Toca la pantalla de su teléfono—. Necesitamos música. La música es buena para el alma, ¿eh, señorita Violet?

La música navideña suena a través de los altavoces en la pared, irritando a Violet como cuando papá arañaba los cubiertos en el plato al comer. Gime interiormente mientras continúa limpiando el desorden del suelo.

Prunella se aplica el maquillaje. —Tenemos que decorar. La señorita Violet ayudará. A Prunella le encanta la Navidad —Sube el volumen de su equipo de música.

Una versión de *All I Want for Christmas is You* retumba con estruendo en los oídos de Violet. El golpe del bombo resuena a través de ella. No puede soportarlo. —¡Hoy no! —grita por encima del estruendo. Su cabeza está a punto de estallar—. No tengo tiempo.

Se apresura a salir de la habitación. Tendrá que volver al desorden cuando Prunella termine ahí dentro. Lleva su equipo de limpieza a la cocina, que está tan desorganizada como el vestidor. Una noticia política suena en la radio. Baja el volumen. Le martillea la cabeza. Normalmente le encanta estar aquí, pero hoy solo quiere irse a casa para trabajar en su plan. Le quedan doce días y necesita que sea perfecto. Sin obstáculos. Sin cabos sueltos.

Como de costumbre, tazas sucias y platos usados se amontonan sobre la encimera de mármol. Violet está llenando el lavavajillas cuando Prunella reaparece con su traje blanco, cargando dos grandes cajas de plástico. Los pantalones son de tres cuartos, al igual que las mangas. Apenas el atuendo adecuado para un día de invierno, pero al menos ha elegido un calzado ligeramente más apropiado. Si se puede llamar apropiado para un día nevado a un par de botas naranjas con plataforma. Se ha recogido su larga melena pelirroja en lo alto de la cabeza, excepto por algunos mechones rizados que enmarcan su rostro bonito y perfectamente

maquillado. Violet suspira. Siempre se siente desaliñada en comparación con su elegancia.

—Cocina muy limpia. —Las huellas siguen a Prunella a lo largo del suelo mojado que Violet acaba de limpiar. Deja las cajas sobre la encimera—. Aquí decoraciones. Hacemos este sitio como un, ¿cómo lo llamas? ¿Groggo?

—Gruta —sugiere Violet.

—Mira, chocolate. —Prunella saca una caja de Quality Street y se la ofrece—. Sírvete. Come y sé feliz.

Los chocolates envueltos en papel de colores son tentadores. Violet niega con la cabeza.

Prunella los empuja más cerca de su nariz. —Debes hacerlo. Es Navidad. La señorita Violet demasiado delgada.

—¡No! —grita Violet.

Una expresión de ofensa aparece en todo el bonito rostro de Prunella. Retira su ofrecimiento y cierra la tapa de la caja de golpe. —Lo siento. —Le lanza a Violet *esa* mirada. Una de lástima que la gente le ha estado dando desde que tenía nueve años. No lo hacen con mala intención. Y si los enfrentara, lo negarían, dirían que está en su frenética imaginación. Pero ella lo ve: la mirada intensa, la boca hacia abajo, los ojos que se detienen.

—¿Señorita Violet quiere café?

Violet niega con la cabeza. Preferiría tomar una taza a solas cuando su clienta no esté.

—Escucha. Escucha. —Prunella sube el volumen de la radio, inundando el ambiente incómodo mientras prepara un café para Violet de todos modos con su elegante máquina de cápsulas.

Una mujer de voz seria está leyendo la noticia sobre un niño que ha sido secuestrado. —Pobre, pobre niño. —Prunella sacude la cabeza y le entrega a Violet una taza de café—. Pobres padres. Si eso le pasara a Prunella, ella moriría. —Se refiere a su hijo, cuyo desordenado dormitorio Violet también limpia cuando está allí—. Niño desaparecido desde hace dos días ya.

—Es terrible. —Violet se agarra a la encimera, pensando en el dulce pequeño Leo de Will y Tiffany jugando con su circuito de trenes en el suelo de su cocina.

Los comentarios de Prunella sirven para mostrar lo maravillosamente espantosa que es la mente de Violet.

—Adiós, señorita Violet. Nos vemos la semana que viene. — Prunella se despide con la mano y desaparece.

Violet espera cinco minutos y regresa a la habitación de Prunella con su bolso. Hurga en el armario. Ahí está. Saca unos pantalones negros de una percha. Justo lo que está buscando. Los mete en su bolso. Después, necesita una parte de arriba. Examina los cientos de artículos en los cajones debajo de los armarios y saca un jersey crema. Exactamente lo que necesita. Lo mete en su bolso junto con los pantalones, sin pensar en otra cosa que no sea el dulce pequeño Leo.

Nada podría herir más a un padre que algo le sucediera a su hijo.

23

VIOLET

—Toma un poco más de té, mamá —Violet guía la taza con pitorro hasta la boca de su madre.

Su madre gira la cabeza. Un movimiento muy ligero, pero suficiente para indicar que no quiere más. —No. No —dice mamá con su acento irlandés.

—La tía dijo que no has bebido nada en todo el día. Por favor, toma un poco más. Te deshidratarás.

Mamá entreabre los labios.

—Estoy tan emocionada, mamá. Mi plan evoluciona constantemente —susurra Violet, mirando por encima del hombro como si esperase ver a alguien—. No te preocupes, no me refiero al objetivo final. Sé muy bien lo que eso implica. Pero mientras tanto, voy a convertir la vida de Will Watson en un auténtico infierno.

Mamá toma un sorbo de té y capta la mirada de entusiasmo en los ojos de Violet.

—El hijo de Will y Tiffany... —El timbre la interrumpe—. ¿Quién será? —Deja la taza con pitorro sobre la mesa—. Vuelvo en un momento.

Un tipo corpulento, vestido con ropa de verano, le entrega un paquete de Amazon. Sus piernas, desnudas por debajo de las rodillas, la hacen estremecerse. El hombre pasa su dispositivo

portátil por la etiqueta del paquete, asiente y se marcha sin pronunciar palabra.

Cierra la puerta, rebosante de emoción, y lleva el paquete a la cocina. —Mira, mamá, mira. —Pero su madre se ha quedado dormida. Violet le da unos golpecitos suaves en el hombro—. Mamá, despierta. Ha llegado. Estoy muy emocionada. Tienes que ver esto.

La barbilla de mamá cae sobre su pecho. Violet corre a la cocina a buscar un cuchillo. No puede esperar. Regresa al paquete y está abriendo la caja cuando la puerta principal se abre y se cierra de golpe. Gime al oír a su hermana cantando: «Ya estoy en casa».

Examina la habitación, preguntándose qué hacer con el envío. De ninguna manera Rose puede descubrir lo que hay en esta caja. Está a punto de esconderla detrás del sofá cuando Rose aparece, con una bolsa de la compra en una mano y un juego de llaves en la otra.

Rose mira fijamente el cuchillo en la mano de Violet. —¿Qué estás haciendo?

Violet señala la caja con el cuchillo. —Estaba a punto de abrir esto.

—¿Qué has comprado ahora?

Abraza la caja contra su pecho como si fuera un bebé, fingiendo una sonrisa. —Compras navideñas.

Su hermana la mira con recelo. —¿Por qué dijiste que habías ido a ver a papá ayer, cuando no fuiste? —Su voz tiene un tono acusatorio.

—Sí fui —miente Violet.

—Tu nombre no estaba en el libro de registro.

Violet se encoge de hombros. —Debo haber olvidado firmar.

Mentiras. Mentiras. Mentiras. Pesan mucho cuando se trata de su hermana y le hacen sentir el corazón pesado. No puede soportarlo. Se está convirtiendo en su padre.

El puño de la culpa le agarra el corazón. Duele. Su hermana siempre ha sido la constante en su vida. Odia lo que está pasando entre ellas. Pero no puede parar ahora. Señala a mamá. —Acaba de quedarse dormida. —Abraza la caja con más fuerza contra su pecho. La anticipación es demasiado grande para soportarla—. Necesito

prepararme para ir al trabajo. —Otra mentira que le asesta otro golpe de culpa—. O llegaré tarde.

Rose mira su reloj. —Pero vas con tiempo.

—Ha llamado el taller. El coche de alquiler está listo. Pensé en ir caminando y recogerlo de camino al trabajo.

—Pero hace un frío que pela. Jamie vendrá pronto. Podría pedirle que te lleve.

—Está bien. El aire fresco me sentará bien.

—Voy a hacer pastel de pastor. —A mamá le encanta el pastel de pastor de Rose—. ¿Quieres que te espere? —grita Rose tras ella.

—No. Comeré algo cuando vuelva.

Sube corriendo las escaleras hasta su habitación y torpemente intenta abrir la puerta. No puede entrar lo suficientemente rápido. Cierra con llave y abre la caja de Amazon. Le tiemblan las manos de emoción mientras saca el contenido. La más amplia de las sonrisas se forma en su rostro. Es una pena que no pueda usar esto hasta después del fin de semana, pero paciencia, Violet, paciencia.

24

VIOLET

—Firme aquí —el mecánico clava su dedo cubierto de grasa en la línea en blanco al final de la página—. No olvide poner la fecha. Viernes 13th. —Se ríe entre dientes—. Día de mala suerte para algunos.

Pero no para ella. Por primera vez en su vida, parece que la suerte está de su lado. Sigue sus instrucciones, su firma queda torcida porque le tiembla mucho la mano.

—Está de suerte —hace tintinear un juego de llaves en el aire—. Papá Noel se ha adelantado para usted, señorita. Solo tenemos un Merc en existencia. —Un ligero olor a sudor emana de su mono azul. Le entrega las llaves—. Normalmente están reservados para los... ¿cómo lo digo sin ofender? Para los más ricos y mayores. —Señala al otro lado de la explanada del taller hacia un Mercedes Clase A negro aparcado en la bahía más alejada—. Que se divierta.

Un fuerte olor a cuero la golpea cuando se sube. Es surrealista. Solo en sus sueños había pensado que alguna vez podría conducir un coche de esta clase. Le va a costar acostumbrarse. Conduce nerviosa hasta la entrada del taller. El mecánico agita su mano sucia y asiente, sonriendo con suficiencia como si percibiera su nerviosismo. Avanza lentamente hasta la acera, mirando a izquierda y derecha hasta que la carretera está despejada.

Conduce despacio, sus nervios se disparan por estar en un coche tan elegante. Prunella tiene un Mercedes, un modelo eléctrico SUV. Una vez llevó a Violet a casa cuando iba a ver a un cliente porque estaba lloviendo intensamente. Era tan inquietantemente silencioso, sin ninguno de los duros ruidos del motor del coche de Violet. Desearía poder conducir este con la misma confianza con la que Prunella circula por las calles en el suyo.

Cuando llega a Radstone, avanza por el camino de tierra sin mantenimiento hacia la parte trasera de la casa de Will y Tiffany. Es diferente en la oscuridad. Los faros del coche iluminan los baches en la superficie irregular del camino. Las sombras de las ramas de los árboles bailan y se estiran. La planta baja de la casa está iluminada. Hay cuerpos moviéndose dentro, pero Violet no puede distinguir quiénes son. Aparca el coche a unos cincuenta metros y detiene el motor. Aparte del crujido del cuero cuando se acomoda en su asiento, hay un silencio inquietante, pero sus pensamientos son ruidosos. Va a apagar su teléfono, solo para darse cuenta de que no está en su bolso. Piensa en el taller. Tampoco lo sacó allí. Con las prisas, debe haberlo dejado en casa.

Los prismáticos esperan en el asiento del copiloto. Los agarra y sale del coche. Un viento helado la azota como dedos de advertencia que la empujan, diciéndole que lo que está haciendo está mal. Se detiene cerca de la entrada del bosque oscuro para calmar sus nervios, pero no se tranquilizan. Está tan tensa como un adicto al café. Volviendo rápidamente al coche, encuentra un cigarrillo. Se apoya contra la puerta del coche y lo enciende, aspirando profundas bocanadas de humo dentro y fuera de sus pulmones en rápida sucesión.

Una pequeña furgoneta se acerca a la esquina de la carretera. Se agacha detrás del Mercedes. Cuando la furgoneta pasa, rodea su cuerpo con los brazos y los prismáticos bajo la axila y camina lentamente hacia la parte trasera del número 12. El aire está cargado, impregnado de su nerviosismo. Se para al final del jardín y levanta los prismáticos hasta sus ojos. Un escalofrío recorre su columna vertebral, emoción y miedo a partes iguales. Son ellos.

Tiffany está sentada a un lado de la barra del desayuno con su albornoz, bebiendo de una lata y desplazándose por su teléfono. Will está de pie en la isla central, cortando verduras. Hace una pausa para dar un sorbo a su copa de vino tinto. Un monitor como el que Violet y Rose tienen para su madre en casa descansa sobre la encimera. Violet mira hacia arriba. El resto de la casa está a oscuras. Leo debe estar en la cama.

Will y Tiffany charlan. Cómo desearía poder leer los labios. Tiffany gira la pantalla de su teléfono hacia Will, riendo. Él deja el cuchillo en la tabla de cortar y se acerca a ella. Colocando un brazo alrededor de sus hombros, le besa la parte superior de la cabeza mientras estudia su teléfono. Él echa la cabeza hacia atrás riendo.

Aquí están, jugando a la familia feliz.

Pero no por mucho tiempo.

25

ROSE

—Ha estado recibiendo estos paquetes de Amazon —bajo el volumen de la tele—. Dice que son regalos de Navidad, pero está mintiendo.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Jamie.

Me encojo de hombros. —Simplemente lo sé cuando se trata de mi hermana. Hace este movimiento con la cabeza. Solo un poco. Nadie más lo notaría. Pero yo sí. Hizo lo mismo cuando le pregunté por el libro de registro. Nunca fue a ver a papá. No entiendo por qué me mintió. Y, lo que es más preocupante, ¿adónde fue si no fue a ver a papá?

—Es una mujer adulta, Rose.

Niego con la cabeza. —¡No conoces a mi hermana!

—Vale, ¿cuál es el plan?

—Voy a buscar otra vez la pistola.

Si no me equivoco, mamá se estremece. Miro a Jamie, pero tiene la vista fija en su móvil. Le limpio una mancha de puré de la barbilla a mamá. —Mamá, ¿recuerdas a mi amigo Jamie? Se va a quedar contigo mientras hago algunas cosas. No tardaré mucho. —Le entrego el mando a distancia—. *Home and Away* empieza en Channel Five dentro de unos minutos. Le gusta verlo.

Jamie se deja caer en el sofá junto a mamá. —No hay nada como un poco de *Home and Away*, señora S.

Los dejo charlando o, más bien, él charlando con ella, y subo corriendo con la linterna que encontré antes en la cocina. Compruebo la puerta de V. Como esperaba, está cerrada.

Entro en el trastero, me acerco al armario y abro la puerta. Enciendo la linterna y alumbro el interior. —¿Por dónde empiezo? —digo en voz alta. Esto me va a llevar toda la noche. Coloco la linterna entre dos cajas, lo que me permite ver lo que hago.

Hace frío aquí arriba, mucho más frío que antes. Pero no permanezco con frío mucho tiempo. Me arrastro por el estrecho espacio y saco las bolsas y cajas del armario. La primera caja contiene papeles, facturas y recibos antiguos, extractos bancarios y manuales de instrucciones para electrodomésticos de cocina. Otra caja contiene ropa y juguetes de bebé. Una oleada de tristeza me invade. Mamá debe de haber estado guardando esto para cuando llegara nuestra hermanita. Es difícil imaginarla embarazada, y cómo la vida de ella y papá se desgarró en un segundo de maldad. Un solo disparo y la vida tal como la conocían se acabó para ellos.

Un disparo.

Me siento sobre los talones con una temida sensación de inquietud. Un disparo. Nunca atraparon al culpable. Nunca encontraron el arma. Papá vio al intruso huir con ella. Pero ¿es coincidencia que papá me haya pedido que encuentre una pistola y me deshaga de ella? Sacudo la cabeza. Papá ama a mamá. No puedo recordar todo lo que pasó aquella noche, pero he sido testigo de la depresión que ha sufrido a lo largo de los años. Las veces que desaparecía durante noches enteras porque no podía soportar ver a mamá como está. Dejándonos con la tía Audrey y, a medida que crecíamos, solas, para cuidar de mamá nosotras mismas.

Trago la bola de inquietud alojada en mi garganta.

¿Era depresión? ¿O era culpa?

La incertidumbre me atormenta mientras reviso el resto del armario. Está bastante organizado, pero mover algunas de las cajas más grandes resulta difícil. Decepción tras decepción me abruman

cuando vuelvo a colocar otra tapa en otra caja sin éxito. Pero la siguiente me llama la atención.

Abro la caja de plástico transparente. Dentro hay una pila de lo que parecen cuadernos antiguos. Cojo uno. Es un diario. Lo hojeo mientras un ruido de abajo me interrumpe. Parece que hay gente hablando. Me deslizo fuera del espacio, esperando que V no haya vuelto temprano del trabajo. Paso por encima del desorden y me asomo por la escalera. Jamie está hablando con alguien en la puerta principal. No logro entender lo que dicen, pero el bajo barítono del intercambio me indica que no está conversando con mi hermana. Debe ser uno de esos recaudadores benéficos que suelen llamar a estas horas del año.

La puerta se cierra. Los pasos de Jamie resuenan al subir las escaleras. —Tu madre se ha quedado dormida. Pensé que te vendría bien algo de ayuda.

—¿Quién estaba en la puerta? —pregunto.

—Unos que cantaban villancicos. Les di veinte libras y les dije que volvieran más tarde.

—Eso es muy generoso por tu parte.

Se encoge de hombros. —Era para el hospicio infantil del pueblo. Una causa noble.

—Voy a buscar el monitor para poder oír si mamá se despierta —señalo hacia el trastero—. He encontrado una caja con lo que parecen antiguos diarios de mamá. Hay una caja pesada debajo que no puedo mover.

Bajo corriendo. Jamie ha cubierto a mamá con una manta que V le tejió hace años. Preparo su monitor y regreso arriba para encontrarlo rebuscando en una caja.

Sostiene un trofeo bañado en oro descolorido. —Parece que he descubierto qué podría estar haciendo tu padre con una pistola.

Pongo las manos en las caderas. —¿Qué?

Saca una fotografía enmarcada de la caja y la levanta en el aire. —Parece que en algún momento, hace años, perteneció a un club de tiro.

Cojo la foto. El marco se deshace. Saco la foto. En la parte de atrás, está escrito *1978* a lápiz. —Eso fue mucho antes de que yo

naciera. Me pregunto qué pasó con la pistola, entonces —dejo escapar un gemido—. Todo esto me está haciendo sentir fatal. Papá debe haberse confundido.

—Quizás solía tener una pistola, pero las drogas están jugando con su mente —dice Jamie—. Eso pasa, ¿sabes? Había una residente en la residencia donde trabajaba. Una mujer. Había sufrido un accidente de coche horrible.

Un escalofrío me recorre la espalda, recordando el accidente del otro día. Podría haber sido mucho peor.

Jamie continúa. —Las cosas más locas salían de la boca de la pobre mujer.

—O tal vez se equivocó, y la puso en otro sitio aquí arriba. No tenemos tiempo ahora. Volveré a buscar cuando V no esté.

26

VIOLET

Rose dispara por el pasillo pasándose las manos por el pelo antes de que Violet siquiera haya tenido la oportunidad de cerrar la puerta principal.

—¿Dónde demonios has estado? —pregunta.

Violet no sabe qué decir. No era su intención quedarse tanto tiempo en Radstone, pero no pudo despegarse de observar a los Watson a través de su nuevo juguete. Era como estar pegada a la pantalla de una buena serie de televisión. Estaba completamente hipnotizada. El hombre que ha destrozado sus vidas estaba solo a unos metros. Quería ir a la parte delantera de la casa y arrancarle la garganta.

Pero tiene mejores planes para Will Watson.

—Me retrasé —dice Violet mientras cierra la puerta. Las mentiras han comenzado y ni siquiera se ha quitado los zapatos.

—Son las nueve y media. Normalmente llegas a casa a las siete y media como muy tarde. ¿Por qué no contestaste al teléfono? ¿O llamaste, al menos? He estado preocupada por ti.

—Me dejé el teléfono aquí.

Las líneas de la frente de Rose se arrugan.

—Pensé que habías tenido un accidente o algo. Es lo último que necesitamos.

—Lo siento.

—¿Dónde has estado?

Violet estuvo sentada observándolos, tramando, determinando la mejor manera de infligir el máximo dolor psicológico. ¿Qué les dolería más? Sin darse cuenta al principio de que la respuesta estaba a plena vista.

Comieron su cena y estuvieron hablando durante más de una hora, antes de que Will fregara mientras Tiffany se acurrucaba en el sofá como un gato junto a las puertas plegables y hojeaba una revista.

—Fui a tomar algo después del trabajo —dice Violet.

—¿Con quién? —pregunta su hermana.

—Con una amiga.

—¿Qué amiga? —Rose la mira inexpresivamente.

Por supuesto que no la cree. Violet no tiene amigas. Nunca las ha tenido, excepto Rose y Mamá, pero ellas no cuentan realmente.

—Alguien del trabajo —dice.

—Estaba volviéndome loca —las manos de Rose se agitan—. Pensé que quizás habías ido a ver a Papá, pero el hospicio dijo que no habías estado allí.

—¿Cómo está Mamá?

—Está viendo la tele.

—Yo la acostaré esta noche.

—Necesito preguntarte algo —Rose tira de su brazo—. Ven conmigo.

Si esto es sobre llevar a Mamá a una residencia otra vez, Violet va a perder los estribos completamente.

Sigue a su hermana hasta el salón, donde Mamá está dormitando en su sillón. Hay una caja en la mesa de centro con varios de los viejos trofeos de Papá alineados junto a ella.

—¿Qué estás haciendo con todo esto? —Violet coge una medalla dorada descolorida.

—¿Papá pertenecía a algún tipo de club de tiro? —Rose le pone delante una foto en un marco roto. Su hermana está poniéndose cada vez más agitada. Y Violet también.

Violet mira fijamente la foto.

—Hay más —Rose coge otras dos fotos enmarcadas de la caja y las levanta para mostrárselas.

—¿Dónde encontraste esto? —pregunta Violet.

—En el armario del cuarto de los trastos.

—¿Qué estabas haciendo allí? —Violet sabe la respuesta. Pero quiere oír a su hermana decirlo.

Su hermana se encoge de hombros.

—Estaba ordenando —sus mejillas se enrojecen.

—¿Para qué? —pregunta.

—Pensé que ya era hora de que empezáramos a organizar las cosas de Papá.

Su hermana estaba buscando la pistola. Violet sabe que lo estaba haciendo. Papá se ha dado cuenta de que debería haberse deshecho de esa pistola hace años. Su hermana no tendría ninguna otra razón para estar allí arriba.

—Te dije que yo me encargaría de todo eso. Ya tienes bastante con el trabajo —vuelve a colocar las fotos en la caja y coge otra medalla—. Recuerdo algunas de estas en la repisa de la chimenea. Mamá las odiaba. Decía que eran trastos de plástico... no a Papá, claro —resopla ante el recuerdo—. Un día, cuando él estaba de viaje de trabajo, las quitó todas. Supongo que así es como acabaron guardadas.

—¿Conservó alguna pistola de aquella época? —pregunta su hermana.

Violet adopta una mirada inocente y vacía.

—¿Por qué iba a tenerla? Es ilegal tener una pistola, ¿no?

La cara de su hermana está ahora completamente roja, confirmando lo que Violet ha pensado desde el principio. Papá le ha pedido a su hermana que haga el trabajo sucio por él y se deshaga de esa pistola.

Su hermana se encoge de hombros.

—No lo sé. Solo pregunto.

27

VIOLET

A menudo la gente le ha dicho a Violet que no sonríe lo suficiente. Pero hoy, la felicidad y el encanto emanan de ella como el resplandor de un fuego en un día frío.

Se siente tan poco natural, pero se felicita a sí misma por conseguirlo mientras está de lado, sonriendo ampliamente frente al espejo del gimnasio. Ladea la cabeza de un lado a otro examinando la prótesis que encargó en Amazon. Funciona a la perfección. Cuando abrió el paquete anoche, sonrió de oreja a oreja. No podía esperar para atársela a la cintura. Coloca su mano sobre su barriga. Nunca ha querido tener hijos. Pero hay algo extrañamente satisfactorio en esta farsa de llevar otra vida.

Tomó prestadas unas mallas pirata de lycra de su hermana. Rose no las echará de menos. Su hermana no ha hecho ejercicio desde que terminó el instituto. Su trabajo y el cuidado de mamá son suficientes para mantenerla en forma, dice su hermana. Las mallas le quedaban grandes a Violet, incluso con la falsa barriga de embarazada dentro. Pero no pasa nada. Encontró un imperdible y lo utilizó para ajustarlas y hacerlas más pequeñas. Combinadas con una de sus camisetas holgadas, el arreglo apenas se nota.

Según la investigación que hizo en internet anoche, puede hacerse pasar por una embarazada de cinco meses. Leyó sobre

cómo es estar en esta etapa del embarazo. Le llevó un tiempo ordenar todos los detalles en su cabeza.

Ha sentido moverse a su bebé – pataditas suaves que le han producido una inmensa alegría a ella y a su marido. Se cansa por la noche, pero tiene más energía que durante el primer trimestre, que fue una pesadilla. Las náuseas matutinas. ¡Ay! Las náuseas matutinas. Sufrió terriblemente. Semanas de náuseas desde el amanecer hasta el anochecer, cuando le costaba retener cualquier cosa. Perdió peso. Mucho peso. Pero poco a poco lo está recuperando. Ah, y los cambios de humor durante esos primeros meses, otra cruel prueba. ¿El padre? Sí, su marido, Declan, trabaja en la ciudad. Está tan emocionado como ella con el bebé. ¿La habitación del bebé? Sí, Declan ha estado decorando la habitación libre. Han optado por una combinación de amarillo pálido y gris, así que no importa si llega un niño o una niña. Siempre pueden cambiarlo cuando sean un poco más mayores.

Está bastante impresionada consigo misma por la historia que ha inventado.

Se mete dos chicles en la boca. No puede permitirse el riesgo de oler al cigarrillo que se fumó antes de venir aquí.

Tiffany ya está en el gimnasio. Cuando salió de su casa esta mañana, Violet la siguió hasta aquí y esperó en su coche para dar a Tiffany tiempo suficiente para dejar a Leo en la guardería y cambiarse. Tiffany aún no la ha visto. Todo va según lo planeado.

Está colgando su abrigo en una taquilla cuando la puerta del vestuario se abre y se cierra de golpe. Entran dos mujeres con la cara enrojecida, hablando de los escalones que han subido en la máquina de escaleras y el número de kilos que han levantado. —¿Cuarenta? ¿Has conseguido cuarenta en la polea alta? —dice una—. Eso es impresionante. Yo apenas puedo hacer veinte.

Violet se desconecta. No ha planeado un entrenamiento. Normalmente, se pasea por las calles, pero no puede ser vista haciendo ese nivel de ejercicio estando embarazada de cinco meses. No, debe aceptar que necesita seguir la corriente esta mañana. Para alguien que lleva una estructura rígida en la vida, este enfoque más relajado no le resulta cómodo. Pero tendrá que aguantarse.

Se recoge el pelo en un moño en la nuca y camina hacia el espejo, donde se aplica una capa de brillo de labios. Sus ojos se ven bastante bien. Está bastante impresionada. "Tomó prestado" algo del maquillaje de Prunella antes de salir del apartamento, junto con los pantalones negros holgados y un jersey color crema de gran tamaño. Moderno, y no un conjunto que usaría normalmente, pero cuando llegó a casa y se lo probó, tuvo que admitir que le sentaba bastante bien. Los pantalones tienen una cintura con cordón, ideal para acomodar su creciente barriga. Se los devolverá al armario de Prunella cuando haya terminado con Tiffany. No es que Prunella vaya a echarlos de menos. La mujer debe tener más de cien pares de pantalones, y ni hablar de jerséis – el doble de esa cantidad, o el triple incluso.

Después de acostar a mamá anoche, pasó horas viendo vídeos de YouTube y TikTok sobre cómo aplicar sombra de ojos, corrector, base y pintalabios. Fue toda una revelación aprender a hacerlo correctamente. No se dio cuenta de que era todo un arte y, en realidad, de lo difícil que sería. Requirió perseverancia. Tras la primera aplicación de la sombra de ojos azul, parecía que tuviera dos ojos morados. Y la capa de base la hacía parecer un payaso. Necesitaba ser más sutil, según un youtuber. Y necesitaba hidratar esos labios agrietados. Un consejo que finalmente la llevó al resultado que esperaba. Pero el corrector, ese funcionó bien desde el principio. Camufló sus granos perfectamente.

Cuando entra en el gimnasio, este bulle de actividad a media mañana. Es un establecimiento impresionante, grande y espacioso, con una selección de equipos cardiovasculares, máquinas de pesas, y una mezcla de aparatos y pesas libres al fondo. Localiza a Tiffany de inmediato, pedaleando en una de las bicicletas estáticas que dan a un área de juegos infantiles.

Perfecto.

Allá vamos.

28

ROSE

Meto tres rebanadas de pan en la tostadora, observando a mamá que está sentada a la mesa. Su cabeza ha caído sobre su pecho.

Bostezo. Anoche me llevé la caja de diarios a mi habitación y me quedé hasta tarde hojeándolos, leyendo sobre los primeros años del matrimonio de mamá y papá, cómo se conocieron en un bar donde ella trabajaba a tiempo parcial para complementar sus ingresos como artista. Solía pintar paisajes marinos y venderlos en una galería local. Las entradas del diario son meticulosas, salpicadas de grabados de flores y corazones, el sol y paisajes marinos.

Es difícil pensar en la mujer casi muerta, a quien llamo mamá, como un espíritu libre. Ojalá hubiera sido lo suficientemente mayor para recordarla en esos días.

Unto las tostadas y se las doy de comer, pero apenas come media rebanada. —Mamá, tengo algo que enseñarte —. Subo corriendo a buscar la caja de diarios de mi dormitorio y vuelvo con ella—. Mira lo que encontré en el trastero. Pensé que podría leértelos —. Quito la tapa y cojo uno con 1999 grabado en la portada—. Tus diarios, mamá. Todos tus escritos y hermosos dibujos. Este es el año en que nació Violet. Mira, hay una foto preciosa tuya con ella justo después de dar a luz.

Sus ojos se abren y sus hombros tiemblan. Hace esto cuando está agitada. Necesito calmarla antes de que empiece a agitar los brazos. ¡Demasiado tarde! La parte superior de su cuerpo entra en espasmo.

Vuelvo a tirar el diario en la caja. —Está bien, mamá. No pasa nada —. Presiono sus hombros y los aprieto suavemente. Un movimiento que normalmente la calma—. No tenemos que mirarlos.

Su mandíbula tiembla. Me parte el corazón verla así. Parece que está a punto de llorar. —Mamá, mamá. No pasa nada.

Mira fijamente la caja, con los ojos muy abiertos. Es como si la vista de los diarios la asustara. Si tan solo pudiera decirme por qué.

—Está bien. Los tiraré —. Empujo la caja fuera de la habitación con el pie—. No tenemos que volver a verlos nunca más.

Suena el timbre. —Debe de ser Beth —digo.

Corro a abrir la puerta a la burbujeante Beth. Es la fiel amiga de la infancia de mamá que viene sin falta a esta hora todas las semanas durante una hora, a veces más. Es una bendición, permitiéndome un respiro de una hora en mi día libre. Me besa como siempre hace y se dirige a la cocina, hablando continuamente.

Mamá sigue mirando fijamente la caja.

—Está un poco alterada —digo.

—Déjamela a mí —. Se acerca a la mesa de la cocina. Señala la caja que bajé del armario del trastero—. ¿Qué es esto?

—Algunas decoraciones navideñas antiguas que encontré.

—Veré si puedo interesar a tu madre en poner algunas —. Beth acciona el interruptor de la tetera como si estuviera en su propia casa. Asiente hacia la puerta—. Ve y haz lo que necesites hacer.

Agarro la caja de diarios y subo corriendo las escaleras mientras Beth parlotea sobre el clima y cómo la gente está haciendo sus compras navideñas temprano para evitar las inminentes tormentas de nieve que se avecinan.

Me dejo caer en mi cama, abro la caja y saco el diario que estaba leyendo anoche cuando me quedé dormida. Hay una sensación de incorrección en lo que estoy haciendo. Estos son los pensamientos íntimos de mamá. Pero me siento obligada a continuar, especialmente dada su reciente reacción.

Algo sobre ellos obviamente la perturbó, y si esto puede ser algún tipo de entrada a su subconsciente, entonces revisarlos podría ser tiempo bien empleado. Un desencadenante, tal vez un evento feliz, cualquier cosa que pueda ayudar a traer a mamá de vuelta a un estado más comunicativo.

Hasta ahora, estos diarios han estado llenos de nada más que belleza y felicidad. No puedo entender por qué mamá se alteró tanto hasta que llego al final de 2008, el año antes de que le dispararan, y me doy cuenta de que es el último.

O no escribió un diario el año en que le dispararon, o está en otro lugar.

O ha sido destruido.

29

VIOLET

Violet se sienta en la bicicleta junto a Tiffany. El asiento duro se le clava en los huesos. Configura los mandos para un entrenamiento suave. Violet Sapphire podría pedalear diez veces más rápido, incluso veinte o treinta, pero no debe olvidar que Summer Smith está embarazada de cinco meses.

La música alta suena desde los grandes altavoces distribuidos por las paredes. No comprende cómo la gente puede hacer ejercicio en sitios como este. Aprieta los dientes, intentando ignorarla y centrarse en lo que ha venido a hacer.

Violet estira su camiseta sobre su barriga, esperando pacientemente a que Tiffany inicie la conversación que van a tener. Si no lo hace, entonces Violet tendrá que hacerlo, pero es mejor que sea Tiffany quien empiece.

Violet no tiene que esperar mucho.

—Hola —dice Tiffany.

Violet gira la cabeza.

Tiffany le dedica una sonrisa. Sus dientes son preciosos: rectos y de un blanco deslumbrante. Lo que Violet daría por tener dientes así. Los de abajo están desalineados, como si su mandíbula fuera demasiado pequeña para albergarlos todos. La tía Audrey la llevó al dentista cuando era pequeña, pero ella se negó rotundamente a que

le pusieran los feos brackets que le recomendaron para enderezarlos. Ya la molestaban bastante en el colegio por su aspecto.

Tiffany asiente hacia la barriga de Violet. —¿Cómo va todo?

—Todo bien, gracias. —Violet señala la barriga de Tiffany—. ¿Y tú?

Tiffany se sienta erguida, sin dejar de pedalear, y pasa los dedos por el interior de la cinturilla de sus pantalones cortos. Las gotas de sudor en su frente brillan con la luz natural que entra por las ventanas que se extienden desde el suelo hasta el techo. —Todo bien también. —Levanta una mano hacia su pecho—. Aparte de la acidez por las noches y las ganas de hacer pis toda la noche, no me puedo quejar.

—¿De cuánto estás? —pregunta Violet.

—Cinco meses.

Violet coloca sus manos sobre su barriga. —Yo también.

—¿Niño o niña? —pregunta Tiffany.

Se encoge de hombros. —No lo hemos averiguado. Mi marido no quiere. ¿Y tú?

—Una niña.

Violet aprieta la mandíbula mientras fuerza una sonrisa bien ensayada.

Una niña.

Como lo que esperaba su madre cuando el marido de esta mujer le disparó.

—¿En qué hospital vas a dar a luz? —pregunta Tiffany.

Maldición. Eso es algo que no ha investigado. *Piensa, Violet. Piensa*. —Oh, voy a tener un parto en casa. —Se hace una nota mental: investigar sobre partos en casa y piscinas de parto.

La boca de Tiffany se abre con asombro. —Eso sí que es valiente. ¿Es tu primer hijo?

Violet asiente. —Mi marido cree que estoy loca, pero toda la experiencia será más relajante para mí si estoy en casa. No se me dan bien los hospitales, ¿sabes? Me ponen nerviosa. Una matrona estará conmigo. Y mi marido, por supuesto. —Hace una mueca. Esta conversación necesita alejarse de ella—. ¿Y tú? —pregunta.

—Oh, mi marido nunca aceptaría un parto en casa. Will es un poco miedica con todo lo relacionado con la medicina. —Tiffany se ríe—. Ni siquiera sabe lidiar con los cortes y arañazos de nuestro hijo. Tendremos a la niña en el Royal Free.

—Ahí es donde acabaré yo si hay alguna complicación. —Violet se hace otra nota mental para investigar también ese hospital. Espera que no sea privado. Eso podría causar complicaciones—. ¿Cómo está llevando todo esto tu marido? —pregunta.

—Es bueno, cuando está por aquí —responde Tiffany—. Trabaja muchas horas.

—Igual que el mío.

—¿A qué se dedica tu marido? —pregunta Tiffany.

—Trabaja para un banco en la ciudad. ¿Y el tuyo? —pregunta Violet antes de que Tiffany pueda preguntarle en qué banco trabaja. Tiene una respuesta preparada —Citibank—, pero esta conversación debe centrarse en Tiffany.

—Tiene una empresa de andamios —dice Tiffany.

—Es difícil tener tu propio negocio. Mi padre tenía su propia empresa y nunca estaba en casa. —Violet se detiene ahí. Cuanto menos hable de su padre, mejor.

Tiffany pone los ojos en blanco. —Suena familiar. Will trabaja tantas horas... Ha causado una pequeña grieta entre nosotros últimamente, si te soy sincera, pero está mejorando. Me prometió que estaría en casa a las seis todas las tardes, y lo ha cumplido durante las últimas semanas. Aunque hoy tiene una reunión, así que me ha avisado de que no podrá. —Se toca el vientre—. Es mi segundo. Ya tenemos un hijo, Leo. Tiene tres años. Este embarazo ha sido un poco estresante. En realidad, muy estresante. Por eso... —Agacha la cabeza—. Sin faltarte al respeto, pero no podía tenerla en otro sitio que no fuera un hospital. —Baja la voz—. He tenido dos abortos espontáneos.

¡Bingo!

¡Qué oportunidad perfecta para estrechar más lazos!

—Oh, lo siento mucho —dice Violet—. Yo también he tenido uno.

Tiffany deja de pedalear. —¿De verdad? —Su voz se eleva en entonación.

Violet fuerza sus labios a curvarse hacia abajo. Asiente. —El año pasado.

—Lo siento mucho. ¿Y aun así estás decidida a tener un parto en casa? Qué valiente.

Violet se encoge de hombros. —Sí. Algunas cosas están destinadas a ser.

Abortos espontáneos: otra cosa que debe investigar.

—Esa es una forma filosófica de verlo —dice Tiffany.

—Es lo que me ha ayudado a superar el trauma.

Tiffany asiente. —Podría aprender de ti. —Extiende una mano hacia Violet—. Soy Tiffany, por cierto.

Violet le estrecha la mano. —Summer. Summer Smith.

—Encantada de conocerte, Summer. Tenemos mucho en común.

Más de lo que jamás podrías imaginar, Tiffany Watson.

—Desde luego que sí —dice Violet.

—No te había visto por aquí antes.

—Me acabo de apuntar.

Las pesas resuenan por todo el edificio mientras charlan sobre los altibajos y vaivenes de la montaña rusa del embarazo. Violet desvía la conversación de vuelta a su nueva amiga cuando le hacen preguntas y, como esperaba, van construyendo una buena relación. Tiffany es muy habladora, lo que ayuda. Antes de darse cuenta, Violet lleva quince minutos pedaleando, pero es un simple paseo en el parque comparado con los entrenamientos que suele hacer.

Tiffany detiene su bicicleta y retira la toalla que cubre la consola. —Por hoy he terminado. —Se pasa la toalla por la cara, secando las gotas de sudor—. Ha sido agradable charlar contigo, Summer. Espero verte de nuevo por aquí.

Oh, no te preocupes, Tiffany. Sin duda me verás otra vez.

Esto es solo el comienzo de tu peor pesadilla.

30

VIOLET

Violet pulsa el botón de parada en su bicicleta estática. —Yo también he terminado aquí —dice fingiendo una risa—. Estoy bajo estrictas instrucciones de mi marido de tomármelo con calma las primeras veces —le lanza un guiño entrañable a Tiffany—. Pero creo que me colaré para hacer algunas pesas.

—Voy a cambiarme —dice Tiffany—. Espero verte por aquí.

—Claro.

—Llámame Tiff. Todos lo hacen —Tiffany le dedica su sonrisa perfecta y se despide.

Violet deambula entre las máquinas de pesas, buscando una que una mujer embarazada podría manejar. La máquina de press de pecho parece una opción adecuada. Coloca su toalla en el asiento y se sienta, pero no levanta ningún peso. Ya está bastante cargada. Cargada de adrenalina por lo que ha conseguido... y por lo que está por venir.

Abre Google en su teléfono y busca información sobre partos en casa. Necesita saber de lo que habla para cuando Tiffany le haga más preguntas.

Porque lo hará.

Comprueba el Royal Free. Afortunadamente, no es un hospital privado. Lee sobre planes de parto y piscinas de parto para

conseguir la experiencia más positiva, y la alternativa necesaria en caso de que todo se vaya al traste y tenga que ir al hospital de urgencia. Y no es algo seguro. Si su embarazo desarrolla alguna complicación o su bebé cambia de la posición cefálica, entonces todas las apuestas quedan anuladas.

Examina información sobre abortos espontáneos. Porque es otro tema que seguramente saldrá a relucir en algún momento. Prepara una historia para cuando llegue ese momento. El suyo comenzó con calambres estomacales que se volvieron insoportables. Al principio pensó que era una intoxicación alimentaria. Debería haberlo sabido, ¿no? Pero no sospechó nada hasta que expulsó algo de sangre. Fue entonces cuando Declan insistió en llevarla al hospital. Le hicieron ecografías, la pincharon y manosearon, y le tomaron muestras de sangre, antes de declarar que su bebé había muerto. Declan lo llevó muy mal. Fue una época emotiva para ambos. No, nunca descubrieron por qué. Fue una de esas cosas.

Abandonando sus planes de levantar algunas pesas, se dirige de vuelta a los vestuarios.

Tiffany se ha duchado y cambiado, poniéndose unos vaqueros premamá y un jersey navideño que se ajusta perfectamente sobre su pequeña barriga. —Hola de nuevo —dice—. ¿Disfrutaste del resto de tu entrenamiento?

—No hice mucho.

—Oye, voy a llevar a Leo a la cafetería para picar algo rápido si te apetece acompañarnos.

Violet sonríe. No puede creer su suerte. Esta mujer está cayendo directamente en sus manos. —Claro. ¿Por qué no? —dice—. Ese entrenamiento me ha dado bastante hambre.

Tiffany coge su bolso. —Genial. Iré a recogerle y nos vemos abajo.

Violet agarra sus pertenencias de la taquilla, apenas capaz de creer su buena fortuna. Su mente está acelerada y siente un hormigueo por dentro. Tiffany está haciendo esto mucho más fácil de lo que jamás hubiera esperado. Ella tiene el control aquí. Y está resultando ser incluso más divertido de lo que pensaba.

Encuentra un vestuario privado y se pone los pantalones y el jersey color crema de Prunella. La barriga se ha deslizado ligeramente y está un poco sudada alrededor del abdomen, así que aprieta el cinturón. Así está mejor. Se mira en el espejo. Esto de la barriga le sienta bien. No, no es así. El cambio está en su cara. Es todo el maquillaje lo que le sienta bien.

La cafetería está tan concurrida como el otro día, con el suave zumbido de las charlas y los chillidos y gritos de los niños pequeños llenando el aire. Tiffany ya está allí, bebiendo lo que parece chocolate caliente y dando bolitas de queso a su hijo. Le hace señas, llamando a Violet a su mesa. —Te he guardado una silla —señala a su hijo—. Este es Leo. A pesar de la mancha naranja de la patata que forma como un bigote en el labio superior del niño, es mono. Tan mono como pueden serlo los niños, claro. —No sabía qué pedirte, y Leo tenía hambre, así que me adelanté.

—No te preocupes. Cogeré algo de beber —dice Violet.

Pide un café descafeinado a una mujer de pelo anaranjado que está sirviendo detrás del mostrador. Sus ojos oscuros están perfilados con delineador negro que resulta efectivo. Violet podría probar ese look con sus recién descubiertas habilidades de maquillaje. —¿Con leche? —pregunta la mujer.

Apenas ha quemado calorías esta mañana. —Solo, por favor —se gira y observa a Tiffany, que está hablando con alguien por teléfono, riendo. Es tan guapa. Violet no puede evitar pensar que es una especie de lástima, con lo que tiene planeado.

La camarera desliza la bebida por el mostrador, y Violet regresa junto a Tiffany y Leo. Pero una mujer se les ha unido, sentada en la silla libre con un niño pequeño en su regazo. Tiffany presenta a las dos desconocidas. Violet se estremece. Conocer a otras personas no es parte de su plan. Como si percibiera su incomodidad, la mujer se levanta de un salto. —Nos vemos por aquí, Tiff. Y gracias de nuevo por tu ayuda. Eres una salvadora.

—Cuando quieras —dice Tiffany.

—El mundo necesita más personas amables como tú. —La mujer asiente hacia Violet y se marcha.

Una repentina punzada de culpabilidad desgarra el pecho de Violet. No debería estar haciendo esto.

Tonterías. Se dice a sí misma que se calle. Esto no tiene que ver con Tiffany. Es sobre su marido. Necesita entender con quién se ha casado.

—Me gusta tu jersey —dice Tiffany—. Muy moderno. ¿Dónde lo has comprado?

Unas mariposas revolotean bajo la barriga falsa de Violet. Intenta pensar dónde podría haberlo comprado Prunella. Debería haber leído la etiqueta. Hay tantas cosas en las que pensar. —Me lo regaló una amiga. No estoy segura de dónde lo compró.

Tiffany da un sorbo a su chocolate caliente. —Buena amiga.

Leo golpea la pantalla de su iPad y se ríe. —Mira, Mami. Es el Granjero Navidad.

Tiffany se ríe con cariño y le revuelve el pelo. —Es Papá Noel, cariño.

—¿Viene esta noche?

Tiffany le dedica una sonrisa maternal llena de amor. —No. Hoy no. Te lo dije esta mañana, ¿recuerdas? Es la semana que viene.

—Te quedan ocho noches más —sonríe Violet—. Nueve días, ocho noches más.

—Eso es una eternidad —dice el pequeño.

—No te preocupes —dice Violet—. Pasará rápido. Antes de que nos demos cuenta, será Nochebuena, y estarás dejando un pastel de frutas para tu Granjero Navidad y una zanahoria para sus renos.

Ocho noches más antes de que pueda buscar su venganza.

Violet da un sorbo a su café. Sabe tan intenso como la venganza.

Aparece una mujer. Tiene la cara arrugada y amarillenta de alguien que ha fumado un millón de cigarrillos, y apesta a humo. Incluso Violet puede olerlo. —Buenos días. —La mujer planta un beso en la cabeza de Tiffany.

—¡Abuela! —Leo golpea la mesa de alegría.

—Hola, precioso. —La mujer le besa la cabeza.

—Karen, te presento a mi nueva amiga, Summer —dice Tiffany—. Summer, esta es mi suegra, Karen.

Así que esta es la mujer que dio a luz a ese monstruo. La ira y la repulsión crecen dentro de ella. La necesidad de arañar los ojos de esta mujer la consume. *Control, Violet, control. Las cosas buenas llegan para quienes saben esperar*. Coloca las manos debajo de sus piernas.

—No me quedo —dice Karen—. Acabo de venir de mi clase.

—¿Cómo va? —pregunta Tiffany.

—Estoy avanzando para dejarlo el primero de enero.

—Puedes hacerlo.

—Tengo que ir al trabajo —dice Karen—. Me pasaré mañana.

Cuando Karen se va, Tiffany dice: —Está haciendo una clase para dejar de fumar en el Centro Comunitario. —Baja la voz—. Estoy muy contenta porque fuma como una chimenea.

—¿Te llevas bien con ella? —pregunta Violet. Tiene tantas preguntas. El deseo de saber más sobre Will Watson y su familia la consume por completo.

—Sí. La quiero muchísimo. Es una mujer muy dulce. —Tiffany pregunta más cosas sobre Declan.

Violet vuelve a dirigir la conversación hacia ella. —¿Dónde compras tus vaqueros premamá? Los míos encogieron en la lavadora y necesito comprar unos nuevos. —Es lo mejor que se le ocurre en ese momento.

—Tengo un montón. Cuando estaba embarazada de Leo, mis amigas me daban los suyos viejos, y he comprado algunos nuevos para este embarazo. Debo tener unos diez en casa. Podría darte suficientes para que te duren el resto del embarazo si quieres.

—¿De verdad?

—Claro. Si no te importa la ropa de segunda mano. Todos están en muy buen estado.

—Para nada —dice Violet. Su estómago da un vuelco de emoción. No puede creer lo bien que está yendo todo esto—. Suena genial.

—¿Qué vas a hacer después de esto? —pregunta Tiffany.

—Voy a casa.

—Vente conmigo y te buscaré unos cuantos pares.

A veces las cosas están destinadas a ser.

Todo esto ha sido mucho, mucho más fácil de lo que había previsto.

Y le está encantando.

31

ROSE

No logro entender qué pudo haberle pasado al diario de 2009. Parece extraño que mamá escribiera diarios durante tantos años y con tanto detalle, pero no escribió uno el año en que recibió el disparo. Quizás papá lo encontró después del tiroteo y descubrió cosas personales que había escrito que, por alguna razón, pensó que ella nunca querría que nadie más encontrara. Tal vez aún lo tiene guardado en algún sitio. En el armario del desván, quizás, donde parece haber escondido todos sus otros secretos.

Abro el diario de 2008. Comienza con el mismo tema que los demás: estrellas, flores hermosas y corazones dibujados alrededor de las entradas escritas.

Su amor por V y por mí es evidente en el tiempo que nos dedicó. Me duele pensar en lo que podría haber sido. Aparecen fotografías al azar de ella participando en actividades con nosotras. Puso todas sus habilidades creativas en práctica, enseñándonos a dibujar y pintar, hornear pasteles y decorar platos de papel para que parecieran conejitos en Pascua. Sin embargo, curiosamente, hay pocas fotos con papá. Sé que trabajaba fuera con frecuencia, pero habría esperado más de nosotros como familia.

A mediados de junio, las delicadezas toman un giro. Cada página me sorprende un poco más. Hay pasajes enteros tachados, y los

encantadores dibujos se transforman en imágenes del diablo, incendios y hombres colgados de las vigas de nuestro salón.

Ya no escribía sobre la vida cotidiana: los hitos que V y yo habíamos alcanzado, el mantel nuevo que cosió de un trozo de tela vieja que encontró en una tienda benéfica, o lo que cocinó para cenar. A medida que paso las páginas, su narración vivaracha se vuelve cada vez más oscura, centrándose en su preocupación por la cantidad de tiempo que papá pasaba fuera de casa.

El trabajo de papá lo llevaba por todo el mundo, desde Las Vegas a Toronto, de París a Sídney. Por eso pensé que la tía Audrey aparecía tanto en nuestras vidas después del disparo de mamá. Cada vez que volvía de uno de sus viajes, nos traía chocolates. Lo recuerdo vívidamente. Solía subirme a su regazo y me contaba coloridas historias sobre todos los lugares que había visitado.

A finales de julio de ese año, mamá lo confrontó por primera vez. Ahogo un grito. Le preguntó si tenía una aventura. Él se rio de ella, diciéndole que estaba loca. Que ella era el amor de su vida. Que no había espacio para nadie más.

Ese agosto, papá estuvo más presente. Mamá parecía más feliz. Pero en septiembre, lo que descubro me impacta profundamente. Después de dejarnos a V y a mí en el colegio el primer día del trimestre, mamá visitó al médico. Veía cosas. Cosas que sabía que no estaban realmente allí, pero eso no evitaba que aparecieran, especialmente por la noche. Imágenes del diablo y zombis. Y estaba deprimida, le dijo. ¿Por qué? Su marido tenía una aventura, escribió, y había momentos en los que quería acabar con su vida, le contó al médico. Él le recetó antidepresivos y la derivó a terapia urgente.

Las flores y los corazones reaparecen, tejidos alrededor de sus palabras como un borde. Pero en octubre, las entradas están tan tachadas que la tinta negra ha traspasado la página. Es imposible leer las palabras que hay debajo.

No puedo pasar las páginas lo suficientemente rápido. Noviembre está en blanco. Sin palabras ni dibujos. Diciembre comienza con dibujos de personajes mórbidos. Es oscuro y profundamente inquietante. Trago saliva, con la boca tan seca como la arena. Mamá revisó las cosas de papá cuando él no estaba. Rebuscó en los

bolsillos de su abrigo después de que regresara de una de sus estancias fuera, y en los bolsillos de sus pantalones en el cesto de la ropa sucia, como si fuera una detective privada investigando el matrimonio de otra persona. Pequeñas cruces negras resaltadas con tinta negra rodean cada frase.

Leo en voz alta la entrada del 5 de diciembre de 2008:

Ahora me ha dicho que no estará en casa para Navidad. Tiene que trabajar y se irá el día antes de Nochebuena, pero yo sé que va a estar con ella. Quienquiera que sea "ella". Pero la encontraré. Lo haré. Y que Dios me perdone por lo que voy a hacerle.

Paso las páginas cada vez más rápido.

La frustración de mamá la llevó a autolesionarse en forma de inanición. Solo comía tortitas de arroz para el desayuno, se saltaba el almuerzo y movía la comida por el plato, fingiendo comer cuando se sentaba en la mesa con V y conmigo para cenar.

Contengo la respiración. Es como se comporta V.

Mamá anotaba su ingesta diaria de calorías, asignando un número a todo lo que pasaba por sus labios. Era una cantidad lamentable. Me pregunto si este comportamiento se lo transmitió a V.

Cuando llego a la última entrada del año, el sabor de la tostada me quema la garganta. Mamá organizó que la tía Audrey nos cuidara a V y a mí. Le dijo que tenía que recoger algunos regalos de última hora para nosotras, así que no podía llevarnos con ella. Pero en realidad, mamá planeaba seguir a papá cuando saliera el día antes de Nochebuena.

Paso la página. Mi estómago da un vuelco completo. Una fotografía de una mujer sentada en una playa con tres niños pequeños está pegada en la página. Y junto a ella una dirección, 23, Brook Street, Cadley.

Y debajo, mamá garabateó *Te pillé*.

32

VIOLET

Esta es la oportunidad de Violet. Su oportunidad de entretejerse en la trama de esta familia. La ocasión para descubrir qué les hace funcionar, averiguar cómo puede hacerles el mayor daño posible. Y ha ocurrido mucho más rápido de lo que hubiera esperado, lo cual es una gran noticia. Después de todo, está trabajando con un plazo muy ajustado. La Nochebuena se acerca velozmente.

—¿Y qué hay de tu marido? ¿Le importará si voy a vuestra casa? —le pregunta a Tiffany mientras salen del edificio. Will Watson es la última persona con la que puede permitirse cruzarse. ¿Cómo explicaría que la pasajera del coche contra el que se estrelló el otro día está ahora en la puerta de su casa? Y ahora de cinco meses de embarazo. Se estremece. Eso simplemente no puede ocurrir.

—Ya te lo he dicho. Will siempre está trabajando. Nunca llega a casa antes de las seis. —Tiffany se detiene en seco y frunce el ceño —. Además, ¿por qué debería importar si él está allí?

Violet se encoge de hombros. —No importa. Solo que no quiero molestar a nadie.

Tiffany se ríe. —Le das demasiadas vueltas a todo. —Se detiene junto a su coche—. Este es el mío. —El viento le agita el pelo alrededor de su bonito rostro como si fuera la protagonista de una película. Y lo es. De la película de Violet. Tiffany intenta dominar su

melena con la mano libre, pero los mechones vuelan por todas partes.

Leo se retuerce intentando escapar de sus brazos. Tiffany aprieta el agarre en torno a sus caderas. —Espera, cariño. —Abre la puerta del coche, luchando por contener a su hijo, y se gira hacia Violet—. Puedes seguirnos, pero deja que te dé mi dirección por si nos separamos.

—Claro. —Violet levanta su teléfono—. La pondré en mi navegador. Adelante.

Tiffany abrocha a Leo en su sillita mientras le recita su dirección.

Violet finge teclearla en su teléfono. —¿Está lejos? —pregunta.

—A unos diez minutos de aquí. En caso de que te pierdas, mi número es... —Se lo dicta.

Violet podría chillar de alegría. Una ráfaga de viento le provoca un escalofrío. No había planeado conseguir el número de su nueva "amiga", pero le será útil. —Gracias. Te veo en un momento.

Violet reduce la velocidad al llegar al siguiente semáforo, quedándose a propósito en un rojo. No necesita que Tiffany la esté vigilando. Cuando llega al número 12 de The Ridgeway, Tiffany está sacando a Leo del coche. Tiffany le hace señas para que aparque en el camino de entrada junto a ella. Violet finge no verla. Cuanto menos se vea su coche por ahora, mejor. En su lugar, aparca en la calle opuesta, unas casas más allá, coge su teléfono y le manda un mensaje a la tía Audrey.

Me he quedado atrapada en el trabajo. ¿Podrías ir con Rose para llevar a mamá a ver a papá, por favor?

Sabe que no es lo mejor para mamá, pero ella lo entenderá cuando se lo explique más tarde. Es un medio para conseguir un fin.

El fin de los Watson.

Le manda un mensaje a su hermana y luego alcanza a Tiffany mientras esta entra en su casa. —Quítate el abrigo. Estaré contigo

en un minuto. Tengo que atender a Leo.

Violet memoriza el código que Tiffany marca en el teclado de la alarma. Uno. Tres. Ocho. Siete. Lo necesitará.

Tras haberla visto por fuera, el interior de la casa de los Watson es todo lo que Violet había imaginado. No es un palacio, pero el mobiliario es opulento y lujoso, desde la enorme lámpara de cristal que ilumina el pasillo hasta la escalera flotante de cristal. Un poco demasiado moderno para el estilo de esta casa antigua, pero ¿quién es ella para juzgar? Sus habilidades de diseño interior son tan imaginativas como las de una polilla. Es evidente que se ha gastado dinero a manos llenas. Incluso la gran variedad de adornos navideños es de algún modo elegante. Ligeramente llamativos, pero en consonancia con la decoración.

Tiffany articula en silencio: —Estamos con el orinal. —Se dirige a una puerta a la izquierda de la entrada. Leo está sentado en un orinal.

Violet aprovecha la oportunidad para ver más de esta casa. —¿Tienes otro baño? —Señala su falsa barriga—. Mi control de la vejiga es terrible desde que me quedé embarazada.

Tiffany se ríe. —Ni que lo digas. —Señala las escaleras—. Arriba, al final del pasillo.

Violet se quita los zapatos y sube por la escalera flotante. Esto no es adecuado para una familia en crecimiento. Un paso en falso y sus hijos se precipitarían hasta abajo. Se detiene y agarra la barandilla de cristal. Su respiración se acelera mientras el recuerdo la atormenta desde todos aquellos años atrás. El ensordecedor disparo. Mamá rodando escaleras abajo. Su camisón blanco manchado de sangre. Papá bramando. Una conocida punzada de dolor le atraviesa la cabeza. Es intensa y desgarradora.

—¿Estás bien? —Tiffany está al pie de las escaleras mirando hacia arriba.

—Estoy bien —Violet mira hacia abajo—. Me quedé un poco sin aliento. Me pasa a veces estas últimas semanas. Supongo que es por el crecimiento del bebé.

Tiffany sube un escalón. —¿Estás segura?

—Todo bien.

—¿Te apetece algo de beber?

—Un café estaría genial, gracias. Solo.

—¿Azúcar?

—Sin azúcar. Solo.

—¿Quizás un poco de azúcar te vendría bien?

Violet la despide con un gesto y continúa hasta arriba, donde se dirige hacia el aseo. Pero no va directamente allí. Se detiene en el camino en el primer dormitorio y abre la puerta silenciosamente. Es la habitación de Leo. La luz del sol inunda la estancia a través del gran mirador, rebotando en los muebles pintados a juego en azul turquesa. Es precioso. La colcha blanca con estampado de dinosaurios hace juego con las cortinas y la alfombra, así como con la fila de banderines que recorre toda la longitud de la cama. Una jirafa de peluche gigante, con la cabeza casi tocando el techo, se alza en la esquina de la habitación, contemplando los Pirineos de juguetes.

—Mamá, ya terminé —grita el niño desde abajo—. Mira. He hecho pipí.

Violet cierra la puerta de su dormitorio y se detiene en la siguiente habitación. Es una habitación de invitados, supone, con una cama doble arrinconada y una cómoda alta y estrecha que alberga una gran lámpara de cristal de diseño.

La puerta de la siguiente habitación chirría cuando la empuja para abrirla. El perfume caro de Tiffany, con un olor refinado e intenso, flota en el aire. Esta debe de ser el dormitorio principal. Hace una pausa, escuchando el intercambio entre Tiffany y Leo desde abajo. El váter se vacía. Tiffany le dice lo buen chico que es.

Igual que en la habitación de Leo, la luz del sol irradia a través de las grandes ventanas. La cama de matrimonio tamaño king ocupa el centro de la estancia, vestida con la mejor ropa de cama floral de diseño y coloridos cojines mullidos apoyados contra las almohadas. Es la misma marca de ropa de cama que compra Prunella. Armarios empotrados y vitrinas pintadas de blanco roto cubren las paredes a ambos lados de la ventana y al lado de la puerta. La decoración de esta casa hace que la suya parezca tan descuidada. No recuerda la última vez que papá decoró, o mejor dicho, que contrató a

decoradores, no desde que convirtió el comedor en un dormitorio para mamá.

La habitación es como un imán que tira de ella. No puede resistirse. Entra y se sienta en el borde de la cama. Su corazón late a toda velocidad. No puede creerlo. Está sentada en la cama del hombre que ha destrozado su vida. Pasa la mano por la suave y sedosa colcha. Un reloj de hombre descansa sobre la mesita de noche, junto con un libro sobre motocicletas. Aquí es donde duerme.

Con mano temblorosa, desliza suavemente el cajón de la mesita de noche. Entre el contenido, encuentra un mando a distancia para la pantalla plana gigante en la pared opuesta, un cargador de teléfono, algún tipo de crema médica y unos auriculares. Coge el mando a distancia y se lo mete en el bolso. El sonido de pasos resuena subiendo las escaleras. Tiene que salir de aquí. Rápido.

Cruza el pasillo hacia el aseo, tira de la cadena y se lava las manos, secándoselas con la toalla blanca egipcia. Es suave y esponjosa, a diferencia de las toallas ásperas y grisáceas que tienen en casa. ¿Cuándo fue la última vez que compraron toallas nuevas? Nunca. Enrolla el fardo de suavidad y lo mete en su bolso.

Leo corre hacia su habitación. No la ve. Ella se apresura por el pasillo y comienza a bajar las escaleras cuando un golpe en la puerta principal la detiene en seco. Tiffany flota por el pasillo de abajo. Mira hacia arriba y la ve. —¿Todo bien?

—Todo perfecto —responde Violet.

Leo pasa corriendo junto a ella, agitando un tren. Baja las escaleras deslizándose sobre su trasero.

Tiffany mira a través de la estrecha ventana del pasillo y jadea. —Vaya, no me lo puedo creer. Es el coche de Will. Debe de haberlo recogido del taller.

Violet se detiene a medio paso. Su pulso se acelera, latiendo en sus oídos.

Tiffany se gira hacia ella. —¡Ey, adivina qué! Es mi marido. Ha llegado temprano. Podrás conocerlo.

33

ROSE

Vuelvo a leer el mensaje de V.

Lo siento, no llegaré a tiempo para llevar a Mamá a ver a Papá. Le he pedido a la tía que vaya con vosotras. Iré más tarde después del trabajo. Vx

Suspiro. Se supone que es el día libre de la tía Audrey. Ya nos ayuda bastante.

Preparo a Mamá para ir a ver a Papá, vistiéndola con su mejor vestido y aplicándole colorete en las mejillas. Solo nos falta ponerle el abrigo.

Estoy fregando cuando llega la tía Audrey. Me abraza. Su generosa figura es un manojo de consuelo. Siempre lo ha sido. —¿Cómo es que V se ha quedado atrapada en el trabajo? —pregunta antes de entrar en la habitación de Mamá.

Me encojo de hombros. —No me dijo. Siento molestarte en tu día libre.

Suspira. —Querida Rose. Tienes mucho entre manos. Estoy encantada de ayudar. ¡Vaya! Por fin has puesto algunos adornos.

—Los encontré en el cuarto de los trastos. Beth los puso. No estoy segura de lo que pensará V.

—¿Ha vuelto a dejar de comer? —pregunta la tía Audrey—. Ha perdido más peso.

—Me pregunto si tendrá una conmoción cerebral. —Me encojo de hombros—. Pero insistió en que le dieran el alta.

—Así es V. Siempre ha sido testaruda, esa chica. Supongo que todavía no has tenido la oportunidad de hablar con ella sobre Abbeyfields.

—Lo he intentado. No sé cómo vamos a conseguir que esté de acuerdo.

—Quizás sea mejor que lo hagamos juntas.

—Por lo que a ella respecta, Mamá es la obra de su vida.

—Tenemos que encontrar una manera de hacerle entrar en razón. Una vez que se haya adaptado, tu madre estará feliz en una residencia.

—¿Puedo hacerte una pregunta, tía Audrey?

Levanta una ceja. —Por supuesto.

—¿Mamá y Papá eran felices? Antes del tiroteo... ¿estaban felizmente casados?

Echa los hombros hacia atrás. —¿De dónde ha salido eso?

Me encojo de hombros. Quiero contarle sobre los diarios. Hablar de la foto de la mujer y los niños que encontré, porque me ha dejado un dolor angustioso en el pecho desde que la descubrí.

—Rose Sapphire. Te conozco desde que saliste del vientre de tu madre. ¿Qué ocurre?

—Son algunas cosas que V ha dicho a lo largo de los años... sobre que Papá nunca estaba presente. —Me encojo de hombros—. No sé. Me he quedado preguntándome si eran felices.

—Tuvieron sus altibajos, como todas las parejas casadas, pero eran felices. —Mira su reloj—. Vamos, tengo que estar en la iglesia pronto. Será mejor que nos demos prisa.

Me sigue hasta el dormitorio de Mamá y me ayuda a ponerle el abrigo. Mamá no está cooperando. —Vamos, Melanie. Ayúdame aquí. Mete el brazo. —La tía Audrey se vuelve hacia mí—. Tú puedes conducir hoy.

—¿Lo harías tú? —Paso el otro brazo de Mamá por la manga de su abrigo—. Todavía estoy un poco afectada por el accidente, si te soy sincera.

—Pues por eso deberías conducir tú. —La tía Audrey inclina a Mamá hacia delante en su silla y le arregla la parte trasera del abrigo —. Volver a montar a caballo y todo eso.

—Eso es lo que dijo mi amigo Jamie.

—¿Amigo? —Me guiña un ojo—. He oído que es más que un amigo.

—¿Quién ha dicho eso?

—V cree que sois más que amigos.

—Eso no es cierto. —Una ola de rubor me sube a las mejillas—. ¿Conducirás tú?

—¿Qué tal si conduzco yo hasta allí y tú a la vuelta? —Me mira con las cejas levantadas—. ¿Trato hecho?

—Trato hecho.

Metemos a Mamá en el coche. Es un esfuerzo ya que apenas soporta su propio peso estos días. Es por eso que ya no la sacamos mucho. Antes le encantaba salir a dar una vuelta, pero desde el diagnóstico de Papá, se ha vuelto poco colaboradora cuando intentamos meterla en el coche.

Papá no reacciona cuando llegamos. Mamá se resiste a entrar en su habitación, agitando los brazos como una niña enfurruñada cuando intento empujar la silla a través de la puerta. —Quizás sea demasiado angustioso para ella —susurra la tía Audrey—. ¿Por qué no me la llevo a dar un paseo y charlamos un poco? —Me aparta con suavidad y toma el manillar de la silla de ruedas—. La llevaré afuera a dar una vuelta.

La enfermera que atiende a Papá sale de la habitación. Me siento junto a su cama. Hay un ligero olor a sudor corporal, que me está revolviendo el estómago, pero no tanto como la foto que me quema el alma. Voy directa al grano. —Papá. Tienes que ayudarme. No puedo encontrar el arma, pero encontré esto. —Le toco el hombro—. Abre los ojos, Papá. Y mira esta foto.

No se mueve.

—¡Papá! Tienes que ayudarme. ¿Quiénes son estas personas?

Lentamente, abre los ojos.

Sostengo frente a su cara la foto que saqué del diario de Mamá. —¿Quién es esta mujer, Papá? ¿Y quiénes son estos niños? —No sé por qué me molesto en preguntarle. Ya sé la respuesta.

Tose. Le cuesta esfuerzo. Sus labios permanecen cerrados, pero las lágrimas escapan de sus ojos. Caen por su rostro como lágrimas de arrepentimiento.

34

VIOLET

Tiffany hace girar la cerradura de la puerta principal.

Las piernas de Violet se convierten en gelatina. Oleadas de náuseas la invaden. Está a punto de encontrarse cara a cara con el hombre que ha estado buscando durante estos últimos quince años. Él la va a reconocer del accidente... y ahora con una barriga redondeada. Esto no forma parte del plan.

De alguna manera, tiene que huir. Considera sus opciones para encontrar la mejor ruta de escape. Mirando hacia la parte trasera de la casa, se pregunta si puede escapar por las puertas correderas. Esa tiene que ser su mejor apuesta.

Baja rápidamente las escaleras, preparando lo que va a decirle a Tiffany. Su pulso late con fuerza en los oídos. Todo iba según el plan, pero ahora se está torciendo. Leo pasa corriendo junto a Tiffany, agitando su tren, y se dirige a la cocina.

Tiffany abre la puerta.

El corazón de Violet se detiene.

No es Will quien está en el felpudo, sino un hombre corpulento vestido con un mono azul.

Ella se arrima al lado de la pared de las escaleras. Cuanta menos gente la vea aquí en este momento, mejor.

El mecánico hace tintinear un juego de llaves en el aire. —Hemos traído el coche de su marido. Nos dijo que echáramos estas llaves por el buzón si no estaba en casa, pero como está usted aquí, tome.

Tiffany coge las llaves. —Es increíble. Qué rapidez.

—Nos esforzamos por complacer.

—Mi marido estará encantado. Muchísimas gracias.

El tipo le desea un buen día, asiente con la cabeza y se va.

Tiffany cierra la puerta y deja caer las llaves del coche en un cuenco de cerámica lleno de otras llaves sobre la consola de cristal. Cuando regresaron, también tiró sus llaves del coche ahí. Junto al cuenco hay un gran jarrón de cristal lleno de rosas perfumadas de color crema y rosa.

Violet baja los escalones restantes, con el corazón aún acelerado.

—No era Will —dice Tiffany—. Era el taller que traía su coche de vuelta. —Pone los ojos en blanco—. Will probablemente les dio algo de dinero para que lo hicieran tan rápido. Tu café está listo. Ve a la cocina mientras voy a buscar esos vaqueros.

Lentamente, Violet camina hacia la cocina, todavía temblando por el encuentro que casi tiene con Will Watson. Cuando los pasos pesados de Tiffany hacen crujir el suelo de arriba, retrocede hacia la consola. En silencio, busca entre las llaves del cuenco. Debe haber un juego de repuesto ahí. Las llaves tintinean y rascan contra el lateral mientras las mueve. Hace una pausa, preguntándose cuánto ruido está haciendo. Una puerta de armario se cierra de golpe arriba. La búsqueda continúa hasta que encuentra una llave individual que es idéntica a la llave de la puerta principal que está unida al llavero de Tiffany. La comprueba dos veces antes de metérsela en el bolsillo.

Leo está jugando con su circuito de trenes cuando ella entra en la cocina. Él la mira fijamente. Si no se equivoca, hay cierta cautela en su expresión. Pero ¿qué sabe ella de niños? No tiene experiencia con críos. Y nunca quiere tenerla. La voz de su madre le susurra al oído: *Vale la pena hacerse amiga de este pequeñajo. Nunca se sabe cuándo podría resultar útil.*

—Me gustan tus trenes.

Él la ignora.

Se sienta en el mismo taburete donde Tiffany estaba sentada la otra noche, hablando con Will. Está a un brazo de distancia de donde él estaba cortando verduras. Todo su cuerpo empieza a temblar. Coloca las manos sobre la superficie de mármol para estabilizarse, tomando grandes y profundas respiraciones. Mantener la calma es imprescindible. Podría arruinarlo todo si empieza a mostrar sus nervios ahora.

Sorbe su café, intentando calmar su acelerado corazón. Es demasiado arriesgado estar aquí. Está jugando con fuego. Will podría aparecer en cualquier momento, y todos sus planes se irían al traste. Reprendiéndose a sí misma, sacude la cabeza. Está entrando en pánico innecesariamente. Tiff ya ha dicho que Will no llegará a casa antes de las seis, y ni siquiera es la hora de comer.

Respira profundamente y mira alrededor. La opulencia del pasillo fluye hacia esta habitación con armarios de alto brillo y electrodomésticos de última generación.

Tiffany aparece, con el pelo ahora recogido en forma de piña en la parte superior de su cabeza, mostrando más de su piel resplandeciente. Le sienta bien. —Aquí están. —Tres pares de vaqueros premamá aparecen sobre la encimera—. También encontré estos jerséis. —Saca un puñado de tops de una bolsa de plástico—. Tengo muchos. Si te gustan, siéntete libre de llevártelos.

Esto es útil. Muy útil. Le evitará tener que coger la ropa de Prunella. Y eso significa que ya no tiene que ir a limpiar su casa.

Sus dedos recorren un jersey de punto de color topo, la tela suave y sedosa. —Eres muy amable. —Traga saliva con dificultad. La amabilidad de Tiffany es abrumadora. No esperaba que fuera una persona tan encantadora—. Tu casa es preciosa. ¿Cuánto tiempo lleváis viviendo aquí?

—Tres años. Antes vivíamos en un pequeño piso, pero el negocio de Will comenzó a ir realmente bien, así que decidimos invertir en una casa familiar.

—¿Buenos vecinos?

—Geniales. —Tiffany asiente hacia la izquierda—. Una pareja mayor vive en ese lado. Sus hijos ya se han independizado, y están pensando en mudarse a un lugar más pequeño. —Asiente hacia la

derecha—. En ese lado hay una familia con hijos adolescentes. —Señala la ropa—. ¿Quieres probártela? Puedes ir al salón si quieres.

Violet aprovecha la oportunidad de ver otra habitación. —Por supuesto.

Tiffany señala hacia el pasillo. —Primera puerta a la derecha. ¿Te apetece comer algo mientras estás aquí? Debes de tener hambre. No comiste en la cafetería, y dijiste que tenías apetito antes.

Esta mujer no se pierde detalle. Violet debe tener cuidado con eso.

—Podría prepararte un sándwich. Tengo un pan de masa madre delicioso que compré ayer en la panadería. Siempre me parece mejor al segundo día.

—Estoy bien, gracias, pero debería irme después de probarme esto. —Cogiendo su bolso y la ropa, Violet se dirige al salón y cierra la puerta. Pero no se prueba nada. En su lugar, observa el lujoso sofá de terciopelo, la mesa de café dorada y la repisa de mármol. Las cortinas hacen juego con los cojines del sofá. Ya está deseando describir todo esto a su madre.

Coge un brillante salvamanteles dorado de la mesa de café. Sonriendo, lo mete en su bolso. Una oleada de adrenalina la recorre. Nunca se consideró una ladrona. Nunca había robado nada antes de llevarse aquella ropa del armario de Prunella y el maquillaje de su tocador. Pero la sensación temporal de poder que tiene sobre esta familia es como una droga adictiva. No puede mantenerse alejada de ella.

De la repisa, se lleva una foto de los tres —Will, Tiffany y Leo— colocada en un caro marco dorado. No la echarán de menos. Hay al menos una docena de marcos de fotos aquí. La arroja a su bolso junto con el salvamanteles, la toalla y el mando a distancia. Todo son tonterías, salvo la llave. Pero causará revuelo cuando noten que faltan cosas.

Espera un par de minutos antes de volver con Tiffany.

—¿Te quedaban bien? —pregunta Tiffany.

—Como un guante. Gracias. ¿Cuánto te debo?

Tiffany entorna los ojos como si le ofendiera que Violet haya introducido el dinero en su recién formada amistad. —No aceptaría

ni un céntimo. Son todas tuyas. —Alcanza un armario bajo el gran fregadero blanco de estilo antiguo y saca una bolsa de plástico—. Aquí tienes. Métetelas aquí.

Violet dobla la ropa y la coloca en la bolsa de plástico. El deseo de saber más sobre el marido de esta mujer la consume. —¿Dónde os conocisteis Will y tú?

Lo ama, Violet puede notarlo por la forma en que sonríe cada vez que menciona su nombre o habla de él. —Trabajé para él —dice Tiffany.

—¿Te acostaste con el jefe? —Violet se ríe para dar efecto.

Tiffany levanta las cejas y asiente, reprimiendo la sonrisa que parece querer estallar en sus labios. —Pues sí. Era su asistente personal... —Suelta una risita—. En más de un sentido. —Mira hacia Leo jugando con su tren y se toca la barriga—. Le he dado hijos, también.

—¿Cuánto tiempo trabajaste para él?

—No mucho. Poco después de empezar a salir, lo dejé.

—¿Por qué?

—Entre tú y yo, no soportaba a su hermano, Lewis, que trabajaba para él por aquel entonces.

—¿Ya no trabaja para él? —pregunta Violet.

Tiffany niega con la cabeza. —Tuvieron una pelea poco después de que yo me marchara y siguieron caminos separados.

—¿Por qué fue la pelea?

Ella hace una pausa.

Eso ha sido demasiado. Violet debe tener cuidado. Está siendo demasiado entrometida. Pero es curiosa.

Tiffany continúa. —Digamos simplemente que es un poco impredecible, nuestro Lewis. Curiosamente, el negocio fue de bien en mejor después de eso.

—¿Ya no se hablan?

—Sí lo hacen. Al principio destrozó a la familia, así que Will cedió e hizo las paces con él. No soportaba ver a su madre tan disgustada. Me llevo bien con su mujer, Jacqui, así que eso también dificultaba las cosas. —Se encoge de hombros—. Familias, ¿eh?

Violet asiente.

Familias, desde luego.

Antes de que Tiffany pueda preguntarle más sobre su familia, Violet se termina la bebida. —Tengo que irme. Muchísimas gracias por la ropa. —Se gira hacia Leo, que está jugando tranquilamente en el suelo—. Adiós, Leo.

Él la ignora y empuja un tren por la vía.

Tiffany pone los ojos en blanco. —Di adiós, Leo.

El niño gruñe.

—Lo siento —dice—. Está cansado.

Violet la sigue hasta la puerta principal. —Gracias por el café.

—¿Nos vemos en el gimnasio mañana, quizás? —dice Tiffany.

—Lo intentaré.

—Tienes mi número. Envíame el tuyo. —Se ríe—. Y podemos charlar más sobre las penas y alegrías del embarazo.

—Lo haré.

Violet se apresura a volver a su coche, y busca en Google la forma más barata de conseguir un teléfono de prepago.

Tiene que seguir el juego si quiere convertirse en la nueva mejor amiga de Tiffany.

35

VIOLET

—¿Qué te parece? —Violet desfila arriba y abajo por la cocina frente a su madre, estirando las manos sobre su barriga—. Ingenioso, ¿eh?

Las cejas cada vez más finas de su madre palpitan.

Violet levanta el jersey de punto sedoso que Tiffany le dio. —Tranquila. Solo es de mentira. —Da palmaditas a la barriga falsa—. La he usado para colarme en la vida de Tiffany Watson. —Echa la cabeza hacia atrás y se ríe—. Y ha funcionado de maravilla, mamá. ¿Recuerdas que te dije que está embarazada? Pues ahora soy su nueva compañera de embarazo.

—Muy lista. —El acento irlandés en la voz de su madre está muy marcado esta noche. Así es como va. A veces es tan fuerte como un acelerado acento de Glasgow. Otras veces, es más sutil, un tono musical envuelto en cada palabra.

Violet hace un pase de modelos, probándose cada una de las seis camisetas que Tiffany le dio. —Sé que todas son grandes. Pero eso no importa. No las llevaré durante mucho tiempo, ¿verdad?

Los ojos de su madre la siguen mientras desfila por la cocina.

—¿Cuál te gusta más? Esta es mi favorita. —Violet se quita la camiseta rosa que lleva puesta y la sustituye por un jersey amarillo de cuello en V que saca de la bolsa de plástico—. No es propio de mí elegir algo llamativo, ¿eh, mamá? —Los colores vibrantes contrastan

enormemente con su habitual negro y gris—. Pero a Summer Smith le gusta la ropa colorida.

—Te quedan bien.

—Gracias, mamá.

Después de modelar el último jersey, se lo quita y despega el velcro de la barriga falsa. Esta cae hacia delante entre sus manos. La enrolla formando una bola. —No te culpo por no querer ver a papá. Bien hecho por mantenerte firme, mamá. Rose pensaba que estabas siendo difícil. Pero ella no sabe lo que nosotras sabemos, ¿verdad?

Le da a su madre una cucharada de yogur griego con arándanos triturados. Es un postre que a su madre normalmente le encanta, pero hoy está teniendo problemas para que coma. Ni siquiera pudo conseguir que se tomara un bocado de los huevos revueltos que preparó. Pensándolo bien, no está comiendo nada bien últimamente.

—Entré en su casa, mamá.

Su madre gruñe.

—He. Entrado. En. La. Casa. De. Will. Watson. —Violet le dedica a su madre su mejor sonrisa. Una que resplandece de optimismo—. ¿No estás orgullosa de mí?

Los ojos de su madre parpadean. Ahí está, ese brillo en sus ojos cuando se fijan en los suyos que muestra que está con ella en esto. —Chica lista —dice.

—Abre la boca, mamá. Tienes que comer. Tienes que mantenerte fuerte.

Su madre baja la cabeza, mirando fijamente sus pulgares que golpetean vigorosamente entre sí.

Las canciones de amor en la radio le crispan los nervios. —Vamos a poner algo de nuestra música, ¿vale? —Se levanta—. Nunca entenderé cómo Rose puede escuchar esta basura. —Encuentra la emisora Classical FM—. Así está mejor.

Intenta tentar a su madre con otra cucharada de yogur. —Tienen tanto dinero, mamá.

Su madre rechaza el yogur, sacando la lengua como una niña. La masa cremosa se desliza por su barbilla y un poco cae en su regazo.

—Lo siento, mamá. Realmente no quieres esto, ¿verdad? —Violet coge un pañuelo y limpia la barbilla de su madre.

El labio inferior de su madre tiembla.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

Los hombros de su madre se estremecen. Las lágrimas caen.

Esto no es algo puntual. Llora mucho. Lágrimas suficientes para llenar una taza algunos días. Pero solo delante de Violet. Raramente delante de Rose, y nunca delante de papá. Cuando eran más jóvenes, y él regresaba de uno de sus "viajes de trabajo", Violet le contaba lo disgustada que había estado su madre, pero aunque nunca lo dijo expresamente, él nunca la creyó. Podía saberlo por la forma en que torcía la mandíbula y arqueaba una ceja. Por eso lo odiaba aún más. Al final, dejó de contárselo.

—Vamos, vamos. —Violet coge un pañuelo nuevo y limpia los ojos de su madre—. No hay necesidad de llorar, mamá. Están pasando cosas buenas. El tipo que os hizo esto... recibirá su merecido. Voy a vengarme por ti y por Bean, mamá. —Presiona sus manos sobre los hombros de su madre—. Te lo prometo. No os voy a fallar a las dos.

Violet deja que las lágrimas caigan. La experiencia le dice que es lo mejor. Normalmente tarda unos quince minutos. La abraza. —Ya está, ya está. —La sostiene más fuerte. El cuerpo inerte de su madre se estremece entre sus brazos. Solo cuando sus ojos se secan la suelta.

—Tienes que estar contenta, mamá. No triste. ¿Qué tal una taza de té? —La deja y va a encender la tetera. Se toca el vientre, rozándose con el hueso saliente de la cadera. Se siente un poco extraño después de haber llevado la barriga falsa durante gran parte del día.

Se prepara una taza de té negro. Después de servir té en la taza con boquilla de su madre, añade un chorrito de leche y una cucharada de azúcar. Se lo lleva de vuelta a su madre y se lo da, mientras continúa contándole la historia de su día hasta ahora. —El niño es bastante mono. Pero no estoy segura de que le caiga bien. A Tiffany sí le caigo bien, sin embargo. —Hace una pausa para respirar, dándose cuenta de lo rápido que está hablando—. Su casa

está llena de cosas elegantes. Tienen una de esas teles que es diez veces más grande que la nuestra. Vale, eso es exagerar un poco. Pero es al menos tres veces más grande. Y una de esas chimeneas que están empotradas en la pared con una abertura a cada lado para apilar leña.

Su madre sorbe lo último de su té.

—Solo nos quedan siete días. Entonces todo esto habrá terminado. Se hará justicia. Estoy trabajando en el mejor resultado que nos satisfaga más.

Siete días.

Sus pensamientos se aceleran.

Tiene que hacer esto bien. Maximizar el dolor, la angustia y el sufrimiento. Hacer que Will Watson desee la muerte.

—¿Qué piensas, mamá? ¿Quién debería ser el primero? ¿Leo, Tiffany o Will? ¿O tal vez, los tres juntos?

36

ROSE

—¿Quiénes crees que son esos tres niños? —Jamie se mete el último trozo de un pastel danés en la boca. Estamos tomando un descanso en la sala de personal en el trabajo.

Vuelvo a guardar la foto en mi bolso. —No puedo evitar pensar lo peor.

—¿Que son sus hijos?

Me encojo de hombros. —Tiene sentido. Cuando éramos pequeñas, pasaba mucho tiempo fuera por trabajo, o al menos eso decía. No puedo creerlo del todo, pero ¿y si tenía otra familia? Por las entradas del diario de mamá, ella pensaba que él tenía una aventura. —Me presiono el estómago con las manos—. Todo esto me hace sentir constantemente enferma.

Él se traga el pastel con un sorbo de té de su termo de Spider-Man que trae al trabajo todos los días. Es como un niño grande en el fondo.

—Estoy pensando en ir a la dirección que encontré en el diario.

Levanta las cejas. —¿Es eso una buena idea? —Toma otro sorbo de té y me dice que podría abrir una caja de Pandora que quizás sea mejor mantener cerrada por ahora—. ¿Por qué no intentas sonsacarle más información a tu padre?

—No está en condiciones. No después de su reacción. Podría ser la gota que colme el vaso.

—¡Joder, cariño! ¿No crees que ya tienes suficiente entre manos sin desenterrar el pasado? Yo lo dejaría estar si fuera tú. Ni siquiera sabes si esa gente sigue viviendo allí. Podrían haberse mudado hace años. —Enrosca la tapa de su termo—. Será mejor que vuelva al trabajo. Te veo luego.

Me deja en la sala de personal: una habitación cuadrada con un sofá, mesas y sillas, y una pequeña cocineta para preparar bebidas o calentar comida en el microondas. Un grupo de mujeres charlatanas está sentado en una de las mesas. Siempre toman su descanso de la mañana juntas. Jamie pasa junto a ellas al salir, deteniéndose brevemente para charlar. —¿Estáis preparadas para la ventisca que viene, señoras? Podríamos quedarnos todos atrapados por la nieve en Navidad.

—No empieces a difundir eso, Jamie —responde una de las señoras—. Harás que los pacientes se asusten.

—Abasteceos de papel higiénico. —El comentario hace que estallen en carcajadas. Una de ellas le choca los cinco.

Me giro hacia mi teléfono y busco en Google la dirección del diario de mamá. 23 Brook Street en Cadley, un pueblo a aproximadamente una hora de distancia.

Tengo que ir allí.

Pido medio día libre, y el encargado del personal me dice que lo tome como permiso por asuntos familiares. —Hoy tenemos el equipo completo. Ve y pasa tiempo con tu familia. Ya recuperarás las horas otro día.

Mi estómago se revuelve como las ondulantes carreteras durante todo el camino a Cadley, principalmente por lo que pronto podría descubrir, pero también porque estar al volante está causando estragos en mis nervios. Me gustaba conducir antes de sacarme el carnet. Luego ocurrió el accidente. Ahora vacilo en cada cruce y reduzco la velocidad más de lo necesario en cada curva. Las rotondas son aún peores.

Cuando llego a Brook Street, apago el motor y me quedo sentada frente al número 23. Un hombre alto aparece de la casa vecina, tirando de un gorro sobre sus orejas. A pocas puertas de distancia, una mujer que lleva dos bolsas de la compra entra en una casa.

Mi estómago da vueltas con una mezcla de emociones. Las palabras de Jamie resuenan en mi mente: "Déjalo estar".

Miro fijamente la imagen en mi mano. La misma imagen que he estudiado durante horas desde que la encontré. La mujer tiene el mismo pelo oscuro que sus tres hijos. Sin duda son suyos. Sus ojos, de un azul aciano, lo delatan. Y sus sonrisas, la forma en que un lado de sus labios se eleva más que el otro. Pero ninguno de ellos se parece a mi padre. Me pregunto si me he equivocado. Pero temo que no.

No puedo hacer esto. Jamie tenía razón. No debería estar aquí. Vuelvo a encender el motor, solo para apagarlo de nuevo. Irme será peor que enfrentarlo directamente.

Tomando una profunda bocanada de valor, salgo del coche y cruzo la calle hacia el número 23. Mi pulso se acelera como el viento que me azota. Con cautela, camino por el sendero. Una hermosa corona navideña cuelga de la puerta principal, con tallos artificiales de hoja perenne entrelazados con bayas rojas brillantes alrededor de un lazo dorado de terciopelo. No hay timbre, así que uso la aldaba. El sonido resuena por toda la calle. Me doy la vuelta, casi esperando que la gente esté mirando por las ventanas.

Después de lo que parece una eternidad, llamo nuevamente, más fuerte esta vez. Pero aún así, nadie viene a abrir la puerta. Frustrada por no haber podido enfrentar mis miedos, llamo una última vez cuando una voz detrás de mí me sobresalta. Me doy la vuelta.

—¿Puedo ayudarte? —pregunta una mujer. Los bajos de sus vaqueros acampanados arrastran por el suelo. Una línea irregular de humedad se filtra en el dobladillo. Trago saliva con dificultad.

Es ella.

La mujer de la foto. Pero su largo pelo oscuro ahora está cortado en un estilo sin gracia, y las arrugas surcan su rostro antes juvenil. Se detiene en seco. Es como si ella también me reconociera.

Nos quedamos mirándonos. Esta es la mujer que ha criado a los otros hijos de mi padre, la madre de mis medio hermanos. Estoy segura de ello.

¿Cómo ha podido? He admirado a papá desde que tengo memoria. Es mi persona de confianza.

Ella atrae su desgastado bolso hacia su pecho, abrazándolo con fuerza.

Mi voz vacila. —Soy Rose. Rose Sapphire.

La voz de la mujer es áspera, impregnada de vulnerabilidad. —Será mejor que pases. —Saca un juego de llaves del bolsillo de su abrigo y abre la puerta principal. El olor penetrante a humo de cigarrillo rancio me golpea como un ladrillo. Me hace un gesto para que entre—. ¿Qué tal si empezamos con una taza de té?

Asiento. Tengo un nudo en la garganta. No puedo creer que esté aquí.

—Soy Karen, por cierto.

37

ROSE

Karen empuja una puerta a lo largo del oscuro pasillo.

—¿Cómo sabías mi nombre? —pregunto.

—Deja que prepare ese té. Luego podremos hablar. ¿Azúcar?

Asiento. —Dos, por favor. —Entro en el frío salón. Un viejo sofá con estructura metálica y una gran mesa de centro dominan la pequeña habitación. Un cenicero limpio descansa sobre la mesa, junto a un paquete de cigarrillos y un mechero. El mismo olor acre a tabaco del pasillo impregna la tela de la habitación. Es asfixiante. Y hay una tristeza estancada en el aire, como si la habitación hubiera perdido su alma. Fotografías de un chico adolescente, al que reconozco de la foto de ella con los tres chicos, descansan en la repisa de la chimenea, junto con dos velas consumidas en latas decoradas con hiedra. Aparte de eso, no hay tapicerías suaves ni recuerdos que conviertan un lugar en un hogar.

Karen regresa con dos tazas de té humeante y las coloca en la mesa de centro. —Te pareces a tu padre —dice.

—La gente lo dice. Violet se parece a nuestra madre.

Señala el sofá. —Siéntate.

Me coloco en el borde de un cojín.

Se frota las manos. —Hace frío, ¿eh? —Se acerca al radiador bajo la ventana y juguetea con el dial—. ¿Tu padre sabe que estás aquí?

—Conversamos como si ambas estuviéramos esperando a que la otra aborde el monstruoso elefante en la habitación.

Niego con la cabeza.

—¿Entonces cómo nos encontraste?

Saco la foto del bolsillo de mi abrigo y la muestro. —Me encontré con esto.

—¿Dónde?

—En uno de los diarios de mi madre. Tu dirección estaba escrita al lado. Pensé que quizás os habríais mudado.

—Yo... no me lo podía permitir. —Mira fijamente la foto—. Jerry se preguntaba qué había pasado con esa foto. —Coge el paquete de cigarrillos—. ¿Te importa si fumo? Todo esto me resulta bastante estresante.

Niego con la cabeza.

Saca un cigarrillo del paquete. —Estoy intentando dejarlo. Es muy difícil. —Coloca el cigarrillo entre sus labios, lo enciende y da una profunda calada.

Agito la foto hacia ella. —¿Estos chicos son sus hijos? —No sé por qué lo pregunto. La respuesta es tan clara como el hecho de que las dos estamos sentadas aquí manteniendo esta conversación.

Asiente.

—Creo que necesitas rebobinar. Empezar desde el principio, Karen. Por favor. Necesito saberlo todo.

Suspira profundamente. Más por resignación que por cualquier otra cosa. —Tu padre y yo estuvimos juntos durante veinticinco años. Llevó una doble vida durante gran parte de ese tiempo.

Quiero reírme. Quiero llorar. Todo en lo que he creído se está desmoronando a mi alrededor y nada de lo que haga puede mantenerlo unido. —¿Y nunca lo supiste? —pregunto.

Niega con la cabeza.

—¿Cómo es posible que no lo supieras?

—Lo mismo que tu madre. Pensaba que estaba de viaje de negocios. —Se encoge de hombros—. ¿Qué puedo decir? Tu padre era un manipulador. Un hombre listo y manipulador. Era un adicto. Adicto a la emoción de tener a mujeres bajo su control. En retrospectiva, siempre tuve una pequeña duda de que estuviera

teniendo aventuras, pero yo tenía tres niños pequeños. Ellos eran lo primero. Así que enterré esas dudas. —Resopla con una sonrisa irónica—. Pero todo llegó a su punto crítico cuando tu madre vino aquí, y me enteré de tu existencia y la de tu hermana.

Me froto la frente con los dedos, tratando de alisar las arrugas, pero son tan tercas como mi hermana.

—Lo siento, Rose.

—Espera. ¿Mi padre es un bígamo?

—No, nunca nos casamos. Íbamos a hacerlo. Estábamos comprometidos. Pero él seguía posponiéndolo. —Chasquea la lengua —. Siempre había una excusa con Jerry. Fue otro golpe enorme cuando descubrí que en realidad se había casado con tu madre.

—¿Cómo sabía mi madre dónde vivías?

—Siguió a tu padre hasta aquí una noche, justo antes de Navidad de 2008. —Señala hacia la ventana—. Nos espió a través de ahí.

Mi estómago se retuerce. —¿Qué pasó? ¿Qué hizo?

—Esperó un tiempo antes de volver para enfrentarse a mí. Quizás estaba reuniendo valor. —Exhala un gran suspiro—. O más probablemente intentando calmarse. Vaya, estaba muy enfadada. — Se encoge de hombros—. No lo sé.

—¿Cuándo fue eso?

—A principios de 2009.

—El año en que le dispararon —digo.

—Un asunto terrible. Lo siento muchísimo por lo que tú y tu hermana habéis pasado. No debe haber sido fácil para vosotras todos estos años. La odiaba cuando llegó aquí por primera vez. Podría haberla matado. Sentía que había arruinado mi vida. Pero luego un amigo mío me señaló que ella era tan inocente como yo. Tu padre era de quien debía pensar lo peor. Jamás le habría deseado lo que le pasó. Supongo que nunca encontraron al culpable, ¿verdad?

Niego con la cabeza. —Es un caso sin resolver, como dicen. No hemos sabido nada de la policía desde hace años.

—Tu padre no podía controlarse en lo que a mujeres se refiere, Rose. Quizás haya cambiado, pero en aquellos días era un egoísta y un cabrón. Intenté terminar con él varias veces. De verdad lo

intenté, pero era débil. Me prometió que iba a dejar a tu madre. —Da una calada a su cigarrillo y exhala una gran bocanada de humo —. Le creí.

Examino la habitación. Todas aquellas veces que pensé que mi padre estaba trabajando, estaba aquí con esta mujer y sus hijos. Es repugnante.

—Pero entonces, ese verano, descubrí que tu madre estaba embarazada. Seguía jugando con las dos. Fue cuando le dije que no quería saber nada más de él. Mis hijos también se negaron a verle. Suplicó y suplicó, pero ¿por qué iba a aceptarlo de vuelta? Lo negó, pero estaba mintiendo otra vez. Obviamente seguía acostándose con tu madre. No lo vi durante meses. Hasta después de que le dispararan a tu madre, y volvió aquí. La desfachatez del hombre. Buscaba compasión. Pero yo no tenía nada que darle. Estaba mejor sola. Y así me he quedado.

No puedo creer que esté escuchando todo esto sobre el hombre al que he querido y respetado toda mi vida. Debería odiar a esta mujer, pero no lo hago. Mi padre destrozó su vida, igual que arruinó la de mi madre. Violet comentó una vez que creía que papá tenía una aventura, pero la hice callar. Pero ella tenía razón desde el principio. Ahora tiene sentido por qué lo odia tanto.

—¿Cómo está tu padre? —pregunta Karen.

Busco en sus ojos. Está golpeada y magullada por lo que él le ha hecho. —No está bien. Tiene cáncer. Está en un hospicio.

Cierra los ojos brevemente. —Me enteré.

—¿Cómo? —pregunto.

—Will, mi hijo, me lo dijo.

Frunzo el ceño. —Pero pensé que tus hijos no querían saber nada más de él.

—Will buscó a tu padre a principios de año. La gente cambia, Rose. Mi hijo se convirtió en padre, y quería que su padre estuviera en la vida de su hijo.

—¿Y tus otros dos hijos? —me contengo de decir "medio hermanos".

Señala la foto en la repisa de la chimenea. —Ross, el menor, murió. —Es extraño que no haya fotos de sus otros hijos.

—¿Cómo? —pregunto.

—Un accidente de moto.

—Vaya, debió de ser horrible. —La vida no ha sido amable con esta mujer. Debería odiarla, pero una parte de mí quiere acercarse y darle un fuerte abrazo—. ¿Qué edad tenía?

—Catorce. Iba en la parte trasera de la moto de su hermano. El tiempo estaba mal.

—Lo siento mucho. —Eso explica la tristeza que puedo sentir en esta habitación—. ¿Y tu otro hijo? ¿Ha visto a su... mi... padre?

—No. No ha tenido contacto con él desde el día en que eché a tu padre.

—Quiero conocerlos.

Se recuesta en el sofá, con las mejillas hinchadas, observándome atentamente. —¿Estás segura de eso? —Su tono ha cambiado. No cree que sea una buena idea.

Asiento. —Creo que sí.

—¿Y tu hermana? —Señala la foto—. ¿Sabe de nosotros?

Niego con la cabeza. —V no está bien.

—¿Qué le pasa?

—Tiene algunos problemas de salud mental... ella... —Me muerdo el labio. Se siente mal hablar a espaldas de mi hermana, especialmente con esta mujer—. Tendré que encontrar el momento adecuado para hablar con ella primero.

—Y yo tendré que discutirlo con mis hijos —dice Karen—. Esta es una situación delicada.

38

VIOLET

La idea de volver a Radstone se ha convertido en una obsesión. La familia Watson ocupa su mente todo el día, cada día, en cada momento de vigilia. Está impaciente por regresar a Ridgeway para entrometerse en sus vidas, jugar con sus mentes. La sensación es poderosa, una fuerza eléctrica que ahora se está descontrolando. Quedan cinco días antes de que encuentren su fin, pero atormentarlos mientras tanto la hace sentirse más viva que desde que era una niña de nueve años.

—Voy a encontrarme con un amigo después del trabajo, así que no me esperéis hasta más tarde.

Rose apila sus platos de la cena. —¿Qué amigo?

Violet se toca el lateral de la nariz con el dedo mientras limpia la boca de su madre. —Todo bien, mamá.

—Violet Sapphire, ¿has conocido a un chico? —pregunta Rose.

Qué gran idea. ¿Por qué no pensó en esto antes? Un nuevo hombre. Conseguirá que su hermana deje de preguntarle adónde va todo el tiempo. Esboza una sonrisa tímida. —Quizás.

—Cuéntame. —El rostro de su hermana se ilumina—. ¿Quién es?

Violet se encoge de hombros. —No hay mucho que contar por ahora.

—¿Cómo se llama? Al menos dime su nombre.

—Declan. —Sus entrañas se retuercen. Odia mentirle a su hermana. Rose es demasiado dulce como para mentirle.

La mandíbula de su hermana cae. —Lo sabía.

—¿Qué sabías?

—Que te pasaba algo. ¿Dónde lo conociste?

—No te voy a contar más.

—Tienes que hacerlo.

—Veré cómo van las cosas.

Los cuchillos y tenedores tintinean mientras Rose los deja caer sobre los platos. Le hace más preguntas a Violet sobre Declan: el marido falso convertido en novio falso. —¿Y papá? Debes ir a verle —añade—. No has ido esta semana.

—Iré mañana.

Hace un frío glacial cuando sale a la calle, a pesar de la capa extra de ropa térmica que se ha puesto bajo los vaqueros y el jersey. Nunca ha disfrutado de los extremos del invierno, pero este año le ha afectado especialmente. El frío le cala hasta los huesos, pero el cálido resplandor en lo más profundo de su estómago por el lugar al que está a punto de ir pronto la calienta desde dentro hacia fuera.

Los camiones esparcidores de sal están trabajando a pleno rendimiento. Se queda atrapada detrás de uno que está extendiendo su carga, preparando las carreteras para la nieve prevista para la madrugada de mañana. Junto con el tráfico lento de la cola de la hora punta, esto alarga el viaje unos buenos veinte minutos. Su mente está zumbando. Es como si hubiera vuelto a la vida desde que su hermana chocó con el coche de Will Watson.

Cuando finalmente llega a su destino, esquiva los baches lo mejor que puede y apaga el motor en la calle de detrás de la casa de los Watson. La planta baja está iluminada, al igual que uno de los dormitorios del piso superior. Por su última visita, cuando recogió esa ropa de maternidad, ahora sabe que esa es la habitación de Leo. Debe de estar todavía despierto.

Se pone el viejo abrigo de su madre y su sombrero, y se arrastra por el jardín hasta el número 12. Pasando por la cama elástica y el

columpio, se desliza a lo largo de la valla con setos. El vapor se eleva por encima de las burbujas del jacuzzi. Deben haber estado allí hace poco.

Se acerca más. Una luz de seguridad se activa. Se esconde detrás del cobertizo, evitando las espinas del arbusto de moras. La puerta corredera se abre.

—No puedo creer que me estés haciendo hacer esto —dice Will. Hay una aspereza en su voz, desgastada como si fumara. No recuerda que hablara así después del accidente. Pero claro, ella no estaba del todo lúcida ese día.

—¿Cuántas veces te he dicho que relajarse en el jacuzzi es bueno para nosotros? —responde Tiffany—. Especialmente para ti, con la cantidad de horas que trabajas.

—¿Estás segura de que es bueno para el bebé?

—Diez minutos está bien. Sabes lo mucho que me relaja estar aquí.

Violet sonríe. No han estado allí. Están a punto de entrar.

Esto va a ser divertido.

Muy divertido.

39

VIOLET

Se desliza por el lateral del cobertizo hasta que está lo suficientemente cerca como para oír cada palabra. ¿Quién iba a pensar que espiar a una pareja casada podría resultar un entretenimiento de cinco estrellas? A pesar del frío intenso, se está divirtiendo enormemente. Más de lo que recuerda en quince años.

Tiffany se quita su albornoz de toalla largo hasta los tobillos. Suelta una risita. —Rápido. Rápido. Me estoy congelando —. Will la ayuda a meterse en el agua. Su vientre desaparece rápidamente bajo la superficie, seguido de sus hombros. —Esto es tan relajante —. Echa la cabeza hacia atrás y la apoya contra el lateral acolchado. —También te aliviará el cuello. ¿Qué tal está?

Will se despoja de su albornoz a juego. El estómago de Violet da un vuelco al ver el tatuaje que rodea su muñeca. Él entra en el jacuzzi, sumergiendo rápidamente su cuerpo en el agua. Se frota el cuello. —Todavía me duele.

—Quizás deberías ver al fisio —sugiere Tiffany.

—Le daré unos días más.

—¿No puedes reclamarlo al seguro para ese tipo de cosas?

—No es tan grave.

Hablan sobre el bebé que están deseando recibir en su familia, y sobre Leo, a quien Will obviamente adora tanto como su esposa.

—Ojalá no tuvieras que irte este fin de semana —dice Tiffany.

¿Se va de viaje el fin de semana? El interés de Violet está verdaderamente en su punto máximo.

—Solo me iré una noche. No puedo perderme la despedida de soltero de Stevie.

—Tan cerca de Navidad, además —. Tiffany se desliza más hacia abajo en el agua—. No es que me importe que vayas. Sé lo mucho que lo has estado esperando. No quiero quedarme atrapada con Lewis.

—Vamos, lo está intentando.

—Lo sé —. Suspira profundamente.

—Dale un respiro. Quiere a Leo. Ya sé cómo puede ser, pero ha sido un buen tío. No puedes reprochárselo.

—Lo sé. Lo siento. Preferiría que estuvieras con nosotros cuando vayamos a Winter Wonderland. Siempre vamos juntos.

—Lo sé, cariño, me siento mal. Pero volveré el domingo temprano por la tarde.

Violet sonríe. Así que Tiffany va a estar aquí sola el sábado por la noche.

—Lewis dijo que os recogerá el sábado a mediodía.

Ella cede con un suspiro. —Vale.

—Por cierto, ¿encontraste la llave de repuesto?

—No.

—En serio, Tiff, tienes que ser más cuidadosa. Las cosas desaparecen por todas partes. Es irritante.

—¿Por qué me acusas a mí? —Tiff parece abatida, como una escolar reprendida.

—Perder una llave de la puerta principal es grave. Cualquiera podría entrar.

Violet contiene una risita.

El agua se agita. —¿Has oído eso? —Will mira hacia el cobertizo.

Violet se aleja del lateral del cobertizo, con el corazón latiendo cada vez más fuerte en sus oídos.

—¿Oír qué? —dice Tiffany.

—Creí oír un ruido detrás del cobertizo —dice Will.

—Eso me pasó el otro día. Pensé que había oído algo aquí fuera —dice Tiffany.

—Probablemente sea un zorro —dice Will.

—Este lugar a veces me pone los pelos de punta.

—No seas tonta —dice Will—. Solo son animales.

—Vamos a adoptar un perro —dice Tiffany.

—¿De dónde ha salido eso?

—Sabes cuánto he deseado siempre tener un perro. Me sentiría más segura con uno cerca.

Will suspira. —Hemos hablado de esto. Es una gran responsabilidad. ¿Quién lo va a cuidar cuando nos vayamos de viaje? Y, además, vamos a tener un bebé. No es buen momento.

Violet se asoma por un lado del cobertizo, lo suficiente para seguir observándolos.

—Es el mejor momento para tener un perro. Estoy más tiempo en casa, así que puedo adiestrarlo. Y puede acostumbrarse a todos nosotros antes de que ella llegue. Será mejor que adoptarlo después de que nazca. La perra de la amiga de Jacqui ha tenido una camada de labradores. Hace diez semanas. Son adorables. Queda uno. La persona que iba a comprarlo se echó atrás. Por favor. Por favor, Will. De verdad lo quiero.

Will suspira como si ya se hubiera resignado a la nueva incorporación no humana que está a punto de unirse a la familia Watson. —¿Quién lo va a cuidar cuando vayamos a Tailandia?

—Jacqui dijo que ella y Lewis lo harían.

—Lo tienes todo planeado, ¿verdad? —La aspereza en su voz se convierte en una risa cariñosa.

Un escalofrío recorre a Violet.

Will gira la cabeza hacia ella. —Ahí está otra vez —dice—. ¿Has oído eso? —El agua se agita y salpica mientras sale de la bañera.

Es hora de largarse de aquí.

Con toda la agilidad que sus piernas le permiten, se desliza por el lateral del cobertizo.

Viene tras ella.

Su estómago se le sube a la garganta. No puede permitir que la atrape aquí. Arruinaría todo lo que tiene planeado. Una espina de

zarza le rasga el abrigo, atacándola como si la castigara por estar allí. Alargando su zancada, se desliza a lo largo del seto hasta llegar a la carretera.

Mira por encima del hombro. No se le ve por ninguna parte. Pero no puede arriesgarse. Cruza al otro lado de la carretera y se pierde en el bosque. Está oscuro y da miedo, pero no tiene elección. Se esconde detrás de un árbol y apoya la cabeza contra el tronco para recuperar el aliento.

Después de aproximadamente un minuto, se atreve a asomarse por el tronco del árbol. Él está de pie en medio de la carretera con su albornoz, mirando a ambos lados. A pesar del terror que le recorre, no puede evitar ahogar otra risita. Desea que vuelva adentro. Por mucha emoción que sienta, hace un frío terrible y necesita volver al coche. Va a congelarse aquí fuera.

Él da un paso hacia el bosque.

Va a entrar aquí.

Esconde la cabeza detrás del tronco del árbol y la apoya contra la corteza áspera y fría, conteniendo la respiración.

—¿Quién anda ahí? —grita él.

El miedo la paraliza. La única parte de su cuerpo que se mueve es su corazón, pulsando en sus oídos tan fuerte que teme que él lo escuche.

Las pisadas crujen sobre ramitas y ramas caídas por el mal tiempo de octubre. Se está acercando. —¿Quién es? —grita—. ¿Quién anda ahí?

Aprieta la mandíbula para evitar que le castañeteen los dientes, y aguanta firme. Es un juego de paciencia. Él está en albornoz. Ella con un abrigo acolchado de invierno. Es un juego que va a ganar. No tiene que esperar mucho. Pasan un par de minutos antes de que sus pasos vuelvan a resonar en el suelo. Asoma la cabeza por el lateral del árbol hasta que un ojo lo ve dirigiéndose de vuelta a su casa.

Lo ha inquietado.

La idea la llena de un inmenso placer.

Es el delicioso comienzo de lo que está por venir.

40

ROSE

Desde que conocí a Karen, la idea de mis medio hermanos no deja de rondar por mi confundida mente. He intentado abordar el tema con V, pero nunca parece surgir el momento adecuado.

—Por aquí, Rose —me llama la tía Audrey con un gesto desde la entrada de la iglesia. Lleva unas botas negras hasta la rodilla relucientes y su mejor abrigo, un gabán de lana cruzado con ribete de piel.

Odiaba ir a la iglesia cuando era pequeña. Mamá y la tía Audrey siempre nos sentaban a V y a mí entre ellas, apretujadas como viajeros en un tren abarrotado. Hoy en día no voy mucho a la iglesia, pero siempre acudo con la tía Audrey a esta misa vespertina a la luz de las velas cada Navidad. La espero con ilusión. V se niega a poner un pie dentro de una iglesia, así que se queda en casa con mamá. La tía Audrey y yo solemos ir a cenar antes, pero V llegó tarde del trabajo esta noche, así que tuve que cancelarlo y venir directamente aquí. Le beso la mejilla—. Necesito hablar contigo.

—Ahora no tenemos tiempo. Después de la misa habrá tiempo para charlar.

La iglesia está tranquila y en paz cuando entramos envueltas por el aroma a pino que desprende el redondeado árbol de Navidad. Las sombras bailan alrededor de la congregación por el resplandor

dorado de la luz de las velas, y el altar brilla gracias a las luces navideñas entrelazadas entre ramitas de acebo.

Un niño con voz angelical comienza a cantar *Noche de Paz*. El resto del coro se va uniendo lentamente. Mis pensamientos están llenos de Karen y mis medio hermanos mientras me pregunto si ellos van alguna vez a la iglesia. Tengo tantas preguntas, pero no hay nadie que pueda responderlas. ¿Cuánto tiempo de sus ausencias dedicaba papá a estar con ellos? Y lo más importante, ¿hay otras mujeres y niños, hermanos, que no conocemos?

Después de la misa, la tía Audrey se mezcla con la congregación, que ahora zumba con charlas y el acompañamiento de fondo del animado organista. La sigo como un apéndice inútil, intentando mentalmente apresurarla. Estoy pendiente de volver a casa. V estaba de un humor extraño otra vez cuando llegó del trabajo, y estoy ansiosa por regresar con ella. Pero la tía Audrey está en su elemento, socializando con sus amigos de la iglesia, hasta que una mujer pelirroja se acerca a nosotras—. Audrey —dice—. Qué maravilloso verte.

La tía Audrey hace un doble gesto de sorpresa—. Nicolette —sus ojos se abren de par en par.

—Ha pasado demasiado tiempo —dice Nicolette—. ¿Cómo está tu hermana?

La tía Audrey hace una pausa, sus ojos revolotean nerviosamente —. Va mejorando. ¿Qué haces tú aquí? —Cruza los brazos firmemente sobre su pecho. Nunca la había visto tan tensa.

—Estábamos visitando a la madre de Charles, y ella insistió en venir a esta misa esta noche. Perdió a su marido el año pasado, y solían venir juntos. Pamela Hales, probablemente la conoces. Oh, ahí está —Nicolette saluda con la mano—. Charles, aquí.

Un hombre distinguido con espeso pelo oscuro y rizado se acerca a nosotras—. Hola, Audrey —aparta un mechón de rizos de sus ojos. Tiene muchísimo pelo para ser un hombre mayor.

La tía Audrey asiente secamente—. Hola, Charles —se vuelve hacia Nicolette—. Lo siento, pero tenemos que irnos —me agarra del brazo—. Hemos dejado a mi sobrina con mi hermana, y no ha

estado muy bien últimamente. Que tengáis una maravillosa Navidad. Por favor, dale mis mejores deseos a tu madre.

—¿Quiénes eran? —pregunto mientras salimos de la iglesia al frío aire nocturno.

—Algunas personas que conocía —me está apresurando más rápido de lo que es seguro para el sendero helado.

—Ve más despacio, nos vamos a resbalar.

—Lo siento, cariño. Estoy cansada. Quiero llegar a casa.

—No parecías cómoda con ellos.

Se encoge de hombros—. ¿De qué querías hablarme?

Miro alrededor, asegurándome de que no hay nadie cerca—. Justo después del accidente, cuando papá aún podía hablar, parecía pensar que tenía una pistola en casa.

Me mira horrorizada—. ¿Una pistola? ¿Dónde?

—En el cuarto de los trastos. Y lo que es más, quería que me deshiciera de ella.

—¿Te pidió que hicieras qué?

—Que me deshiciera de ella —repito—. Pero no la encuentro por ninguna parte.

Su cara está llena de preocupación, con las cejas fruncidas. Me guía fuera de las puertas de la iglesia hacia su coche aparcado al final de la calle—. ¿Se refiere a la de cuando pertenecía a ese club de tiro? Tu madre odiaba que fuera allí.

Me encojo de hombros.

Tuerce los labios y niega con la cabeza—. Probablemente eran los medicamentos hablando. Pueden hacerte decir esas cosas, ¿sabes?

Llegamos a su coche y lo abre con el mando—. No te preocupes por eso. Tu madre nunca le habría dejado tener una pistola en casa —bosteza—. Tengo que irme a casa, cariño. Espero que no te importe. Estoy cansada esta noche —presiona su mano contra mi hombro como si me estuviera apartando—. Te veré mañana —entra en el coche.

A menos que me equivoque, por primera vez en mi vida, no puede esperar a alejarse de mí.

41

VIOLET

Violet no podía postergarlo más. Ha tenido que ir a ver a su padre. Cuando su hermana regresó de la iglesia con la tía Audrey, prácticamente la empujó fuera de la casa.

No le importa. Ya le tocaba hablar con él.

—¿Qué haces aquí? —Su voz es apenas audible.

Mezclándose con el tufo a muerte está el olor de él aquí... mentiras, engaños y secretos mortales.

Él continúa, pero ella apenas logra entender lo que dice. Ha empeorado desde la última vez que lo vio. Rose le dijo que estaba mal, pero ahora su cuerpo demacrado parece apenas una sombra de lo que fue. No puede quedarle mucho tiempo.

Mueve la silla junto a su cama y se sienta en el borde. —¿No te alegra verme, papá?

Silencio.

—Entonces, ¿cómo estás? No tienes buen aspecto, si te soy sincera. ¿Qué pensarían todas tus otras mujeres de verte ahora? —Está siendo cruel, pero no puede evitarlo. Años de ira contenida, dolor y frustración están saliendo de ella, y no hay nada que pueda hacer para detener el flujo.

Su padre gira la cabeza con esfuerzo, como si no soportara mirarla.

—Eso es, papá. Apártate de mí. Haz lo que has hecho toda mi vida. Siempre he sido una decepción para ti.

No tiene ningún deseo de estar aquí ni un momento más de lo necesario. Está segura de que él siente lo mismo, así que va al grano. —Veo que has estado mandando a tu querida hija a hacer algunos recados para ti.

Sus ojos vidriosos se encuentran con los de ella.

—¿Sabes qué? —Se levanta y baja la cabeza hasta que está a un suspiro de su oreja—. Tengo la pistola. —Vuelve a sentarse en la silla —. La he tenido durante un tiempo.

Sus ojos se abren de par en par. —No —murmura.

—Oh, sí. Cuando enfermaste por primera vez, me sentí atraída por la habitación del ático, preguntándome por qué mantenías ese armario cerrado con llave y nos prohibías entrar allí. Naturalmente, sentí curiosidad. No me llevó mucho encontrar la llave en el cajón de tu escritorio. Realmente deberías haber sido más imaginativo. Pero así has sido siempre conmigo, papá, ¿verdad? Siempre me has subestimado.

Él gira la cabeza, como si deseara que la conversación terminara. Está indefenso, y lo sabe.

—Toda mi vida me he abstenido de enfrentarme a ti por el bien de Rose y de mamá, pero ya no más. Ahora yo tengo el control. Y se siente bien. Venganza. Me estoy cobrando por la patética excusa de padre que has sido para mí y Rose, y el podrido marido que has sido para mamá.

Continúa con su discurso bien preparado. Un discurso que ha estado perfeccionando durante años, esperando el momento adecuado. —Sabes, papá, cuando encontré la pistola, despertó un recuerdo de la infancia. Era la pieza que faltaba de la noche en que dispararon a mamá que por alguna razón había bloqueado. Estaba ahí, en lo profundo de mi mente todo el tiempo, pero no podía sacarlo. Pero entonces, ¡bum! Volvió de golpe.

Él empieza a toser como si quisiera despertar compasión. Pero ella no tiene ninguna para darle. Ha gastado hasta la última gota en su madre.

—Ese monstruo al que dejaste disparar a Mamá... soltó el arma y huyó —dice ella sentándose sobre sus manos. Si pierde el control ahora, no confía en lo que podría hacer—. Bajaste corriendo las escaleras, donde Mamá se desangraba en el suelo. ¿Y qué hiciste?

Él intenta alcanzar el panel de control para llamar a una enfermera. Ella lo aparta.

—Recogiste el arma y volviste corriendo arriba con la excusa de que necesitabas tu móvil. Pero en realidad era para esconderla. Porque era tu arma la que el asesino sacó de la caja fuerte. Sabías que te meterías en problemas.

Se presiona las yemas de los dedos en las comisuras interiores de los ojos y las mantiene allí un rato. Se niega a dejar que él vea sus lágrimas.

Su voz tiembla. —Si hubieras actuado más rápido, si no te hubieras preocupado por ti mismo, maldito egoísta, podrías haber conseguido ayuda para Mamá mucho antes, y ahora estaría bien.

—No, Violet —dice él entre ataques de tos y resoplidos—. No es cierto.

—¿Qué pasó, papá? ¿Estabas harto de ella? ¿Más contento jugando con todas tus amantes? Así que decidiste que le dispararan. Eres patético.

—No. —Su voz es apenas un susurro—. Lo has entendido todo mal.

—Lo que no entiendo es por qué no te deshiciste del arma... ¿destruir la evidencia?

—Debería haberlo... —Otra tos—. Hace tiempo. —Otro resoplido.

Le queda poco combustible en el tanque. Entra y sale de la consciencia. Ella lo sacude. No lo dejará ir. No antes de que haya terminado con él. —Papá. —Eleva la voz. Tendrá su momento—. ¡Papá!

Él vuelve en sí.

—Vamos, papá, ¿por qué no te deshiciste del arma?

—Fui estúpido. Debería haberlo... hace tiempo.

—Puedes hacerlo mejor que eso.

—Nunca parecía el momento adecuado. —Jadea buscando aire—. Estaba asustado. Deseando que todo desapareciera.

—Como siempre, solo pensando en ti mismo. Entonces, ¿cuánto le pagaste al tipo para que fingiera el allanamiento y le disparara a Mamá?

—No. No. Lo has entendido todo mal.

Ella se acerca a él una vez más, su aliento en su oído. —Bueno, ¿sabes qué, papá? Lo he encontrado.

—¿A quién?

—A la persona que contrataste para disparar a Mamá, por supuesto.

—No entiendo. —Le cuesta mantener los ojos abiertos.

—Deja que te lo explique. —Le da un empujón—. ¡Papá! Abre los ojos. —Él vuelve en sí—. Lo he encontrado, y voy a usar tu arma —sí, tu arma— para vengar a Mamá y a Bean.

Mira fijamente el tubo que conduce a la bolsa de medicación que prolonga la vida de su padre. Sería tan fácil desconectarlo todo y verlo desvanecerse frente a ella.

Pero no. Eso arruinaría su plan. Quiere que sufra, como Mamá ha sufrido todos estos años. Como lo han hecho Rose y ella. Como lo hizo su hermana pequeña. Quiere que el conocimiento de que su hija va a llevar a cabo un acto atroz de venganza alimente sus últimos momentos.

42

VIOLET

—Por favor, ven con nosotros, Summer —dice Tiffany—. He invitado a algunos de mis otros amigos, pero todos están ocupados.

Caminan una junto a la otra en cintas de correr con una ligera inclinación. Las máquinas dan a la entrada del edificio y a una hilera de árboles de ramas desnudas. Desde que consiguió un teléfono de prepago y le dio su número a Tiffany, han intercambiado muchos mensajes hablando sobre los entresijos de la vida durante el embarazo. Ha aprendido muchísimo.

—Aunque sea solo por una hora —añade Tiffany—. Por favor.

Tiffany le está suplicando que se una a ella, a Leo y a su cuñado el sábado en la versión local del Winter Wonderland de Londres. Pero Violet debe mostrar cierta moderación. No puede parecer demasiado ansiosa. —Tendré que ver. Se supone que vamos a visitar a mis suegros en algún momento del fin de semana, pero no estoy segura si iremos mañana o el domingo. Le preguntaré a mi marido y te enviaré un mensaje.

Desde que formó esta falsa amistad con ella, le ha resultado extraño hablar de su marido ficticio, casi tanto como de su bebé inexistente. Es como si estuviera viviendo otra vida que le habría gustado tener en algún momento. Pero eso fue antes de que un

grupo de chicas en el colegio le repitieran constantemente que nadie la querría jamás. Sus risas burlonas aún la atormentan.

Eres una cosa muerta, Violet Sapphire. Imposible de querer.

Haces que los chicos quieran vomitar.

Vas a convertirte en una anciana solitaria.

—Oye, Summer. ¿Estás bien? Estás en las nubes —Un toque en su brazo la devuelve al presente. Tiffany no se rinde—. Me harías un favor si vinieras.

—Parece que no te cae bien tu cuñado —dice Violet.

Tiffany sonríe con timidez. —¿Qué te ha dado esa impresión? —Suspira—. Como te dije, Will y Lewis tienen una relación complicada.

—Sí, recuerdo que mencionaste que hubo algún tipo de pelea relacionada con el negocio.

Está disfrutando aprendiendo tanto sobre Will Watson. Cada vez que recoge un nuevo fragmento de información, lo añade a su muro de investigación. Ahora sabe que el hermano de Will, Lewis, su esposa, Jacqui, y la madre de Will y Lewis, Karen, pasarán la Nochebuena en casa de Will y Tiffany. Esto desafiará sus planes, pero se niega a dejar que los arruine. Tiffany mencionó que Karen podría quedarse a dormir, aunque espera que no, porque Karen fuma como una chimenea, y no soporta el olor que permanece en el aliento de su suegra.

—Estoy segura de que todo viene de su difícil infancia. Su madre echó a su padre por tener una aventura. Su hermano Ross murió en un accidente de moto —Tiffany pone los ojos en blanco y sacude la cabeza—. Un asunto terrible, terrible. Lewis conducía. No fue su culpa. El tiempo era malo. La moto perdió la carretera. Le afectó mucho, lo cual es comprensible. Nunca lo ha superado. Will sostiene que Lewis siempre ha estado un poco celoso de él porque ha hecho algo con su vida. Will intentó incluirlo, de verdad que sí, pero Lewis lo estropeó. Siempre lo hace.

Cómo desea Violet decirle que su marido hizo algo con su vida gracias al dinero y las joyas que robó a sus padres. Una pequeña fortuna que encaminó su vida por un camino mejor. Sus entrañas se retuercen por lo mucho que desea ver muerto a Will Watson.

Pero paciencia, Violet. Mira fijamente sus zapatillas moviéndose sobre la cinta. Cuatro días más y llegará su fin. Pero primero, debe sufrir más. —Es difícil cuando tus padres se separan, supongo —dice.

—Lewis empezó a juntarse con malas compañías: drogas, hurtos en tiendas —Tiffany pone los ojos en blanco—. Ya te haces una idea. Will sentía lástima por él, así que le dio un trabajo en su negocio para ayudarlo cuando estaba realmente mal. Como te dije antes, Lewis lo estropeó. El resto es historia. Tengo que admitir que es un buen tío para Leo. Pero, si soy sincera, no me gusta dejar a Leo con él. Por eso voy a ir con ellos a Winter Wonderland. Mi cuñada, Jacqui, iba a ir, pero ha tenido que trabajar, así que él quería llevar a Leo solo, pero no me sentiría cómoda.

Baja la inclinación de su cinta de correr y reduce el ritmo. —Creo que ya he terminado por hoy —Toma su toalla del brazo de la cinta y se limpia la película de sudor de la frente y el pecho—. ¿Adivina adónde voy ahora?

Violet configura su cinta en modo de enfriamiento. —¿Adónde?

—Will finalmente ha cedido. Vamos a tener un cachorro. Estoy tan emocionada —Saca su teléfono del bolsillo de sus mallas y desliza la pantalla—. Mira esta preciosidad —Gira la pantalla hacia Violet.

Es una foto de ella sosteniendo un Labrador negro y peludo.

—Es mono —dice Violet.

Ella hace brillar sus dientes blancos en una gran sonrisa. —Ozzy.

Rose siempre ha querido un perro. Cuando eran niñas, suplicó y suplicó a papá que les consiguiera uno, pero Violet se puso de parte de papá. Tenían suficiente con cuidar de mamá. Sacude la cabeza para aclarar sus pensamientos. No puede pensar en Rose. No cuando está en modo Summer Smith. Se siente mal, como si estuviera haciendo trampa en un juego que están jugando.

Tiffany recupera su teléfono. —Will va a encontrarse con nosotras aquí y luego iremos a recogerlo.

El estómago de Violet da un vuelco. —¿Viene aquí?

Ella asiente. —Oye, puedes conocerlo. Vamos a almorzar primero. Puedes unirte a nosotros. Le he hablado de ti.

43

VIOLET

—Claro —suelta Violet antes de tener tiempo para pensarlo bien.

Tiffany continúa—: Creo que está preocupado por mí últimamente.

Las entrañas de Violet se retuercen de pavor. Will Watson va a venir aquí. La reconocerá del accidente. Se devana los sesos intentando encontrar la manera de escapar de esta situación. —¿Preocupado? ¿Por qué?

Tiffany se encoge de hombros. —Es extraño y no puedo explicarlo, pero han desaparecido algunas cosas en nuestra casa.

—¿Qué tipo de cosas? —pregunta Violet.

—Cosas pequeñas: el mando a distancia de la tele y un posavasos del salón. Él cree que he sido yo, pero te juro que nunca toqué ese maldito mando. ¡Y una llave de repuesto de la puerta principal, para que te enteres! ¡Tampoco la toqué! Y él dice que él tampoco. Causó una discusión monumental.

—Lo mismo me pasó a mí. Declan no encontraba el abrelatas y me echó la culpa. Pero tenía razón. Lo había metido en la nevera. Ya aparecerán las cosas —pone los ojos en blanco—. Cerebro de embarazada, ¿eh?

Tiffany detiene su cinta de correr. —Por favor, ven el sábado. Hay un mercado navideño estupendo allí. Puedes conseguir algunos

regalos geniales. El año pasado, le compré a la madre y a la hermana de Will unas coronas preciosas. Les encantaron —se baja de la cinta—. Te veo en la cafetería. ¿Cuánto tiempo vas a estar? Puedo pedir por ti.

La respuesta de Violet es lenta mientras su mente trabaja a toda velocidad. —No hace falta. Voy a hacer algo de pesas. Pediré cuando baje.

Aumenta la inclinación de la cinta de correr. Su corazón late aceleradamente mientras intenta encontrar una forma de salir de esta situación. La cafetería está junto a la entrada del edificio. La notarán si intenta marcharse sin saludar.

Podría quedarse aquí hasta que se hayan ido, pero necesita irse ahora. Esta es su oportunidad. La oportunidad de ir a su casa mientras no están allí y hacer lo que tiene que hacer.

El deseo de aumentar la velocidad a doce kilómetros por hora es irresistible. Si no estuviera disfrazada, eso es lo que haría para calmarse. En cambio, aprieta la mandíbula, obligándose a mantener la calma. Va a tener que arriesgarse a salir sin que la vean.

Pero no puede mantener la calma. La luz aquí se ha vuelto demasiado brillante. Y la música demasiado fuerte, como si algún empleado hubiera subido los altavoces al volumen máximo. Se acuna la cabeza entre las manos. No lo soporta. Golpea el botón de parada. Beber. Tiene la garganta seca como la tiza. Está desesperada por agua. Corre hacia la fuente de agua y bebe vaso tras vaso.

Se topa con Tiffany al entrar en el vestuario. Las mejillas de Tiffany están sonrojadas, su pelo brilla bajo la luz fluorescente. Parece una radiante imagen natural de salud. —Hola de nuevo. Will acaba de mandarme un mensaje. Ha recogido a Leo y está esperando en la cafetería. Te veo abajo cuando termines.

—Claro —Violet pasa rápidamente junto a ella y se dirige a su taquilla. El vestuario está lleno. Las voces se funden en un único aullido. Encuentra una cabina vacía y se quita las mallas y la camiseta. Sus axilas están húmedas, y no por el entrenamiento. Se pone unos vaqueros de Tiffany. Las puertas de las taquillas se

cierran de golpe. Se estremece. La habitación se cierra a su alrededor. Tiene que salir de aquí.

Baja las escaleras a toda prisa hasta que el borde de la cafetería aparece a la vista. El sudor le corre por la espalda. No puede verlos. Da cada paso lentamente, examinando con cautela cada mesa y sus clientes. Al llegar al último escalón, se detiene. Allí están. Dobla su cuerpo para ocultarse. Will está sentado junto a Leo, de espaldas a ella, pero Tiffany la verá si intenta pasar. No puede arriesgarse.

Gira a la izquierda y se dirige a la parte trasera del edificio. Tiene que salir por una salida de emergencia. Hará sonar la alarma de incendios, pero es su única opción. Llega a la puerta de emergencia y titubea, mirando el aviso que dice *Empujar fuerte en caso de incendio* encima de la barra horizontal. Las cámaras de seguridad la grabarán saliendo por esta puerta. ¿Cómo explicará eso? No tiene elección.

Su corazón está a punto de explotar. Empuja la barra. La puerta se abre de golpe. Una ráfaga de aire frío la golpea. Espera, pero el estridente sonido de la alarma no llega. Deben de haberse olvidado de activarla. Siempre se ha considerado una persona con mala suerte, pero hoy parece que ha tenido suerte. La puerta se cierra con estruendo tras ella. No espera más. Corre hacia su coche.

Una vez dentro, le escribe un mensaje a Tiffany.

Espero que no te importe, pero no me quedaré a comer. De repente estoy agotada y necesito tumbarme. Nos vemos pronto. El sábado, con suerte, si puedo hacerlo funcionar. Sx

Arranca el coche y conduce hasta el número 12 de la Ridgeway. Diez minutos después, está abriendo la puerta principal con la llave que mandó hacer a partir de la que cogió prestada del cuenco de cerámica en su vestíbulo. Afortunadamente, no tienen uno de esos timbres con video que papá instaló hace tiempo. La adrenalina corre por sus venas, reemplazando la sensación de inquietud de antes. Es una sensación eléctrica que ha llegado a disfrutar desde que Will

Watson chocó con el coche de su padre. Está acalorada, excitada, imparable. Y más viva de lo que jamás se ha sentido.

Desactiva la alarma usando el código que vio a Tiffany introducir en el teclado antes. Sin tiempo que perder, deja la llave original en el cuenco y corre al salón, donde recoloca la foto que tomó mientras se probaba la ropa de maternidad de Tiffany. Ya no le sirve. La copia que hizo ahora está en su mural de investigación.

De su bolso saca el posavasos dorado y lo coloca en la grieta entre el sofá, dejando un fragmento del borde a la vista. Luego sube corriendo a su dormitorio y encaja el mando a distancia de la televisión entre el colchón y el cabecero de la cama.

De vuelta abajo en la cocina, escanea la habitación, anotando el número de pasos desde las puertas bifold hasta la isla central y luego hasta la puerta de la cocina. Los juguetes de Leo en la esquina llaman su atención. Aparta la mirada. No hay lugar para sentimentalismos ahora.

Pasa cinco minutos deambulando por las habitaciones de la planta baja, confirmando sus planes para Nochebuena. Descubrir que van a celebrar una reunión familiar aquí ha puesto un obstáculo en su camino. Un obstáculo que realmente no desea. Tener que lidiar con otras personas no estaba en su plan.

Pero está bien. Lo tiene controlado.

44

ROSE

Jamie me aprieta el antebrazo mientras esperamos en un semáforo. —¡Menuda mierda! —dice.

—Todavía no puedo creer que mi padre tenga otra familia. Es repugnante —miro de reojo—. Quiero contárselo a V, pero no encuentro el momento adecuado.

—Se merece saberlo, ¿no crees?

—Esto la afectará. Cualquier cosa estresante como esta siempre lo hace —niego con la cabeza preocupada—. Ya está entrando en espiral.

—¿A qué te refieres?

—Me despierto constantemente con ella caminando de un lado a otro en su habitación en medio de la noche —suspiro profundamente —. La oigo hablando sola, lleva años así, pero no puedo confrontarla porque siempre lo niega. Dejó de hacerlo durante un tiempo porque abandonó la búsqueda de la persona que disparó a mamá, pero ahora ha vuelto a empezar. Y apenas está comiendo.

—No quería decir nada, no me corresponde a mí, pero ya que lo mencionas, está dolorosamente delgada.

—Tiene problemas alimenticios, desde que tengo memoria. Van y vienen según su nivel de ansiedad. Pensaron que era anorexia cuando era adolescente, pero nunca fue diagnosticada oficialmente.

Creen que está relacionado con el trauma que sufrió de niña. La hospitalizaron y mejoró. Solo porque no soportaba estar lejos de mamá. Pero ahora parece que ha vuelto a retroceder.

—Es triste —dice Jamie—. Es una chica tan guapa.

—Lo es, pero no se lo puedes decir. Lo he intentado una y otra vez durante años. Piensa que parece una bruja.

Jamie abre la boca. Frunce el ceño. —¿En serio? Esa es una visión bastante distorsionada de sí misma.

Le doy una sonrisa tensa. —Cuando fue a terapia, eso es lo que dijo que le contó al terapeuta —me muerdo el labio—. La terapia le hizo bien al principio. Engordó casi trece kilos. Se veía mucho mejor, pero no fue suficiente. Su peso ha fluctuado a lo largo de los años. Y ahora ha retrocedido de nuevo. Y estas últimas semanas... —me encojo de hombros—. No sé si fue el accidente o lo que le ha pasado a papá, pero temo que ha vuelto a sus viejos hábitos. Cree que no me doy cuenta de que le da su propia cena a mamá y luego culpa a mamá por no comer, pero no soy tonta.

—Es sorprendente que hayas salido tan cuerda de todo esto.

Me río. —Sí, lo es. Así que ya ves por qué me resulta complicado contarle lo que he descubierto —le digo que la empujaría por el precipicio al que está peligrosamente cerca.

—Pero, aun así, Titch. Es una gran revelación para ocultársela. Si ella hubiera descubierto esto y no te lo hubiera dicho, ¿no estarías un poco molesta?

Sonrío brevemente. —Siempre eres la voz de la razón. Ha conocido a un chico recientemente.

—Eso son buenas noticias, ¿no?

Me encojo de hombros.

—¿Quién es?

—No lo sé, solo que se llama Declan. Está siendo misteriosa. Pero por cómo está actuando, no sé si le conviene. También ha empezado a maquillarse. Mucho. No todo el tiempo. Solo cuando va a verlo. Por cierto, le dije a Karen que quiero conocer a mis hermanos.

Levanta las cejas. —Entonces no puedes ocultarle esto a tu hermana.

—Me maldigo si lo hago y me maldigo si no lo hago. Todavía no puedo creer que nuestro padre nos haya hecho esto —niego con la cabeza incrédula—. Si aceptan conocernos, entonces se lo diré a V. Si no, será mejor esperar hasta que esté mejor mentalmente.

—¿Vas a contarle a tu padre lo que has descubierto? —pregunta.

—¿Qué sentido tiene ahora? Podría acabar con él. Estoy enfadada con él, pero creo que es mejor para todos dejarle ir en paz —suspiro profundamente—. Vaya Navidad que nos espera.

Suena mi teléfono. Es Carlos del hospicio. —Rose, ¿eres tú? —No me gusta el tono de su voz. Está cargado de aprensión y un nerviosismo que no había notado antes—. Me temo que tengo malas noticias.

Cierro los ojos y niego con la cabeza.

—Tu padre falleció a las dos menos veinte esta tarde.

45

VIOLET

Las botas de Violet crujen sobre la nieve intacta entre los densos árboles, mientras la pistola le pesa en el bolsillo del abrigo. Aparte del sordo zumbido del tráfico de la autopista y el sonido de sus propios pasos, todo está en silencio. Tranquilo. Como la calma que precede a una tormenta descomunal.

El olor a tierra y corteza de los árboles de ramas desnudas impregna el aire. Camina con determinación, serpenteando entre los árboles, durante unos veinte minutos. Un kilómetro y medio debería ser suficiente. Por suerte, no se cruza con nadie. Pero eso no es sorprendente. Hace un frío terrible, y estos bosques son conocidos por su densidad. Cuando llega a una zona adecuada, donde árboles gigantescos se pierden en el cielo que oscurece, se detiene y escucha. El lejano rugido de un avión se desvanece en el silencio. Permanece quieta durante unos minutos, su aliento empañando el aire como blancas bocanadas de nubes, hasta que está segura de que está sola. Este parece el lugar ideal.

Violet saca un trozo de tiza del bolsillo, marca una cruz a la altura de la cabeza en los troncos de tres árboles contiguos y retrocede seis largos pasos. Esa es aproximadamente la distancia desde la entrada de la cocina de Will y Tiffany Watson hasta sus puertas plegables.

Se gira hacia un sonido en las sombras. Se estremece. Ahí está otra vez. Espera. Una ardilla roja cruza su camino, desapareciendo entre la maleza.

Con mano temblorosa, saca la pistola de su bolsillo. Esto no va bien. Necesita calmar sus nervios, o quizás su cruda excitación. Cuando llegue el momento, no puede mostrar ninguna de estas emociones. Una vez que saque esta pistola en Nochebuena, debe estar en plena forma. Debe dominar la situación. Ser la vencedora. Rebusca en su bolso un cigarrillo y lo enciende. El humo se enrosca desde sus labios hacia el aire limpio. Cada inhalación la centra mientras reflexiona sobre la tarea que tiene por delante.

Vamos, Violet. Piensa en lo que ese hombre le hizo a mamá. *Piensa en cómo va a reaccionar cuando te vea sacar una pistola en su cocina en Nochebuena*.

Este pensamiento le dibuja una sonrisa en el rostro.

Lanza la colilla del cigarrillo al suelo y la apaga con el pie. De su bolsillo, saca un pañuelo, envuelve la colilla dentro y la coloca en el bolsillo lateral de su bolso. Odia estropear la naturaleza.

El peso de la pistola se siente agradable en su mano, pesado e imponente. Toma tres respiraciones profundas, apunta a la cruz en el primero de los árboles marcados y aprieta el gatillo.

Los pájaros se dispersan cuando la pistola retrocede. El sonido del disparo resuena por el bosque y se desvanece en una quietud vacía. La corteza se astilla ligeramente por encima de la cruz. Siente cómo la tensión abandona su cuerpo con una satisfactoria exhalación. Eso se sintió bien. Realmente bien. Y el resultado no estaba nada mal para un primer intento. Pero debe ser más rápida con los disparos. Tiene muchas balas para seguir practicando.

¿Es así como se sintió Will Watson la noche que disparó a su madre? ¿Pensó que se sentía bien? ¿O huyó temiendo haber hecho algo malo? Ella quiere saberlo. Tiene que saberlo.

Exhala otra vez, larga y fuertemente, mirando la pistola en su mano temblorosa. Durante veinte minutos, apunta a los árboles en rápida sucesión. Uno. Dos. Tres. Y de nuevo. Uno. Dos. Tres. Es como si la pistola se hubiera convertido en parte de ella.

Todo va a salir bien.

Ella va a estar bien.

46

VIOLET

Antes de llevar la pistola a casa, le escribe a Tiffany. Ha estudiado el plano del evento Winter Wonderland en internet y ha encontrado un buen lugar para encontrarse cuando llegue.

Puedo ir, pero no hasta más tarde. Te veré junto al puesto de salchichas alemanas hacia las dos. Summer X

Un mensaje suena de vuelta en menos de un minuto.

Genial. Tendré que darle primero la comida a Leo, pero ¿quizás podamos tomar algo juntas? Tiff X

Esto va a ser muy divertido.

Cuando eran pequeñas, cada diciembre, su madre solía llevarlas a Rose y a ella al Winter Wonderland del pueblo el sábado por la tarde que inauguraban. En aquellos tiempos se llamaba simplemente Feria Navideña de Invierno, un evento discreto con algunas atracciones modestas y varios puestos dispersos, donde gente vestida con jerseys navideños vendía sus artículos festivos. Sin

embargo, con el paso del tiempo, se ha convertido en todo un acontecimiento, lo más destacado del año en el pueblo, con extensas casetas de madera e infinidad de atracciones. El comité local comienza a planificar el evento en septiembre de cada año, y dura dos semanas desde mediados de diciembre hasta el día de Año Nuevo.

Después de que su madre recibiera el disparo, la tía Audrey solía llevar a Rose. Una oferta que también estaba abierta a Violet, pero que nunca aceptó. No soportaba estar allí sin mamá, y alguien tenía que quedarse con ella porque papá rara vez estaba en casa en esa época del año.

El cielo de la tarde se está desvaneciendo hacia el anochecer cuando llega. La brillante iluminación del parque de atracciones y las hileras de casetas de madera iluminan los cielos grisáceos. Los niños gritan en los coches de choque y en el tiovivo, y un aluvión de vítores sale de la carpa de cerveza. La música retumba desde un megáfono de poca calidad, crepitando como uno de los vinilos rayados de su padre.

Rose sigue intentando llamarla, pero Violet no puede enfrentarse a su hermana en este momento. Busca el puesto de salchichas alemanas, una de las casetas de madera con una larga cola de gente esperando para comprar bratwursts, frankfurters, pretzels y chucrut. El olor grasiento de las salchichas chisporroteando en las parrillas al aire libre le dan ganas de vomitar.

Se escabulle por el lateral de una caseta de madera, donde una mujer vende adornos navideños caseros. Una variedad de bolas de diferentes formas y tamaños cuelgan del techo con cintas rojas. Copos de nieve hechos con piñas y rodajas secas de limón y naranja penden de las ramas de un gran árbol artificial en el centro de la exposición.

Ve a Tiffany esperando junto al puesto de salchichas, hablando con un hombre. Debe ser Lewis, el cuñado de Tiffany, porque se parece mucho a Will tanto en altura como en rasgos faciales. Leo va sentado sobre sus anchos hombros, con una mano en la cabeza de Lewis y la otra agitando una varita brillante.

Perfecto.

Se quita el guante de lana, saca su teléfono de prepago y envía otro mensaje a Tiffany.

Lo siento, voy con retraso. No llegaré hasta las tres. Summer x

Tiffany comprueba su teléfono y le dice algo a Lewis. Él señala hacia las atracciones. Ella asiente y le sigue.

Violet les persigue, acercándose más, esperando su oportunidad.

Lewis paga para llevar a Leo a los coches de choque. Lo sujeta y lo agarra con fuerza mientras recorre la pista a toda velocidad, chocando bruscamente contra todo el que se cruza en su camino. Los chillidos y gritos resuenan por todas partes. Leo encuentra la atracción hilarante. Tiffany espera en la entrada riendo mientras intenta disimular su desagrado.

Su oportunidad surge cuando suena una fuerte campana y los pasajeros salen apresuradamente de los coches. Lewis toma la mano de Leo y lo lleva de vuelta con Tiffany. Ella señala hacia una avenida de casetas, dice algo y se dirigen hacia donde está Violet.

Violet retrocede, abriéndose paso entre dos casetas.

Pasan junto a ella. Leo se detiene bruscamente y comienza a saltar. Señala a un hombre mayor que vende algodón de azúcar. Tiffany y Lewis conversan. Lewis asiente y se hace a un lado, sujetando la mano de Leo. Le dice al niño que se calme mientras Tiffany hace cola para pedir un algodón de azúcar.

Suena un teléfono.

Y surge su oportunidad.

Todo sucede muy rápido.

Lewis suelta la mano de Leo y responde la llamada en su teléfono. Tiffany gira la cabeza para avanzar en la cola del puesto de algodón de azúcar. Leo está cautivado por un par de elfos animados que custodian la entrada a la gruta de Papá Noel en una carpa situada a pocos puestos de donde está Violet. El niño se aleja de Lewis y se acerca al tipo vestido de rojo, sin que ni Lewis ni Tiffany se den cuenta.

Violet aprovecha la oportunidad y se lanza, tomando firmemente la mano de Leo como si fuera su propio hijo. Se escabulle rápidamente, alejándose de Tiffany y Lewis, y se mete por un estrecho pasillo entre dos casetas llevando al niño consigo.

47

ROSE

Primero, llamo a V. La llamada se desvía a su buzón de voz. —Maldita sea, no contesta —. Le dejo un mensaje pidiéndole que se ponga en contacto conmigo en cuanto pueda.

Después llamo a la tía Audrey. Me asegura que se quedará con mamá hasta que yo regrese, incluso si V llega primero. —No le diré nada a tu madre, cariño. Es mejor que se lo digas tú.

Le mando un mensaje a Karen.

Mi padre ha fallecido esta tarde. Rose

Intercambiamos mensajes

Lamento oír eso. Espero que estés bien. Karen

Por favor, comunícaselo a tus hijos. Rose

Lo haré. Cuídate. Karen

Jamie me coge de la mano cuando entramos en el hospicio.

Carlos nos está esperando. —¿Quiere ver a su padre?

Asiento. Me he estado preparando mentalmente para este momento durante días, pero ha llegado mucho más rápido de lo esperado. V dijo que esperaba que él aguantara hasta después de Navidad antes de dar su último aliento. Esta época del año ya es bastante oscura de por sí.

Me tiembla la mano mientras firmo el registro.

—¿Estás segura de que quieres verlo? —pregunta Jamie.

Trago saliva. —Sí.

La habitación de papá huele a jabón por donde el personal lo ha limpiado. Tiene los ojos cerrados y las manos descansan a los lados. He visto cadáveres antes, pero nada puede prepararte para ver muerta a una persona que amas.

El desbordamiento de dolor que pensé que vendría con su fallecimiento no llega. Toda mi vida he sido la niña de la familia, pero con el estado mental actual de V y todo lo que he descubierto, ahora parece que necesito hacer el papel de adulta. Necesito mantenerme fuerte por ella.

—Una médica estaba aquí para otro paciente, así que emitió el certificado de defunción —dice Carlos.

—¿Qué puso como causa de la muerte? —pregunto.

—Tendré que comprobarlo —Carlos estira las sábanas al pie de la cama—. ¿Quiere que contacte con la funeraria o lo hará usted? No hay prisa.

—¿Podría hacerlo usted, por favor? Pero espere un poco. No consigo contactar con mi hermana —mi voz flaquea—. Necesito preguntarle si quiere verlo antes de que se lleven el cuerpo.

—Entendido. Me encargaré de todo. ¿Quiere que me quede o prefiere estar a solas un rato?

Miro a Jamie. Él se encoge de hombros. —Es tu decisión. Yo me quedaré.

—Puede irse —le digo a Carlos.

—Estaré en recepción si me necesita —Carlos retrocede hacia la puerta—. Solo tiene que llamar.

—¿Quieres que me quede? —pregunta Jamie.

Asiento. —Sin duda.

Intento llamar a V de nuevo, pero sigue sin contestar.

No soy una persona religiosa, pero sostengo la mano fría de papá y digo una oración en silencio. Intento dejar a un lado las revelaciones que he descubierto y le hablo de momentos felices, varias frases que empiezan con: "¿Te acuerdas cuando..."

La presencia de Jamie es un consuelo. Nos quedamos media hora. Se me han acabado las historias, y es suficiente. El sentimiento de amargura que arde en mi garganta me está dejando mal sabor de boca. Todavía lo quiero, pero mi padre no es la persona que yo creía. Necesito lidiar con estos sentimientos. Me levanto y beso su frente fría. —Volveré con V más tarde para recoger sus cosas.

—¿Y si ella no quiere venir? —dice Jamie con suavidad.

—Buen punto. Las recogeré ahora. Así los de la funeraria podrán llevárselo directamente si V decide que no quiere verlo. Siempre puede ir a verlo en la funeraria si quiere —me atraganto con mis palabras. Todo suena tan definitivo. Intento llamarla otra vez—. Maldita sea. ¿Por qué demonios no contesta?

Abro el armario y encuentro la pequeña maleta que preparé para papá cuando lo trasladaron desde el hospital. Cuesta creer que solo hace tres semanas el médico pronunció aquellas palabras: "Me temo que no podemos hacer nada más por él".

Las dos camisas y el pantalón que cuelgan del perchero me recuerdan la esperanza que tenía entonces de que se recuperara milagrosamente de alguna manera, a pesar de que me dijeron lo contrario. Los doblo cuidadosamente y los guardo en la maleta.

Carlos me da un bolígrafo cuando nos detenemos en recepción al salir. —No olvide firmar la salida.

Voy a poner mis iniciales al final de la línea donde firmé al entrar, pero me detengo. La entrada en la parte superior de la página capta mi atención. Violet vino a ver a papá hoy. Jadeo al ver la entrada dos líneas más abajo. Will Watson también vino a visitar a papá hoy. Pero no es solo el nombre lo que me hace examinar la entrada con más detalle, sino la marca y el color de su vehículo: un Audi rojo. La matrícula me resulta vagamente familiar. Es el coche con el que choqué aquel día. Paso las páginas del libro hacia atrás hasta llegar al día del accidente.

Will Watson —mi medio hermano— vino a ver a papá ese día.

48

VIOLET

Violet aprieta la mano de Leo. —¿Me recuerdas, verdad, Leo? Soy Summer, la amiga de tu madre del gimnasio.

Él asiente, mirándola con cautela.

—¿Dónde está tu madre? —Continúa llevándolo lejos de Tiffany y Lewis, pero los mantiene en su campo de visión.

El niño frunce el ceño. Mira hacia atrás, pero desde su posición, solo hay un mar de piernas y cabezas de niños pequeños como él.

—La encontraremos, no te preocupes. Sabes, no deberías andar por ahí tú solo. —Agita su teléfono—. La llamaré. Oye, ¿quieres ir a ver a Papá Noel? Está en aquella carpa de allí.

Leo asiente con entusiasmo, su ansiedad por la separación pronto desaparece ante la idea de ver al grandullón de rojo. —¿Me dará un regalo?

—Estoy segura de que sí.

—¿Podemos esperar a mi mami?

—Déjame llamarla. —Sonríe de forma tranquilizadora y mira su teléfono—. Oh, no hay cobertura —miente—. Le enviaré un mensaje. —Pero no lo hace. Aún no. El momento no es el adecuado.

Una innegable y profunda sensación de satisfacción se instala en su interior. Es absolutamente escalofriante saber cómo esto va a afectar a Will Watson. En cuanto Tiff se dé cuenta de que ha perdido

a Leo, llamará a Will. Violet sonríe ante la idea. Él está a kilómetros de distancia en su despedida de soltero. Le va a dar un ataque. Tendrá que acortar su viaje y volver.

Leo dirige su atención a los elfos que reparten folletos a los niños que pasan. El teléfono habitual de Violet suena. Es Rose otra vez. Lo ignora.

La adrenalina que recorre su cuerpo está fuera de control mientras piensa en qué hacer con el niño. Su plan ha sido llevárselo por un rato breve para poner nerviosos a Tiffany y Will.

Pero ahora que es como plastilina en sus manos, se pregunta si podría hacer mucho más para causar un profundo dolor a su padre. El dolor que ella ha experimentado desde que tenía nueve años.

—Tu madre se reunirá con nosotros. —Le aprieta los dedos—. Venga, vamos a ver qué tiene Papá Noel para ti.

Él va saltando, su pequeña mano agarrando firmemente la suya.

Le paga a uno de los elfos, sorprendida. Diez libras para que el niño se siente en las rodillas de Papá Noel durante un par de minutos y reciba una baratija de plástico chillón parece exorbitante. Pero ese es el precio de tener hijos. Se alegra de que nunca vaya a tener ninguno. La elfa le entrega un ticket. «Espere en la cola de allí. Solo debería tardar unos diez minutos», dice con voz estridente.

—No te preocupes, tu madre estará aquí pronto —dice Violet a Leo mientras se unen a la cola—. Déjame ver si puedo verla. No te muevas de aquí, ¿vale?

Él asiente solemnemente. —¿Volverás para ver a Papá Noel conmigo?

—Vuelvo enseguida. —Le guiña un ojo—. Te lo prometo.

Se dirige rápidamente a la entrada de la carpa y mira hacia fuera. Tiffany tiene el teléfono pegado a la oreja, pero parece estar gritándole a Lewis. Él también le grita, con los brazos en alto, pero Violet no logra entender lo que están diciendo. Sonríe. Esto es muy divertido.

Tiffany se marcha furiosa, dejando a Lewis buscando alrededor de los puestos. Su mirada se encuentra con la de Violet. Ella se queda paralizada. Pero él sigue rápidamente con su búsqueda, escudriñando el área a su alrededor.

Ella regresa junto a Leo, que espera ansioso en la cola.

—¿Así que has sido un niño bueno este año? —pregunta Papá Noel con una falsa voz grave cuando finalmente entran en su gruta. Un acogedor santuario que resplandece con la magia de la Navidad... si eres un niño, claro. Para ella es un infierno sofocante. La chillona tela roja y dorada colgada sobre las paredes interiores de la carpa cubierta de espumillón es otro recordatorio de esta mierda de época del año. Puede escuchar vagamente la voz de Tiffany gritando en el fondo.

Leo está de pie frente a Papá Noel. Sus ojos están abiertos de asombro. Sin duda no puede creer que esté hablando con el mismísimo Papá Noel. Asiente y sacude la cabeza, demasiado impresionado por su héroe navideño como para que las palabras salgan de su boca.

Incluso en los momentos más alegres, Violet no puede entender por qué alguien querría tener hijos. El viejo la mira, con su falsa barba blanca torcida en la cara. —¿Lo ha sido, mamá?

—¿Perdón?

—¿Ha sido un niño bueno?

Le guiña un ojo a Leo. —Muy bueno. Siempre es un niño muy bueno.

Sonríe por los puntos a favor que está ganando. Cuando su plan final se lleve a cabo, será ventajoso tener a este niño de su lado.

Su teléfono de prepago vibra. Es Tiffany. La llamada pasa al buzón de voz. No es suficiente tiempo. Will necesita sufrir durante mucho más tiempo. Violet se imagina a él dejando a sus amigos con prisas y acelerando por la autopista de vuelta a casa. Quizás tenga un accidente. Que estrelle el coche y acabe con todo. No. Eso no sería lo suficientemente satisfactorio. Ella necesita presenciar su reacción cuando lo confronte con el crimen que cometió hace quince años. El crimen con el que creyó haberse salido con la suya.

Leo toma el regalo envuelto en papel estampado con muñecos de nieve de manos de Papá Noel.

—Ahora sé un buen chico para tu madre. Y el año que viene podrás volver a verme.

Los ojos de Leo se iluminan. Echa la cabeza hacia atrás y sonríe a Violet.

Ella lo guía fuera de la gruta y se escabulle por un lado hacia un espacio tranquilo lejos de la multitud. Limita con una zona de arbustos altos y espesos que se extienden en la distancia. Un pensamiento la consume mientras mira hacia el abismo. Ahora es su oportunidad. Todo lo que tiene que hacer es cogerlo y salir corriendo con él.

49

VIOLET

Se queda paralizada. Una mezcla de sentimientos la invade. Es esa sonrisa. Él confía en ella. No gritaría.

No. No puede hacerlo. No puede hacerle daño. Es una mala persona. Lo sabe. No siempre fue así. Antes era una buena chica. Pero da igual, no puede hacerle daño a un niño. —Abre tu regalo, y llamaré a tu madre otra vez.

Le manda un mensaje a Tiffany, diciéndole que ha encontrado a Leo y que lo está llevando a la gruta. Dirá que envió el mensaje cuando lo encontró por primera vez. Luego marca el número de Tiffany.

Tiffany está frenética. —Ha ocurrido algo terrible —llora—. He perdido a Leo.

—Tranquilízate. ¿No recibiste mi mensaje? Lo he encontrado. Está conmigo.

—Oh, Dios mío, dime que hablas en serio —los gritos desgarrados de dolor de Tiffany la atraviesan—. Me estoy volviendo loca. Will también.

Violet se traga la sonrisa que se le está formando. —¿Dónde estás? —dice—. Te lo llevaré inmediatamente.

Se encuentran de nuevo en el puesto de salchichas. Tiffany agarra a su hijo. Él gime como un cachorro. Lo sostiene con fuerza

como si nunca fuera a soltarlo. Las lágrimas corren por su pálido rostro.

A Violet se le humedecen los ojos. Y no es fingido. Esto no es bueno. No puede permitirse ponerse sentimental ahora.

Leo deja caer al suelo su regalo de Papá Noel.

Lewis revuelve el pelo de Leo. —No vuelvas a alejarte nunca más, chaval.

—Lo encontré en la gruta de Papá Noel —dice Violet—. Intenté llamarte, pero no tenía cobertura. Te mandé un mensaje.

Tiffany se limpia los ojos manchados de rímel. —Sí, sí. Es mala en algunos sitios.

Lewis me mira con suspicacia. —La mía ha funcionado perfectamente.

—Solo lo perdí de vista un segundo —dice Tiffany.

—Solo hace falta un segundo —dice Violet.

Suena un teléfono. Es el teléfono habitual de Violet, pero ha configurado el tono para que suene igual que el teléfono de prepago. —Parece que tu cobertura está bien ahora —dice Lewis.

—¡Lewis! —exclama Tiffany—. Tengo que llamar a Will. Estará volviéndose loco. Está de vuelta de su fin de semana fuera.

—¿Podemos tomar una salchicha, mamá? —dice Leo.

Violet da la espalda y mira la pantalla de su teléfono. Es Rose otra vez. Esta vez contesta, sonriendo mientras su hermana le da la noticia: papá finalmente se ha ido.

Se vuelve hacia Tiffany, Lewis y Leo en el puesto de salchichas. —Tengo que irme —dice—. Mi padre ha fallecido.

—Oh, Dios mío. Eso es terrible. Lo siento mucho —dice Tiffany.

—Nos vemos pronto —dice Violet.

Tiffany le dirige una mirada compasiva. —Espero que tu Navidad vaya bien.

Otra sonrisa se forma en el rostro de Violet mientras se da la vuelta y se apresura hacia su coche.

50

ROSE

—¿Qué quieres decir? —Jamie saca el coche de la entrada del hospicio.

—El tipo que chocó conmigo ese día, Will Watson, era... es... mi medio hermano. Karen dijo que uno de sus hijos había contactado recientemente con papá. Había ido a verlo el día del accidente. Así que supongo que no fue tanta coincidencia que estuviera en esa rotonda ese día. Ha vuelto a visitarlo hoy.

El interior del parabrisas se empaña. Jamie enciende la calefacción, soplando aire caliente para eliminar la condensación. —Menudo ejemplo de estar en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—No me lo puedo creer. Estaba allí después del accidente hablando con mi medio hermano, intercambiando datos personales y ninguno de los dos lo sabía.

—Eso no es sorprendente. Lo vi brevemente en el hospital. No os parecéis en nada, y tenéis apellidos diferentes.

—Supongo que sí. ¿Te importaría parar en el Tesco Express antes de dejarme? Necesito comprar un par de cosas.

—Sin problema.

Lo miro fijamente. Mariposas que nunca había notado antes revolotean en mi estómago. Nada es nunca un problema para él.

En el supermercado, cojo un cartón de leche y una tableta de mantequilla. Cuando me dirijo a las cajas de autoservicio, una señora se me acerca. —Hola. Eres Rose, ¿verdad? La sobrina de Audrey, la hermana de Violet.

Miro con expresión vacía a la mujer que lleva un abrigo acolchado con capucha ribeteada de piel. —Sí —La reconozco, pero no puedo recordar de dónde.

Un par de niños sobreexcitados se cuelan delante de mí para pagar sus barras de chocolate y botellas de Fanta.

—Soy Cressida —dice la mujer—. Tu hermana, Violet, limpia en mi casa cada semana. Nos conocimos una vez en el centro, brevemente. Violet te estaba esperando fuera de la farmacia. —Habla con un acento refinado como si estuviera emparentada con la realeza.

—Sí —asiento—. Ahora lo recuerdo.

—¿Cómo está?

—Bien.

—Dile que la echo de menos y que me avise cuando vuelva a trabajar. Dos semanas sin su toque mágico, y mi casa es un desastre espantoso.

—Dos semanas —susurro. Los pelos de la nuca se me ponen de punta.

—Por cierto, ¿cómo está tu padre? —pregunta.

—Ha fallecido.

—Qué triste. Por favor, envíale mis más sinceros saludos a Violet.

—Tengo que irme. —Pago mis artículos y corro de vuelta al coche.

—No ha ido a limpiar la casa de esa mujer durante dos semanas —le digo a Jamie cuando le cuento mi encuentro con la clienta de V—. Entonces, ¿adónde ha estado yendo?

—Quizás ha estado con su nuevo novio.

Frunzo el ceño. —No. Algo más está pasando. No me ha mencionado que haya cancelado ninguna cliente. Sabes, siempre ha tenido algo contra papá. —Agito las manos teatralmente—. Como si

le culpara de alguna manera por lo que le pasó a mamá. Me pregunto si sabe algo que yo no. Necesito hablar con ella. Sentarla y tener una conversación franca.

—Probablemente necesites dejar que procese primero la muerte de vuestro padre.

Dejo caer las manos en mi regazo con frustración.

Él toma una de mis manos y la aprieta. —Siento lo que estás pasando.

Mamá está dormida cuando me deja en casa. La tía Audrey está fregando en la cocina. Se gira desde el fregadero. —Lo siento, cariño. —Se quita los guantes de goma y se seca las manos con un paño de cocina—. Ven aquí. —Abre sus brazos.

La tía Audrey siempre ha sido buena para dar abrazos. Sustituyó a mamá de tantas maneras mientras V y yo crecíamos. Siempre dijo que éramos las hijas que nunca tuvo.

Prepara té. —Volveré mañana por la mañana antes de la iglesia, y podemos contárselo a tu madre juntas cuando Violet esté aquí, si quieres.

—Es buena idea.

Doy un sorbo al té. —¿Sabes que el otro día te pregunté sobre la relación de mamá y papá? Bueno, he descubierto algo.

Ella levanta su taza de té pero se detiene a unos centímetros de su boca.

—¿Sabías que papá tenía aventuras antes de que le dispararan a mamá?

Su cara palidece. Coloca la taza sobre la mesa y se muerde los labios.

—Bueno, ¿lo sabías?

No responde, pero la expresión de su cara contesta mi pregunta.

—Dime lo que sabes, tía. Simplemente dímelo.

Si no me equivoco, hay un destello de miedo en sus ojos.

Lleno el silencio. —Encontré los viejos diarios de mamá. Papá tenía otra familia. V y yo tenemos dos medio hermanos. Tres en realidad, pero uno murió.

Ella baja la barbilla contra su pecho como una niña regañada.

—Lo sabías, ¿verdad? —Estoy atónita—. ¿Te lo dijo mamá antes de que le dispararan?

Lentamente levanta la cabeza y asiente levemente.

Le agarro la mano. —¿Qué es lo que no me estás contando, tía? Me estás ocultando algo. Lo sé.

—No estoy segura de qué bien hará desenterrar el pasado.

—Pero quiero la verdad. *Necesito* la verdad. Siempre nos has enseñado que nunca hay que mentir.

—Una vez que sabes estas cosas, no hay vuelta atrás. Además, acabas de perder a tu padre.

Elevo la voz. —Dímelo.

51

ROSE

La tía Audrey suspira resignada. —Tu madre sospechaba que tu padre era un mujeriego empedernido. Estaba afectando a su salud mental. Entonces, un día, me pidió que cuidara de vosotras dos, y le siguió. Lo recuerdo vívidamente. Fue por esta época del año, justo antes de Navidad. Volvió hecha pedazos. —Lentamente niega con la cabeza—. Completamente destrozada.

—Continúa. —No me ha dicho nada que no supiera ya.

—Pilló a tu padre con otra mujer.

—Karen —susurro, demasiado bajo para que me oiga.

—Su tormento se convirtió en ira. Dijo que quería verlo muerto. Había visto a tu madre alterada antes, pero nunca la había visto tan venenosa. Conseguí calmarla y convencerla de que esperara hasta el año nuevo para ocuparse del asunto. No ganaba nada arruinando la Navidad para vosotras. Eso lo entendió. Siempre haría cualquier cosa por vosotras dos.

—¿Y después qué pasó? —Se me quiebra la voz. Estoy a punto de llorar. Después del día que he tenido, es difícil procesar todo esto. Pero tengo que saberlo—. Cuéntamelo todo, tía. No te guardes nada. Por favor, no lo hagas.

—El año nuevo llegó y pasó. Cada vez que intentaba sacar el tema, ella no quería hablar de ello. Pensé que quizás las cosas se

calmarían. Típico de mí en aquellos días: meter la cabeza en la arena, esperando que todo pasara. Se me daba bien eso. Al final, me dijo que había confrontado a esa tal Karen y descubierto que tu padre llevaba una doble vida y que tenían hijos juntos. —Infla las mejillas, con los ojos muy abiertos—. Si antes quería verlo muerto... bueno, puedes imaginarlo. —Su rostro está lívido. Todo esto no debe haber sido fácil para ella, una mujer temerosa de Dios confrontada con semejante inmoralidad.

—¿Y entonces qué pasó? —pregunto.

—Le dije que le diera un ultimátum. Ella quería dejarlo. Incluso deseaba que estuviera muerto.

No puedo imaginar a mamá diciendo eso, pero ¿qué sé yo realmente sobre ella? Solo lo que V me ha contado. Solo recuerdo fragmentos de la vida antes del tiroteo.

—No pienses mal de ella. Era una mujer atormentada. Se fue deprimiendo cada vez más. Simplemente quería quitárselo de encima.

—¿Y por qué no lo dejó?

—Es más fácil decirlo que hacerlo cuando no tienes dinero y dos niñas pequeñas que criar, Rose. Le dio el ultimátum. Las cosas parecieron calmarse. Ella parecía más feliz, más contenta. Entonces, a mediados de año, anunció que estaba embarazada. Recuerdo haberme sorprendido. Fue totalmente inesperado.

Le insisto un poco más sobre lo que pasó después de eso, pero dice que no hay nada más que contar. —Los diarios que guardaba... el de 2009 falta. No está con los otros. Parece extraño que todos los demás diarios se hayan completado meticulosamente, pero ese falte. ¿O no escribió uno ese año?

—Realmente no puedo decirlo.

¿No puede decirlo o no quiere decirlo? La miro con recelo. Es casi como si lo que acaba de contarme hubiera sido bien ensayado, como si siempre hubiera estado preocupada de que todo tuviera que salir a la luz algún día.

—¿Y entonces qué pasó? —pregunto.

Sus ojos se cristalizan. —La vida continuó. Y luego llegó la Navidad. Y luego... bueno, ya sabes. —Se encoge de hombros.

—No me lo estás contando todo. Sé que no lo estás haciendo.

Mira hacia el techo. —Vale. —Suspira profundamente—. Después del accidente, encontré el diario que faltaba.

—¿El del año del tiroteo?

Asiente.

—¿Dónde está?

—Lo destruí.

—¿Por qué? —pregunto exasperada.

Coloca los codos sobre la mesa y junta suavemente las manos. —Tu madre nunca me contó nada de esto, pero lo leí en ese diario. —Apoya la barbilla sobre sus dedos cerrados.

—¿Leer sobre qué?

—El bebé no era de tu padre.

Se me revuelve el estómago mientras asimilo esta revelación. —¿Mamá tuvo una aventura? ¿Con quién?

—El guardián de la iglesia a la que solíamos asistir.

Mi mano vuela hacia mi boca. —¿El guardián de la iglesia? ¿Mamá tuvo una aventura con un guardián de la iglesia? —No puedo creer lo que me está contando. Es como si estuviera escuchando un audiolibro, no a mi tía revelando la enrevesada historia de la vida de mi familia.

—Sí, y casado, además. Lo conociste la otra noche cuando fuimos a la iglesia.

—¿En serio? —Mi mente divaga hacia cuando la acompañé al servicio a la luz de las velas.

—Ese tal Charles, y su esposa, Nicolette.

Mi mandíbula cae. El respeto que una vez tuve por mis padres se está desvaneciendo rápidamente.

—Tu madre descubrió la otra familia de tu padre y encontró consuelo en un hombre que debería haber sabido comportarse mejor. Me enfrenté a él. Charles planeaba dejar a Nicolette por tu madre.

—¿Papá sabía esto?

Se encoge de hombros. —Nunca he hablado con él de eso. ¿Cómo podría? Si no lo sabía ya, ¿qué sentido tenía que se enterara? Por eso dejé de ir a esa iglesia.

Trago saliva con dificultad. Es mucho para asimilar. —¿V sabe algo de esto?

—No veo cómo podría saberlo.

—Hay algo más, ¿verdad?

Sus ojos se fijan en los míos.

—¿Qué más había en ese diario, tía Audrey? Dímelo.

—Nada. —Termina su té—. Tengo que irme. Te veré por la mañana.

Algo no cuadra. Siempre he confiado en la tía Audrey. Ha sido el pilar de esta familia desde que dispararon a mi madre. Pero por primera vez, temo que me está mintiendo sobre algo.

52

VIOLET

—El gran día se acerca rápidamente, Mamá. Lo tengo todo preparado. En menos de veinticuatro horas, todo habrá terminado. Se hará justicia.

Su madre gime suavemente. —Chica lista. Eres una chica tan lista —. Hoy parece preocupada, casi infeliz.

A Violet le entristece verla así. —No estés triste, Mamá. Papá está muerto. Son buenos tiempos. Vamos a atrapar al monstruo que os hizo esto a ti y a Bean, y entonces seremos libres... libres de esa soga de injusticia que ha estado colgando de nuestros cuellos durante los últimos quince años.

Cuando ella y Rose le contaron ayer sobre la muerte de papá, el rostro de su madre permaneció inexpresivo. Al menos para Rose... su hermana no pudo ver el destello de alegría en los ojos de Mamá que era tan evidente para Violet.

Acerca un pequeño trozo de tronco de Navidad a los labios de su madre. —Vamos, come. Te encanta el tronco de Navidad de la tía.

Mamá saca la lengua.

Su determinación flaquea. No puede resistirse. Ha estado pensando en esta extravagancia de chocolate desde que la tía Audrey lo trajo ayer. Coloca la cuchara en su boca. La aterciopelada ganache se derrite en su lengua. Tanta mantequilla y nata. Come

otro trozo. Pero está bien. Saldrá a correr en un rato. Dará una vuelta extra para compensar las calorías adicionales que ha consumido.

—La pistola está lista —dice Violet mientras coloca el plato y la cuchara sobre la mesa y se frota las manos con alegría—. Te conté que fui al bosque a probarla. Estoy preparada. —Imita la forma de una pistola con dos dedos—. Pum, pum, pum —. El sonido de la puerta principal abriéndose la sobresalta—. Shh... Rose está en casa.

El aroma de comida china precede a la entrada de su hermana en la habitación. Lleva una bolsa de plástico.

Jamie la acompaña, cargando cuatro bolsas de compras. Deja caer las bolsas en la encimera de la cocina y Rose coloca la bolsa de comida para llevar sobre la mesa. —Nuestra tradicional comida china de la víspera de Nochebuena. ¡Oh, no! ¿Qué estás haciendo comiendo eso? —Señala el tronco de Navidad—. Te dije que traería comida para llevar.

Violet se levanta. Las patas de la silla arañan el suelo. —Lo siento. Lo olvidé —. No lo había olvidado, pero cuando su hermana mencionó anoche que había pedido a Jamie que se uniera a ellas, Violet se sintió aliviada. Tiene mejores cosas que hacer que sentarse a ver a esos dos tortolitos atiborrándose de arroz frito y pollo con tallarines. Porque eso es lo que son. Él está loco por ella. Ella lo ve, pero su hermana pequeña es demasiado inocente—. Me voy a correr.

Rose la mira fijamente. —Siempre comemos chino la noche antes de Nochebuena. Además, está helando ahí fuera. Y ha empezado a nevar. No verás el hielo. Podrías tener un accidente.

—Estaré bien.

Rose vacila. —Quería preguntarte algo. Me encontré en el Tesco con una mujer para la que limpias. Cressida. Dijo que no has ido las últimas dos semanas. ¿Por qué?

El estómago de Violet se tensa mientras su mente trabaja a toda velocidad intentando pensar cómo responder a su hermana. —No. Me he tomado un tiempo libre con un par de clientes de la mañana.

—¿Por qué?

—Tenía cosas que necesitaba hacer.

Las cejas de su hermana se elevan y se juntan. No la cree. Pero no importa. Solo tiene que aguantar un día más.

—Quédate y come algo con nosotros —insiste Rose—. He comprado una botella de vino.

—No puedo, pero disfrutadlo vosotros dos.

Su hermana suspira resignada. —Tengo una película preparada para mañana —. Le pide a Jamie que desempaque los envases de comida de la bolsa de plástico mientras ella busca platos en un armario—. Una de las mujeres del trabajo recomienda mucho *Our Little Secret*.

Qué apropiado.

—La vio la semana pasada —. Su hermana señala las bolsas de la compra en la encimera—. He comprado toda la comida para nuestra cena de Nochebuena de mañana. A las cuatro. No lo olvides.

—Oh, no. Lo siento, Rose. No podré asistir —dice Violet.

—¿Por qué?

—Estoy ocupada.

—¡Pero es Navidad, V! —Una expresión de "¿Hablas en serio?" se forma en el rostro de su hermana. Violet no puede culparla. ¿Desde cuándo tenía ella algo que hacer que no fuera estar aquí con su hermana y su madre? Rose intenta tocar las fibras de su corazón. Una melodía que Violet se niega a escuchar—. Vamos, pensé que con la muerte de papá deberíamos estar juntas.

—Declan me llevará a cenar.

Su hermana se está alterando cada vez más. —Invítalo aquí — prácticamente grita, exasperada.

—Quizás en otra ocasión, pero mañana no —. Violet le guiña un ojo a su madre—. Tengo otros planes.

Los copos de nieve se derriten en su cara. La nieve no está cuajando, así que las aceras están cubiertas de un fango sucio que salpica la parte trasera de sus mallas. Rose tenía razón. Extraños parches de hielo dificultan su avance. Su aliento se expulsa al aire como nubes de humo. Se concentra en cada paso, liberando la tensión que se ha estado acumulando dentro de ella durante días

para la misión que debe cumplir mañana. El pesado lastre sobre sus hombros se aligera, pero solo ligeramente. Sin embargo, para esta hora mañana, habrá desaparecido por completo.

Mantén la calma, Violet. Ya casi estás.

53

VIOLET

Queda un día. La anticipación la tiene eufórica.

Todos están en la cama. La casa está en silencio. Con un grueso lápiz de carboncillo, trabaja rápida, frenéticamente, dibujando la Parca junto a la foto de Will y Tiffany en la pared de su habitación. Añade una guadaña en una mano y una pistola en la otra, blandiendo las armas ante sus caras. Mueve su lápiz hacia la parte superior de la pared, con un movimiento lento y deliberado ahora, y dibuja un reloj de arena. Pero solo añade unos pocos granos de arena.

Su tiempo está a punto de acabarse.

Mamá solía llevarla a ella y a Rose a la iglesia todos los domingos cuando eran pequeñas. Allí se encontraban con la tía Audrey. Puede visualizar a las cuatro, sentadas en fila en el duro banco de madera, ella y Rose una al lado de la otra con sus bonitos vestidos entre sus dos personas favoritas. Y sus mejores zapatos que solo les permitían usar los domingos o en ocasiones especiales. Escuchaba atentamente mientras el vicario fomentaba la paciencia y la fe.

Su obsesión con el cementerio en la parte trasera de esa iglesia comenzó un año después de que dispararan a mamá. Durante años, se escapaba del colegio cada mediodía y se sentaba en el banco entre las tumbas, donde copiaba las inscripciones de las lápidas en

un cuaderno. Era su consuelo frente al mundo confuso y loco de las comidas escolares que no soportaba. Nadie la echaba en falta. Y entonces, un día, lo hicieron. Después de eso, intentaron vigilarla, pero era demasiado astuta para ellos. Siempre conseguía escapar de vuelta a ese cementerio.

Llamaron a papá al colegio, pero no pudo asistir porque estaba fuera, supuestamente por trabajo, así que vino la tía Audrey. Fue alrededor de la época en que descubrió por primera vez lo de las otras mujeres de papá. Él había estado enviando mensajes durante una película que se suponía que estaba viendo con ella, mamá y Rose, y dejó su móvil en el brazo del sofá para ir al baño. Se quedó horrorizada al leer el intercambio de mensajes entre él y una mujer llamada Lily-May. La rabia que hirvió dentro de ella ese día por su traición a su madre, por traicionarlos a todos, sigue burbujeando hoy. Vivía con la constante ansiedad de que iba a dejar a mamá, a dejarlas. Y pensó durante un tiempo que eso mataría a su madre.

Camina de un lado a otro de su habitación leyendo un mensaje en su móvil. Sus nervios están tensos. Rose siempre ha sido sentimental, pero está más disgustada de lo que pensaba por el hecho de que Violet no estará mañana. Su hermana le pide que lo reconsidere. Quiere que estén juntas como normalmente lo están en Nochebuena. Pero no hay nada normal en esta Navidad.

Agarra su regla del cajón del escritorio, la golpea contra la pared y se vuelve hacia los rostros que se difuminan frente a ella. —Atención todos. Tengo una actualización sobre el caso de Melanie Sapphire. Como muchos sabéis, mañana es el aniversario del tiroteo de Melanie en su casa en Nochebuena de 2009. Hace quince años —eleva la voz para enfatizar—. Quince. —Asiente con determinación—. La familia, comprensiblemente, está desesperada por que resolvamos este caso. He estado siguiendo al objetivo y a su esposa durante las últimas dos semanas y he mantenido la casa bajo vigilancia. Estamos casi listos para una entrada forzada bajo el artículo diecisiete. Estad preparados mañana por la noche para dar apoyo. Sí, sí, ya sé que es Nochebuena, pero somos profesionales.

Apoya la espalda contra la pared y se desliza hacia el suelo hasta que sus rodillas quedan a la altura de su cabeza. Apoya la barbilla en

las rodillas. Debería dormir un poco, pero no hay forma de que eso vaya a suceder. Está demasiado alterada, funcionando con la adrenalina de anticipar cómo se desarrollará el día de mañana.

Gatea hasta la cama, la empuja a un lado y levanta las tablas del suelo. Una de ellas cae al suelo con estrépito.

La puerta de la habitación de su hermana se abre. Unos pasos retumban en las escaleras. Espera el golpe. Ahí está. —V, ¿estás bien?

—Estoy bien.

—¿Qué ha sido ese ruido?

—He tirado un vaso de agua de la mesita de noche.

—¿Puedo entrar?

—Vuelve a la cama, Rose.

—Tengo miedo. —Está jugando a ese juego otra vez. El que jugaba cuando eran jóvenes para llamar la atención de Violet. El que siempre ganaba. Violet perdió la cuenta de las noches que durmió en la cama de su hermana con ella.

—Estoy cansada, Rose. Realmente cansada. Vete a dormir. —No es mentira. Le duele la cabeza y se siente constantemente mareada —. Podemos hablar por la mañana.

Saca la pistola del hueco en el suelo. Está toda lista, cargada para la tarea que tiene por delante. Asegurándose de que el seguro está puesto, sostiene el arma en sus manos, reviviendo el momento en que disparó a aquellos árboles en el bosque, fingiendo que eran cabezas humanas. Las cabezas de los Watson.

Reproduce en su mente la expresión en la cara de Will Watson que ha conjurado.

El momento en que ve caer al suelo el cuerpo de su hermosa esposa.

Antes de que finalmente reciba lo que se merece.

Una bala entre los ojos.

54

ROSE

—Tendrías que haberla oído anoche. Todavía estaba despierta a las cuatro de la mañana, murmurando sin parar. En un momento dado, debió de tirar algo porque me despertó.

Toso. He pillado un resfriado. Me duele la garganta, lo que hace que mi voz suene ronca. —Se oyó un buen golpe. Subí para ver si estaba bien, pero ni siquiera me abrió la puerta. Solo me gritó que volviera a la cama—. Pelo una patata y la coloco en la cacerola de agua fría con las otras. El olor a pescado sale del horno. Cada Nochebuena, preparo un pastel de pescado. Es un plato que mamá puede tragar fácilmente.

Jamie da sorbos a su lata de cerveza entre preparativos de las coles de Bruselas. —Quizás tengas que dejarla en paz. Reevaluar la situación después de Navidad. Han pasado muchas cosas, con lo de tu padre y todo.

Resoplo. —Ni siquiera parece afectada por lo de papá. Algo no va bien. Siento sonar como un disco rayado, pero no lo está—. Cojo otra patata de la bolsa y paso el pelador por la piel cada vez más rápido. —No la conoces como yo—. Dejo escapar un suspiro de cansancio. —Y luego...—. Me muerdo el labio.

Jamie picotea un puñado de cacahuetes. —¿Luego qué?

—La escuché hablar con mamá antes de salir. A menudo mantiene estas conversaciones con mamá que...

Él estira la mano hacia el pequeño cuenco, agarra otro puñado de cacahuetes y lanza uno al aire. Sonriendo como un colegial, inclina la cabeza hacia atrás, da un paso adelante y lo atrapa con la boca. —Continúa.

La mano de la culpabilidad me golpea el hombro por estar hablando a espaldas de mi hermana. La estoy traicionando, pero tengo que hablar con alguien. —Cuando cree que están a solas, habla con mamá y luego imita la voz de mamá respondiéndole—. Me limpio las manos con un paño y abro una bolsa de zanahorias. —Al principio, pensé que me lo estaba imaginando. Pero mi tía también la pilló haciéndolo hace unos años. Así que no soy solo yo. La he escuchado varias veces durante las últimas semanas, desde el accidente. Es como si se hubiera vuelto más descuidada a la hora de que la escuchen.

Él gruñe, perplejo. —¿Y de qué hablaban?

—V dijo: "Ha llegado el momento, mamá". Y luego respondió con la voz de mamá: "Ya era hora. Hemos esperado demasiado tiempo". Y entonces V dijo: "Te prometí a ti y a Bean que nunca os defraudaría".

Jamie coge otro puñado de cacahuetes. —¿Bean?

—Así es como llamábamos a nuestra hermana pequeña.

—Parece que V necesita ayuda.

—Me preocupa que pueda estar sufriendo síndrome post-conmoción.

—¿Qué es eso?

—Lo busqué. Es como una lesión cerebral traumática leve. Puede ocurrirle a las personas semanas o incluso meses después de una conmoción cerebral, especialmente a aquellas con problemas de ansiedad, que mi hermana definitivamente tiene.

—¿Puedes animarla a que vuelva al hospital?

—Creo que debo hacerlo.

—Yo vería cómo evoluciona durante la Navidad.

—Me preocupa que necesite ayuda ahora. Tendrías que haberla visto cuando salió justo antes de que llegaras. Tenía los ojos

extraños, las pupilas dilatadas. Y el cuello le temblaba. Parecía... no sé... trastornada. No estoy segura de que este nuevo chico, Declan, sea bueno para ella.

Suena el timbre. Me sobresalto. —¿Se habrá olvidado la llave?—. Clavo el cuchillo en la tabla de cortar y le dejo para ir a abrir.

Un hombre está en la puerta con una pequeña cesta navideña envuelta en celofán. Encima hay un ramo de flores. —Hola, ¿está Violet?—, pregunta.

—Lo siento, no está.

Este debe ser Declan. Es mayor de lo que pensaba que sería, treinta y tantos. Me sorprende que V se haya fijado en un hombre mayor. Pero quizás, subconscientemente, necesita una figura paterna. Pero entonces el hombre se presenta. —Soy Pete de Superficies Brillantes, la empresa de limpieza donde trabaja Violet—. Me entrega la cesta y las flores. —No queríamos que se perdiera el regalo navideño del personal, así que pensé en traérselo.

—Qué amable. Me aseguraré de que lo reciba.

—Dile que la hemos echado de menos estas últimas semanas. ¿Sabes cuándo volverá al trabajo?

La profunda sensación de inquietud que ha estado oprimiendo mi estómago durante días se aprieta un poco más. Miro del ramo navideño a él. —Probablemente no hasta el año nuevo. ¿Cuándo la viste por última vez?

Se rasca la cabeza. —Hace unas dos semanas, cariño. Deséale feliz Navidad de nuestra parte. Y a ti y a tu familia también—. Saluda con la mano y se va.

Vuelvo con Jamie.

Él cruza los brazos sobre el pecho. —¿Son para ti?

Niego con la cabeza. —No. Son para V. Son del hombre para el que trabaja. Al parecer, no ha ido a trabajar durante las últimas dos semanas—. Hago una pausa. —Me dijo que había pedido tiempo libre de sus clientes de la mañana para pasar tiempo con papá. Pero tampoco ha ido a su trabajo nocturno. Entonces, ¿adónde ha estado yendo cuando dice que va a trabajar?—. Me muerdo el labio. —Necesito entrar en su habitación, ver qué está pasando allí. ¿Cuál es la mejor manera de hacerlo sin llave?

Jamie hace una mueca. —Piensa en lo que estás diciendo, Rose. Podrías causar un daño irreparable a vuestra relación. Nunca volverá a confiar en ti.

—Lo he pensado. Créeme. Pero necesito hacerlo. Necesita mi ayuda.

55

ROSE

—¿Estás realmente segura de esto? —pregunta Jamie.

Asiento.

—¿Qué tipo de cerradura es? —pregunta.

Me encojo de hombros. —Una con llave.

Me mira, inexpresivo.

—Bueno, ¿me ayudarás?

—Por supuesto que lo haré si quieres.

Compruebo cómo está mamá. Está mirando fijamente la tele en el salón. —Voy a subir arriba, mamá. Volveré en un rato.

Jamie me sigue hasta lo alto de la casa.

Mi pecho arde.

Jamie se agacha y estudia la cerradura de la puerta de la habitación de V. Gira la cabeza y me mira, con las cejas levantadas. —Probablemente hará un estropicio.

—No importa.

—¿Y si no encuentras nada fuera de lo normal dentro? No hay vuelta atrás después de esto.

—Hazlo sin más.

Poniéndose de pie, se coloca frente a la puerta. Con las manos a ambos lados del marco, da un paso hacia atrás. Levanta una rodilla,

impulsa la pierna hacia delante y golpea la cerradura con la suela de su pesada bota.

—Cuidado, te vas a hacer daño.

—Es solo una cerradura barata. No tardará mucho. —Dos golpes más y la cerradura cede. El marco de madera se astilla mientras la puerta se dobla y se abre con un crujido.

Me precipito dentro de la habitación y me detengo bruscamente. Todos los pelos de mis brazos y de la nuca se me ponen de punta. —Oh, Dios mío. —Observo el desorden. Me cubro la boca con la mano. —¿En qué ha estado metida?

Jamie está detrás de mí. Apoya sus manos en mis hombros, apretándolos como si intentara asegurarme que todo irá bien.

Pero no será así.

Esto es mucho peor de lo que esperaba.

—Vaya —digo—. Parece un tablón de sospechosos de la policía. —Me doy la vuelta, y nuestras miradas de horror se cruzan. —¿Qué demonios? —Me acerco a la pared, incrédula. Bocetos de mamá, V y yo cuando éramos pequeñas, antes de que le dispararan a mamá, rodean una masa de fotos y el toque artístico de V.

—Es como si hubiera estado intentando resolver quién le disparó a tu madre. Estos dibujos son macabros. —Jamie señala un dibujo de la Parca rodeada por lo que parece una pulsera de la amistad que Violet ha dibujado intrincadamente—. Esto es una especie de línea temporal. —Señala una línea recta, salpicada de fechas, que recorre toda la pared y está rodeada por garabatos, fotos y grabados.

—Tienes razón. —Clavo mi dedo en el principio de la línea—. Esa es la fecha en que le dispararon a mamá.

Él señala el otro extremo de la línea. —Y esta es la fecha de hoy. Y mira esto. —Su dedo se mueve hacia un dibujo de una pistola apuntando hacia una mujer y un hombre con un niño sobre sus hombros. Junto a ellos hay un grabado de una calavera con tibias cruzadas—. ¿Conoces a estas personas?

Observo la foto más de cerca. —Los conozco de alguna parte. Estoy segura.

—¿Quiénes son?

La imagen da vueltas en mi cerebro como monedas sueltas hasta que por fin caigo en la cuenta. Me golpeo la cabeza con la palma de la mano. Mi estómago da un vuelco como nunca antes. ¿Estoy confundida o esto es real? El miedo es paralizante. —Es Will Watson. El tipo del accidente. Nuestro medio hermano.

—Debe de pensar que tiene algo que ver con el tiroteo de tu madre —dice Jamie.

Agarro el brazo de Jamie. —Necesito llamar a mi tía.

56

VIOLET

La anticipación de enfrentarse finalmente a los Watson es tentadora. Es como si un tornado hubiera estado gestándose en su interior durante estas dos últimas semanas, y ahora fuera el momento de desatar el caos.

Cada latido durante el trayecto a Radstone se siente como un minuto, cada minuto como una hora. Tiene los músculos tensos y pequeñas gotas de sudor se han formado en sus sienes a pesar del clima ártico del exterior.

Pone a todo volumen una melodía navideña, una versión moderna de *Hallelujah*. Es la primera vez que escucha música de Navidad voluntariamente desde que era niña. Resulta a la vez escalofriante y reconfortante, permitiéndole prepararse mentalmente para la tarea que tiene por delante. Está casi allí. Muy cerca de llegar. Canta con su propia letra. —Te lo dije, mamá. Te dije que nunca te decepcionaría.

La pistola en la caja de zapatos, ahora envuelta en papel de regalo navideño, descansa en el hueco para los pies del asiento del copiloto. Sirve como un recordatorio constante para conducir con cuidado. Que la detenga la policía solo aumentaría su ansiedad y podría arruinar sus planes por completo. Eso no puede ocurrir.

Su corazón late con fuerza en el pecho, cada pulsación rápida un recordatorio de lo que está a punto de suceder.

Justicia. Eso es lo que va a ocurrir.

La nieve sigue cayendo. El mismo clima que el año en que dispararon a mamá. Lo recuerda vívidamente. Su madre las llevó a ella y a Rose a las tiendas porque se le estaba acabando la harina y no tenía suficiente para hacer sus mágicas empanadillas de carne. Había estado llorando. No lo admitiría, pero Violet lo sabía. Dijo que había estado cortando cebollas. Pero Violet no era estúpida. Su madre y su padre habían discutido. Violet había escuchado a escondidas su conversación. Él había dicho que tenía que trabajar el día después de Navidad, así que se iría la noche de Navidad. Mirando atrás, no cree que a su madre le importara un comino si su padre estaba allí o no. Solo estaba disgustada por ella y Rose. Y Violet estaba disgustada por ella.

Cuando llega al camino de tierra que conduce a la parte trasera de la casa de Tiffany y Will, está oscuro, salvo por la parte posterior de su casa, que está iluminada como el proverbial árbol de Navidad. La planta superior está a oscuras. Leo debe estar en la cama. Igual que Rose hace quince años, profundamente dormida, ajena al drama que se desarrollaba abajo.

Reduce la velocidad a dieciséis kilómetros por hora y aparca en un espacio calle arriba como ha hecho en todas las ocasiones que ha estado aquí. Pero esta vez es diferente.

Esta será la última vez que venga aquí.

Se queda sentada un rato, preparándose. Los dolores de cabeza que ha estado experimentando durante las últimas semanas han remitido, y su visión es ahora cristalina. Cánticos silenciosos cabalgan sobre las olas de sus respiraciones profundas: «Puedo con esto. Puedo con esto. Puedo con esto».

Colocando la caja bajo el brazo, sale del coche y cierra la puerta silenciosamente. La canción *Hallelujah* se niega a abandonar su cabeza. Se arrastra a lo largo del camino de tierra hasta que llega a la parte trasera de la casa de Tiffany y Will. Los cuerpos se entremezclan en la cocina. No puede distinguir quién es quién hasta

que se desliza a lo largo del seto y se escurre hacia el lateral del cobertizo junto al jacuzzi.

Will, Tiffany, Lewis y su esposa Jacqui, a quien reconoce de los vestuarios del gimnasio el primer día que fue allí, están de pie en un círculo celebrando la Navidad como una familia, sin tener ni idea de que sus vidas están a punto de cambiar para siempre. Su nuevo cachorro corre entre sus piernas con energía inagotable. Aparece otra mujer. Es Karen, la madre de Will. Otra persona a quien reconoce del gimnasio cuando se detuvo para hablar con Tiffany. Testigos desafortunados, pero lo tiene todo previsto. Si se vuelve demasiado difícil, tendrá que haber más daños colaterales.

Las puertas correderas se abren. Tiffany sale con el cachorro atado con una correa. —Pipí, Ozzy —dice. El cachorro obedece inmediatamente, vaciando su vejiga en el suelo.

Violet traga saliva. Vuelven los recuerdos de aquella noche hace quince años, cuando se orinó por todo el suelo del salón.

—Buen chico. —Tiffany tira de la correa del perro mientras este intenta olfatear el suelo—. Volvamos adentro —dice—. Hace un frío que pela aquí fuera.

Violet saca la caja de debajo de su brazo, quita la tapa y coge la pistola.

Sonríe.

Pronto, todo habrá terminado.

Aprieta el pesado trozo de metal letal cada vez más fuerte hasta que le duelen los dedos. El miedo mezclado con la anticipación, un cóctel de venganza, fluye a través de ella. Es aterrador, pero absolutamente emocionante. Piensa en todas las noches que ha pasado con mamá, dándole de cenar, charlando con ella porque nadie más puede sacarle una palabra. Quita el seguro.

Necesita encontrar la manera de asegurarse de que sea Tiffany quien abra la puerta.

Y necesita quitar de en medio a ese perro. No puede sufrir ningún daño.

De repente, Leo entra rebotando en la cocina como una pelota de goma. Will lo levanta en volandas, con las manos alrededor de su cintura, y lo sostiene en el aire, sonriendo, pero negando con la

cabeza con una mirada severa en su rostro. Dice unas palabras antes de bajarlo. Leo corre de persona a persona, lanzando sus brazos alrededor de sus piernas. Le revuelven el pelo y hablan como si le estuvieran dando las buenas noches.

Tiffany le toma de la mano y lo conduce fuera de la habitación. Debe estar llevándolo de vuelta a la cama. Esto podría funcionar a favor de Violet. Pero no quiere esperar. Quién sabe cuánto tiempo va a estar allí arriba con él.

Violet está completamente preparada.

Está lista para actuar.

Ahora.

57

ROSE

Llamo primero a mi hermana, maldiciendo cuando la llamada va directamente al buzón de voz. «¡Maldita seas, V!». Llamo a la tía Audrey. Ella contesta de inmediato. —Necesito verte —le digo.

—Estoy de camino a la iglesia, Rose. ¿Puedo pasarme después?

—No. Necesito que vengas directamente aquí. —No hay forma de disimular la desesperación en mi voz—. Ahora.

Jamie pone una mano tranquilizadora sobre mi hombro.

—¿Qué ha pasado? —pregunta la tía Audrey con ansiedad. Debe haber notado el pánico en mi voz—. ¿Es tu madre?

—No, no. Mamá está bien. Te lo explicaré cuando llegues. —Termino la llamada—. Ya viene.

Nos quedamos mirando la pared, con el brazo de Jamie sobre mis hombros como una capa reconfortante. Me aprieta el brazo superior con movimientos pulsantes.

Extiendo la mano, señalando con el índice la tabla del suelo apoyada contra la pared. —Apuesto a que ahí es donde ha estado la pistola de papá todo este tiempo. Ella la ha tenido. —Me aparto de su abrazo y me acerco al hueco en el suelo. Cayendo de rodillas, miro dentro, pero está demasiado oscuro para ver bien. Meto la mano y palpo alrededor—. No hay nada aquí. —Me levanto y vuelvo a la pared—. ¿Vendrás conmigo? —digo.

—¿Adónde?

Señalo la pared. —A esa dirección en Radstone.

Él coloca las manos en sus caderas. Un profundo ceño se forma en su rostro.

—Creo que ella ha ido allí.

—Rose, cariño, esto es algo que debe manejar la policía. ¿Y si tiene la pistola de la que hablaba tu padre?

Me pongo frente a él. —De ninguna manera voy a llamar a la policía. Es mi hermana, Jamie. Puede que ni siquiera esté allí. Si lo está, necesito hacerla entrar en razón. Sé que puedo.

—¿Y qué planeas hacer? Si va a disparar a alguien... ¡quizá ya lo haya hecho! Vamos, piénsalo bien.

—Tengo que intentar salvarla. Por favor. Conozco a mi hermana. Puedo detener lo que planea hacer.

Jamie pone sus manos sobre mis hombros. —Podrías acabar herida... o algo peor. No, no puedo permitirte hacer eso. Sabes lo importante que eres para mí.

Un impulso inexplicable e irresistible me invade.

Me inclino hacia él y le beso de lleno en la boca.

Nos miramos en un momento de silencio. —Eso no es jugar limpio —murmura.

Toco su barba con mis dedos. —Debería bajar, comprobar cómo está mamá y esperar a que llegue mi tía.

La puerta principal se abre de golpe cuando llegamos al pie de las escaleras. La tía Audrey entra como un trueno, cerrando la puerta de un portazo. Está sin aliento. —¿Qué está pasando? —Se limpia las botas en el felpudo y sacude los copos de nieve de su abrigo.

—Tienes que subir. —Me vuelvo hacia Jamie—. ¿Te quedarías con mamá?

Él asiente, con expresión impasible. —Piensa en lo que te he dicho.

Subo dos escalones, deteniéndome para mirar atrás mientras la tía se quita apresuradamente el abrigo.

Me lanza una mirada interrogante. —No me gusta cómo suena esto. —Se agacha para desabrocharse las botas, se las quita y luego

me sigue, con la respiración trabajosa.

Espero a que recupere el aliento. Lo va a necesitar. Le tomo la mano y entramos en la habitación de V.

Su cara de asombro se vuelve hacia mí. —Dios santo. —Se acerca a la pared—. Oh, no. —Su mano busca la cruz plateada de la cadena alrededor de su cuello, y deja escapar un fuerte grito.

Señalo la foto de Will con el niño en sus hombros. —Ese es Will Watson, nuestro medio hermano —digo—. Creo que V piensa que ha encontrado al tipo que le disparó a mamá, y temo que haya ido a buscar venganza. Hoy es el decimoquinto aniversario. Quince años desde que le dispararon a mamá. —Hago una pausa, entrecerrando los ojos al mirarla—. Parece que le conoces.

—Nunca le he conocido. —La expresión de miedo en su rostro me inquieta aún más—. Pero he conocido a su hermano, Lewis. —Sacude la cabeza vigorosamente y señala la pulsera que rodea el grabado de la Parca—. Si va a por Will, creo que va a por el hermano equivocado.

58

ROSE

—No me has estado contando toda la verdad —digo—. Necesitas explicarme, y rápido.

La tía Audrey se sienta en la cama sin hacer de V. Hunde la cara entre sus manos.

Me siento a su lado y llamo otra vez a mi hermana. —¿Qué quieres decir con que se ha equivocado de hermano? —Le doy un codazo—. Mírame, tía Audrey. —La llamada a mi hermana hace otro viaje frustrante a su buzón de voz—. Tienes que contármelo todo. Podríamos ayudar a V. Evitar que haga alguna tontería.

Se frota las manos regordetas. La ansiedad está escrita por toda su cara, filtrándose entre las arrugas de su frente hasta las líneas alrededor de sus ojos y labios.

Levanto la voz. La sobresalta. —¡Dime lo que sabes!

—Hice algo terrible.

—¿Qué?

Toma una larga bocanada de aire y la suelta lentamente. —Lo siento. Tienes razón. No te he contado toda la verdad.

—Pues cuéntamela ahora.

Sus ojos parpadean. Juguetea con su cruz, haciéndola girar entre el índice y el pulgar.

—No tenemos tiempo que perder. —Mi voz suena tensa.

—Cuando tu madre descubrió lo de la otra familia de tu padre, quiso dejarlo. Eso ya te lo conté. Pero no tenía dinero, así que planeó robarle. Y me pidió que la ayudara.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Tramamos este plan para fingir un robo y vaciar la caja fuerte para que ella pudiera llevárselo todo. Sabía que él guardaba fajos de billetes allí y las joyas de su madre, que valían una fortuna. Era una idea estúpida, pero accedí a proporcionarle una coartada diciendo que tu madre estaba conmigo cuando ocurrió.

Mi boca se abre, pero no salen palabras. Mi tía Audrey es pura como la nieve recién caída.

O eso creía yo.

—Estaba desesperada. No me gusta hablar mal de los muertos, pero tu padre se lo merecía. Te engañó a tu madre durante años, Rose. Vi cómo la destrozaba. Cada día, ella perdía otra capa de su hermoso ser con la esperanza de que ese hombre cambiara. Afortunadamente, cambió de opinión sobre el robo, pero nunca llegué a entender completamente por qué hasta que encontré su diario un año después de que la dispararan.

—¿El que destruiste?

Asiente. —Así es. No sabía que había otros escondidos en el ático. Me sorprendió cuando mencionaste que los habías encontrado.

Mi pecho se va oprimiendo cada vez más.

—Cuando tu madre se quedó embarazada, me alegré tanto por ella, estaba tan llena de esperanza de que ella y tu padre pudieran hacer que las cosas funcionaran. Pero me equivoqué. Me dijo que todavía quería dejarlo. Seguía viendo a otras mujeres, dijo. Me quedé impactada. Intenté convencerla de que esperara hasta después de que naciera el bebé. Pensé que cambiaría de opinión. Es decir, ¿cómo iba a arreglárselas sola con dos niños pequeños y un recién nacido? Finalmente accedió a quedarse, y honestamente pensé que las cosas se estaban calmando.

—¿Y?

Suspira profundamente. —El diario pintaba una imagen diferente, sórdida. —Me mira directamente a los ojos.

—Hay algo más, ¿verdad?

Sus ojos se fijan en la pared.

—¿Qué más había en ese diario, tía Audrey? ¡Dímelo, por favor, no tenemos mucho tiempo! Explica qué querías decir con eso de que V va a por el hermano equivocado.

—Antes de que tu madre se quedara embarazada, por las conversaciones que tuvo con Karen, parece que se cruzó con Lewis. Él solo tenía diecinueve años en ese momento, pero por lo que había escrito en el diario, me dio la impresión de que Karen le había revelado a él lo venenosa que era tu madre hacia tu padre, que también era su padre, por supuesto. Lewis se acercó a tu madre y descubrió cuánto odio albergaba hacia tu padre.

El nudo en mi estómago se vuelve dolorosamente más y más apretado.

—Esto reavivó todo el escenario del robo. Escribió en ese diario que ya no me necesitaba. Así que, donde yo pensaba que había abandonado la idea, no fue así.

—Entonces, ¿qué pasó? Esto es realmente importante. Mira la pared otra vez. ¿V se ha equivocado en todo? ¿La noche del tiroteo fue un robo aleatorio que salió mal, o mi padre era el objetivo?

—Esa es la cuestión. Un tiempo después de que tu madre quedara embarazada, no hubo más menciones sobre el robo en los diarios. Supuse que había cancelado todo el plan. Hubo una complicación con el embarazo. Escribió sobre eso extensamente. Tenía miedo de perder al bebé debido al estrés que sus planes provocarían. Iba a dejar a tu padre. Charles, el tipo con el que tenía una aventura, planeaba dejar a su esposa, Nicolette, y tu madre iba a llevar a tu padre a los tribunales para dejarlo sin blanca. Ya sabes, hacerlo todo correctamente, por la vía legal.

—No deberías haber destruido ese diario, tía. Deberías haberlo llevado a la policía.

—Piénsalo. No sabía si tu madre —mi hermana— iba a mejorar o no. En los primeros días, durante los primeros dieciocho meses al menos, esperábamos que se recuperara de alguna manera. No estaba exactamente claro lo que tu madre estaba planeando en ese momento. Y mi nombre estaba por todas partes también, Rose. Cómo iba a proporcionarle una coartada. Además de todo lo

relacionado con Charles, que se arrepintió y ha vivido una vida feliz con Nicolette y sus hijos. Ese diario era tóxico.

—Con más razón la policía debería haberlo visto.

—¿Y si tu madre hubiera acordado con Lewis que dispararan a tu padre, pero estaba oscuro y él se equivocó de persona? Y luego tu madre se recuperó por completo. ¿Entonces qué? Encontré el diario unos tres meses después del tiroteo. La policía no había avanzado nada en ese tiempo. Habían abandonado el caso. Pensé que lo mejor era quemarlo.

—Y meter la cabeza en la arena. ¿Qué hay de Lewis? V podría estar en verdadero peligro ahora.

—Lo localicé y le confronté. Me aseguró que sí, había tenido contacto con tu madre. Compartían un odio común. Pero que no fue más allá. Le creí.

—¡Deberías haber entregado el diario a la policía! Podrían haberlo seguido a través de los canales correctos.

Su voz tiembla. —Durante mucho tiempo, consideré ir a la policía. Honestamente, lo hice, pero habría acabado en problemas. Entonces, ¿quién habría estado para cuidar de vosotras? Porque tu padre ciertamente no lo habría hecho. Tuvo aventuras hasta su diagnóstico de cáncer.

Señalo la pared. —¿Entonces qué querías decir cuando dijiste que V se ha equivocado de hermano?

—Lewis tenía un tatuaje —se pone de pie y señala el dibujo de V de la pulsera de la amistad que rodea el dibujo de la Parca—. Después del tiroteo, V insistía en que el hombre que disparó a tu madre llevaba una pulsera.

Se coloca las manos en la cabeza. —Cuando conocí a Lewis, vi su tatuaje. Lo recuerdo porque era muy único. Pero nunca pensé ni por un segundo que fuera lo que V había confundido con una pulsera. Pero a ojos de una niña pequeña, experimentando un trauma inmenso, supongo que podría haberse equivocado.

—Así que Violet siempre pensó que el tatuaje era una pulsera —digo—. ¿Me pregunto si Will y Lewis tienen el mismo tatuaje? Y ella vio el tatuaje en la muñeca de Will después del accidente. ¡Ya veo a qué te refieres. ¡Así es como se ha confundido!

Me dirijo a la puerta. —Jamie y yo tenemos que irnos. Tú quédate aquí con mamá. Esperemos que lleguemos a donde está V antes de que sea demasiado tarde.

59

VIOLET

Su momento debe ser perfecto. Necesita pillar a Tiffany en el instante adecuado.

Echa un último vistazo a Will a través de las puertas plegables. En un momento, él mira hacia fuera como si sintiera que ella está ahí. La mira directamente. Ella permanece inmóvil, temiendo que cualquier movimiento atraiga aún más su atención. Está siendo irracional. Él no podría verla en la oscuridad exterior.

Se desplaza hacia la parte delantera de la casa. Agachada tras un arbusto espeso en el jardín delantero, espera. Se está volviendo loca. Pasan unos angustiosos diez minutos antes de que se apaguen las luces de arriba.

Es la hora.

Sale de su escondite y se acerca sigilosamente a la puerta principal. Un cartel de madera que dice *¡Papá Noel para aquí!* sobresale de un gran contenedor que alberga un laurel decorado con diminutas bolas de colores.

Ha pensado en este plan tantas veces que podría realizar la siguiente fase con un ojo cerrado. Echa un vistazo a través del cristal esmerilado. Una figura desciende por las escaleras. —Allá vamos, mamá —murmura—. Todo esto es por ti. Y por ti, Bean.

Llama a la puerta.

Tiffany aparece con un vestido negro ajustado que hace que su barriga parezca aún más grande. Su pelo rubio está cepillado pegado al cuero cabelludo y recogido en un moño en lo alto de la cabeza. —¡Summer! ¿Qué haces aquí? —Mira la caja en las manos de Violet.

—Te he traído un pequeño regalo. Pensaba dártelo en Winter Wonderland, pero llegó tarde.

—Qué amable por tu parte. —Abre la puerta de par en par—. Pasa, pasa.

—No puedo quedarme —dice, sabiendo perfectamente que Tiffany no la dejará marchar sin al menos presentarle a Will.

—Insisto. Aunque solo sea para probar el delicioso cóctel navideño que he preparado, sin alcohol, por supuesto. Y puedes conocer a Will y a mi familia. Vamos. —La llama con un gesto de su mano—. Un brindis rápido por la Navidad.

Violet entra en la casa. Sus sentidos están a tope, cada sonido amplificado, y sus ojos parecen enormes, del tamaño de platillos. Su corazón late acelerado y se siente ligeramente mareada. Necesita controlarse. Está temblando tanto que va a delatarse demasiado pronto si no tiene cuidado.

Tiffany cierra la puerta principal. —Ven por aquí.

Violet la sigue por el pasillo ya familiar hasta la cocina. Cada paso se siente como mil.

—Oye, esta es mi amiga Summer. Sale de cuentas tres días después de mí.

Violet se prepara para sacar la pistola de la caja, pero solo están las dos mujeres, de pie junto a la estufa de leña encendida que desprende un calor intenso. Maldición. Esto no estaba en su plan. Los hombres deberían estar aquí.

Tiffany agarra un vaso. —Summer se unirá a nosotros para tomar un cóctel. ¿Dónde se han metido Will y Lewis?

—Will quería mostrarle algo a Lewis en la sala de estar. Cosas de chicos, ya sabes. —Jacqui saluda a Violet—. Hola, Summer. Soy Jacqui, la cuñada de Tiff. —Jacqui señala a la mujer a su lado—. Y esta es Karen, nuestra suegra.

Karen asiente y sonríe. —Sí, ya nos hemos conocido. Hola, Summer. Me alegro de verte de nuevo. Sabes, estuve pensando después de nuestro encuentro en el gimnasio que te reconocía de algún sitio, pero no lograba ubicar de dónde.

Violet se encoge de hombros. —No lo creo. —Su voz tiembla. Necesita mantener la compostura. Está casi allí.

Se desplazan hacia el árbol de Navidad. No puede creer que esté aquí. Después de todos estos años, de todos estos días de planificación, por fin está realmente aquí.

Tiffany extiende su brazo. —Déjame tu abrigo.

Violet sonríe. —No hace falta. No me quedaré mucho tiempo. Tengo que volver con Declan y mi familia.

—¿Qué planes tienes para esta noche, Summer? —pregunta Jacqui—. ¿Alguna tradición familiar?

—Pastel de pescado —responde Violet—. Mi hermana siempre hace un pastel de pescado en Nochebuena.

—Nunca me dijiste que tenías una hermana. —Tiffany vierte una mezcla amarilla de una jarra en el vaso que ha llenado con hielo—. ¿Cómo se llama? —Coloca una cereza con rabito encima de la bebida.

—Autumn —responde Violet. Demasiadas preguntas. Demasiadas.

Tiffany se ríe. —Summer y Autumn, eso es genial. —Le entrega la bebida a Violet—. ¿Tiene hijos?

Violet niega con la cabeza y moja sus labios con la gaseosa bebida que sabe a natillas. Sabe tan dulce como la venganza. La necesidad de azúcar la consume. Da un gran sorbo, luego otro hasta que el vaso está medio vacío. No pasa nada. Toda la adrenalina que corre por su cuerpo quemará las calorías extra. —Deliciosa —dice—. Gracias.

El sonido de los hombres charlando se acerca. Will y su hermano se dirigen a la cocina.

Allá vamos.

Se dice a sí misma que no mire alrededor. El momento es crucial en esta fase final. Le entrega la caja de zapatos a Tiffany. —Ábrela —dice.

Tiffany sonríe. —¿Estás segura?

—Completamente segura. —Violet respira hondo—. Sabes, creo que me voy a quitar el abrigo.

Todo sucede simultáneamente con precisión militar, exactamente como estaba planeado.

Tiffany levanta la tapa de la caja de zapatos. Pero no mira dentro. Está demasiado distraída porque Violet se ha quitado el abrigo y nota su vientre, o la falta de él. La confusión se filtra en su bonito rostro. —¡Summer! No entiendo. —Señala hacia la mitad de su cuerpo—. ¿Qué ha pasado? —Frunce el ceño. Su mano cubre su boca—. Oh, no, Summer. ¡No! No habrás perdido...

Violet fuerza una voz alegre. —Mira tu regalo.

Tiffany mira dentro de la caja. Su mandíbula cae. La confusión está pintada por todo su bonito rostro en tonos grises y verdes. —¿Qué... es esto?

Violet agarra la pistola de la caja y da un paso atrás mientras apunta el arma hacia Tiffany. La adrenalina la desorienta durante una fracción de segundo.

—¡Will! —El grito desgarrador de Tiffany resuena por toda la habitación mientras retrocede.

Jacqui y Karen se agarran la una a la otra, de pie junto al árbol de Navidad, chillando como niñas.

—¿Qué coño? —Will se lanza en dirección a Violet. Está sosteniendo al cachorro.

Violet apunta la pistola hacia él. Sus nervios están al límite y están a punto de romperse. —Aléjate de mí. —Su voz es un gruñido ronco, animal. Entra en pánico. El perro debe mantenerse a salvo—. Pon al perro fuera. Ahora.

Karen grita: —¡Haced lo que dice! Todos vosotros. Simplemente haced lo que dice.

Will retrocede hacia las puertas plegables, las abre y suelta al cachorro de sus brazos.

Violet recorre la habitación con la pistola. —Todos, quedaos donde estáis.

Will parece tan confundido como su esposa. —Espera. Te conozco. —Su voz chirría con desasosiego—. Eres Violet.

—No, esta es Summer. —Tiffany levanta las manos sumisamente —. La chica de la que te hablé del gimnasio. —Su voz baja, pero el miedo sigue siendo evidente—. La que supuestamente estaba embarazada. He sido tan tonta. —Se agarra la cabeza con las manos, con los dedos extendidos—. ¿Qué quieres de nosotros, Summer?

—No, no es Summer —dice Will—. Eres Violet, ¿verdad? La del accidente. ¿Es por eso todo esto? Si es dinero lo que quieres, puedo pagarte. —Will agita las manos como si intentara calmar la situación —. ¿Cuánto quieres?

Violet mira fijamente el tatuaje en su muñeca. —Quiero más que tu dinero, Will Watson.

—¡No, Summer! —Tiffany da un paso hacia ella—. Por favor, no hagas ninguna tontería.

Violet apunta la pistola hacia ella.

60

ROSE

Pongo a Jamie al día sobre las revelaciones de la tía Audrey. —Tengo que ir a esa casa en Radstone y comprobar que no está allí.

—No puedo llevarte. Me he tomado una cerveza —se lamenta Jamie.

—Yo conduciré. —Lo último que quiero hacer con este tiempo de mierda es ponerme al volante de un coche, pero tengo que hacerlo. Cojo las llaves de mi coche de la mesa del recibidor.

Jamie cubre mi mano con la suya. —De verdad creo que esto es un asunto para la policía, Rose.

—No puedo. No lo haré. —Mi voz está llena de desesperación—. No sabes por lo que ha pasado mi hermana todos estos años. ¿Te imaginas ser una niña de nueve años, aterrorizada porque pillaste a un intruso en tu casa? Y luego dicho intruso dispara a tu madre. No es de extrañar que esté un poco trastornada.

—Está más que un poco trastornada —dice con suavidad—. Y tiene una pistola.

—No lo sabemos seguro. Si puedo llegar hasta ella antes de que haga alguna tontería, todo irá bien.

Jamie suspira profundamente.

Me meto en el abrigo. —Puedo hacerla entrar en razón. Sé que puedo.

Mientras corremos hacia el coche, vuelvo a intentar llamar a V. Cuando salta su buzón de voz, esta vez le dejo un mensaje. —V, tienes que llamarme. Ahora. Por favor. Necesito hablar contigo urgentemente. —Hago una pausa antes de lanzarme—. Odio mentirle pero es necesario—. Ha pasado algo con mamá y necesito hablar contigo ya. —Si hay algo que la hará llamarme, es mamá.

Arranco el motor. —¿Puedes buscar la dirección en Google, por favor? —Salgo marcha atrás del camino de entrada.

—Va a tardar veinticinco minutos —dice Jamie.

Golpeo el volante. —Podríamos llegar demasiado tarde.

—Rose, por favor. Por favor, déjame llamar a la policía.

—No, ya te lo he dicho. No puedo hacerle eso a mi hermana.

Empieza a nevar. —Espero que esa ventisca no esté de camino —digo—. La previsión del tiempo decía que no llegaría hasta mañana por la tarde.

—Eso pensaba yo también —dice él—. Tómatelo con calma.

El trayecto parece eterno. Todavía no he superado mi miedo a conducir desde el accidente. Tengo el estómago en la garganta. Con cada minuto que pasa, siento como si fuera a vomitar. —No puedo creer que mi tía nos haya ocultado tanto durante todos estos años. —Niego con la cabeza—. Pensaba que la tía Audrey era más pura que la Virgen María.

Cuando llegamos a Radstone, Google Maps nos dirige a Ridgeway. —Aquí estamos. Reduce la velocidad. —Jamie señala una gran casa adosada—. Ahí está el número 12.

Miro alrededor. —¿Dónde está su coche?

Exploramos la calle en busca del Mercedes. —No parece que esté aquí —dice Jamie.

Mi instinto me dice lo contrario. Giro la cabeza, mirando arriba y abajo de la calle como si esperara que mi hermana saltara sobre mí como un muñeco de resorte. —¿Y detrás de la casa?

Conduzco hasta el final de la calle y giro a la derecha. Al final de la calle, me detengo. —Mira, allí. —Señalo el Mercedes negro—. Es su coche. —Me golpeo la cabeza contra el reposacabezas—. Está aquí.

Aparco detrás del coche de V y apago el motor. Estoy sudando, a pesar del frío. —Voy a buscarla.

—¿Qué vas a hacer? ¿Llamar a la puerta principal? ¿Has pensado en lo que vas a decir? —pregunta Jamie.

—No. Primero quiero asegurarme de que está ahí. —Abro la puerta del coche.

Jamie me agarra del brazo. —¿Eres consciente de que probablemente te vas a encontrar cara a cara con tus hermanos? ¿Has pensado en eso?

—Lo he pensado durante todo el camino. Pero hay cosas más urgentes de las que preocuparse. —Salgo del coche. Jamie no se mueve. Meto la cabeza en el coche—. Quédate aquí. No me importa.

Él abre su puerta. —No voy a dejarte sola.

—Mira. —Señalo la parte trasera de la casa que calculo que es el número 12—. Es la única casa iluminada. Los demás deben haberse ido por Navidad. —Le arrastro hacia el jardín y extiendo el brazo hacia las puertas de cristal—. ¡Oh, Dios! ¡Mira! Ahí está ella. Tenemos que llegar hasta ella.

61

VIOLET

Tiffany levanta las manos. —Me acosaste. Me engañaste. ¿Por qué, Summer? —Jadea cuando la comprensión la golpea—. Fuiste tú todo el tiempo. Cogiste esas cosas de nuestra casa. El mando a distancia, el posavasos. —Se lleva las manos a la nuca—. Y luego los devolviste. ¿Por qué?

Una risa escapa de los labios de Violet. En la enormidad de la situación, tomar esos objetos ahora parece tan mezquino.

La voz de Tiffany se suaviza, pero el miedo permanece en sus ojos. —Por favor, no nos hagas daño. Nunca te hice nada malo, Violet.

Un atisbo de remordimiento recorre la sangre de Violet. Lo suficiente para doler, pero no para detenerla. —Lo mismo que mi madre nunca le hizo nada malo a tu marido.

Los ojos de Tiffany van de ella a Will. —¿Qué demonios quieres decir? ¿Qué te hizo Will?

—El accidente no fue culpa mía, Violet —suplica Will, con los hombros encogidos y las manos extendidas hacia fuera—. Tu hermana conducía en el carril equivocado. El tiempo no ayudó. Había hielo en las carreteras. Por favor, fue una de esas cosas.

Ella apunta el arma hacia él. —Esto no tiene nada que ver con el accidente.

El ceño en su frente se profundiza. —¿Entonces qué? —Hace un gesto a Tiffany para que retroceda, lo más lejos posible de ella.

Traga saliva con fuerza y se compone. El dulzor de la bebida de granizado ha trastornado su estómago. Demasiada, demasiada azúcar. Debería haberlo sabido. —Haz memoria hasta la Nochebuena de 2009, Will.

—No sé de qué estás hablando. —Hace una pausa, entrecerrando los ojos—. Tenía dieciséis años. No tengo ni idea de qué va esto.

—Hace quince años hoy, viniste a nuestra casa y robaste a mi familia. —Su voz es notablemente tranquila para el tumulto que se agita dentro de ella. Agita el arma hacia él—. Luego usaste esto para disparar a mi madre. Mataste a mi hermana nonata. Eres un asesino, William Watson.

Tiffany grita, agarrándose el vientre, —¡¿Qué demonios?!

—¿Cómo te sentiste, Will? —Su voz vacila—. ¿Te fuiste corriendo sintiéndote bien, o con miedo sabiendo que habías hecho algo malo?

—Te has confundido de persona, Violet, Summer, o como te llames. —La cara de Will se ha vuelto fantasmalmente blanca—. Honestamente, no tengo ni idea de qué diablos estás hablando. —Asiente hacia el arma que le está apuntando—. Nunca he visto un arma de verdad en mi vida hasta ahora.

—Tranquilicémonos —interviene Lewis. Levanta la palma hacia ella—. ¿Quién eres exactamente?

Todo se detiene. Su cerebro se revuelve mientras registra el tatuaje que se exhibe orgullosamente encima del hueso de la muñeca de Lewis. Sus ojos se abren, congelados de alarma. —Los dos tenéis el mismo tatuaje.

¿Se habrá equivocado por completo? Todo este tiempo, pensó que era Will quien vino a la casa de su familia esa noche, cuando de hecho, podría haber sido su hermano. Cambia su objetivo entre los hermanos, gritando: —¿Entonces cuál de vosotros fue?

—Vamos, Sum... Violet. Baja el arma —suplica Tiffany—. Por favor. Nada bueno puede salir de que la uses. Pase lo que pase, dos errores no hacen un acierto. Podemos hablar de esto. Averiguar qué

ha pasado aquí. Porque debe de haber habido un terrible malentendido.

—No te metas en esto, Tiff. —Su voz es notablemente tranquila a pesar del pánico que se eleva dentro de ella. Es como si se hubiera desprendido de su cuerpo—. No tienes ni idea.

Un gemido viene de la esquina de la habitación. Karen y Jacqui se abrazan como dos niñas perdidas.

—Piensa en Leo, por favor —suplica Tiffany.

El corazón de Violet da un vuelco. Esta mujer se ha esforzado tanto con ella durante las últimas dos semanas. Es la única amiga que ha tenido nunca. Pero no hay tiempo para sentimentalismos ahora.

Continúa dirigiendo el arma de un hermano al otro. —Entonces, ¿cuál de vosotros disparó a mi madre esa noche? Nunca se ha recuperado, ¿sabéis? Ha estado confinada en casa desde entonces. Y no verbal. Y nunca ha vuelto a caminar. —Levanta la voz—. ¿Cuál de vosotros fue, entonces? Porque sé que fue uno de vosotros. Uno de vosotros asesinó a mi hermana pequeña.

Lewis da un paso adelante con lo que parece ser un aire de confianza, como si creyera que si no ha usado el arma hasta ahora, es poco probable que lo haga.

No sabe lo equivocado que está.

—Tu madre no era inocente en todo esto —dice Lewis.

Ella apunta el arma a su pecho.

—La conocí un par de veces. Intentó convencerme para que robara a vuestra familia. Pero yo no tuve nada que ver con eso.

—¡Estás mintiendo! —grita ella. ¡Como si su madre fuera a hacer eso!—. Uno de vosotros está mintiendo.

—Estaba loca de remate —dice Lewis.

—No te atrevas a hablar así de mi madre.

—¡Basta! —Karen emerge de las sombras en la esquina de la habitación. Su voz retumba a través del caos—. No sabes lo que estás haciendo, Violet. Lo has entendido todo mal. Fui yo. Yo disparé a tu madre.

62

VIOLET

Violet apunta con la pistola a Karen. —Vamos, no esperarás que me crea eso.

Karen da un paso hacia ella. —Dame la pistola, Violet. Podemos solucionarlo.

—Estás mintiendo para proteger a tus hijos —Violet parpadea con fuerza. Su pecho se oprime. Le cuesta respirar—. Es lo que hacen las madres. Protegen a sus hijos.

—No estoy mintiendo —Karen tira de la manga de su blusa de seda—. Mira. Mis hijos y yo tenemos el mismo tatuaje. Nos lo hicimos después de que mi hijo Ross muriera —se le quiebra la voz —. Él llevaba siempre una pulsera. Copiamos el mismo diseño en forma de tatuajes.

Las imágenes de aquella noche hace quince años destellan en su cabeza como fuegos artificiales. Bang. El ruido es insoportable. El intruso alto con brazos y piernas largas, escondido tras el sofá, pero luego solo puede ver a su madre tirada en un montón desarticulado al pie de la escalera, la sangre empapando su camisón blanco. —Era un hombre. Un hombre disparó a mi madre.

—Quizás pareciera un hombre para una niña de nueve años, pero fui yo. Te lo prometo —las lágrimas corren por el rostro de Karen—. Pero fue un accidente, Violet. Un terrible, terrible accidente.

La presión aumenta en la cabeza de Violet. Siente como si sus ojos fueran a salirse de sus órbitas. Hay demasiada luz aquí. Como si alguien hubiera subido la intensidad al máximo. Levanta la mano libre para protegerse los ojos del resplandor.

Karen continúa, pero su voz se ha vuelto distorsionada. —Tu madre. Ella me convenció para hacerlo. Era una mujer manipuladora.

—¿De qué demonios estás hablando, mamá? —interrumpe Will.

Karen levanta una mano hacia él. —Cállate.

Will la mira alarmado.

Karen continúa: —Tu padre nos enfrentó a tu madre y a mí durante demasiado tiempo.

Violet mira a Lewis y luego a Will. Le duele todo el cuerpo. Está cansada, muy cansada.

Karen sigue entre sollozos histéricos. —Se suponía que aquella noche yo debía disparar a tu padre. Durante el poco tiempo que conocí a tu madre, ella me fue llevando a un frenesí de odio. No veía con claridad. Literalmente habría hecho cualquier cosa que ella dijera. Planeamos repartirnos las ganancias del contenido de la caja fuerte y el dinero del seguro por la muerte de tu padre. Lo odiábamos por lo que nos había hecho a las dos. Pero todo salió terriblemente mal —sus llantos se convierten en gemidos—. Lo siento mucho, Violet. Confundí a tu madre con tu padre.

63

ROSE

Un estruendoso disparo explota en el aire. —No, V. No.

Un cachorro negro corre hacia nosotros, ladrando a mis pies. Lo recojo en mis brazos y corremos hacia la casa. Golpeo las puertas de cristal, gritando el nombre de mi hermana. El pánico se desata en el interior. Pruebo suerte y tiro del pomo de la puerta. Se abre. —¡V! —El sonido de mi voz desgarra la quietud de la noche, áspero y cortante, atravesando el aire helado como un fragmento de cristal.

Mi hermana me empuja al pasar, parpadeando como una loca, y escapa hacia el jardín.

Tropiezo tras ella. —¿Qué has hecho?

El cachorro está ladrando con fuerza.

—Fue ella —su voz se propaga en la noche—. Esa mujer disparó a mamá.

Jamie irrumpe por las puertas. Vacilo, sin saber si seguir a mi hermana o a él. Una mujer embarazada grita histéricamente. Es Tiffany. La reconozco de la foto en la pared del dormitorio de V.

—Jacqui. Sube arriba. Llévate al perro y asegúrate de que Leo no baje aquí —ordena Will a una mujer que nunca había visto.

Will parece diferente de cuando le conocí después del accidente. Lleva el pelo mucho más corto y va bien vestido. Se deja caer de rodillas junto a la mujer tendida en el suelo.

Me quedo mirando, intentando procesar lo que ha hecho mi hermana. —Karen —es todo lo que puedo susurrar—. ¡Karen!

Otro hombre, que supongo que es Lewis por su parecido con su hermano, ocupa el espacio frente a él. —¡Aguanta, mamá! —grita Will repetidamente.

—¡Vete, Jacqui! —grita Tiffany.

Jacqui sale corriendo de la habitación, lloriqueando.

—Llama a una ambulancia, Tiff —ordena Will—. Y a la policía. Ahora. Llámalos ahora.

Tiff coge un teléfono de la barra del desayuno. Sus dedos temblorosos tocan la pantalla.

Jamie se quita el abrigo y atiende a Karen. Cubre la herida de entrada del abdomen que ahora rezuma sangre. —Tenemos que mantener esto cubierto y aplicar presión. Tenemos que detener la hemorragia. —Se encuentra con mi mirada, negando con la cabeza con la misma incredulidad que me atormenta a mí.

—¡Se ha ido! —grita Will—. Mirad, mirad su cara.

—¡No! ¡No! ¡No! —llora Lewis—. Mamá, no. Quédate con nosotros.

Los gritos urgentes de Tiff resuenan por toda la habitación. —Ambulancia. Rápido. Alguien ha recibido un disparo. Necesitamos ayuda. Policía, también necesitamos a la policía. Hay una chica suelta con un arma. Tenéis que venir rápido. —Habla durante un rato, respondiendo preguntas.

No puedo creer que esté aquí viendo cómo Jamie y estos dos hombres, mis hermanastros, intentan salvar a su madre, la que disparó a mi madre hace quince años.

La sangre se filtra a través de la tela del abrigo de Jamie y le mancha las manos. Indica a Lewis que empiece con la RCP. —Podemos salvarla. Haz lo que te digo.

Tiffany, temblando como un pajarillo asustado, le pasa el teléfono a Will. —Te van a explicar qué hacer.

Debería estar haciendo algo, pero no sé qué. Jamie ha tomado el control. Está realizando la RCP con calma en el frágil cuerpo de Karen. Will está aplicando presión sobre la herida de bala.

V. Tengo que ir tras mi hermana.

Necesito salvarla de sí misma. Aquí hay gente suficiente.

—Tengo que ir a buscarla —le digo a Jamie—. Dales nuestra dirección a la policía. —Me grita algo, pero no estoy escuchando. Estoy demasiado asustada pensando que mi hermana va a hacer otra estupidez. Salgo corriendo de la escena, atravesando el jardín, mis botas se hunden en la hierba mojada.

El Mercedes negro no está a la vista. Corro hacia mi coche, llamando otra vez al número de mi hermana. Sigue sin contestar. Solo se me ocurre que ha ido a casa. Pensamientos morbosos inundan mi mente. —¡Por favor, no hagas ninguna tontería, V! —grito desesperada.

Llamo a la tía Audrey mientras conduzco a casa.

—Esto es horrible. ¿Qué debo hacer? —dice.

—Cierra las puertas con llave. Si vuelve, no la dejes entrar en casa. La policía llegará pronto.

Las carreteras están relativamente despejadas. La gente normal está en casa celebrando la Nochebuena con sus familias. Lo que daría por un poco de normalidad en mi vida.

Mi conducción es errática. Los neumáticos resbalan mientras tomo una curva tras otra demasiado rápido. Piso el freno. No puedo permitirme tener otro accidente. V me necesita más que nunca. Mamá también.

Parece que tarda una eternidad, pero finalmente llego a casa.

Pero el Mercedes negro no está allí.

64

VIOLET

—Ya está todo hecho, mamá. Lo he conseguido —Violet levanta la mirada hacia el techo, donde Bean la mira con esa sonrisa adorable en su carita regordeta de bebé—. La venganza es tan dulce.

Se sienta sosteniendo la mano de su madre, acariciando suavemente las venas prominentes. El radiador sigue expulsando calor, pero ella permanece envuelta en su abrigo, helada. —Estoy susurrando, mamá, porque la tía Audrey no puede saber que estoy aquí. Todavía no. Me he colado por la parte de atrás.

—Qué lista eres —responde mamá con su hermoso acento irlandés. Un acento cálido y rotundo que Violet podría escuchar todo el día.

—Se complicó un poco, mamá —Violet sacude su pesada cabeza —. Pero atrapé a la persona que os hizo esto a ti y a nuestra Bean. —Levanta la mano y acaricia el rostro de su madre—. Pero no me lo contaste todo, ¿verdad? No me hablaste de Karen ni de lo que habíais planeado juntas. Lo valiente que fuiste al intentar ir a por papá después de lo que os hizo a las dos. Te admiro aún más por eso, mamá. Deberías habérmelo dicho. Pero ya no importa.

Una luz tenue de la lámpara de la mesilla de noche ilumina la habitación. Resalta el cansancio arraigado en el rostro de su madre. Parece mayor de lo que Violet recuerda. Como si hubiera envejecido

de la noche a la mañana. Pero todo está tan borroso. Su mundo se está derrumbando, ladrillo a ladrillo, y nada de lo que haga puede detenerlo ya. Ha ido demasiado lejos.

—Habrías estado orgullosa de mí, mamá. Bean también. Solo desearía que hubierais podido estar allí para verlo todo. Fue mejor que cualquier episodio de esas telenovelas que ves.

Le describe los detalles de la noche a su madre con una extraordinaria calma, como si ahora estuviera en paz con el mundo. —Al final no le hice daño a Tiffany. Pero no importa. Es lo mejor. El principal culpable ya no está.

—Qué traviesa eres.

Violet sonríe ante el sentido del humor de su madre y aprieta suavemente su mano con afecto. Eso es lo que más recuerda de su hermosa madre. Siempre adoró su naturaleza juguetona.

—Había mucha sangre, mamá.

Nada. Silencio.

—Y nunca adivinarás qué más. Rose apareció. ¡No me lo esperaba! Debe de haber entrado a mi habitación y visto todos mis planes. Es la única forma en que podría haber sabido dónde encontrarme. Pero ya no importa.

Mamá mira sus dedos, moviéndolos sobre su regazo.

—Ahora puedes descansar en paz, mamá. Puedes ir con Bean, abrazarla fuerte.

Su madre ya no habla. Sabe que ha llegado el momento.

Violet mete la mano en el bolsillo de su abrigo y saca sus cigarrillos y el mechero. —Sé lo que has querido que hiciera durante tanto tiempo, mamá. Pero no podía hacerlo. Lo intenté. Te lo prometo. Pero es el momento ahora, porque vendrán por ti. Lo sabes, ¿verdad? Saldrá a la luz que tú y esa mujer, Karen, planeasteis matar a papá aquella noche y repartiros el contenido de la caja fuerte y el dinero del seguro. Te meterán en la cárcel, mamá. Y será peor que una de esas residencias donde la tía y Rose querían ingresarte.

Enciende un cigarrillo y da una profunda calada, soltando anillos de humo en el aire. —Odiarías eso. La cárcel, mamá. ¿Te lo

imaginas? No. No. No podemos permitir eso. Es hora de liberarte de los restos de tu cuerpo.

La ceniza cae sobre el edredón. La barre al suelo y apaga el cigarrillo con el tacón de su bota. Qué desastre. Pero ya no importa. Nada importa ya.

—Es hora de liberarnos, mamá —coloca silenciosamente la pistola sobre la cama, se estira hacia el sofá y coge una de las muchas almohadas utilizadas para incorporar a su madre, sostenerla, hacerla sentir cómoda. Se frota la suave tela contra la mejilla. Quiere llorar, pero las lágrimas no acuden. Ha agotado su cuota de vida en los últimos quince años—. Te diré buenas noches por ahora, mamá —se inclina y besa la frente de su madre—. Abraza a Bean y dale un beso de mi parte cuando la veas. Dile cuánto la quiero, ¿vale? Cuánto la he querido siempre.

Baja la almohada sobre el rostro de su madre y presiona. No hay lucha. Es como si su madre ya estuviera muerta. Espera hasta estar segura de que la débil respiración de su madre ha cesado.

—Pronto me reuniré con vosotras, mamá. Lo tengo todo planeado. Mira, todavía tengo esto —señala la pistola sobre la cama —. Voy a conducir hasta el bosque. He encontrado un lugar precioso. Hará un poco de frío, pero no pasa nada. Al menos no ensuciaré la casa. No podemos permitir eso. Rose ya ha pasado por bastante.

Aún sosteniendo la almohada, estira las sábanas de la cama. — Rose puede ser feliz ahora. Se lo merece —arropa cómodamente a su madre—. Ya está. Te quiero, mamá. Siempre te he querido más que a nadie. Lo sabes. Os veré a ti y a Bean muy pronto.

—¿Violet?

Se gira hacia su hermana que está de pie en la puerta del dormitorio.

65

ROSE

Irrumpo en la habitación.

V salta y se gira hacia mí. Está sujetando una almohada.

Sus ojos inyectados en sangre me atraviesan.

—¡V! —exclamo—. ¿Qué has hecho?

Deja caer la almohada y coge la pistola de la cama.

—¿Qué está pasando? —la voz de tía Audrey entra flotando en la habitación. Gime—. No la oí entrar.

—Vete, tía, por favor —digo—. Déjanos a solas.

—No puedo. —Tía Audrey sacude la cabeza—. Es peligrosa.

—Nunca me haría daño. La policía estará aquí en cualquier momento. Ve a atenderlos.

Tía Audrey tira de la cruz plateada que lleva al cuello. —¡Rose! No puedo dejarte.

La empujo suavemente y cierro la puerta despacio. —Dame la pistola, V. —Doy un paso hacia mi hermana—. No estás bien. Necesitamos conseguirte ayuda.

El rostro de mamá está ceniciento bajo la tenue luz. Una mancha de sangre estropea la piel bajo su labio inferior. —¡Oh, no! ¡No! —corro hacia la cama. El mismo tono de rojo que la mancha en su cara tiñe la almohada que V ha dejado caer sobre la cama. Busco el

pulso en su cuello y miro fijamente a mi hermana—. Oh, V. ¿Qué has hecho?

El aullido de las sirenas me sobresalta. Luces azules iluminan la habitación a través de la ventana lateral, acompañadas por el intermitente estruendo de las sirenas policiales. Las luces proyectan sombras fantasmales sobre el rostro espectral de Violet. Casi espero que me amenace con la pistola, o que huya de la habitación como hizo antes después de disparar a Karen.

Sorprendentemente, no hace ninguna de las dos cosas. Se deja caer en su silla. Sus hombros se desploman, y tiene un aire de resignación. Camino alrededor de la cama y le quito suavemente la pistola de las manos.

—Tenía que hacerlo. Lo entiendes, ¿verdad, Rose? Esa mujer, Karen, arruinó nuestras vidas. Nos arrebató a nuestra madre. Nuestra infancia también. No era justo. No podía salirse con la suya.

No es el momento de explicarle que acaba de matar no solo a su propia madre, sino que también ha disparado a la madre de sus medio hermanos. —V —digo con suavidad. Eso es lo que necesita ahora. Suavidad—. La policía entrará aquí pronto. Es importante que no hagas ninguna tontería. Nadie más debe resultar herido. Haz exactamente lo que diga la policía. Hablemos con ellos juntas. ¿Me entiendes?

Mi hermana asiente con la cabeza. —Tenía que hacerlo.

Esas cinco palabras son las últimas que oigo pronunciar claramente a mi hermana.

66

ROSE

DOCE MESES DESPUÉS

—Gracias por traerme. Odio conducir en esta época del año —le aprieto la mano a Jamie.

Él se ríe. —Odias conducir y punto, Pequeñaja.

Me río y asiento resignada.

El viaje a las Midlands ha sido eterno hoy, pero ya casi estamos. Salimos temprano, pero el tráfico por las vacaciones ha ido aumentando toda la mañana. Al menos el tiempo no está tan mal como el año pasado. Dejamos la carretera principal y conducimos por las sinuosas carreteras rurales hasta el hospital psiquiátrico de seguridad donde ahora reside V. La escarcha se adhiere a cada planta y árbol, y los campos están bordeados de blanco. Apenas intercambiamos palabras, como suele ocurrir en esta parte del trayecto. Aprieto los puños cuando el complejo de seguridad, rodeado de altas vallas coronadas con rollos de alambre de púas, asoma su fea cabeza.

—Allá vamos —Jamie me aprieta la mano mientras nos acercamos a la puerta principal y pasamos el control. Es mucho más fácil cuando él viene aquí conmigo. Es agotador mantener una conversación unilateral con mi hermana. Es más difícil de lo que era

con mamá. Quizás sea porque no estamos en casa. No lo sé. Entrega nuestros documentos de identidad y la carta de autorización para la visita al guardia, que registra nuestra llegada.

Una vez dentro, seguimos el procedimiento al que me he acostumbrado en mis visitas. Los guardias registran nuestras pertenencias y nos pasan detectores de metales. Hay momentos en los que me siento como una prisionera. Nos dicen que esperemos en la zona de recepción, donde un patético árbol artificial apenas decorado intenta inyectar algo de espíritu festivo en el lugar, pero fracasa miserablemente.

Me siento en una silla de plástico, frente a un tipo con aspecto estresado, su frente arrugada por la preocupación. Sé cómo se siente.

—Voy a buscarnos un café —dice Jamie. Se dirige a la máquina expendedora y vuelve con dos vasos de papel con café templado que sabe horrible, pero es mejor que nada. Gracias al cielo por este hombre. Es cien veces peor en las ocasiones en que tiene que trabajar y no puede venir conmigo.

Una empleada llama nuestros nombres. Tiramos los vasos a la papelera, y ella nos acompaña más adentro del complejo a través de puertas cerradas con llave. El ruido metálico de cada puerta al abrirse y cerrarse detrás de nosotros resuena por los pasillos llenos de cámaras que huelen al spray antibacteriano que V usaba cuando limpiaba la cocina.

He pasado mucho tiempo este año pensando en la Navidad pasada, entre enterrar a mi madre y a mi padre, vender nuestra casa familiar y comprar otra, e intentar aceptar el hecho de que probablemente nunca veré a mi hermana salir de este hospital de seguridad. Si lo hace, va a tardar un tiempo. Cuánto, nadie me lo puede decir exactamente, solo que será muchísimo tiempo. Aunque es raro, su TEPT causó su psicosis, y puede que nunca se recupere completamente. Los psiquiatras la declararon no apta para ser juzgada, así que el mes pasado se celebró un juicio de hechos. No había duda en la mente del jurado sobre los crímenes que cometió. Pero tuvieron en cuenta lo que presenció de niña y cómo esto la afectó. Mientras mantenga la fe, tengo razones para seguir luchando

por ella. Nunca perderé la esperanza de que algún día podré venir a recogerla y llevarla a casa conmigo.

Todavía sufre episodios de psicosis cuando adopta el acento irlandés de mamá. No soporto cuando hace eso. Tengo que desconectar. No hay ni un solo día en que no desee haber descubierto antes lo que estaba haciendo. Debería haber sido más fuerte, haber insistido en que me dejara entrar en su habitación antes de que todo se descontrolara. Pero como dice Jamie, no puedo culparme a mí misma.

Dos miembros del personal nos acompañan a una familiar sala sin ventilación donde la mesa y las sillas están atornilladas al suelo. V nos está esperando, junto con otros dos miembros del personal, que permanecerán durante toda nuestra visita. Siempre lo hacen.

Se me rompe un poco más el corazón cada vez que veo a mi hermana. —Te has cortado el pelo —Mi mandíbula cae al ver el corte al rape que lleva ahora. Me giro hacia el personal—. Ha llevado el pelo hasta la cintura desde que tengo memoria.

—Ella indicó que quería cortárselo corto cuando fue a la peluquería el otro día —dice uno de ellos.

—¿Y dijo que quería cortárselo tan corto? —Algo se remueve en la boca de mi estómago. Es la sensación de esperanza que tengo por mi hermana cada vez que vengo aquí. Esperanza de que esto podría significar el comienzo de un cambio. Esperanza de que esté mejorando. Pero, como siempre, tiene la cabeza caída sobre el pecho, con los ojos fijos en sus dedos que juguetean en su regazo como mamá solía hacer.

—No —dice el miembro del personal—, señaló una imagen en una revista.

—Te queda bien, V. Me encanta.

Ambos nos sentamos frente a ella. Jamie me aprieta la mano. —¿Cómo estás, V? —digo.

Jamie interviene: —Hola, Violet, ¿cómo te va?

Nada. Ni siquiera un atisbo de reconocimiento.

—Me han dicho que no estás comiendo —Las lágrimas escuecen mis ojos. Parece un saco de huesos. Aunque generalmente es dócil,

la comida sigue siendo un problema importante—. Tienes que comer. Vas a enfermar.

—¿Qué tal está la comida, Violet? ¿Hay buena variedad? —Jamie me mira. Levanta y baja los hombros.

Sigue la misma rutina que en visitas anteriores. Jamie relata historias divertidas sobre sus hermanas o lo que ha estado pasando en el trabajo, llenando los silencios incómodos. A mí me resulta más difícil que a él saber de qué hablar. Mi hermana tenía poco interés en el mundo exterior, incluso cuando estaba lo suficientemente bien como para esconderse entre la gente. Pero ahora es como un fantasma de una vida que he dejado atrás.

Desearía poder entrar en su cabeza. Quiero saber si realmente comprende lo que ha hecho. Cuando le dije que papá había sido enterrado, y luego mamá, me pregunté si el ensanchamiento de sus fosas nasales era un reconocimiento de comprensión, pero no podía estar segura. Lo mismo ocurrió cuando Karen murió en abril por una infección de la herida de bala. Principalmente intento hablar solo de cosas positivas cuando estoy aquí. Como cuando nació Isla, nuestra media sobrina, y mi reciente mudanza.

No menciono las joyas de nuestra abuela que Karen robó de la caja fuerte esa noche y se llevó. Las joyas que admitió haber enterrado en su jardín porque no sabía qué más hacer con ellas. Después de que la policía las desenterrara, las guardaron durante meses como prueba, pero recientemente las recogí y ahora están a salvo en mi nuevo hogar. Como papá me dejó todo en su testamento, técnicamente ahora todo es mío. Pero, si llega el momento, V puede tener su parte, junto con la mitad de todo lo demás que papá me dejó. Esta mañana, por primera vez, me puse unos pendientes de aro de diamantes con una perla colgante de la colección. Hay algunas piezas preciosas, y parece una pena mantenerlas en una bolsa.

El dinero que Karen robó esa noche ha resultado ser otro problema. También confesó a la policía que se lo dio todo a mi medio hermano Will para ayudarle a comenzar su negocio, diciéndole que lo había ganado en la lotería. Le dijo que no se lo contara a su hermano Lewis porque se negaba a ver ese dinero

acabar en la nariz de su hermano. Por eso Will intentó en vano ayudar a Lewis y le dio trabajo en su negocio. Will se sintió horrorizado cuando se enteró e inmediatamente escribió un cheque a mi nombre por la suma que Karen le había dado. Pero aún no lo he cobrado.

Durante una hora nos quedamos así, forzando la conversación.

—¿Has pintado algo, V?

No hay respuesta.

Es un trabajo condenadamente duro. Pero me niego a rendirme con ella.

Lloro cuando nos vamos. Siempre lo hago. Lágrimas por lo que podría haber sido.

67

ROSE

—¿Estás segura de que te encuentras con ánimos para esto? —Jamie aparca frente a la casa de nueva construcción de Will y Tiffany, situada en una pequeña urbanización cerrada con otras cuatro casas similares. Tiffany se negó a quedarse en su antigua casa. Los recuerdos desgarradores eran demasiado, así que la vendieron y se mudaron aquí en verano—. Podríamos simplemente volver a casa y hacer esto en otro momento.

—No. Le prometí a Leo que le traería su regalo hoy. Además, quiero verlos a todos —suspiro profundamente—. Vaya, este ha sido un año de locos. Me alegraré cuando termine.

—No digas eso, cariño. Vas a tener la mejor Navidad de tu vida.

Sonrío. No ha dejado de repetirme eso durante todo el año.

La puerta principal se abre mientras caminamos por el sendero del jardín. Will sale y se queda de pie en el felpudo con un alegre Papá Noel grabado. Leo está a su lado, saltando de arriba abajo. Tiffany aparece con la pequeña Isla en brazos, que ahora es una regordeta y alegre criatura de ocho meses, la perfección hecha bebé. Su perro, Ozzy, que ahora es tan grande como Leo, jadea. La unidad familiar perfecta. Trago el nudo que tengo en la garganta. Se lo merecen después de todo lo que han pasado.

Will me abraza.

—Feliz Navidad, Rose —Choca el puño con Jamie—. A ti también, colega.

Tiffany me besa en la mejilla. A pesar del loco comienzo de nuestra relación, después de que el drama se calmara, no tardamos mucho en establecer un vínculo. Nos hemos vuelto cercanas. Al igual que Will y yo. Y adoro a su hija pequeña. Con Lewis llevará más tiempo. Al principio no quería saber nada de mí, pero estamos trabajando en ello, gracias a Jamie. Él y la pequeña Isla son el pegamento que nos ha unido a todos.

El dinero que papá me dejó nos ha permitido asegurar una entrada sustancial para nuestra nueva casa. Él sabía que V tenía problemas, pero nunca entendió realmente la profundidad de su enfermedad. Así lo indicó en una carta sellada para mí, que la tía Audrey guardó hasta después de su muerte. También confesó sus fallos como padre en esa carta. Sus fallos como marido, como ser humano. Fue un consuelo saber que sentía remordimientos.

Lewis se molestó cuando descubrió que él y Will no figuraban en los planes financieros de papá, pero Will pronto le puso en su sitio. Lewis llevaba años sin hablar con papá. ¿Qué esperaba?

—Qué pendientes tan bonitos —dice Tiffany.

Me toco la oreja y miro a Will.

—Son un par de los de la abuela.

Él asiente.

—Me alegra verte usando algunas de esas cosas —Sé que lo dice en serio. Le ofrecí compartir las joyas con él, pero se negó rotundamente.

Entramos en el salón donde una estufa de leña desprende calor como un horno. Tiffany ha preparado cócteles sin alcohol en elegantes copas para brindar en Nochebuena, y una impresionante variedad de aperitivos. Me quito el abrigo y le entrego la bolsa de regalos que hemos traído, intercambiándola por la pequeña Isla. Me siento con mi sobrina en mi regazo, cantando *Cuando Papá Noel se quedó atascado en la chimenea* mientras ella arrulla y ríe encantada.

—Mira lo que he hecho para vosotros —Leo nos entrega guirnaldas de papel a Jamie y a mí—. Como las que tenéis en vuestra casa.

—Gracias, cariño —Le revuelvo el pelo.

—Papá Noel me va a traer una nueva pista de tren, ¿verdad, papá?

Will lo coge en brazos.

—Si te portas bien —Hace cosquillas a Leo, que ríe con cariño. Se vuelve hacia mí—. ¿Cómo está V?

Me encojo de hombros.

—Igual.

Tiffany nos entrega a Jamie y a mí unas bebidas de color amarillo.

—¿Un ponche de advocaat? —digo.

Ella se estremece.

—Oh, no. Nunca podría volver a beber uno de esos. Es un cóctel de maracuyá y saúco. Está delicioso —Reparte platos de papel dorados y luego pasa un plato de miniempanadillas de salchicha. Jamie y yo cogemos una—. Mmm. Mi favorita —dice Jamie.

Tiffany agita el plato bajo su nariz.

—Coge todas las que quieras.

Él coge otras cuatro.

—¡Jamie! —digo.

—No pasa nada —Tiffany se ríe. Tiene una sonrisa tan bonita y unos dientes blancos increíbles—. Tengo otro plato en la cocina.

Jamie se encoge de hombros y se mete una empanadilla en la boca.

—Todavía no has cobrado el cheque, Rose —Will acaricia el pelaje de Ozzy.

—No puedo y no lo haré —Doy un sorbo a mi bebida—. No quiero volver a hablar de ello nunca más.

Will se dirige a Jamie.

—Hazla entrar en razón, ¿quieres?

Jamie levanta las manos.

—Es una causa perdida, tío. No va a ceder.

—*Ella* está en la habitación, ¿sabes? —Le miro con fingido reproche.

—Bueno, si no lo aceptas, voy a poner los veinte mil euros en un fideicomiso para cuando vosotros dos tengáis un renacuajo.

—¡Will! —Es el turno de Tiffany de mirar mal a su otra mitad.

—Lo digo en serio —continúa Will—. Lo estableceré y transferiré el dinero en el año nuevo.

—Todavía tenemos que hablar sobre las joyas —digo.

Will cruza los brazos sobre el pecho.

—No hay nada de qué hablar. Son todas tuyas. Y soy yo el que no va a ceder en eso.

68

ROSE

—Será mejor que nos pongamos en marcha —dice Jamie mientras entra en nuestra entrada—. Vamos con retraso. Todos llegarán pronto. —Nos quedamos más tiempo del previsto en casa de Tiffany y Will. Un cóctel sin alcohol se convirtió en un cóctel con alcohol para Tiffany y para mí, mientras que los chicos se mantuvieron fieles a la cerveza sin alcohol.

Sonrío al ver nuestra nueva casa, una vivienda victoriana adosada de tres dormitorios cubierta de hiedra. Necesita mucho trabajo, pero nos enamoramos de ella en cuanto cruzamos el umbral. No podía esperar a mudarme. Es un nuevo comienzo para mí, para nosotros. Mi oportunidad de ser feliz. Jamie se ha volcado con la decoración navideña. El día que firmamos los contratos y nos mudamos, me prometió que nunca más me perdería la Navidad. Las luces parpadean por todo el exterior, e incluso ha colocado un muñeco de nieve de dos metros en el tejado que se balancea como si estuviera borracho cuando el viento arrecia.

El interior no es menos exagerado, con el Papá Noel que asiente y te desea feliz Navidad cada vez que entras por la puerta principal. Guirnaldas rojas, verdes y doradas cuelgan de todos los techos, y la chimenea está profusamente decorada con muérdago, hiedra y acebo, con dos calcetines colgados con amor y cuidado. ¡Y el árbol!

Nunca he visto nada igual. Está repleto de bolas, espumillón, adornos decorativos de hombres de jengibre, renos y campanitas en miniatura, y el ángel más adorable corona la parte superior. Y en su base hay regalos a montones, la mayoría con mi nombre.

—Puse una botella de champán en la nevera antes de salir —Jamie enciende las luces del árbol de Navidad—. Vamos a abrirla antes de que llegue todo el mundo. —Vendrán algunos amigos del trabajo para pasar la velada. Jamie lo ha organizado. He vuelto a vivir estos últimos meses, gracias a él. La tía Audrey también vendrá y se quedará a dormir—. Voy a cambiarme —Se detiene al pie de las escaleras—. ¿Te parece bien?

Me sostengo sobre una pierna y me bajo la cremallera de la bota. —Suena bien. Yo prepararé la comida —Me quito ambas botas y meto los pies en mis zapatillas mullidas.

Las escaleras crujen y gimen mientras él sube los escalones de dos en dos. —Bajaré en cinco minutos —grita.

Instalaremos una cocina nueva el año que viene, pero esta es acogedora por ahora con sus muebles independientes y la mezcolanza de estanterías que sostienen ollas, sartenes, vajillas, tazas y vasos. Saco del frigorífico la tabla de quesos que preparé antes y la coloco en la mesa que Jamie ha cubierto con un mantel de plástico con alegres duendes navideños que encontró en internet. Un golpe en la puerta me sobresalta. Una uva roja rueda fuera de la tabla de quesos, cayendo entre los ojos de un duende. Miro el reloj. Solo son las cinco y media.

Corro a abrir la puerta. La tía Audrey está en el umbral. —Siento llegar temprano. Terminé en la iglesia antes de lo que pensaba —Ha perdido una cantidad considerable de peso este año y ahora tiene la mitad del tamaño que tenía la mujer de la Navidad pasada. Le hago un gesto para que entre, pero ella se queda paralizada en el sitio—. Tus pendientes. Llevas los pendientes de tu abuela.

Me toco las perlas que cuelgan de mis orejas. Hoy todo el mundo se fija en ellas. —Lo sé. Pensé que ya era hora de empezar a usar algunas de esas joyas.

Su rostro demacrado se ha puesto tan blanco como el camino ahora cubierto de nieve.

—¿Estás bien, tía? —Abro la puerta de par en par.

Ella entra. —Lo siento, yo... —Tartamudea—. ¿Dó... dónde está Jamie?

—Arriba cambiándose, ¿por qué?

Ella se encoge de hombros. —Solo preguntaba.

—Estoy preparando la comida —La llevo de vuelta a la cocina. Está actuando de forma extraña, nerviosa, con los músculos de la cara tensos—. ¿Qué ocurre, tía?

Su labio inferior tiembla. Sigue mirando mis pendientes como si estuviera en trance. Parece que está a punto de desmayarse.

—Me estás asustando. ¡Jamie! —llamo mientras saco una silla y la guío para que se siente. Ella rompe a llorar.

Los pasos retumban en las escaleras como un trueno. Jamie entra en la habitación como una bocanada de aire fresco. —¿Qué pasa?

—Esos pendientes, ellos... ellos... me recuerdan a tu madre.

—Eran de mi abuela.

—Los llevaba puestos la noche que... —Su voz se apaga.

—¿La noche que qué? —Miro de ella a Jamie. Él frunce el ceño mientras toma algunas uvas de la tabla de quesos y se mete unas cuantas en la boca.

Las lágrimas de la tía Audrey continúan. Traga aire como si se estuviera ahogando.

Saco la silla que está a su lado y me siento. —Háblame.

Ella niega con la cabeza. —Hay algo más que no te he contado, y no puedo guardármelo por más tiempo.

Mi cuerpo se tensa.

—Tu madre llevaba esos pendientes la noche que ocurrió algo terrible.

Los pelos de la nuca se me ponen de punta. Miro a Jamie otra vez. El ceño en su frente se hace más profundo. Apoyo los codos en la mesa y aprieto las manos formando un puño. —Continúa.

Ella junta las manos, manteniéndolas unidas como si estuviera rezando para tener el valor de soltar lo que tiene en mente.

—¿Qué es? —digo.

—Había otra razón por la que destruí el diario de tu madre. El del año en que le dispararon.

Se me revuelve el estómago. Coloco las manos sobre la mesa frente a mí, extendiendo los dedos. —Continúa —Lo sabía. Instintivamente, estaba segura de que había algo más. Llámalo sexto sentido, llámalo intuición femenina. La verdad completa nunca ha salido a la luz.

Ella continúa. —Tu madre era... —Sorbe y resopla—. Tu madre fue la responsable de la muerte del hijo de Karen.

69

ROSE

Mi boca se abre de par en par. También la de Jamie. —¿Ross? —susurro. Mi primer pensamiento es que ha perdido la cabeza. Pero a medida que sus palabras calan en mí, sé que nadie inventaría algo así.

Ella asiente. —Sí, Ross.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto.

—Lo escribió en ese diario.

Me agarro al borde de la mesa.

—Sentía tanto veneno hacia Karen por tener una aventura con tu padre que no podía ver con claridad. Quería hacerle daño. ¿Y qué podría herir más a un padre que la muerte de su hijo?

Me cubro la boca con la mano. Creo que voy a vomitar. —¿Por qué ahora? ¿Por qué me cuentas esto ahora?

—Los pendientes... me recordaron la noche que sucedió. Lo he guardado para mí durante tanto tiempo que me está matando. Estaba cuidándoos a ti y a Violet mientras tu madre supuestamente salía con una amiga. Regresó hecha un desastre, riendo histéricamente y luego llorando desconsoladamente. Al principio no pude sacarle nada. Cuando se calmó y le pregunté qué pasaba, dijo que había tenido una fuerte discusión con su amiga. Me pareció extraño que estuviera tan alterada por una discusión, pero tu madre

siempre fue impredecible. Cuando encontré el diario, había un pasaje de esa noche sobre lo que había hecho. Había arrepentimiento en las palabras que escribió, pero de alguna manera no parecía del todo auténtico, como si lo dijera en serio. Al igual que Violet, realmente no estaba bien de la cabeza.

—¿Lo sabía Karen? —Esto es un infierno—. ¿Es por eso que disparó a mamá?

La tía Audrey coge una servilleta del servilletero en el centro de la mesa y se seca los ojos. —Eso es lo que me preguntaba —sorbe por la nariz—. Cuando Karen salió del hospital, fui a verla. Justo antes de que muriera.

—¡¿Hiciste qué?!

—Tenía que averiguar si sabía lo que había hecho tu madre, así que fui a verla. Karen me dijo que no sabía con certeza que tu madre había matado a Ross, pero estaba segura al noventa y nueve coma nueve por ciento de que lo había hecho. Tu madre había hecho algún comentario frívolo que la situaba en la escena. Luego se retractó y mintió al respecto. No había duda sobre a quién fue a matar Karen aquella noche en vuestra antigua casa. Y no era tu padre.

—No fue un accidente. Tenía la intención de disparar a mamá. —Me levanto y camino hacia las puertas del patio. Mi reflejo me devuelve la mirada—. ¿Por qué Karen simplemente no denunció a mamá?

—Quería venganza. Igual que Violet. Siguió el plan de tu madre de robar a tu padre y asesinarlo, cuando en realidad, todo el tiempo, planeaba asesinar a tu madre.

—Nunca deberías haber destruido ese diario. Deberías haberlo llevado a la policía.

—Lo sé. Me arrepiento cada día —susurra—. Pero yo era cómplice. Estaría en prisión ahora si lo hubiera hecho.

Cierro los ojos con fuerza. La idea de verla tras las rejas me destroza. A pesar de lo que haya hecho mi tía, aún la quiero.

—Lo siento, Rose. No tenía intención de contarte todo esto hoy, precisamente hoy. Fueron los pendientes. Trajeron de vuelta todos los recuerdos. Depende totalmente de ti lo que decidas hacer con

esta información. Si vas a la policía, entonces iré a prisión. Lo asumiré.

Abro los ojos. La tristeza que siento me hace querer unirme a mi tía y derramar una lágrima. Pero no puedo. He derramado demasiadas este año. Estoy agotada de tanto llorar. —Si Violet alguna vez se recuperara y descubriera todo esto, la mataría.

La tía asiente. —Lo sé. Y temo que arruinará esta maravillosa relación que has construido con tu nueva familia.

—Mis padres se merecían el uno al otro, ¿verdad?

Me mira a mí, luego a Jamie y de nuevo a mí. —¿Qué quieres hacer?

Los pensamientos sobre la última revelación de mi tía dan vueltas en mi cabeza. Mi padre era un adúltero en serie y mi madre era una asesina. Me va a llevar mucho, mucho tiempo asimilarlo completamente.

Jamie saca pecho. Se acerca a mí y me envuelve en sus brazos. —Nada. No hacemos nada. Necesitamos seguir adelante, no mirar atrás. ¿Qué sentido tiene remover el pasado? No quieres perder a tu tía. Aparte de V, es la única familia que te queda por parte de tu madre. Nada bueno puede salir de revelar esta información ahora.

Me besa. —Vamos, te prometí que estas iban a ser tus mejores Navidades, y no voy a fallarte. Ve a refrescarte, Audrey.

La tía Audrey sale apresuradamente de la habitación.

—No puedo creerlo —digo.

—No cambia nada, Rose. No podemos cambiar lo que ha pasado. El pasado debe quedarse en el pasado. Necesitamos seguir adelante, celebrar las victorias y dejar atrás las pérdidas. Vamos a sacar ese champán. —Jamie alcanza la puerta del frigorífico y saca la botella—. Trae unas copas.

Cojo tres copas de la estantería encima del fregadero. —Aquí están.

Quitando el papel de aluminio, desenrosca el alambre y hace saltar el corcho. Inclina la botella y llena dos de las copas. Me da una y coge la otra. —Por el futuro. —Choca su copa contra la mía y me besa—. Feliz Navidad, cariño.

DISPONIBLE PRONTO…

ACERCA DEL AUTOR



AJ CAMPBELL es una autora best-seller del top 30 de Amazon con nueve thrillers psicológicos de suspense y promete historias llenas de giros, vueltas y tormento.

AJ obtiene inspiración para sus historias de situaciones aparentemente increíbles en las que se encuentran personas comunes. Crea personajes convincentes que resuenan con sus lectores. AJ vive en el Reino Unido en la frontera entre Essex y Hertfordshire con su esposo, hijos y su cocker spaniel, Max. Es amante de los perros, adicta a Netflix y entusiasta del vino y la comida asiática. Y, ya sea leyendo, viendo televisión o escribiendo, ¡AJ no disfruta nada más que sumergirse en una historia llena de giros!

Encuentra a AJ aquí: www.ajcampbellauthor.com